CHIBCHAS

BY

VICENTE RESTREPO.

(SPANISH)

U.S. COLOMBIA

1895

ZEPL.731

22501236926

Con profundo [illegible] Marcelino Blanco

LOS CHIBCHAS

ANTES DE LA CONQUISTA ESPAÑOLA

POR

VICENTE RESTREPO

Caballero gran Cruz de la orden de San Gregorio Magno,
ex-Ministro de Relaciones Exteriores y de Hacienda
de Colombia, etc. etc.

1895

BOGOTA (COLOMBIA)
Imprenta de LA LUZ, calle 13, número 100
APARTADO 160

LOS

CHIBCHAS

ANTES DE LA CONQUISTA ESPAÑOLA

POR

VICENTE RESTREPO

Caballero gran Cruz de la orden de San Gregorio Magno,
ex-Ministro de Relaciones Exteriores y de Hacienda
de Colombia, etc. etc.

1895

BOGOTA (COLOMBIA)
Imprenta de LA LUZ, calle 13, número 100
APARTADO 160

(2) ZEPC. 791

PROLOGO

Dice el distinguido americanista marqués de Nadaillac, hablando de los Chibchas:

"Muy poca cosa sabemos acerca de este pueblo, que es considerado como uno de los autores de la antigua civilización de la América del Sur."

Permítaseme completar esta idea agregando que, en lo poco que se sabe, hay muchos errores que se tienen hoy por hechos ciertos. Intento escribir la verdadera historia de la civilización chibcha, desembarazándola de las ficciones con que la han desfigurado los modernos escritores, que han hecho de ella una novela.

Tuvo el estudioso canónigo doctor José Domingo Duquesne un siglo de celebridad no merecida por haber inventado una serie de novedades relativas á este pueblo. Atribuyóle el uso de los quipos; de los jeroglíficos; de cifras numerales; de un complicado calendario en el que se enlazan tres años diversos de doce, veinte y treinta y siete meses lunares, etc. Colocó al sapo entre los dioses chibchas, y alteró profundamente las nociones que se tienen sobre el civilizador Bochica, los sacrificios humanos, las

procesiones, etc., viendo en todo un simbolismo que sólo existió en su imaginación.

No brilla el genio del barón de Humboldt, en lo que escribió acerca de los Chibchas; prohijó y divulgó muchas de las fantasías de Duquesne, y aun las aumentó, pues dijo que levantaban "columnas en que se medían las sombras solsticiales ó equinocciales y los pasos del sol por el zenit." No comprendió las tradiciones de este pueblo; trató de fábula la historia de Bochica, á quien presenta unas veces como hijo del sol, otras como símbolo de este astro, y le da la luna por esposa.

Duquesne fundó escuela; ésta ha usado un método que puede llamarse inventivo, pues los que lo siguen resuelven con la imaginación todas las dificultades que se les presentan. Comienzan repitiendo los errores de otros autores, y los complementan con errores nuevos. Suponen que las cosas debieron de pasar de tal ó cuál manera, y lo dan por cierto. Parecen creer que la verdad es más bien fruto de hondas cavilaciones que resultado del estudio de los hechos, y se muestran inagotables en conjeturas y deducciones ingeniosas, pero que carecen de fundamento. A los que tengan esto por exageración mía, les ruego que abran uno cualquiera de los libros ú opúsculos que se han escrito en este siglo referentes á los Chibchas, y que lo cotejen con las obras de los cronistas. De seguro que su sorpresa será grande.

¡Qué no se ha dicho de este pueblo, á quien se ha atribuído una civilización muy avanzada! Se ha ensalzado la sabiduría de sus sacerdotes, considerándolos como "depositarios de las ciencias astrológica y cronológica"; se ha dicho que en el templo de Sugamuxi se conservaban "los anales de su nación y las crónicas de su civilización"; se ha hablado de observaciones meteorológicas hechas por los Chibchas; de sus "conocimientos adelantados en arquitectura"; de "sus condiciones intelectuales y materiales adecuadas para los inventos fabulosos"; de tribunales de justicia, de comentadores de leyes, etc. Si tratara de refutar todos esos errores, tendría que escribir un libro.

Ningún autor moderno ha sabido describir siquiera el vestido de los Chibchas. Ofuscados por un pasaje oscuro y mal entendido de Piedrahita, les han atribuído el uso de camisetas ó túnicas, cuando claramente dice el Padre Simón:

"Traer las camisetas no es hábito de los Moscas, sino de los del Perú, de quienes éstos lo tomaron desde los primeros que entraron aquí con los españoles que bajaron del Perú.... Los indios viejos jamás andan con camiseta."

Igualmente y por la misma razón han desacertado al hablar de la forma de las casas, de la cerradura de las puertas, de caminos empedrados, etc. La historia escrita por el ilustre Obispo, poco digna de crédito en ciertos puntos, mal interpretada en otros, ha sido el origen de muchos errores.

Es indispensable dar nuevo rumbo á los estudios etnográficos y arqueológicos relativos á Colombia, pues por el que se ha llevado hasta hoy no es posible obtener otro resultado que enmarañar la Historia y oscurecerla.

No puedo dejar pasar sin reparo ciertos juicios emitidos por autores de nota. Dice el General Joaquín Acosta que "los primeros europeos que pisaron el territorio de los Chibchas se propusieron extirpar como diabólicas cuantas tradiciones, ritos y ceremonias hubieran podido servir para darnos una idea de la constitución política y religiosa de aquel pueblo. Lo poco que se ha conservado, (agrega), se halla mezclado de tantas fábulas y conjeturas, que al reproducirlo nos rodea la más penosa incertidumbre, por carecer de datos seguros y contestes." (1) Uricoechea va más lejos, pues asevera que "los conquistadores se opusieron á conservar los gérmenes de la civilización indiana, y han conseguido casi dejarnos en tinieblas."

Conviene considerar estos cargos bajo distintos puntos de vista. Entre los Chibchas sucedió lo mismo que en Roma y dondequiera que el Cristianismo ha tenido que luchar con la idolatría; la superioridad incontestable de la reli-

(1) Siete páginas más adelante se contradice Acosta reconociendo que la tradición no es confusa ni dudosa respecto de la mitología usos y costumbres de los Chibchas, "en cuyo apoyo se encuentra el testimonio conteste de diferentes autores que no pudieron copiarse."

gión Católica acabó con el gentilismo, sin dejar en pie ninguna de sus prácticas. Si el celo de los misioneros los llevó á quemar por centenares informes y grotescos ídolos de madera, nada perdió el arte con esto, y si los españoles echaron al fuego, para fundirlos, los tunjos y alhajas de oro de los indios, hicieron lo que generalmente han hecho entre nosotros en este siglo los descubridores de entierros y de *santuarios.*

Las dos obras históricas relativas á los Chibchas, que sirvieron de base principal á las relaciones de los cronistas, fueron escritas por dos conquistadores; pues la una tuvo por autor al humano y discreto licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, descubridor de estas regiones y fundador del Nuevo Reino de Granada, y la otra á Juan de Castellanos, quien vino de España á tomar parte en la conquista de nuevas tierras, antes de recibir las órdenes sagradas. Puédese, con toda propiedad, alterar la proposición de Uricoechea en estos términos: los conquistadores conservaron la historia de la civilización chibcha, y sin sus escritos estaríamos hoy casi en tinieblas en lo que á ella se refiere.

No son tan escasas, como dice Acosta, las noticias que se han conservado de este pueblo, digno de ser estudiado, ni hay que culpar á los cronistas de que sus tradiciones fueran confusas y mezcladas de fábulas. No podía ser de otro modo, ya que los Chibchas no tenían ninguna cla-

se de escritura, ni manera de computar los tiempos, ni había entre ellos hombres que se ocuparan en guardar el recuerdo de hechos pasados.

Hasta hace muy pocos años nuestras crónicas estaban por lo general sepultadas en el olvido, pues se ignoraba el paradero de algunas, y otras yacían manuscritas en la Biblioteca Nacional. Los hombres estudiosos y amigos de conocer las antigüedades colombianas sólo se podían procurar las obras del ilustre Obispo Piedrahita y del Padre Zamora. Gracias á los cuidados de la Real Academia de la Historia, tenemos hoy una hermosa edición de la *Historia de las Indias*, de Oviedo. Los eruditos americanistas D. Antonio Paz y Melia y D. Marcos Jiménez de la Espada han publicado, con preciosas noticias preliminares, la *Historia del Nuevo Reino de Granada*, por Juan de Castellanos, y el *Epítome de la Conquista*. Y entre nosotros, D. Felipe Pérez dio á la estampa *El Carnero*, de Rodríguez Fresle; D. Medardo Rivas la obra de Piedrahita, y el Gobierno Nacional la obra del Padre Simón. (1)

Aleccionado por la experiencia de sabios autores, quienes, creyendo haber alcanzado una percepción clara de las cosas, echaron por el fácil camino de las hipótesis fantásticas y no lo-

(1) Faltan á esta obra dos complementos indispensables: una fe de erratas para salvar las numerosas incorrecciones que afean la edición, y un índice general alfabético para facilitar las indagaciones.

graron desentrañar la verdad sino cubrirla con un velo más espeso, seré muy parco en mis juicios, limitándome en general á exponer sencillamente los hechos. No por eso esquivaré dar mi opinión, fundándola en razones, acerca de los problemas de arqueología y etnografía que naturalmente se presenten en el curso del relato.

Dos fuentes principales forman la base de este libro. En primer lugar, las crónicas, cotejadas con esmero para conocer á fondo los hechos y poder valorar el grado de veracidad de los autores. Los escritores modernos han olvidado hacer este cotejo, que es suficiente para poner en claro muchos errores que, como hechos comprobados, han pasado á la historia sin discusión, y para enmendar muchas contradicciones. Ninguna de las crónicas basta, por sí sola, para dar una idea precisa de lo que era el pueblo chibcha. En cada una se omiten hechos y circunstancias esenciales; en cada una se encuentran errores ó falsas interpretaciones que la lectura de las demás ayuda á rectificar. En todas ellas falta un plan ó designio general ordenado. No obstante estos defectos, confrontándolas se ve que se completan mútuamente.

La otra fuente es el estudio detenido de los escasos monumentos de piedra que dejaron los Chibchas; de sus pictografías, de las piezas de cerámica, de piedra y de madera, así como de los tunjos y alhajas de oro, tumbaga y cobre

que se han hallado en sus sepulturas. El examen de estos objetos, hecho á la luz de las crónicas y no caprichosamente, da la medida de su cultura.

He escogido las figuras del *Atlas arqueológico* que complementa este libro, de entre el número muy considerable de piezas que, por comisión del Gobierno, y con motivo de las Exposiciones de Madrid y Chicago, me tomé el trabajo de describir, catalogar y hacer fotografiar. Muchas de ellas hacen parte de mi colección de objetos indígenas de oro, otras de la de cerámica y piedra de mi hijo Ernesto (ambas pertenecen hoy al *Museo colombino* de Chicago) y unas pocas, en fin, fueron copiadas del Museo Nacional y de colecciones particulares. Debo especial manifestación de agradecimiento á mi amigo D. Emiliano Isaza, por haber dirigido en París la impresión, en fototipia, de las figuras del *Atlas*.

Ya que he expresado con franqueza mi opinión sobre los trabajos de los autores modernos, salvando el respeto que merecen, pues su buena fe y el deseo de acertar los libran de reproche, fáltame hablar de los antiguos. No me propongo escribir rasgos biográficos de ellos, pues basta con los eruditos escritos que les han consagrado el General Joaquín Acosta, D. Miguel A. Caro, D. Antonio Paz y Melia y D. Marcos Jiménez de la Espada. Trataré sólo de sus obras.

Siguiendo el orden cronológico, corresponde el primer lugar á Gonzalo Jiménez de Quesada.

Dice Oviedo lo siguiente:

"Muchas veces tuve plática en Madrid (en 1547) con el licenciado Ximenez, y en Valladolid (en 1548) en la Corte del Príncipe D. Felipe, y nos communicamos; y á la verdad, es hombre honrado y de gentil entendimiento y bien hábil, y como yo sabía quel avía conquistado el Nuevo Reino de Granada, quise informarme dél de algunas cosas *viva voce*, y él no solamente de palabra, pero por escripto, me mostró un *gran cuaderno* de sus subcesos y lo tuve muchos días en mi poder.... La cual historia yo contaré aquí más brevemente de lo que la vi escripta; pero decirse ha lo más sustancial, sin dejar cosa alguna que importe." (1)

Desde antes de 1547 tenía, pues, escrito Quesada un *Compendio historial* de la conquista, cuyo resumen más completo y auténtico constituye los capítulos XVIII á XXXI del Libro XXVI de la *Historia Natural de las Indias*, de Oviedo, quien dice que en ellos no hizo otra cosa que seguir su relato. Contienen muchas noticias interesantes sobre las costumbres de los Chibchas, que no se hallan en ningún otro autor. Leyéndolos con atención se notan muchos pasajes que parece que hubieran sido copiados del *Epítome de la conquista del Nuevo Reino de Granada;* luego éste, como su nombre lo indica, no es otra cosa sino el *resumen* del trabajo más extenso que Jiménez de Quesada comunicó á Oviedo. Jiménez de la Espada, sin recordar este inci-

(1) T. II, Lib. XXVI, Cap. XVIII y XX.

dente, había atribuído muy acertadamente el *Epítome* al Licenciado.

No queda, pues, duda de que el *Epítome* es el resumen del *Compendio historial.* Así como puede tenerse por cierto que también lo escribió el mismo autor, puesto que aunque habla en tercera persona, se olvida con frecuencia y lo hace en primera persona de singular ó de plural.

Se comprende que Jiménez de Quesada tenía pasión por escribir, pues durante muchos años se ocupó en completar, corregir y retocar la relación de los sucesos del descubrimiento. El gran cuaderno de que habla Oviedo (1) se convirtió con el tiempo en "unos tomos que intituló *Los ratos de Suesca,*" dice el Padre Simón (2). Jiménez de la Espada descubrió la cédula de licencia concedida por el Rey para publicarlos, en 1568; en ella se califica la obra de muy útil y provechosa, y se dice que al autor le costó mucho trabajo. Según Piedrahita, afirma el Adelantado que "escribía el compendio modesto de sus hazañas, al mismo tiempo que executaba muchas dellas en la guerra de los Guasquias y Gualíes por los años de 1572 y 1573." (3) A lo que agrega que en 1574 compuso el capítulo nono del libro tercero de su

(1) "Un cuaderno de su propia mano," dice Castellanos.

(2) *Los tres ratos de Suesca,* dice D. Antonio Pinelo, por constar la obra de tres libros.

(3) Fue en 1564 cuando Quesada hizo la guerra á los Gualíes.

Compendio. Zamora elogia á Quesada diciendo que en sus escritos "habla de sí con gran templanza y humildad." Castellanos lo encomia como "persona grave, docta y estimada.... Varón en varias letras señalado.... No teniendo menos de letrado que supremo valor en el espada."

Es muy sensible la pérdida de esta obra histórica, que no dudamos se hallará algún día. Felizmente se conservan las interesantes noticias que contenía, las que se encuentran recopiladas en el *Epítome* y en las crónicas de Oviedo, Piedrahita y Zamora (1).

Quesada tuvo el defecto de los escritores de su siglo: creía fácilmente en consejas. Los indios, de quienes asevera que muchas veces no decían verdad, lograron convencerle de que existía un país poblado por amazonas, donde "las mujeres eran las señoras y las que mandaban, y los hombres los súbditos y los mandados," y la reina se llamaba Jarativa. Envió á su hermano Hernán Pérez de Quesada á descubrir esa extraña región, en cuya existencia siguieron creyendo por muchos años los conquistadores.

También dio crédito al error, que Piedrahita popularizó y que ningún autor moderno ha impugnado, de que Iraca era la Roma de los Chibchas y su cacique el pontífice máximo de este pueblo.

---

(1) El cronista Herrera se apropió, como lo acostumbraba, el texto del *Epítome*, insertándolo en las *Décadas*.

El célebre cronista y poeta Juan de Castellanos llegó á Tunja veintidós años después de que se estableció allí asiento de gobierno, y sirvió de cura de la ciudad durante cuarenta y cinco años, de 1561 á 1606. Observó, pues, muy de cerca las costumbres de los indígenas y recogió sus tradiciones de boca de muchos de los que habían recibido el bautismo, y de sus inmediatos sucesores. Su *Historia del Nuevo Reino de Granada* es el documento más precioso que existe en lo que se refiere á los Chibchas, y es la base fundamental de todo estudio relativo á ellos. Dice D. Antonio Paz y Melia que "son por demás curiosas las descripciones del gobierno y antiguas costumbres de los indios, con que ocupa cincuenta y dos páginas del primer tomo." Lo que es de sentirse es que no llenara siquiera unas doscientas páginas hablando de los Chibchas, con el perfecto conocimiento de las cosas, la soltura y discreción que acostumbraba, ya que era "tan curioso observador de la verdad" (Piedrahita.). Exento de las trabas de las octavas reales que hacen tan cansada la lectura de las *Elegías de varones ilustres de Indias,* el verso blanco de que hizo uso en la *Historia del Nuevo Reino,* aunque escaso de gusto poético, deja correr la frase más clara y desembarazada. Su criterio es generalmente elevado y correcto, y cuando paga tributo á la credulidad, es porque otros lograron convencerlo.

Es digno de lamentarse que Castellanos escribiera sus crónicas en verso, cediendo á las instancias de sus amigos, cuando la prosa salía fácil y galana de su pluma, como se verá por el final del prólogo de su Historia, que copio á continuación:

"De creer es que quien más desea acertar en la obra es el artífice della; pero como no todos dan á lo que guisan para muchos aquella sal que el gusto de cada uno pide, imprudencia grande sería la mía, si pensase haber adereza do estos anales con tan entero sabor, que lo pueda dar á tanta diversidad de paladares; pero á lo menos estará cierta la posteridad que aquí no falta el principal condimento que historia requiere, que es verdad. Esta se lea y mi buena voluntad se reciba, pues sin esperanza de remuneración he gastado tiempo, papel y dinero por servilles."

El franciscano Fray Pedro Simón vino de España á Santafé de treinta años de edad, en 1604, dos tercios de siglo después de la conquista. Gastó muchos años en reunir los materiales para sus extensas *Noticias historiales de las Conquistas de Tierra Firme.* El mismo dice "haber andado las más de las provincias y tierras que se comprenden en esta historia; las tierras del Reino pocas hay ó ningunas que no haya pisado."

A lo que agrega:

"He podido informarme y hacerme capaz de las cosas de por acá por vista de ojos, sin lo cual no pienso me atraviese á tomar entre manos este trabajo, por no ponerme en el peligro de risa que otros se han puesto, no hablando con propiedad en la geografía ni en los vocablos de las tierras de donde escriben, por no haberlas visto ni estar bien informados y fiarse de relaciones de toda broza."

Es de sentirse que muestre gran dosis de credulidad y en ocasiones muy escaso criterio.

Las principales fuentes de su obra fueron las *Crónicas* de Castellanos, *Los ratos de Suesca* de Jiménez de Quesada y la *Historia del descubrimiento* que dejó empezada el Padre Francisco Medrano, por haber muerto en la jornada del Dorado, y completó y perfeccionó en dos tomos Fray Pedro Aguado. Esta crónica existe manuscrita en Madrid.

Tuvo especial cuidado el Padre Simón en recoger cuanto halló escrito y cuanto él mismo pudo aun observar respecto de las costumbres, mitos y tradiciones de los Chibchas; de tal modo, que es el autor que más cúmulo de noticias ha reunido acerca de este pueblo. La lectura de su obra es tan indispensable á todo el que quiera escribir de estas cosas, como la de la *Historia del Nuevo Reino de Granada* de Castellanos, pues contiene multitud de detalles del más alto interés, que no se hallan en ningún otro libro. Su estilo es generalmente sencillo y lo caracteriza cierta originalidad, aunque es frecuente tropezar con pasajes confusos y poco inteligibles.

Es, en suma, la Historia de Fray Pedro Simón la más completa que se ha escrito sobre el descubrimiento y conquista de este extenso territorio: monumento que, á pesar de sus defectos, hará imperecedera su memoria.

El más popular y conocido de los cronistas,

por haber andado su libro impreso muy poco después de escrito, es el ilustre hijo de Bogotá, distinguido y santo obispo, Lucas Fernández de Piedrahita. Tendría cincuenta años de edad cuando pasó á Madrid á responder ante el Consejo de Indias de ciertas acusaciones que se le hacían, de las que fue absuelto. Hasta aquella época de su vida había estado ajeno á los estudios sobre asuntos históricos relacionados con su patria. El pensamiento de ocuparse en ellos le vino en Madrid, donde empleó "todos los días del año sesenta y seis" (1666) en escribir la primera parte de la *Historia general del Nuevo Reino de Granada.* No era, pues, erudito en prehistoria, y de aquí resulta que hay generalmente necesidad de cotejar su texto con los de otros autores. Ofreció su obra al público "como capa arrojada, para ver cómo la tratan, antes de aventurar el cuerpo en más decorosos asuntos." Aunque murió de avanzada edad en su obispado de Panamá, no llegó á componer la segunda parte.

El mismo dice que no tuvo más mérito que el que se le puede atribuír por haber reducido á cómputo de años y á lenguaje menos antiguo las crónicas de Juan de Castellanos y de Jiménez de Quesada, "sin otra adición que la verisimilitud de las máximas y motivos que tuvieron los reyes indios y cabos españoles en sus empresas." Su estilo es claro y correcto; desgraciada-

mente se complace en los largos preámbulos y en las inútiles digresiones que interrumpen la narración.

La historia de Piedrahita ha acreditado, entre otros errores, uno que fue sin duda inventado por la vanidad de los indios tunjanos: este es la fábula de que los zaques de Hunsa llegaron á tener dominio sobre toda la nación chibcha. Lo más raro es que en una parte de su libro sostiene esta opinión, cuando en otra había repetido y aceptado la opinión contraria, siguiendo á Castellanos. Creyó también la conseja de la hermosa, rica, poderosa y discreta princesa de la Furatena, é hizo del matrimonio chibcha un acto religioso, cuando sólo era un acto privado.

A pesar de estos y otros defectos, la obra del ilustre prelado es de interés histórico por hallarse en ella la relación de sucesos y datos que no se encuentra en las crónicas anteriores.

La última declaración que hace en el prólogo honraría á cualquier autor, cuanto más al Obispo cristiano, que con ella da prueba de singular humildad:

"Pongo—dice—mis escritos á la justa corrección de cuantos los quisieren leer."

Ya que he hablado de los principales cronistas en lo que se refiere á los Chibchas, haré mencion de otros, que si no traen igual copia de noticias, ayudan con las que dan á conocer mejor á este pueblo.

Tiene Gonzalo Fernández de Oviedo el mérito de haber conservado en su *Historia natural de las Indias* un resumen del *Compendio historial* de Quesada. Dice D. José Amador de los Ríos, hablando de este autor:

"En cuanto no se ocultó á la vista del Alcaide de Santo Domingo, necesario es confesar que resaltan en su narración tanta naturaidad y sencillez, tanto candor y frescura, que no es posible dudar de la exactitud de lo que entonces niega ó afirma."

Si pintó fielmente sus propias impresiones, es de creerse que describiera las ajenas con la misma fidelidad.

Juan Rodríguez Fresle, hijo de uno de los conquistadores, escribió en 1636 una relación de los sucesos del descubrimiento y conquista del Nuevo Reino. En su libro se encuentran noticias muy completas de la ceremonia del Cacique dorado y las peregrinaciones de los indios por las lagunas sagradas. Llegó á creer, y asegura, engañado por los Guatabitas, que el Usaque de sus tierras había sido superior á los de Bogotá y Tunja.

Fray Alonso de Zamora, bogotano, consultó muchos libros y documentos para escribir su *Historia de la provincia de San Antonino del Nuevo Reino de Granada,* que terminó en 1696 y se imprimió en Barcelona en 1701. Contiene su libro noticias y datos curiosos que olvidaron otros autores. Es el más crédulo de todos los cronistas, y se muestra á veces falto de criterio.

Finalmente, la lectura del *Confesionario chibcha*, compuesto por el Padre Bernardo Lugo, de las *Décadas* de Herrera, de la *Relación dirigida á su Majestad* por los Capitanes Lebrija y San Martín (1), y de la *Milicia y descripción de las Indias*, del Capitán Vargas Machuca, hará conocer supersticiones, hechos y circunstancias dignos de interés.

Preocupáronse algunos de los cronistas y de los misioneros con la idea de buscar analogías entre la religión cristiana y el politeísmo de los Chibchas. Creyeron ver en Bochica á uno de los apóstoles de Jesucristo, San Bartolomé ó Santo Tomás. Atribuyéronle la enseñanza del misterio de la Trinidad, del juicio universal, la introducción de las cruces, etc. Acreditaron al Cacique de Iraca (gran mago que especulaba con la ignorancia y la credulidad de los Chibchas) de pontífice máximo de este pueblo, é hicieron de su capital una Roma gentílica.

Tendré cuidado de rebatir estos y otros errores que tienden á oscurecer la verdad.

Emprendí esta obra de rectificación histórica, animado por el vivo deseo de acertar: otros la completarán, y corregirán los defectos que en ella haya.

Doy fin al prólogo poniendo este libro en manos de la estudiosa juventud colombiana; á ella lo dedico atentamente: me daré por bien recompensado de mis desvelos, si lo recibe con aprecio.

---

(1) Oviedo incluyó esta *Relación* en el segundo tomo de su *Historia*.

LOS CHIBCHAS

ANTES DE LA CONQUISTA ESPAÑOLA

CAPITULO I

Origen de las voces *chibcha*, *muisca* y *mosca*.—Límites, extensión y población de la nación Chibcha.—Unidad de origen de sus habitantes.—Bosquejo de las costumbres de sus vecinos.—Crueldad y antropofagía de los Muzos y de los Panches.—Animo apocado de los Sutagaos.—Tribus que ocupaban los Llanos.—Costumbres salvajes de los Tunebos y de los Laches.—Tradiciones de los Chibchas relativas á su origen.—Inmigraciones sucesivas que ocuparon el Nuevo Reino de Granada.—De dónde vinieron los Chibchas.

En gravísimo error incurriría quien creyera que antes de la conquista española hubo en el territorio que forma hoy la república de Colombia una nacionalidad que en algo se pareciera á la actual. Los dominios del pueblo chibcha, el más numeroso y civilizado de los que ocupaban el Nuevo Reino de Granada, cubrían apenas la duodécima parte de su extensión poblada y la quincuagésima de su total superficie. Del resto del país eran dueños gran número de naciones y de tribus independientes unas de otras, generalmente enemigas y con frecuencia en guerra, distintas en su origen, lenguaje, costumbres, prácticas idolátricas y grado de barbarie. En tales condiciones, el aislamiento era el estado natural de aquellos pueblos que, si en tiempo de paz tenían algunas comunicaciones, era sólo con las tribus ve-

cinas y con las más próximas. No había relaciones entre provincias distantes.

El interesante pueblo ó familia americana, cuyo grado de civilización tratamos de inquirir, no tenía nombre general que se extendiera á todos los Estados: cada uno de éstos era conocido por su nombre particular, con el que se designaban á la vez la provincia y el cacique que la gobernaba. Los españoles llamaron á sus habitantes *Muiscas*, por haberles oído pronunciar frecuentemente esta palabra, que en su idioma quiere decir *persona* (1), y *Moscas* por la semejanza de los vocablos *muisca* y *mosca*, y, además, porque decían que eran tan numerosos como las moscas. Ninguno de los primeros cronistas les da el nombre de Chibchas, sino el de Moscas ó Moxcas. Fray Bernardo Lugo fue el primero que dijo que la lengua que hablaban era la chibcha. El Padre Simón es más preciso, pues dice que tanto á la provincia de Bacatá, como á la lengua que en ella se hablaba, las llamaban chibchas (2). Parécenos que estos son motivos suficientes para seguir dándoles este nombre, que es el que les corresponde, y con el que son más generalmente conocidos (3).

Eran los Chibchas de estatura mediana y fornida, color cobrizo, frente aplanada y angosta, cráneo escasamente prominente, cabellos negros y lacios, nariz chata,

---

(1) Con la voz *muisca* designaban á las personas de ambos sexos, y para distinguirlas llamaban al hombre *muisca chi* (*chi*, varón) y á la mujer *muisca fucha* (*fucha*, hembra). Los Tunjanos no conocían la palabra *muisca*.

(2) T. II, págs. 114, 117 y 287.

(3) Dice Piedrahita que en la gentilidad el Nuevo Reino de Granada se llamó *Cundinamarca*. Esta voz, extraña á la lengua chibcha, que carecía de las letras *d* y *r*, fue traída por Belalcázar, del Perú. El indio que habló de la provincia de Cundinamarca á este Capitán, agregó que su cacique había tenido una gran batalla con sus vecinos los Chicas; éstos, según el cronista Herrera, tenían sus tierras al sur del Callao. Luego tal incidente no se refiere en ningún sentido á los Chibchas.

ojos negros y pequeños, pómulos salientes, labios gruesos, dientes blancos y parejos y no tenían barbas.

Ocupaban en el centro del Nuevo Reino de Granada las altas planicies de los ramales occidentales de la cordillera oriental y algunos de los valles circuídos por éstos. Formaban sus tierras una elipse irregular cuyo mayor diámetro, entre la Mesa de Jéridas, al Norte, y Pasca, al Sur, era de veintisiete miriámetros ó cincuenta y cuatro leguas, y su más extensa latitud, entre Zipacón y Lengupá, trece miriámetros ó veintiséis leguas. Medía su superficie mil leguas cuadradas, equivalentes á doscientos cincuenta miriámetros. La población era numerosa y probablemente alcanzaba á un millón de habitantes.

Recopilando todos los datos que se encuentran en las crónicas sobre los límites del territorio ocupado por los Chibchas, los describiremos á grandes rasgos (1). Empieza la elipse en el extremo norte de la Mesa de Jéridas; vuelve la línea curva que la forma al Oriente bajando el río Manco; subiendo por éste al Chicamocha hasta su confluencia con el Chitano; pasando de allí á la cordillera que separa los llanos de Casanare; continuando por el río Lengupá á la cordillera que separa los llanos de San Martín. Luégo viene la línea al Sur, detrás de Fosca y Pasca, para torcer al Occidente á poca distancia de Tibacuy, Tena, Zipacón, Pacho y Simijaca; estos siete pueblos estaban muy cerca de la frontera (2). Finalmente continuaba la línea por detrás de la peña de Saboyá, Bolívar, la peña de Vélez, y la línea que sigue paralelamente al río Suárez, completando la elipse en la Mesa de Jéridas.

---

(1) Véase la carta del territorio de los Chibchas en el *Atlas arqueológico*.

(2) P. Simon. T. II, págs. 159 y 297.

Dentro de los límites del pueblo Chibcha hemos incluído, de acuerdo con Simón y Piedrahita, á los Guanes, cuyas costumbres eran en muchas cosas las mismas que las de aquellos (1); usaban el mismo vestido y enterraban á sus caciques de una misma manera. Eran gallardos, más blancos y de mejores facciones que los Chibchas; ingeniosos y diestros en el manejo de las armas. Los españoles los comprendían en la denominación de Moscas, que daban á los Chibchas (2).

Don Juan de Castellanos pone en boca del Zipa Nemequene estas palabras:

"En los Llanos, caciques comarcanos me obedecen, y apetecen darme gusto."

Luego alguna ó algunas de las tribus que ocupaban los llanos de San Juan rendían vasallaje al Zipa; no obstante, ya que hemos querido establecer los límites dentro de los cuales vivía desde lejanos tiempos el pueblo Chibcha, hemos evitado incluír dentro de ellos parcialidades que diferían de él en origen, lenguaje y costumbres.

No estamos de acuerdo con el doctor Zerda, quien considera á los Chibchas como una aglomeración de tribus que vinieron del Norte, del Sur y del Nordeste y cuyos elementos étnicos se confundieron paulatinamente por el cruzamiento (3). Fundamos nuestra divergencia en un argumento que nos parece decisivo.

---

(1) SIMON. T. II, pág. 364.

(2) SIMON. T. II, pág. 117.

(3) Apoya el doctor Zerda esta suposición en los estudios del profesor Pablo Broca, practicados en dos pequeñas series de cráneos recogidos en *diferentes lugares de Cundinamarca;* "la primera presentaba un medio *mesaticefálico* con tendencias á la *dolicocefalia;* la otra es francamente *braquicefálica;* por los demás caracteres esos cráneos son semejantes."

El profesor Broca presentó al Congreso de Americanistas de Nancy, en 1875, una memoria sobre cráneos colombianos (*Crânes colombiens*). Estudia en ella dos pequeñas series de cráneos de las cercanías de Bogotá (no indica las localidades): la primera fue lle-

El primer hecho preciso de que da noticia la tradición es la venida de Bochica y su peregrinación por las tierras de esta nación. Contábase que había entrado por Pasca visitando los pueblos de Bosa, Fontibón, Bacatá, Serrezuela, Zipacón y Cota, de donde prosiguió su viaje al Nordeste, á la provincia de Guane, "donde hay mucha noticia de él." Desde allí volvió al Sur y recorrió la provincia de Tunja; luégo pasó á la de Iraca, entrando por Gámeza. Fray Pedro Simón, de quien tomamos estas noticias, agrega que Bochica estuvo tres días en una cueva, en un sitio que llaman Toyú, y allí "le fueron á visitar el Cacique de Ganza ó Gámeza, los de Busbanzá, Socha, Tasco, Tópaga, Monguí, Tutasá, Mongua, Pesca, Yacomí, Bombaza, Tota, Guaquirá, Sátiva, y como fueron llegando fueron ganando la antigüedad y grandeza que hoy tienen."

---

vada á Francia por M. Henri Belle, en 1869, y la segunda por el señor Ezequiel Uricoechea.

La primera serie comprende seis cráneos, cuatro de ellos deformados artificialmente. Luego no son Chibchas, pues este pueblo no tenía la costumbre de deprimirlos, costumbre que sí era propia de los Panches, tribu que habitaba á pocas leguas de Bogotá.

Los cuatro cráneos de la segunda serie, sacados de una antigua sepultura que se supone fue posterior á la conquista, no tienen ninguna deformación y pueden ser chibchas.

Dice Broca:

"Ignoro hasta qué punto estaban próximas ó distantes las sepulturas de donde fueron sacadas una y otra serie de cráneos. El examen craneológico tiende á hacer admitir que estas dos series provienen de épocas diferentes ó de poblaciones distintas."

En otra parte de su *Memoria* agrega:

"Si se comparan los dos índices craneanos de las dos series, se inclina uno á creer que hay entre ellas una diferencia de raza."

Al decir esto el autor fue bien inspirado, pues es evidente que los cráneos braquicéfalos de la primera serie fueron hallados en el territorio que ocupaban los Panches. Según él, "los tres cráneos bien deprimidos fueron sometidos á un mismo método de deformación, consistente en dos presiones opuestas, ejercida la una sobre la frente y la otra sobre el colodrillo." La observación está de acuerdo con los hechos, pues el Padre Simón refiere que los Panches "en naciendo la criatura le ponen una tablilla en el colodrillo y otra en la frente, y atándolas por los extremos aprietan ambas partes y hacen subir la cabeza hacia arriba y quedan aplanados la frente y el colodrillo." (T II, pág. 161).

La conclusión del doctor Zerda carece, pues, de fundamento.

En la época remota en que empieza á vislumbrarse la verdad histórica, vivía, pues, el pueblo chibcha dentro de los límites que le asignámos al principio de este capítulo. Desde entonces se distinguía de todas las tribus y naciones que lo rodeaban: formaba una sociedad uniforme, compuesta de pequeños estados generalmente independientes unos de otros, pero unidos por los vínculos de lenguaje, creencias, costumbres y leyes muy semejantes, que revelan un origen común.

Ninguna de estas relaciones de semejanza, características de un mismo pueblo, existía entre los Chibchas y sus vecinos, quienes se hallaban sumidos en la barbarie. Haremos una rápida reseña de éstos, ya que es preciso conocerlos. Empezando por el Occidente y procediendo de Norte á Sur, tenemos á los Yareguíes, situados frente á los Guanes, entre el Sogamoso y el Opón; seguían los belicosos Agataes, en la región que baña el río Horta: unos y otros eran semisalvajes: se dejaban embaucar por sus hechiceros, y andaban desnudos.

Los dominios de los Muzos principiaban en Saboyá y confinaban con ellos los Colimas, que "eran de la misma nación, costumbres, fragosidad, ferocidad y lengua que los indios Muzos" (1): los llamaremos á todos con este último nombre. Eran los Muzos enemigos de los Chibchas, solían entrar á sus tierras, aunque atacaban con mayor frecuencia á los Panches, y mataban y comían gente como si fueran carneros. Tuvieron los españoles ocasión de experimentar su crueldad; habiendo dado muerte estos bárbaros á algunos de ellos, les desollaron las caras y curtieron la piel, de manera que se conservaran la barba, las cejas y las pestañas.

(1) Simón, T. III, Pág. 219.

Mostraban estos rostros enjutos en sus borracheras, y cantaban en coro ensalzando la ferocidad española y diciendo que era mayor la de ellos, puesto que los habían vencido y matado.

Andaban los Muzos desnudos, no tenían caciques, y seguían el consejo de los ancianos; eran holgazanes, se ocupaban mucho en beber, y luégo que se embriagaban se mataban unos á otros; no observaban leyes ni preceptos, ni conocían más pena que la venganza, la que eludían pagando alguna multa. Ahoreábanse estos salvajes, ó se flechaban por los más fútiles pretextos: ora porque la mujer tardaba en guisar la comida, ora porque la chicha no quedaba á su gusto. Repudiaban á sus mujeres por cualquier motivo, dejándolas en libertad de volverse á casar. Fajaban el cuerpo de los niños, los metían en una estrecha cunilla de juncos y colocaban ésta empinada contra la pared, de manera que la cabeza quedara para abajo, para que se hiciera recia y redonda. No tenían adoratorios ni ritos; rendían culto supersticioso al agua, pero su propio dios era el Demonio, de quien aseguraban que andaba entre ellos tan descubiertamente, que bailaba con ellos y les mostraba que bebía. Sus mohanes eran agoreros y curanderos, quienes ejercían su oficio haciendo uso de yerbas y de hechizos.

Los más terribles enemigos de los Chibchas eran los Panches, muy inferiores en número á ellos, y que habitaban entre Villeta, Tibacuy y el río Magdalena. Más bien que hombres eran fieras estos abominables salvajes que hacían la guerra sin pensar jamás en dilatar sus dominios, sino en tener abasto de carne humana que comer, llegando á tal punto su bestial voracidad, que por leves motivos peleaban unas parcialidades con

otras, sin reparar en devorarse padres, hijos y hermanos unos á otros. Acostumbraban deprimir á sus hijos la cabeza; envenenaban sus flechas; vivían como animales, asistiendo sus mujeres y sus hijos á sus convites, sin ningún vestido; suspendían á las puertas de sus bohíos las calaveras de sus víctimas; celebraban el nacimiento del primer hijo ó hija invitando á sus parientes á comer con ellos sus delicadas carnes, y aun en ocasiones llevaban su frenética antropofagía hasta dar sepultura en sus vientres á los cuerpos de sus propias mujeres. En los combates se arrojaban como perros hambrientos á beber la sangre que salía cálida de las heridas de los que caían por tierra. Cargaban los cadáveres sin hacer diferencia entre compañeros de armas y enemigos, y los llevaban á otro lugar para comérselos después, aun sin pasarlos por el fuego. Eran los Panches "plaga cuotidiana de los Moscas, temblaban de ellos, porque los tenían por fieras indomables, y sepulcros sus impías entrañas de las suyas."

Estos indios vivían de la caza y de la pesca. Su mayor fiesta consistía en juntarse muchos á bailar y beber hasta caer. Era frecuente entre las mujeres matar las criaturas antes de nacer, dándose golpes con piedras y bañándose el vientre con el cocimiento de ciertas yerbas. Tenían por único dios al Demonio, y decían que contestaba á sus preguntas. Eran muy supersticiosos y aficionados á hechicerías; conocían, en fin, muchas yerbas, las unas saludables y las otras venenosas, y solían usar de estas últimas para matar disimuladamente á sus enemigos.

Ocupaban los Sutagaos la región comprendida entre los Ríos Pasca, Sumapaz y Magdalena, y confinaban con los Chibchas por el Sur. Eran estos bárbaros de

ánimo apocado y tenían la rapiña por principal ocupación. Salían en cuadrillas por los caminos á asaltar á los transeúntes para robarlos, sin pretender quitarles la vida. Tenían ídolos de oro, barro y madera, á quienes presentaban como la ofrenda más digna de su aceptación, parte del botín arrebatado; que de la hacienda propia nada les daban, porque decían que los disgustaban.

Al sudeste de Fosca habitaba la tribu de los Buchipas, "indios de poco ánimo y de mucha cautela."

En los llanos de San Juan, en el bajo Ariari, estaba la provincia de los Marbachares, adoradores del Sol como los Chibchas. En su territorio se hallaba el templo de este dios, donde criaban los mojas ó sacerdotes niños.

Al oriente del río Lengupá, en los llanos de Casanare, habitaban los Tecuas ó Teguas, que se diferenciaban de los Chibchas en la lengua y en el traje.

Siguiendo al Norte se hallaba la tribu semisalvaje de los Morcotes y más adelante los Tunebos, á quienes se tenía por la gente más bruta y más inmunda de los Llanos. Hombres y mujeres andaban vestidos con unos sacos de lienzo basto y sucio. No se cuidaban de peinarse, y tenían los cabellos desgreñados y llenos de inmundos parásitos; su mayor recreo era sentarse al sol y ponerse á cogerlos despacio y comérselos. Un pedazo de carne podrida y hedionda, era bocado regalado para ellos. Las asquerosas manchas blancas y azules del carate, que cubrían hasta el rostro y las manos, eran para ellos complemento indispensable de la belleza de la mujer, y cuando ésta no las tenía le daban cierta bebida que desarrollaba tan fea enfermedad. Eran estos indios muy cobardes y mansos, no tenían propensión al robo,

y se unían con una sola mujer. Rendían culto al Demonio en una laguna situada al norte del río Tame. Decían que se les aparecía en forma de una serpiente, que vive en esos lugares, llamada *güío* por los españoles. Aseguraban que hablaban con la culebra y que oían con gran reverencia sus respuestas y consejos.

Los Laches lindaban con los Tundamas y los Guanes, y llegaban hasta el río Sogamoso, enfrente á los Yareguíes. Eran estos indios en extremo bárbaros y brutales. Tenían el vicio abominable de la sodomía, detestado por las naciones que hemos mencionado. Criaban y vestían al efecto algunos de sus hijos varones como si fueran mujeres, y como tales los casaban. Su único ejercicio era la guerra y el pugilato, que llamaban *moma*. Salían las parcialidades á los campos con sus arreos de plumas, y se daban puñetazos, sin llegar á cogerse cuerpo á cuerpo, hasta rendirse ó caer lastimados. Adoraban como á dioses á todas las piedras, alegando que todas habían sido primero hombres, y que los hombres se convertían en piedras al morir, para resucitar un día. Llegaba su necedad hasta adorar su propia sombra, diciendo que el sol la hacía para darles dioses.

La corta historia de los Chibchas revela que, si los diferentes caciques que pertenecían á este pueblo se hacían frecuentemente la guerra con la mira de dilatar sus dominios, no atacaban á las tribus de distinta raza, ni pretendían someterlas. Vivían en paz con sus vecinos, menos con los Panches y los Muzos, á cuyas salvajes hostilidades oponían tenaz resistencia.

¿De dónde vinieron los Chibchas y por qué camino llegaron á las comarcas que ocuparon? ¿Cuándo y en qué número se efectuó su venida? Estas y otras cuestiones que con ellas se enlazan, son de muy alto interés his-

tórico y muy á propósito para aguzar el ingenio de los hombres de ciencia.

Interroguemos las tradiciones fabulosas de este pueblo. Los Chibchas no conservaban ningún recuerdo de haber ocupado su territorio tomándolo por conquista, ni de que en él hubiera vivido antes otro pueblo; creían ser sus primeros y únicos habitantes, y se consideraban hijos de la tierra: antóctonos. Habían localizado en sus dominios las tradiciones universales. Tenían su Eva, la fecunda diosa Bachúe. Los Sogamosos decían que habían venido al mundo antes de que el sol y la luna lo alumbraran. Los indios de la Sabana de Bogotá contaban que habían presenciado el cataclismo que dio lugar á que las aguas del Funza se abrieran paso por Tequendama.

Muchos otros pueblos han mostrado semejantes pretensiones á una alta antigüedad. Sin dar en esto razón á los Chibchas, es preciso reconocer que no se ha encontrado hasta hoy en la región ocupada por ellos ninguna clase de monumentos ni de vestigios que puedan atribuírse á anteriores moradores.

Adoptamos, sin vacilar, la opinión de los que sostienen la unidad de la especie humana, que se ve comprobada en la historia de todas las naciones. No hubo más Adán que el padre del linaje humano, que tuvo su cuna en Asia, de donde partieron los hombres para poblar los continentes. Estudiando las tradiciones y las prácticas religiosas de los Chibchas, veremos cómo parecen muchas de éstas traídas de Asia, más bien que inventadas por ellos.

Pero, ¿de dónde y por qué camino vinieron? Antes de tratar de dar una respuesta á esta pregunta, veamos cómo pudo poblarse el Nuevo Reino de Granada.

Nos permitiremos expresar algunas ideas generales sobre asunto tan importante, apoyándolas, en cuanto sea posible, en hechos históricos.

Empezaremos por un hecho negativo. Es muy probable que no hubiese inmigración ninguna que invadiera por el Sur el Nuevo Reino de Granada. Se cree que los Quitos fueron los primitivos habitantes del Ecuador, y no hay tradición que recuerde que hubieran penetrado en el territorio colombiano. Los Scyris ó Caras que vencieron á éstos, pocos siglos antes del descubrimiento de América, consta que no salieron de sus nuevos dominios. Los Incas á su vez se hicieron dueños del Ecuador poco más de medio siglo antes de la conquista, y llevaron sus armas victoriosas hasta la llanura de Pasto, pero no pasaron el río Mayo, y dieron por límite á su imperio hacia el Norte el río Angasmayo, situado algunas leguas al sur de Pasto, muy cerca de la frontera moderna.

El muy erudito sacerdote, doctor Federico González Suárez, dice terminantemente:

"Los primeros pobladores de las provincias ecuatorianas, sin duda ninguna arribaron por mar: viniendo unos del lado del Occidente por el Pacífico á nuestras costas, y descendiendo otros del lado del Atlántico por las montañas de Antioquia y Popayán, para entrar por el Norte al territorio actual del Ecuador. Tarde debieron principiar á poblarse nuestras comarcas, y cuando ya estaban habitadas otras regiones de Colombia y de Centro América." (1)

Reina grande incertidumbre respecto del origen de los americanos, envuelto en misteriosa oscuridad. La historia ha venido tarde á alumbrar con su luz los fabulosos tiempos primitivos. Larga sería la enumeración de todas las hipótesis sostenidas por sabios autores acerca de tan difícil problema, y su discusión estaría fuera de lugar en este libro.

(1) *Historia general de la república del Ecuador*, T. I, Cap. I.

Muchos y muy distinguidos americanistas sostienen que el Nuevo Continente se pobló por migraciones sucesivas que lo recorrieron de Norte á Sur.

"Un solo hecho parece indudable,—dice el marqués de Nadaillac,—y es que pueblos enteros se dirigieron durante muchos siglos del Norte hacia el Mediodía, empujándose los unos á los otros, como una ola precipita á la ola que la precedió." (1)

Según M. de Quatrefages, "la América fue poblada como por un gran río humano, que tuvo su origen en Asia y atravesó el Continente entero de Norte á Sur, recibiendo en su curso algunos débiles arroyos." (2) Por lo que hace á Colombia, no vacilamos en creer que una serie de invasiones de pueblos y parcialidades de la América septentrional y de la central llegaron á nuestras costas por el Atlántico y el Pacífico y penetraron en nuestro territorio por los ríos navegables, durante un número de siglos difícil de determinar. Eran pueblos vencidos por otros más fuertes, que seguían al Sur en busca de nuevas tierras; naciones aventureras avezadas á los peligros de la navegación y ávidas de rapiña, como los Caribes; tribus que peregrinaban hasta encontrar suelo y clima propicios. Así se explica la diversidad tan grande que existía en lenguaje, costumbres, idolatría y grado de barbarie en el crecido número de naciones y de tribus que poblaban el suelo colombiano: procedían probablemente las unas de algunos de los diferentos pueblos que invadieron las comarcas de México y la América Central; venían las otras de naciones caribes, dadas á la antropofagía.

En apoyo de nuestra opinión citaremos la muy autorizada del sabio jesuíta Padre Blas Valera, que

(1) *L'Amérique préhistorique*, Cap. VI.
(2) Discurso de inauguración del Congreso de Americanistas, que se reunió en París en 1890.

vivió en el siglo XVI, quien, después de describir las costumbres feroces de los Caribes, concluye:

"Esta generación de hombres, tan terribles y crueles, salió de la nación mexicana, y pobló la de Panamá, y la del Darién, y todas aquellas grandes montañas que van hasta el Nuevo Reino de Granada, y por la otra parte hasta Santa Marta." (1)

Una ojeada al mapa de América hará comprender el derrotero de estas inmigraciones, que invadieron el territorio colombiano por el Noroeste, el Norte y el Nordeste. Algunos hechos históricos servirán para explicar y confirmar nuestras ideas. La parte oriental fue poblada por parcialidades caribes; unas vinieron por el lago de Maracaibo, y penetraron por el Zulia; las más entraron por el Orinoco. Refiere el Padre Gumilla (2) que era costumbre inmemorial de los Caribes navegar en sus piraguas este extensísimo río y sus afluentes con el fin de cautivar mujeres y niños "para tener con las cautivas más autoridad, séquito y trabajadoras en sus sementeras, y en la chusma criados para servirse de ellos."

Dice el Padre Juan Rivero, hablando de la dilatada nación de los Achaguas:

"Empezaba á extenderse esta nación desde muy cerca de Barinas hasta San Juan de los Llanos, y desde allí hasta Popayán, sin que se les haya descubierto términos hasta ahora. Desde el puerto de San Salvador, de Casanare, iba una gran manga de estas gentes, con poblaciones hasta el Ariporo y hasta las orillas del Meta. Más de veinte provincias contaban los Achaguas bajo un mismo idioma." (3)

---

(1) La *Historia del Perú*, escrita en latín por el Padre Valera, no llegó á publicarse; el manuscrito fue destruído en su mayor parte en el saqueo de Caliz, en 1596. El inca Garcilaso de la Vega, que logró salvar las páginas destrozadas que quedaron, hace grandes elogios de esta obra en sus *Comentarios Reales*. (Véase los capítulos VI y XI).

(2) *El Orinoco Ilustrado*, T. II, Cap. VIII y IX.

(3) *Historia de las misiones de los Llanos de Casanare*, Cap. VII.

Bien se comprende que la serie de inmigraciones que dieron origen á los Achaguas se efectuaron del Nordeste hacia el Sudoeste por el Orinoco y sus grandes afluentes el Apure, el Arauca, el Meta, el Vichada y el Guaviare.

La valerosa nación de los Machanaes, indios de origen caribe que ocupaban la provincia de Cartagena, había venido de las tierras de Maracapana, en la costa de Venezuela, navegando por el litoral. (1)

Tenían los Muzos y Colimas tradición de que en no muy remotos tiempos habían subido en cuadrillas por el río Magdalena y habían ocupado las montañas comprendidas entre Saboyá y Villeta, echando de ellas con sus lanzas á la tribu de los Nauras (2), que habitaba cerca de Saboyá y se retiró más al Norte, y á los Chibchas. Estos últimos tenían allí sus sementeras de algodón, maíz, yucas y batatas, que se daban con mucha fertilidad por ser tierras templadas. (3)

Otra nación, la de los Quimbayas, conservaba el recuerdo de que había penetrado, guiada por un valiente jefe, en la comarca bañada por el río La Vieja, situada entre el Cauca y la cordillera central, y había matado á todos sus habitantes. El señor Ernesto Restrepo ha presentado las pruebas de este hecho, y ha ale-

---

(1) ZAMORA, Lib. II, Cap. II.

(2) *Décadas* de HERRERA. *Déc.* VIII, Lib. IV, Cap. VIII.

(3) Unas pocas leguas al norte de la ciudad de Muzose levanta un gigantesco cerro que los Chibchas llamaban *Furatena*, palabra que, según Fray Pedro Simón, quiere decir mujer encumbrada. (En los dominios del Zipa, *mujer* se decía *fucha*, y en otras partes *fura*). Frente á éste, y separado por el río Minero, hay otro cerro más pequeño, que decían ser su hijo. Eran estos dos cerros uno de los adoratorios más famosos de los Chibchas. Refiérese que cuando los Muzos los expulsaron de esa región, iban á hacer sus devociones y ofrecimientos á la Furatena y á su hijo, de noche y ocultándose lo mejor que podían. Cuando los Muzos lograban sorprenderlos, se los comían. (SIMÓN, T. III, Pág. 212).

gado razones que convencen de que los Quimbayas hacían parte de la rica nación de los Zenúes. (1)

Dos años antes de que los españoles entraran en las tierras del cacique París (situadas en el istmo de Panamá, á poca distancia del golfo de Pariza), había llegado á ellas *un gran ejército de gente que venía de la vuelta de Nicaragua.* Eran hombres feroces que comían carne humana. Ocuparon un valle llamado Tauraba, adonde los indios les llevaban bastimentos. Acometiólos una fuerte epidemia de cámaras y se pusieron en camino para la Costa, cuando el cacique París los sorprendió descuidados y débiles, y los mató á todos. (2)

Las crónicas no suministran noticias que permitan seguir las migraciones de otras tribus; mas por lo dicho hasta aquí, fácilmente se infiere cuál es nuestra conclusión. Los Chibchas descienden de alguno de los pueblos que ocuparon el suelo mexicano; vinieron del Noroeste, subiendo por el río Magdalena y entrando probablemente por el Opón al territorio en que se establecieron. Su migración debió de efectuarse por cuadrillas ó parcialidades, como posteriormente la de los Muzos, en una época remota y durante un período de tiempo que hoy no es posible determinar. En el capítulo siguiente hablaremos más extensamente de tan importante asunto.

---

(1) *Ensayo etnográfico y arqueológico de la provincia de los Quimbayas.*

(2) PASCUAL DE ANDAGOYA. *Relación de los sucesos de Pedrarias Dávila.* Pág. 419, y *Décadas* de HERRERA. D. IV, Lib. I, Cap. XI.

CAPITULO II

La lengua chibcha comparada con las lenguas americanas.—No tiene afinidades con el japonés, el maya, el quiché y el quichúa.—Errores de Brinton acerca del origen común de los Chibchas y de otras tribus, y la difusión de su lengua.—Comparación del chibcha con el sínsiga, el aruaco y el chimila.—Afinidades del chibcha con el talamanca, el guaymí y otros dialectos istmeños.—La migración de los Chibchas vino de la América del Norte, lejos de haber partido del país de éstos hacia Costarrica, como lo sostiene Brinton.—Semejanza de las obras de arte de los Talamancas y Chiriquíes, y desemejanza de las de unos y otros respecto de las de los Chibchas.—Similitud de algunas de sus costumbres.

El estudio comparativo de las lenguas americanas ha adelantado bastante en los últimos años para dar luz respecto de las afinidades de unas naciones con otras y del curso que debieron de seguir las migraciones de pueblos. Al idioma chibcha se le han atribuído semejanzas con el japonés, el maya, el quiché y el quichúa, pero nada satisface de lo que sobre esto se ha escrito. El eminente lingüista Daniel Brinton sostiene que no se encuentran palabras japonesas en las lenguas propias de América (1). Basta leer las diez páginas que León Douay (2) consagra á la etimología de las voces chibchas, para convencerse de que nada tiene que ver con el maya. Las etimologías quichés de algunas palabras chibchas que propone el doctor Barberena, no resisten el más ligero análisis (3). Por lo que hace al quichúa, difiere del chibcha hasta en las letras de sus respectivos alfabetos: el pri-

(1) *La raza americana: clasificación lingüística y descripción etnográfica de las tribus naturales de la América del Norte y la del Sur* (en inglés).

(2) *Etudes étymologiques sur l'antiquité américaine.*

(3) Véase el *Repertorio Salvadoreño* (Mayo de 1893).

mero de estos idiomas tiene las consonantes *ll*, *ñ* y *r* que faltan al último, á la vez que en éste se hallan las letras *b*, *f* y *g*, de las que carece el quichúa.

Los recientes trabajos lingüísticos del doctor Máximo Uhle revelan de una manera patente la afinidad de los dialectos de Costarrica y de la parte noroeste del istmo de Panamá con el chibcha, y permiten seguir la ruta que recorrió el pueblo conocido con este último nombre.

Merece este asunto ser tratado con alguna detención, y para poner los hechos en claro se hace preciso refutar algunas aseveraciones de Brinton, quien á nuestro juicio incurrió en error por deficiencia de datos. Dice este autor:

"Los más de los que han escrito sobre los Chibchas han hablado de ellos como de una nación casi civilizada, que estaba situada en medio de hordas bárbaras y sin afinidades con ninguna de ellas. Ambos juicios son erróneos. Los Chibchas no son sino uno de los miembros de una numerosa familia de tribus que se extendía en ambas direcciones del istmo de Panamá, y tenía representantes así en la América del Norte como en la del Sur. La lengua chibcha estaba mucho más diseminada al través de Nueva Granada en el tiempo del descubrimiento, de lo que han dicho posteriores autores. Era la lengua general de casi todas las provincias, y ocupaba la misma posición con referencia á los otros idiomas, que el quichúa en el Perú. Ciertamente, las más de las tribus de Nueva Granada eran reconocidas como miembros de este pueblo. No estaban los Chibchas mucho más adelantados en cultura que sus vecinos...."

En el capítulo anterior hicimos una rápida pintura de las costumbres de las tribus que rodeaban á los Chibchas. Las más de ellas no habían salido aún del estado salvaje; algunas eran antropófagas, una era sodomita, otra vivía de la rapiña y otra era en extremo sucia é inmunda, vicios odiosos á los Chibchas, con quienes ni

una sola tenía afinidades de ninguna clase. El autor no ha leído las primitivas crónicas, pues de lo contrario habría visto que en ninguna de ellas se dice que la lengua de este pueblo, el más civilizado del Nuevo Reino, fuera la general de casi todas las provincias. Conviene hacer algunas citas. Leemos en el *Epítome de la conquista* que, cuando ya pasaron los descubridores las sierras de Opón, "paresció haber llegado adonde deseaban y entendióse luégo en la conquista de aquella tierra, aunque ciegos, por no saber en la tierra en que estaban, y también porque lenguas con qué entenderse con los indios ya no las había, *porque la lengua del Río Grande ya no se hablaba en las sierras, ni en el Nuevo Reino se habla la de las sierras.*" (1) Oviedo (2), Castellanos (3) y Herrera (4) confirman esta aseveración. El Padre Simón dice que los españoles "padecieron mucho á los principios con las mal expertas lenguas," y añade "que algunas indias que habían quedado de las que salieron de Santa Marta, siendo ya ladinas en nuestra lengua, y aprendiendo con facilidad la de los Bogotáes, ó chibcha, por el más común trato que tenían con algunas indias moscas que se venían de mucha amistad á los nuestros, salieron muy buenas lenguaraces en ambas lenguas, castellana y mosca, que no fueron de poca importancia para de allí adelante seguir de intérpretes en las cosas que se ofrecían con los indios." (5) El testimonio de estos autores deja sin valor alguno las afirmaciones contrarias de Alcedo y Coleti, en que se apoya Brinton. Las crónicas que hemos citado son las verdaderas fuentes de la historia, en tanto que los diccionarios geográ-

(1) Pág. 92.
(2) T. II, pág. 384.
(3) T. I, pág. 88.
(4) *Déc.* VI, LI, cap. II.
(5) T. II, pág. 143 y 155.

ficos de Alcedo y Coleti son meras compilaciones de escaso valor histórico. Brinton cita igualmente al Padre José Cassani, quien dice de los Chibchas:

"Esta nación es extendidíssima, y su lengua lo es tanto, que quien la sabe, puede correr casi todo el vasto terreno del Nuevo Reino, á que se han extendido estas misiones."

En otra parte de su *Historia* dice el mismo Padre, refiriéndose á las misiones de los llanos de Casanare y en particular á las de los Tunebos, Morcotes, Guacicos y Chitas, que "*sus lenguas más eran dialectos de la Mosca que lenguas distintas.*" (1)

Sobran testimonios para contradecir al Padre Cassani. El cronista Herrera dice que "en todo el Nuevo Reino no hay lengua general." (2) Un sacerdote español que estuvo en el Nuevo Reino de Granada, D. Antonio Julián, autor del libro *La perla de la América, provincia de Santa Marta*, afirma lo siguiente:

"Algunas lenguas ha habido, y aun se conservan generales y extendidas en muchas naciones, y gran parte de un reino; sin embargo, por lo menos en el Nuevo Reino, cada nación que no depende de otra suele tener diferente lengua.... En el Reino de Santafé dominaba la lengua de los Moscas, nación numerosísima, que habitaba en las sabanas ó llanos deliciosos y vastísimos de Bogotá. Fuera de esos llanos, y pasando á otros climas, se hablaban ya diversas lenguas." (3)

El Padre Cassani, autor bastante falto de criterio, no estuvo en el Nuevo Reino de Granada; compuso su libro en Madrid, con arreglo á las obras manuscritas de los Padres Pedro Mercado y Juan de Rivero. Este último escribió su *Historia de las misiones* mientras ejercía el apostolado en los Llanos y en la región que baña el

(1) *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús del Nuevo Reino de Granada* Madrid. 1741. Págs. 26 y 48.
(2) *Descripción de las Indias.* Cap. XVI.
(3) Discurso XIV.

Orinoco, donde pasó los diez y seis postreros años de su vida.

"Su verdad y sinceridad está bien calificada—dice Cassani—en su virtuosa vida."

Hé aquí lo que dice tan autorizado escritor:

"Las naciones que habitan toda esta cordillera son muchas, á saber: Morcotes, Guaceos, Tunebos, Chitas, con otros.... El gentío era mucho, pues en solo Morcote, Pauto y Támara se contaban como seis mil almas cuando entraron los Padres, y junto con los Tunebos y los del pueblo de Chita formaban un gentío muy cuantioso y difícil de doctrinar, *por la variedad de lenguas.*

"Tienen los Tunebos dos idiomas, el uno muy cerrado y difícil, pero universal y que lo entienden todos; el otro, llamado *subasque,* es más fácil pero no tan general, pues no lo entienden los indios de Tierra-adentro; es gracioso este lenguaje, y tanto los verbos como los nombres tienen la asonancia de esdrújulos, y los indios hacen ostentación de hablarlo delante de quien no los entiende." (1)

En la introducción á la *Gramática chibcha* de Uricoechea, trae éste una muestra de la lengua sínsiga, "que se habla por una parte de los Tunebos en la vecindad de Chita." Son sesenta palabras, de las cuales sólo diez se asemejan más ó menos á las voces chibchas que tienen el mismo significado. Hélas aquí:

	CHIBCHA	SÍNSIGA
Lengua.....	*pcua*.....	*cúhua.*
Ojo.....	*upcua*.....	*uba.*
Oreja..... ...	*cuhuca*..... ..	*cucaja.*
Oído.....	*cuhuca chie*.....	*cucayucara.*
Pestañas.....	*upcuaga*.....	*ubanaba.*
Codo.....	*chispcua*...	*cuica.*
Maíz.....	*aba*.....	*eba.*
Piedra.....	*hica*.....	*ahaca.*
Sombrero..... ...	*pcuapcua*	*ocuara.*

(9) Págs. 54 y 55.

Según nuestro dictamen, de acuerdo con el de Uricoechea, el sínsiga era un idioma distinto del chibcha.

Fácilmente se comprende que las lenguas de esas tribus semi-salvajes, naturalmente escasas de palabras, se hubieran alterado con la vecindad y el trato con los Chibchas, como sucede en las fronteras de los países aun más civilizados, y esto dio origen á que fueran consideradas por algunos como dialectos chibchas.

Brinton encuentra afinidades de origen y de lenguaje entre los Chibchas y las tribus de los Aruacos, habitantes de la Sierra Nevada, los Taironas, que ocupaban las faldas de esta Sierra, y sus vecinos los Chimilas, que tenían sus dominios al sur de la Ciénaga. (1)

Cuando Jiménez de Quesada vino por tierra desde Santa Marta á descubrir el interior del Nuevo Reino, ya las tribus de que hemos hablado habían sido conquistadas, y él pasó con su expedición por el territorio de los Chimilas. Los intérpretes indios que llevaba conocían naturalmente esas lenguas, y sin embargo no pudieron entenderse con los Chibchas.

Por otra parte, la comparación de los idiomas versa sobre tan pocas palabras, y la similitud es en varias de ellas tan poca, que toda conclusión es aventurada. Son las siguientes:

	CHIBCHA	ARUACO	CHIMILA
Orejas.....	*cuhuca*.....	*kuhcua*.....	*kuúsaka.*
Lengua.....	*pcua*.....	*kuca*.....	*kuá.*
Pie.....	*quihicha*.....	*ksa*	
Sol.....	*sua*.....	*yuia*.....	
Casa.....	*güe*	*hui*.....	

(1) De la lista de los dialectos que Brinton considera afines del idioma chibcha, es forzoso eliminar los siguientes: aruaco, bintucua, chicamocha (no existió tal dialecto), chimila, chita y sínsiga (que quizá son uno mismo), guacico, guamaca, köggaba, morcote, tairona y tunebo. Deben agregarse á dicha lista los dialectos chumulu, gualaca y changuina.

	CHIBCHA	ARUACO	CHIMILA
Luna	*chia*.....	*tii*..... ...	*tii*
Fuego.....	*gata*.....	*guc*	
Cabeza	*sysqui*.	*zankalla*.....	
Ojo	*upcua*.....	*uba*.....	
Boca.....	*quyhyca*.	*kökka*..	*kóokua*
Mano.....	*yta*.....	*atta-kra*.....	*aattakrá*
Uno.....	*ata*....	*kutí*	*kutí*
Dos....	*bosa*....	*moga*..	*muuhuá*
Tres.....	*mica*.... ...	*maigua*.....	
Cuatro.....	*muyhica*.....	*murieié*.....	*murieié*

Pudieron los Chibchas, por una parte, los Aruacos y Chimilas por otra, traer su origen de pueblos distintos que hablaran idiomas derivados de una misma lengua madre: esto explicaría la similitud de algunas de las voces que usaban.

Tratando de la permanencia de tribus de la familia de los Chibchas en la América del Norte, se expresa Brinton en los siguientes términos:

"En los Estados de Panamá y Costarrica, cierto número de tribus estaban filialmente unidas á los puestos avanzados de la nación Chibcha, ó profundamente influídas por ellos. (1) Estas eran: los Guaymíes en Veraguas, que poseían el suelo de un océano á otro, y los Talamancas de Costarrica, quienes, divididos en cierto número de pequeñas tribus, se extendían casi hasta los límites del actual Estado de Nicaragua. Se ha demostrado recientemente, y creo que con evidencia que satisface, que sus idiomas contienen un gran número de palabras chibchas, y de tal naturaleza, que difícilmente pueden haber sido tomadas de este pueblo, pero que indican una prolongada mezcla de familias....

"El doctor Máximo Uhle ha reunido numerosas formas verbales idénticas entre los varios dialectos guaymíes y talamancas

(1) Estamos de acuerdo con lo primero, pero cambiando el calificativo *filial* por *fraternal*, pues más adelante veremos que estas tribus eran probablemente hermanas de los Chibchas, como parcialidades de una misma familia. No aceptamos lo segundo; ya dijimos que no creemos que los Aruacos, Taironas y Chimilas fuesen Chibchas.

por una parte, y el arnaco y el chibcha por otra, incluyendo los más de los simples numerales y otras muchas voces, además de las que probablemente fueron introducidas por el comercio. No deteniéndose en esto, ha desarrollado sucesivamente una variedad de leyes de cambios vocales y consonantes en los dialectos, que dan á la semejanza de los dos grupos un marcado relieve, y borran muchas de sus aparentes diferencias. Por otra parte demuestra que las terminaciones del presente y del imperativo son idénticas, porque la colocación de las palabras en la sentencia es semejante en ambos. Estos y sus otros argumentos creo que son suficientes para dar fundamento á su tesis; y yo me esfuerzo en exponerla porque la considero de una importancia extraordinaria en su aplicación á las relaciones que existían en los tiempos prehistóricos entre las tribus de los dos continentes."

Con el fin de ilustrar estos puntos, copia el autor el siguiente cuadro comparativo de las lenguas chibcha, talamanca y guaymí, formado por el doctor Máximo Uhle.

	CHIBCHA	TALAMANCA	GUAYMÍ
Cabeza.....	*sysquy*.....	*dzekung*.....	*thokua*
Oreja.....	*cuhuca*.....	*kuku*.....	
Lengua.....	*pcua*.....	*ku*.....	
Pechos.....	*chue*.....	*tsu*.....	
Mollera.....	*mue*.....	*mowo*.....	
Pie.....	*quihicha*....	*ketscha*.....	
Pájaro.....	*sue*.....	*du*.....	
Pescado.....	*gua*.....	.....	*gua*
Hormiga.....	*ize*.....	*tsa*.....	
Maíz.....	*aba*.....	*ep*.....	
Piedra.....	*hica*.....	*hak*.....	
Agua.....	*sie*.....	*di*.....	*chi*
Sol.....	*sua*.....	.....	*chui*
Casa.....	*güe*.....	*hu*.....	*xu*
Peine.....	*cuza*.....	*kasch*.....	
Uno.....	*ata*.....	*et*.....	*ti*
Dos.....	*bosa*.....	*bu*.....	*bu*
Tres.....	*mica*.....	*mia*.....	*mai*

Como entre los Talamancas y los Guaymíes se interponían los Dorasques ó Dorachos, que habitaban las serranías de Chiriquí, juzgamos natural que todos hicieran parte de un mismo pueblo situado en territorio continuo. La comparación de los dialectos chumulu, gualaca y changuene ó changuina, hablados por parcialidades de la tribu de los Dorasques, con la lengua chibcha, nos demostró que nuestra presunción era fundada. Juzgue el lector si tenemos razón en vista del siguiente cuadro: (1)

	CHIBCHA	CHUMULU	GUALACA	CHANGUINA
Lengua	*pcua*	*kuba.*	*kuba*	
Oreja	*cuhuca*	*kugá*	*kugá*	
Cabeza	*sysquy*	*duku*		*dú*
Ojo	*upcua*	*okó*	*kusokó*	*ukú*
Nariz	*saca*	*nekó*	*negú*	*oakai*
Dientes	*sica*	*su*		*su*
Sangre	*yba*	*havé*	*havé*	
Pájaro	*sue*	*dul*		
Cangrejo	*supcua*	*subak*		*suara.*
Río	*xie, sie*	*si*	*ci*	
Agua	*sie.*	*ji, si*	*ti*	*ji*
Piedra	*hica*	*hak*	*agá*	*hagá*
Casa	*güe*	*hu*	*hu*	*xu*
Maíz	*aba*	*hábu*	*ábu.*	*háu*

Volviendo á la cita de Brinton, que interrumpimos con el fin de comprobar sus observaciones, sentimos no estar de acuerdo con la conclusión que saca de sus premisas. Dice así:

"Por lo que hace á la migración, no pienso que la discusión de los cambios dialécticos deje ningún camino para la duda. Todos ellos indican frotamiento y pérdida de la forma original, tales como los trazamos de Sur á Norte-América; evidentemente las hordas errantes se movieron dentro de la última, partiendo del continente meridional. *Puesto que no hay evidencia de que ninguna tribu norte-americana emigrase á la América del Sur.*"

(1) Véase el *Vocabulario castellano dorasque*, por A. L. Pinart. París, 1890.

Esta última proposición, que nos parece demasiado absoluta, nada prueba, una vez que se le puede oponer la contraria: *no hay evidencia de que ninguna tribu suramericana emigrase á la América del Norte.* Ni los Chibchas ni los Talamancas y Guaymíes tenían ningún género de escritura, por consiguiente no conservaban recuerdo de su origen.

Volviendo á la afirmación de este autor, presentaremos un caso de migración de una parcialidad que partió de México y se estableció en el extremo noroeste de la América del Sur, en territorio colombiano. (1)

"Una colonia mexicana existía en el valle del Tilorio (valle del Duy) hacia la bahía del Almirante, y poblaba la isla de Tójar, hoy de Colón, y los pueblos de Chicaua y Moyaua, Quequexque y Corotapa en la tierra firme (hacia la punta Tervi) [2]. Su cacique Iztolín se entendió en lengua mexicana con Juan Vásquez de Coronado en 1564." (3)

No es razonable suponer que parcialidades del pueblo chibcha, tan extraño á la navegación, por hallarse muy lejos del mar y apartado de los grandes ríos, hubieran podido bajar en canoas el Magdalena y pasar el mar para llegar á Costarrica. Esto, que era fácil para las gentes que vivían cerca del litoral mexicano y que estaban avezadas á navegar, era impracticable para los Chibchas.

Pero demos por probada, por un momento, la conclusión de Brinton: tribus del pueblo chibcha emigra-

---

(1) No es nuestro ánimo sostener que el istmo de Panamá haga parte de la América del Sur; mas como Brinton señala en su obra como límite etnográfico de la América del Norte la cordillera que separa á Nicaragua de Costarrica y las cabeceras de Riofrío, nos conformamos con este concepto para el efecto de impugnar su proposición.

(2) Pinart cree que esta colonia tenía su asiento en el valle del Robalo, río que desagua en la parte occidental de la laguna de Chiriquí.

(3) Manuel M. de Peralta y Anastasio Alfaro. *Etnología centro-americana.* Madrid, 1893.

ron de la altiplanicie hacia el Norte y fueron á establecerse cerca de la Costa atlántica, en el istmo de Panamá y en Costarrica. Luego ¿de dónde vinieron entonces los Chibchas?. No fue de la tierra de los Incas, puesto que Brinton dice que "hay muchas razones satisfactorias para creer que los primeros Quichúas aparecieron en la América del Sur en el extremo norte que ellos ocuparon en los últimos tiempos (el Ecuador), y que el curso de su migración fue constantemente de Norte á Sur."(1) No descendían los Chibchas de los atrasados Quitos, ni de los Scyries, vencedores de éstos, que decían haber llegado á la costa del Ecuador, viniendo del Noroeste por mar, embarcados en balsas. Tampoco entraron por el Oriente de Venezuela, con cuyas tribus bárbaras no se les han hallado afinidades de ninguna clase. Fueron, pues, originarios de la América del Norte, y partieron probablemente del territorio mexicano. Algunas de sus parcialidades terminaron su larga peregrinación en Costarrica y en la parte noroeste del istmo de Panamá, donde se establecieron; otras siguieron navegando al Sudeste y entraron por el río Magdalena á lo interior del Nuevo Reino de Granada.

Esto es á lo menos lo que nos parece más probable, y lo que está más de acuerdo con los hechos.

Si los Chibchas, los Talamancas, Chiriquíes y Guaymíes tuvieron un mismo origen, los primeros no volvieron á comunicarse con los tres últimos, y el arte tomó distinto camino entre estas dos grandes divisiones de la familia, en los largos siglos que transcurrieron desde su separación. Las alhajas y figuras de oro, las piezas de

(1) Si los Quichúas procedieron del Norte, y ningún autor ha dicho que fueron oriundos del Nuevo Reino de Granada, forzoso es buscar su origen en la América septentrional, puesto que Brinton no cree que haya habido migraciones polinesianas á América.

cerámica, los metates y las piedras labradas de Chiriquí son tan semejantes á los de Talamanca en su forma y en sus adornos, que parecen hechos por un mismo pueblo. No sucede lo mismo si se comparan estos objetos con las obras de arte de los Chibchas, pues la diferencia es muy grande en todos sentidos. Para persuadirse de ello basta cotejar las figuras de este libro con las que trae la excelente monografía escrita en inglés por William Holmes: *Arte antiguo de la provincia de Chiriquí.* La única semejanza que hemos hallado consiste en que los Dorasques ó Chiriquíes ponían, como los Chibchas, orejas en forma de espiral á las pequeñas figuras de oro y de cobre que vaciaban.

En el modo de hacer los entierros, así como en las ideas de inmortalidad que el contenido de las guacas revela, hallamos gran similitud entre unos y otros Estados y tribus. Bien quisiéramos hacer extensiva la comparación á la religión y á las costumbres, pero por desgracia es muy poco lo que se sabe de los Talamancas, Dorasques y Guaymíes. Parece evidente que las tribus que hacían parte de estos pueblos se asemejaban á los Chibchas en que no eran antropófagas; en que los caciques tenían en algunas de ellas muchas mujeres, y la primera con quien se casaban era la favorita; celebraban el matrimonio sin ceremonias y compraban la mujer; y en otras eran sacrificados los prisioneros de guerra, ó reducidos á la esclavitud para sepultarlos más tarde con sus dueños (1).

---

(1) Las escasas noticias que se tienen de las costumbres de los Talamancas, Dorasques y Guaymíes, se hallan en los siguientes autores:

BANCROFT. *The native races of the Pacific states.* T. I.
PINART. *Chiriquí—Bocas del Toro—Valle Miranda.*
PERALTA Y ALFARO. *Etnología centro-americana.*

CAPITULO III

La lengua chibcha y las obras que tratan de ella—Cosmogonía de los Chibchas.—Chiminigagua, el Dios creador.—Bachúe, la madre de los primeros hombres.—Dos caciques convertidos en sol y luna.—Fiesta del huán.—Bochica, civilizador y maestro de la nación.—¿Existió Bochica, ó es un mito que personifica el Bien?—¿Fue uno de los apóstoles?—Las cruces chibchas.—¿Era Bochica el mismo personaje que Idacansás?—¿Quién era éste?—Errores de Piedrahita relativos á Bochica.—Quién fue Huitaca.—Formación del salto de Tequendama.

El primer misionero que estudió gramaticalmente la lengua chibcha fue el Padre José Dadey; "para conseguir su comprehensión, se hizo discípulo de los que no podían ser maestros. Hablando materialmente con los indios, les oía una palabra y la apuntaba; como podía examinaba su significación, que ponía al lado, y con suma paciencia y continua aplicación fue formando un diccionario. Hasta aquí pudo ser trabajo material; pero hecho éste, como ya hablaba corriente, empezó á observar los casos y géneros de los nombres, los tiempos de los verbos, la construcción de las oraciones, y dispuso su *Arte*, cuyos dos libros duran, hasta el día de hoy, y han sido, son y serán guía de todos" (1). El *Arte de la lengua chibcha* del Padre Dadey se perdió; sólo queda la gramática de esta lengua, que, junto con un *Catecismo* y *Confesionario* de la misma, compuso el Padre Bernardo Lugo y se imprimió en Madrid en 1619. El señor Ezequiel Uricoechea prestó á las letras colombianas el servicio de reimprimirla en 1871, agregándole el vocabulario del Padre Lugo, que se conservaba ma-

(1) PADRE CASSANI. Cap. III.

nuscrito, y poniéndole interesantes notas y comentarios. El trabajo del Padre Lugo es imperfecto, incompleto, y contiene numerosos neologismos tomados del español y aun de idiomas indígenas: esto es muy sensible, porque el escaso conocimiento de la lengua chibcha dificulta los estudios de lingüística americana comparada. No dio siquiera reglas para la pronunciación y el acento, que cayeron en olvido (1).

Faltaban á este idioma las letras *d*, *f*, *ll*, *ñ*, *r* y *v*, algunas de las cuales se encuentran en el hunsa, el tundama, el iraca y en otros dialectos, pues como este pueblo no alcanzó á tener unidad de gobierno, en cada señorío ó cacicazgo se hablaba un dialecto distinto (2).

El sonido de la *ch*, la *y* (3) y la *z* era muy diferente del castellano, y propiamente hablando no hacían uso de

---

(1) El Padre Lugo no hacía uso de la diéresis, ni aun en castellano, y por lo mismo no sabemos cómo pronunciaban los Chibchas las sílabas *gue*, *gui*. Se ignora, por ejemplo, si *casa* debe escribirse *gue* ó güe, *veinte*, *gueta* ó güeta. La *b* la vuelve *u*, como en *estaua* por estaba; *auia*, por había; *xiua* por xiba, *laguna; ytiua* por *ytiba*, punta del dedo de la mano, etc.

(2) Presentaremos como ejemplo un dialecto del Norte.

En la introducción á la *Gramática de la lengua chibcha* de Uricoechea se pueden ver once preguntas del *Catecismo* con sus respuestas en el dialecto de Tundama. Las más de las palabras que figuran en ellas tienen alguna semejanza con las voces chibchas correspondientes. Hé aquí las principales:

	CHIBCHA	TUNDAMA
Padre	*paba*	*paba.*
Hijo	*chuta*	*tutia.*
Sol	*sua*	*sa.*
Luna	*chía*	*tia.*
Tierra ó región	*quica*	*coga.*
Monte	*gua*	*gua.*
Quebrada	*guatoc*	*guiatiba.*
Rayo	*pcuahasa*	*pcuare.*
Verdad	*ocasa*	*cub.*
Pues	*nga*	*nran.*
Uno	*ata*	*atia.*
Tres	*mica*	*meia.*
Sí hay	*aguene gue*	*com chi aguene.*
Es uno solo	*atugue*	*atia gu chi.*

(3) Existe en la Biblioteca Nacional de Bogotá una gramática chibcha manuscrita, sin nombre de autor; en ella se dice que la pronunciación de la *ch* no se ha de hacer con toda la lengua, sino

esta última letra, puesto que el Padre Lugo dice que ha de pronunciarse como la *s* (1).

Era escasa de vocablos, y no pocos de ellos tenían varios significados. Las sílabas *cha*, *chi*, *cho*, *chu*, repetidas con bastante frecuencia, la hacían desagradable al oído. No se advierte en ella la languidez y la dulzura que algunos le han atribuído; más bien era monótona por la frecuente repetición de sonidos semejantes. Carecía de palabras propias para expresar ideas abstractas; no tenía nombre genérico aplicable á sus falsos dioses. Finalmente, ya que los Chibchas no conocieron ninguna clase de escritura ideográfica ni fonética, les faltó la ocasión de pulir y cultivar su lengua. Aunque tenían cantares á manera de villancicos, en los que referían los sucesos presentes y pasados, y fórmulas de oraciones para sus diversas clases de sacrificios, no nos ha quedado de ellos ni la más pequeña muestra. Por lo dicho, bien se comprende cómo se alterarían todas las tradiciones, confiadas únicamente á la memoria. Así dice, con razón, el Padre Simón "que si tienen persuadida alguna verdad, está tan envuelta en fabulosas mentiras y vanidades, que con ellas se confunde y quita su fuerza." Veamos cómo brillan verdades primitivas mezcladas con ritos absurdos.

Tenían los Chibchas noticia de la creación del mundo. Decían que cuando era noche y antes de que hu-

---

con la punta no más, y que la *y* no tiene el sonido de *e* ni de *i*, sino que suena entre las dos. Conviene advertir que los españoles convertían esa letra *y* ó *ypsilon inversa*, como la denomina el P. Lugo, en *e*, como en las palabras *chyquy*, *muyquy*, *nymy* y *quyne* (sacerdote, campo, leoncillo ó gato montés, y hueso), que pronunciaban *jeque*, *mueque*, *neme*, *quene*, y *Muequetá*, *Nemequene*, en los vocablos compuestos.

(1) Sería lógico, por consiguiente, no emplear la *z* en las palabras chibchas, y escribir Sipa, Sipacón, Sipaquirá, Saque, etc. Por conformarnos con el uso establecido, no hemos hecho esta conveniente innovación.

biera nada, estaba la luz metida dentro de algo grande, que daban á entender que era un sér omnipotente: el Chiminigagua. Este sér luminoso comenzó á amanecer y á mostrar la luz que en sí guardaba. Procedió luego á crear cosas, empezando por unas grandes aves negras, que mandó por todo el mundo echando aire resplandeciente por los picos, quedando con esto el orbe iluminado (1). El Señor de todas las cosas, el Sér bueno, creó también el sol, la luna y todo lo que forma la belleza del universo. Si los cronistas no agregaron algunos rasgos á esta cosmogonía, no puede menos de observarse que tiene cierta semejanza con las de los pueblos primitivos del antiguo continente. De Chiminigagua no hacían ninguna figura ni le tributaban culto, porque decían que debían más bien adorar al Sol, por ser criatura más lucida, y á la Luna, como á su mujer y compañera.

A una legua del antiguo pueblo de indios de Iguaque, situado al nordeste de Tunja, hay unas empinadas sierras de páramos y peñascos cortados, cubiertos de niebla casi todo el año. En una de aquellas cumbres se hace una hondonada que termina en una pequeña laguna, de donde decían los indios que luégo que amaneció y apareció la luz y fueron creadas todas las cosas, salió una mujer que llamaban Bachúe (2), y á quien, por los muchos beneficios que les hizo, dieron también el nombre de Furachogue (de *fura*, mujer; *cho*, buena, y *gue*, es). Esta sacó consigo de entre las aguas un niño de edad de tres años, y llevándolo de la mano bajó con

(1) Dice candorosamente el Padre Simón que "no advertían que es el sol el que da la luz."

(2) Palabra formada de *fac*, *afuera* (voz convertida en *bac* (cambiando la *f* por *b*), y *chue*, *pechos:* es decir, *pechos salientes* ó *turgentes*. La etimología de esta dicción era sin duda alusiva á la numerosa prole, que decían los Chibchas había criado á sus pechos, la que ellos veneraban como origen de su pueblo.

él al llano. Allí edificó una casa donde vivieron hasta que el niño tuvo edad para casarse con ella. Bachúe fue tan fecunda, que daba á luz hasta cuatro ó seis hijos á la vez. Pronto se llenó de gente la tierra de los Chibchas, porque andaba la pareja por todas partes dejando hijos que poblaran. Habiendo llegado á una edad muy avanzada, se volvieron con gran séquito á Iguaque y de allí pasaron á la laguna. Bachúe se dirigió á la muchedumbre exhortando á todos á la paz y á la concordia, á la guarda de las leyes y preceptos que les había dado, y al culto de los dioses. Concluído esto, se despidieron ella y su marido con singulares demostraciones de pena, de parte de ellos y de sus oyentes; luego desaparecieron en la laguna convertidos en dos muy grandes culebras. Contaron los indios á Bachúe entre sus dioses, y aseguraban que se les había aparecido en varios lugares.

Los naturales de Tunja y los de Iraca tenían otra fábula para explicar el origen de los hombres. Referían que cuando ya había cielos y tierra, y lo demás, fuera del sol y la luna, todo estaba envuelto en tinieblas, pero existían dos personas, el cacique de Iraca y el de Ramiriquí, sobrino del anterior (*sic*). Estos se pusieron á fabricar hombres de tierra amarilla y mujeres de una yerba alta de tallo hueco. Mas como seguía el mundo sumido en la oscuridad, el Iraca mandó al Ramiriquí se subiese al cielo convertido en sol y alumbrase el orbe. Viendo luego que la noche continuaba oscura, subióse el Iraca mismo al firmamento é hízose luna, con lo que los indios se creyeron obligados á adorar á estos dos astros. En conmemoración de este suceso celebraban en los señoríos de Tunja y de Iraca una fiesta en el último mes del año. Salían doce hombres vestidos todos

de colorado, con guirnaldas, y llevando sobre la frente un pájaro pequeño. En medio de ellos estaba otro vestido de azul, y todos cantaban tristemente, haciendo recuerdo de la muerte, y era deber del cacique convidarlos á todos y alegrarlos dándoles mucha chicha, con lo que olvidaban pronto la muerte y no pensaban sino en regocijarse. ¿No es esta una ingeniosa alegoría del año de doce meses, en la que el personaje de librea azul representa el sol, y los de librea colorada las doce lunaciones? ¡Qué bien pinta esta fiesta, por otra parte, el carácter de los indios, pasando con tánta facilidad del dolor al placer, y ahogando siempre sus penas en la chicha!

Ya había dado Bachúe leyes á los Chibchas y les había enseñado el culto de los dioses; ya adoraban al Sol y á la Luna, pero aún estaban muy atrasados y vestían toscamente, cuando se apareció en la Sabana de Bogotá, viniendo por el Oriente y entrando por Pasca, un extranjero de edad provecta, de crecida barba, con los cabellos largos hasta la cintura, recogidos en la cabeza con una faja ó rodete (1). Andaba descalzo, cubríale el cuerpo una almalafa ó manto, cuyas puntas ataba sobre el hombro con un nudo. Este era el civilizador y maestro de los Chibchas; Boehica, Xue (2) ó Nemterequeteba (3), nombres con que fue más generalmente

(1) Algunos autores modernos tienen por cierto que Bochica era de raza blanca, pero esto no lo dice ningún cronista.

(2) *Xue* ó *Zue*, significa *mi señor*. y *hue*, *señor* ó *amo*.

(3) Castellanos escribe *Neuterequeteua*, en vez de *Nebterequeteba* (cambiando la *b* por *u*. como era de uso entonces); el Padre Simón, *Nemterequeteba*, y Piedrahita, *Nemquetheba*.

El Padre Simón, que sigue en lo que se refiere al civilizador de los Chibchas el relato de Castellanos, ampliándolo con noticias importantes, no le da el nombre de Bochica, sino los otros dos que acabamos de citar. En esta parte nos adherimos sin vacilación á Castellanos, por ser más antiguo, por haber tenido motivos para estar mejor informado, y porque los demás cronistas y autores modernos, con excepción de Acosta y Ternaux Compans (que no

conocido. Decían algunos que tres predicadores habían venido en diferentes tiempos, pero los más sostenían que era un mismo personaje, lo que nos parece más aceptable. La diferencia de nombres se explica fácilmente, si se tiene en cuenta la variedad de los dialectos que se hablaban, y los apodos que le daban, movidos por la veneración que le tenían. Tan grande era esta veneración, que llegaron á considerarlo como el mensajero de Chiminigagua, el Dios creador, y como á tál le pusieron el epíteto de Chimisapagua. Decían que había venido veinte ciclos de setenta años antes de la entrada de los españoles; mas ellos no tenían cronología, como lo veremos más adelante, y así no puede darse á sus cómputos ni una estimación aproximada. Lo que sí es cierto es que la figura de Bochica es el centro de las legendarias tradiciones de los Chibchas.

En el capítulo primero trazámos el itinerario que siguió en su peregrinación este famoso reformador. Cuéntase que antes de seguir para el Norte se detuvo unos días en Cota, predicando con gran concurso de gente de toda la comarca, desde un sitio un poco alto al rededor del cual cavaron un foso de más de dos mil pasos, para que la muchedumbre no lo atropellara y pudiera predicar más libremente. Muchos indios principales hicieron *santuarios* en aquel sitio, en los que enterraron tunjos de oro y esmeraldas De noche se recogía el maestro á una cueva á las faldas de la sierra.

---

leyeron la *Historia del Nuevo Reino de Granada*), se conforman con el dictamen de este autor.

Finalmente, Piedrahita escribe erradamente *Zuhé* en vez de *Xue*, y da el mismo nombre al sol, contribuyendo con esta falsa sinonimia á que se confunda este astro con Bochica. Los otros cronistas llaman al sol *sua*.

Mala guía son los cronistas para las voces chibchas, pues las alteran con frecuencia por falta de conocimiento de esta lengua. Por ejemplo, á los sacerdotes ó *chyquy* los llama alguna vez el Padre Simón *ogques*, y Piedrahita *chuques*. Al Sol, *Sua*, lo trueca Jiménez de Quesada en *Usa*, etc.

Por todas partes donde iba enseñaba á las gentes á hilar algodón, tejer mantas y adornarlas con pinturas. Refieren que en sus predicaciones los instruía en muchas verdades, convenciéndoles de que las almas son inmortales, que reciben premio ó castigo según sus obras, y que los cuerpos han de resucitar. Dióles varios buenos preceptos, entre otros el de socorrer con limosnas á los menesterosos, y con el ejemplo de una vida austera les enseñó á practicarlos.

En el cacicazgo de Iraca se hallaba muy divulgada la noticia de Bochica, aunque con algunas variaciones. Aseguraban que había venido cuatro edades antes á aquel valle, en tiempo de un cacique llamado Nompaném; que traía en la cabeza y los brazos la señal de la cruz y en la mano una macana que le servía de bordón. (1)

En Iraca fue muy venerado de Nompaném y sus vasallos. Propúsose este cacique hacer que en sus tierras se cumpliesen los preceptos del maestro, y le pidió consejo sobre las penas que debía aplicar como sanción. Contestóle que los mandamientos debían guardarse voluntariamente y no con rigores de este mundo, pues en el otro hay premios reservados para los observantes de la ley, y castigos para los transgresores.

Unos afirmaban que el célebre maestro murió en Sugamuxi; otros, que de allí pasó á Iza, donde también predicó; "desde allí se desapareció, que nunca más lo

(1) Dice el Padre Simón que el civilizador de los Chibchas era conocido en Iraca con tres nombres: Sugumonxe, *hombre que se hace invisible;* Sugunsua, *sol que desaparece*, y Sadigua, *nuestro padre.* Como este cronista atribuyó á Bochica las hechicerías de Idacansás, es muy probable que tales nombres, que no menciona Castellanos, fueran propios del último, á quien convienen mejor.

Si, como parece natural, en el dialecto de Sugamuxi la voz *sugun* era equivalente de *invisible*, y *muxi* (semejante á muisca) á *hombre*, se explica fácilmente la etimología de las palabras *Sugamuxi* y *Sugumonxe*, *hombre que se hace invisible* ó que desaparece, y *Sugunsua*, *sol que se hace invisible.*

vieron, dejando en una piedra estampado un pie de los suyos, en que tienen hoy tánta devoción los indios é indias, que van éstas á raspar aquella piedra y la beben para tener buen parto." (1) El cacique Nompaném hizo correr la noticia de que al tiempo de su muerte lo había dejado por heredero de su gran santidad.

Esta que el Padre Simón llama "tradición certísima que tienen todos los deste Reino," la califica el barón de Humboldt de "fábula india," y considera á Bochica como la personificación del principio del Bién (2). Todo lo que los Chibchas atribuían al maestro es tan humano, tan natural y tan distante de lo maravilloso y mitológico, que para nosotros es indudable que él existió. Sometido el pueblo á quien desde lejanas tierras vino á civilizar, al yugo despótico de sus caciques, admirador de las hazañas de la fuerza y de la destreza, habría inventado, para rendirle culto, un héroe osado, autor de grandes proezas, que hubiera reunido la nación bajo un sólo cetro; pero jamás se le habría ocurrido imaginar un reformador austero y desinteresado, que recorriera el país enseñando, sin pretensiones al ejercicio de la potestad civil ó religiosa para sí ó para otros. Un pueblo tan sensual, que no concebía á sus dioses, ni aun al Sol, sin compañera, no se habría forjado un maestro célibe y exento de vicios.

El obispo Piedrahita, de acuerdo con personas doctas que vivieron en su tiempo, creyó que Bochica era el apóstol San Bartolomé. Esta opinión no tiene

(1) SIMON. T. II, pág 316.

(2) Para Brinton Bochica es la personificación de la Luz. Alega en favor de esta opinión, que vino por el Oriente, y que los Chibchas lo tenían por el mensajero de Chiminigagua, en cuyo nombre dice que se encuentran las palabras *chie*, luz, y *gagua*, sol. Tal etimología no es exacta, pues *luz* se dice *chie* y no *chi*, que quiere decir *nuestro*, y para nombrar al sol no tenía esta lengua más vocablo que *sua* (*American hero-myths*).

fundamento. Es cierto que los Chibchas ayunaban, tenían gran respeto á la virginidad, y hacían peregrinaciones y fiestas de rogativas; pero estas prácticas fueron propias de muchos pueblos antiguos.

Atribuían á Bochica la introducción de las cruces, las cuales, dicen, como símbolo de alegría, les mandaba pintar en las mantas y poner en los sepulcros. Agrega el Padre Simón que con el tiempo alteraron su forma, echándoles unas rayas que las hacían semejarse más bién á signos de escribanos.

Ningún cronista dice que los Chibchas tributaran culto á la cruz, ni los conquistadores hallaron cruces en sus templos ni en sus casas de habitación. Tampoco se han visto figuradas entre los objetos que depositaban en sus sepulcros. Cuenta el Padre Simón que cuando entraron los españoles hallaron cruces trazadas con almagre indeleble en unas peñas altas y que él mismo vio algunas cerca de los pueblos de Bosa y de Soacha. (1) ¿Tenían estas cruces alguna significación, ó las pintaban como hubieran pintado un triángulo ó un cuadrilátero? No es posible averiguarlo; pero la imaginación concibe fácilmente la figura de la cruz, pues para ello basta ver á un hombre de pie con los brazos extendidos.

También se ha dicho que en el pueblo de Boyacá encontró el Padre Fray de Montemayor un simulacro con tres rostros en un cuerpo. Esto puede ser cierto, y convenimos en que tal circunstancia facilitara la predicación del Evangelio, pero no prueba que hubieran tenido idea alguna de la Trinidad.

Como las tradiciones de los Chibchas eran confusas y oscuras, ha habido tendencia en varios autores á atri-

(1) Sólo hemos visto cruces pintadas en alguno de los grandes bloques de Bojacá. No están aisladas, sino inscritas dentro de cuadriláteros.

buír á Bochica hechos que son imputables á otro personaje, el cacique Idacansás, siguiendo en esto la opinión del obispo Piedrahita, que de los dos hace uno solo. El primer cronista que escribió la leyenda del maestro fue Castellanos, quien habla en términos muy precisos de Idacansás, distinguiéndolos uno de otro en su relato.

Este autor dice:

I el Bochica,
A quien ellos alaban por muy santo,
No me parece que deb'a serlo,
Pues afirman morir en Sogamoso,
Donde son los mayores idólatras
Y universal abismo destos yerros.

A esto observamos que si los pueblos olvidaron su doctrina por seguir á un audaz hechicero, no es Bochica quien merece vituperio. Continúa diciendo:

Y al tiempo de su muerte, según dicen,
Al cacique dejó por heredero
De su gran santidad y poderío,
Y *tienen hoy por muy averiguado*
Ser aquel territorio tierra santa,
Y quel cacique della tiene mano
Para poder mudar los temporales,
Llover y granizar, y enviar hielos,
Y los demás efectos que proceden
De la media región, y baja y alta (1).

Al hacer esta enumeración de efectos producidos por la magia, atribuyéndolos al cacique en tiempo presente ("el cacique tiene mano,") deja sin explicar por el momento el origen de estos sucesos.

Para que el lector siga con más facilidad nuestro raciocinio, cedemos de nuevo la palabra al célebre cronista, quien dice, 138 páginas más adelante:

(1) Ponemos en letra cursiva los pasajes transcritos, á los cuales queremos llamar la atención de una manera especial.

Hubo tiempos pasados un cacique,
Idacansás llamado, que en su lengua
Significa *luz grande de la tierra*,
El cual tenía gran conocimiento
En las señales que representaban
Haber mudanzas en los temporales
O de serenidad ó tempestades,
De sequedad, de pluvias, hielos, vientos
O de contagiosas pestilencias,
Por el sol, por la luna, por estrellas,
Por nubes, aves y otros animales,
Y cosas que le daban cierta muestra
En aquella provincia que regía
De venideros acontecimientos;
Y por ventura como hechicero,
Por comunicaciones del Demonio
Que, como gran filósofo, diría
Estas revoluciones y mudanzas
Al gran Idacansás, cuyos juicios
Como vieron en él ser puntuales,
Entendieron venir por orden suyo
Y acudían á él con varios dones
A la necesidad correspondientes
De lo que pretendía cada uno,
Reverenciándolo como quien era
Oráculo común que consultaban,
No sólo sus vasallos, pero cuantos
Indios hay en aqueste Nuevo Reino.

Luego no existió en Bochica la pretendida dualidad. No fue á la vez predicador de una doctrina pura y falso profeta.

El Padre Simón habla con algún desconcierto de estos hechos y acaba por contradecirse; dice lo siguiente:

"El cacique de Sogamoso cobró mayor brío en lo que intentó luego que desapareció Bochica de su pueblo y valle, pues dio en publicar le había dejado cuando se partió por heredero de toda su santidad, y que así *tenía la misma facultad para hacer llover cuando quisiese, como el otro lo hacía, enviar heladas, escarchas, fríos, calores, secas, enfermedades, como él quisiese.....*"

Sigue una página en desarrollo del mismo tema, y luego concluye:

"Aunque no falta quien diga haber tenido esto principio en un cacique de buen entendimiento y discurso, que habiendo gastado con el demonio muchos días en las obscuridades del sol, luna, estrellas y nubes, aves y animales, vino por experiencia y conjeturas á sacar (adivinar) estos sucesos antes que vinieran, como lo hace la buena y acertada astrología, ó por ventura *por ser el cacique Idacansás, en quien dicen comenzó este grande hechicero*, y por pactos que tenía con el demonio, con quien de ordinario hablaba, vino á alcanzar estas revoluciones y mudanzas de tiempos como de un maestro que alcanza esto y mucho más en filosofía."

Conviene rectificar otros dos errores en que incurrió Piedrahita.

"En memoria deste Bochica, (dice), ay una carrera abierta desde los Llanos á Sogamoso, que tendrá como cien leguas de longitud, muy ancha, y con sus valladares ó pretiles por una y otra parte, por la cual dicen que subió el Bochica desde los Llanos al Nuevo Reino."

Extraño sería que en tan remota época hubieran hecho los habitantes de Iraca una tan larga y costosa carrera, al través de un territorio ocupado por tribus salvajes. Esto está, además, en desacuerdo con la tradición general de los Chibchas, que decían haber venido Bochica á sus tierras entrando por Pasca y no por Sugamuxi. Finalmente dice, refiriéndose á los indios, que afirmaban haber vivido el maestro retirado en Iraca veinte veces cinco veintes de años, pasados los cuales fue trasladado al cielo; esta fábula no la mencionan Castellanos ni el Padre Simón.

Después de que desapareció el maestro, cuentan que vino una mujer de gran belleza, conocida con los nombres de Huitaca, Chie ó Jubchasguaya (1). Esta les

(1) En lengua chibcha llamaban *guaía* á la madre, y *paba* al padre.

predicaba vida ancha, placeres, danzas y borracheras, en una palabra, todo lo contrario de lo que les había enseñado Bochica. Seguíala gran multitud de gentes que se avenían muy bien con la laxitud de sus doctrinas. Muchos creían que era la Bachúe, como si la madre y benefactora de los Chibchas hubiera podido convertirse en mujer perversa. Indignado el Chimisapagua, que desde el cielo contemplaba la destrucción de su obra de reforma, la convirtió en lechuza (1) y dispuso que no saliera sino de noche. Concluye Castellanos diciendo que los indios contaban tantas transformaciones, que de sólo su memoria se escribiría un volumen más grueso que las *Metamorfosis* de Ovidio.

Los cronistas están de acuerdo en ver en Huitaca, un sér imaginario, una personificación del Demonio, el propio rey de los países idólatras, que ataca, desvirtúa y destruye todo germen de bién y altera hasta la ley natural, grabada por Dios en el corazón de todos los hombres. Esta misma es nuestra opinión.

Había transcurrido algún tiempo después de la desaparición de Bochica, á quien los Chibchas, por gratitud á sus beneficios, colocaron en el número de sus dioses. El demonio Huitaca había logrado oscurecer y desfigurar la doctrina del maestro, cuando el dios protector de los Bacatáes, Chibchachum, indignado por el modo como recibieron ciertas cosas que hizo por favorecerlos, trajo de otras partes, ayudado por Huitaca, los ríos Sopó y Tibitó para que desaguaran en el Funza. Con esto se anegaron las tierras, de manera que la sa-

(1) Según Piedrahita, "*dicen los más* que el Bochica la convirtió en lechuza; *otros* que la trasladó al cielo, para que fuese mujer del sol y alumbrase de noche, y que desde entonces hay luna." Este pasaje ha hecho decir erradamente á algunos autores modernos que los Chibchas creían haber poblado la meseta de Bogotá antes de que la luna acompañase á la tierra.

bana quedó inundada y los habitantes se retiraron á las montañas, en las que carecían de comida por no tener donde hacer sus siembras. Imploraron entonces á Bochica con clamores, ayunos, sacrificios y penitencias: él se les apareció en figura de hombre, colocado en lo alto de un vistoso arco iris, y los favoreció en su aflicción, arrojando su vara de oro hacia Tequendama y haciendo que ella abriera las peñas para dar paso al río y para que no hubiera otro diluvio.

El acto final de esta leyenda hace recordar las palabras que dijo Dios á Noé, luego que terminó el diluvio:

"Pondré mi arco en las nubes, y será señal de alianza entre mí y entre la tierra."

El cataclismo que dio lugar á que las aguas del Funza se abrieran cauce por Tequendama, precipitándose á una gran profundidad, creemos que fue muy anterior á la ocupación de este territorio por los aborígenes. En nuestra opinión, los Chibchas, que trajeron de otra parte la tradición del diluvio universal, ó la recibieron de Bochica, sorprendidos por el imponente trastorno geológico que revela el Salto, localizaron allí el memorable suceso.

Más adelante referiremos otros mitos ó leyendas que se relacionan con la historia fabulosa de los Chibchas.

CAPITULO IV

Los dioses chibchas.—El Sol y la Luna—Bochica y Chibchachum.—Cuchabiba, el arco iris.—Bachúe y su esposo.—Chaquéo.—Nencatacoa.—El diablo, *guahaioque*.—Descripción de los templos y adoratorios de los Chibchas.—Idolos, y ofrendas que les hacían.—Fiestas de rogativas.—Idolillos lares.—Gran abundancia de ídolos que tenían.—Rendían culto á las lagunas, ríos, bosques, etc.—Noviciado de los jeques; enseñanzas que recibían en sus cucas ó seminarios.—Su vida austera y retirada.—Uso que hacían de la coca.—Sahumerios.—Ofrecimientos y peticiones hechos por medio de ellos.—Viejos hechiceros y agoreros.—Supersticiones y agüeros que fomentaban.—Yerbas y bebedizos.—Amuletos de que se servían los hechiceros para vaticinar y modo de usarlos.

Los Chibchas eran idólatras: tenían multitud de dioses, pues cada uno podía inventar los que le conviniera, pero reverenciaban especialmente á unos pocos, más generalmente conocidos. Ya que no rendían culto al omnipotente Chiminigagua, adoraban al Sol, *Sua*, que ocupaba el primer puesto entre sus dioses, junto con su compañera Chía, la Luna. (1)

¡Extraña divinidad era el Sol, de quien decían que era el que se comía los hombres, y aquel en cuyo honor hacían frecuentes sacrificios humanos! ¡Y el pueblo que tenía por cosa abominable comer carne humana; el que jamás quiso imitar á sus vecinos los Panches y los Muzos en esa práctica brutal, era el que adoraba un dios sanguinario, un dios de quien los Chibchas mismos decían que esta carne era su manjar! Cuando vinieron los españoles, los indios los tuvieron por hijos del Sol,

(1) Uricoechea escribe *Chie* en su *Gramática chibcha*, de conformidad con el *Vocabulario chibcha*, manuscrito de la Biblioteca Nacional; Quesada, Oviedo, Simón, Piedrahita y Zamora escriben *Chía*, y Chía, además, era y aun es el nombre de la población fundada en honor de la diosa.

que los enviaba para castigar sus pecados, y como "la fama publicaba que devoraban gentes, y que carnes humanas eran su mejor comida," hubo lugar donde les arrojaran niños para que saciaran su apetito. Llamábanlos *sue* ó *suagagua* (de *sua*, sol, y *guasgua*, muchacho) y también *suachia*, hijos del Sol y de la Luna.

Dice el Padre Simón que al Sol no lo adoraban en templos, "porque decían era imposible meter tanta majestad entre paredes"; pero él mismo habla de templos dedicados al Sol en Guachetá, y del que construyó Garanchacha en Hunsa; los cronistas citan, además de éstos, el de Bacatá, que era de los principales, y el de Fúquene. Chía tenía casa de adoración en el pueblo que lleva su nombre.

Bochica era dios venerado en todas las tierras de los Chibchas, y superior á Chibchachum: éste era protector y báculo (*chum*, báculo) de los habitantes del estado de Bacatá, de cuyo territorio no se separaba jamás para favorecerlos constantemente en sus necesidades. Ambos daban leyes y enseñaban cómo se debía vivir. Irritado Bochica contra Chibchachum por haber éste anegado la Sabana, le impuso el castigo de que cargara en sus hombros toda la tierra, que descansaba antes sobre enormes guayacanes; mas como el nuevo Atlas tenía que pasar el mundo de un hombro á otro para descansar, su esfuerzo titánico producía terremotos. A estos dioses no se les podía ofrecer sino oro; respondían cuando eran consultados por los jeques, pero sin dejarse ver, porque no tenían forma corpórea. Bochica era particularmente el dios de los caciques y capitanes, y Chibchachum el de los mercaderes, orífices y labradores.

El arco iris, metéoro que los Chibchas creían que

era aire resplandeciente, fue personificado y adorado con el nombre de Cuchabiba, por haber servido de alto asiento á Bochica cuando formó el Salto de Tequendama. Era el abogado de las mujeres de parto y de los enfermos de calenturas; ofrecíanle algunas veces oro bajo, pero más generalmente esmeraldillas y cuentas de Santa Marta. Su aparición era motivo de terror para los indios por haberles anunciado Chibchachum que ésta sería causa de la muerte de muchos. Para aplacar á Cuchabiba le hacían sacrificios.

La diosa Bachúe, madre de los Chibchas, gozaba de gran veneración; tenía el encargo especial de dar amparo á las hortalizas, y se le ofrecían sarmientos de moque y resinas. Acostumbrábase fabricar ídolos al niño que ella sacó de la laguna, de la estatura y edad que tenía cuando salieron de ella, y aun se asegura que en un templo dedicado á la fecunda pareja en Iguaque, se veneraba una estatua maciza del niño, hecha de oro fino.

El gran templo de Sugamuxi, incendiado cuando la conquista, estaba dedicado al dios Remichinchagagua, de quien nada dicen las crónicas.

Chaquén tenía á su cargo los términos y los puestos en las carreras, que algunas veces hacían parte del programa de las fiestas de los caciques, y en las que eran premiados los más aventajados corredores. Dedicábanle los adornos usados con motivo de estos regocijos públicos, así como la plumería que se ostentaba en estas ocasiones y en las guerras (1).

Siendo los Chibchas tan dados á la bebida, tenían naturalmente su Baco, que los acompañaba en sus borracheras, bailando y cantando con ellos. Se llamaba

(1) Según Acosta, Chaquén cuidaba también de los linderos de las sementeras. El Padre Simón, único cronista que habla de este dios Chibcha, no le da tal atribución.

Nencatacoa, y era, además, protector de los tejedores y pintores de mantas. Asistía á las rastras de maderas que bajaban de los montes, y se hartaba de chicha, única cosa que se le podía ofrecer. Presentábase en figura de oso cubierto con una manta, con la cola por fuera. Solían darle el nombre de *Fo*, que quiere decir *zorra*, porque algunas veces tomaba la figura de este animal.

Incompleto nos quedaría este catálago de falsos dioses si no incluyéramos en él al inspirador de toda idolatría, al que excitaba al sacrificio de víctimas humanas, fomentaba la embriaguez y las disoluciones, al Demonio, en fin, á quien llamaban *guahaioque*. Todas las antiguas religiones profesaban la creencia en el Demonio, creencia que se encontró muy arraigada en América. En el Nuevo Reino de Granada no había quizá una tribu que no le rindiera culto en una ú otra forma, y muchas no tenían más religión que la demonolatría (1).

Los Chibchas respetaban y obedecían al Demonio ofreciéndole sacrificios, aunque tenían conocimiento de que era su enemigo, y de que les enseñaba cosas contrarias á la razón y á la ley natural. Su servil sujeción tenía por causa el temor al mal que pudiera hacerles. Muchos comprendían que los ídolos, obra de sus manos, no tenían ningún poder para favorecerlos en sus necesidades, pero decían que el diablo lo mandaba y quería ser honrado en el culto que les tributaban. Además, como los jeques y embaucadores convencían á los pobres indios de que hablaban con el Demonio y que éste les daba respuestas que les comunicaban, se dejaban seducir fácilmente.

Tenían los indios en cada pueblo templos ó ado-

(1) Véase E. Restrepo. *Estudios sobre los aborígenes de Colombia.* Cap. v.

ratorios, unos comunes y otros particulares, todos dedicados á alguno de los dioses que hemos nombrado, ó á otros muchos que cada uno hacía á su antojo y por su mano, para el propósito que quería. Eran generalmente casas ó bohíos muy ordinarios; tenían el suelo cubierto de espartillo blando y estaban llenos de barbacoas y poyos á la redonda, donde ponían varias figuras grandes y pequeñas, hechas de oro, cobre, madera, arcilla, hilo de algodón y cera, que representaban sus falsos dioses. Estas figuras, comúnmente mal hechas, eran colocadas siempre por parejas, varón y hembra, y les ponían cabelleras, colas á algunas de ellas y las envolvían en mantas. El célebre templo de Iraca fue construído sobre fuertes y muy pesados maderos, plantado cada uno sobre un esclavo vivo, porque decían que, fundados sobre sangre humana, no estarían expuestos á quebrarse. Las paredes estaban esteradas de carrizos cuidadosamente puestos y trabados. De las casas principales de los caciques salían unas carreras muy bien niveladas, de siete á ocho pasos de anchura y hasta de media cuadra de longitud, con valladares á uno y otro lado; terminaban en las puertas de los templos, adonde iban á hacer oraciones y sacrificios.

En los montes, en los caminos, á la orilla de ciertas lagunas y en otras muchas partes, se encontraban ermitas ó adoratorios.

Entraban los indios á los templos á hacer sus devociones y ofrecimientos con el mayor recato, muy despacio, bajos los ojos y haciendo muchas y grandes inclinaciones, que repetían á la salida. Oraban por sus caciques. Pedían á sus ídolos, que eran sus intercesores, rogaran por ellos al Sol y á la Luna que les dieran agua para sus maíces y todo lo demás que habían menester.

Ofrecían por mano de los jeques figuras, hechas de oro, de varios cuadrúpedos, aves, reptiles é insectos; casquetes, tiraderas, brazaletes, diademas y vasos de variadas formas, también de oro; esmeraldas, mantas, cuentas de hueso de distintos colores y frutillas de moque para los sahumerios. Colocaban por orden las mantas en las barbacoas de sus templos, y en petacas puestas sobre estas mismas algunos de los objetos indicados. En todas sus casas de adoración tenían puestos mucho oro y esmeraldas, y para guardarlos usaban especiales alcancías ó gazofilacios, de dos clases distintas. Las unas eran vasijas en figura de hombre, mal proporcionadas, hechas de barro y abierto el casco de la cabeza, por donde el jeque introducía las ofrendas de figuritas de oro de que hemos hablado; luego se tapaba la abertura con un bonete redondo ó con cuatro picos, hecho de arcilla ó de plumas, con un palillo en el centro para quitarlo y ponerlo. Los otros eran ollas ó múcuras enterradas en el suelo del templo, dejando sólo descubierto parte del cuello. Luego que una y otra alcancía estaban llenas, las enterraban los jeques en lugar secreto, y ponían otras nuevas. Con harta frecuencia, y particularmente en los primeros tiempos que siguieron á la conquista, han tropezado el arado ó la barra con frágiles vasos llenos de tunjos de oro.

Destinaban los Chibchas ciertos días para sus fiestas religiosas. Las que celebraban en Marzo y Junio tenían por objeto aplacar á sus dioses. Quemaban en los primeros días de cada uno de estos meses la basura de la casa, y sacaban al campo la ceniza junto con la del hogar. Hacían que los muchachos se lavaran antes de amanecer, y los enviaban con una mochila de red, después de haberlos azotado. Pocos días más tarde volvía cada

muchacho, y traía algún presente al que le había dado los azotes. Hacia el fin del mes salían los mancebos engalanados con altos penachos de plumas, y corrían los cerros; daba el cacique una ó dos mantas al más ligero, y concluían las fiestas con la acostumbrada borrachera de chicha.

Cada indio tenía en su casa uno ó más ídolos que le servían de dioses lares. Estos ídolos eran casi todos pequeños: cuando más medían una cuarta; los hacían de oro, y si el indio era muy pobre, los tenía de barro ó de madera, con un hueco en el vientre, dentro del cual ponía oro y esmeraldas. La figura 1 reprepresenta uno de estos idolillos de madera.

Los guardaban con tanta devoción, que los llevaban consigo á todas partes en una esportilla colgada del brazo. En la conquista de Tunja, como los soldados indígenas trajeran su santo atado al brazo, los españoles alzaban con él, y sus dueños se quedaban creyendo que se lo quitaban por devoción. El guerrero número 19 (lámina VIII) tiene una como cinta flotante, que puede ser la atadura del idolillo.

Eran tan supersticiosos, que tenían ídolos para cada acción humana, para las diferentes enfermedades, para el día y para la noche; los de esta última clase los libraban de sueños pesados y angustiosos. Un sólo hecho bastaría para dar una idea del número de ídolos que conservaban en sus adoratorios. El Padre Alonso Ronquillo fue durante seis años doctrinero en el pueblo de Gachetá; logró convertir á dos famosos jeques, que le ayudaron á descubrir muchos *santuarios*. Refiérese que este misionero trajo á Santafé más de trescientos ídolos, fuera de trescientas cargas más de ellos que quemó en presencia de los indios que les rendían culto. La figura

2; labrada muy toscamente en madera, era probablemente un ídolo.

Han olvidado los autores parar la atención en una forma particular del politeísmo entre los Chibchas, á la que pudiera darse el nombre de panteísmo naturalista. No dirigían sus adoraciones únicamente á los dioses que representaban en los ídolos y tunjos; muchos rendían culto á las lagunas, ríos, arroyos, montes, cuevas, peñascos y otros sitios naturales. Esto lo hacían, ora porque hallaran en ellos alguna singularidad que hiriera su imaginación, ora porque, pasando cerca de ellos, hubiesen sentido algo extraordinario: un estremecimiento, mucho viento, algún trueno, la caída de un rayo, etc. Consideraban todos estos accidentes como señales que les daban los lugares mismos en que querían ser venerados.

Tan cierto es que dirigían sus adoraciones á los *santuarios*, que en el *Confesionario* en lengua chibcha, compuesto por el Padre Bernardo Lugo y usado por los misioneros, se encuentran las siguientes preguntas:

"¿Has adorado los *santuarios?*

¿Has ayunado al *santuario?*

¿Has ofrecido al *santuario* mantas chicas, pepitas de algodón, esmeraldas, oro, moque, cuentas ú otra cosa, y cómo?" (1)

Estas preguntas dan idea clara del modo como se rendía culto á los *santuarios*, cuya guarda estaba al cuidado de unos viejos santeros hasta de cien años de edad, "á los cuales si les dan un millón de tormentos no declararán dónde y á qué parte está el oro." (2)

---

(1) Después de la conquista solían los indios ofrecer á sus *santuarios* y ocultar en ellos imágenes, rosarios, libros, llaves, etc. Un padre franciscano sacó de un *santuario* que descubrió en Zipaquirá una bota para vino, una capilla de fraile, un bonete de clérigo y un libro de casos de conciencia.

(2) VARGAS MACHUCA. *Milicia y descripción de las Indias.*

Dos ejemplos servirán para demostrar hasta qué punto llegaba el respeto y la veneración que los indios tenían por sus *santuarios.*

Cuenta Rodríguez Fresle que, deseoso de sacar de la laguna de Teusacá dos caimanes de oro que se decía se habían echado en ella, persuadió á un jeque, que había estado encargado de este *santuario.*

"Me llevó, (dice), á él, y así como descubrímos la laguna, que vio el agua de ella, cayó de bruces en el suelo, y nunca lo pude alzar de él, ni que me hablase más palabra. Allí lo dejé, y me volví sin nada."

El Capitán Vargas Machuca refiere otra anécdota. Dice así:

"A mí me sucedió en el Nuevo Reino de Granada, llevando una noche bien clara, con luna, un indio por guía de un *santuario,* ir temblando, *diciendo que se había de enojar el santuario,* y el cielo había de arrojar rayos, y yo diciéndole que era un perro hechicero, que no haría tál y que él lo vería, y, llevándole á fuerza de brazos, comenzó á tronar y relampaguear, cubriéndose el cielo y lloviendo muy fuertemente con gran tormenta; quedó de esto el indio tan temeroso, que de ninguna manera le pude pasar, el cual me dijo que me fuese solo, que me daría todas las señas, y que luego abonanzaría la noche. Siéndome forzoso, así lo hice, y como el indio me dijo así fue, que luego aclaró y abonanzó y salió la luna, y él creyó en su superstición, y yo llegué á mi *santuario* y hallé el asiento del que lo había mudado, que en aquella tierra lo tienen de costumbre mudarlos, los que no están debajo de tierra, de ocho á ocho días, porque los españoles no den con ellos. Y volviendo á mi indio no le hallé donde le dejé, halléle donde habíamos salido, al cual reñí mucho porque se afirmaba en que había sido verdad todo lo que me había dicho, y aunque lo fue, no por las causas que él decía, sino por el movimiento natural." (1)

---

(1) El Padre Simón es el único cronista que contradice nuestra opinión, pues se expresa así:

"No todos tenían sus adoraciones en los templos, pues las de muchos las tenían dedicadas en lagunas, arroyos, peñas, cerros y otras partes

Los sacerdotes de los Chibchas eran llamados *chyquy*, palabra que los españoles cambiaron por la de *jeques*. Heredaban siempre esta dignidad los sobrinos hijos de hermana, como sucedía respecto de los caciques. A los que tenían este derecho, los sacaban de mediana edad de la casa de sus padres, y los encerraban en un edificio que llamaban *cuca*, apartado del pueblo, y especie de seminario dirigido por un indio viejo. Este los hacía ayunar con grande abstinencia; no comían en el día sino una escasa porción de mazamorra ó puches de harina de maíz, sin sal ni ají, y raras veces les permitían agregar algún pajarillo ó unos pocos pececillos de los arroyos. Enseñábales el viejo las ceremonias de su culto y de sus sacrificios, las supersticiones de su idolatría, el orden que debían observar para hablar con el Demonio, el uso de ciertas yerbas de que se servían para curar las heridas y otras enfermedades, los hechizos y ademanes ridículos con que debían aplicarlas, etc. (1) Cumplidos

---

de particular y singular compostura y disposiciones, *no porque tuviesen estas cosas por dioses, sino que por la singularidad que tenían les parecía ser dignas de mayor veneración*, ó porque pasando por ellas les había sucedido alguna singular cosa, como zumbarles los oídos, temblarles las manos, haber venido mucho viento, algún gran trueno ó rayo, *diciendo que con aquello les hacía seña el Demonio para que lo venerasen en aquellos lugares.*" (T. II, pág. 293).

Castellanos y Piedrahita son bien precisos; el primero dice:

Y aun no todos ofrecen en los templos
Ni á ídolos hechura de sus manos,
Pues *muchos reverencian á las sierras,*
A las lagunas, fuentes y á los ríos,
A cuevas, á quebradas, á peñascos
Y *á plantas* donde hacen sus ofrendas,
Sin que sepan decir los inventores
Primeros de las tales ceremonias. (T. I, C. I).

Según Piedrahita "en varias partes adoraban montes, lagunas, ríos, árboles y muchos ídolos que tenían en sus *santuarios.*"

(1) Uricoechea hace de estas casas de enseñanza verdaderas academias. Hé aquí lo que dice:

"La ciencia de los Chibchas estaba en los seminarios; allí se enseñaban los ritos y ceremonias, se explicaban las creencias, se recordaban las tradiciones, y se formaba la historia; se aprendía el cómputo del tiempo, las reglas de moral práctica, el arte de los hechizos y el de la palabra, y se formaban los hombres que debían ilustrar al pueblo, comentar las leyes y fomentar el culto." (*Gramática chibcha.* Introducción).

los doce años que duraba el noviciado, le horadaban las narices y orejas al candidato y le ponían zarcillos y nariguera de oro; acompañábanlo muchos indios hasta un riachuelo, donde se lavaba todo el cuerpo y vestía mantas nuevas. De allí seguía con su séquito á la casa del cacique, quien le daba la investidura de jeque, el calabazuelo ó poporo para guardar el hayo, algunas mantas finas y pintadas, y le concedía licencia para ejercer en sus tierras el sacerdocio. Celebrábase este acto con grandes fiestas, danzas y bebida abundante, y ofrecían sacrificios para que el nuevo jeque se ejercitara en ellos.

Habitaba el jeque en el templo (1), de donde sólo salía para cumplir las funciones de su ministerio, ó para dar asistencia médica á los enfermos. No tenía que preocuparse por la subsistencia, pues su sementera y labranza se la hacían en común, y para su vestido le daban mantas los que le entregaban ofrendas para los ídolos. Vivía con mucho recogimiento y abstinencia, comiendo sólo cosas ligeras y poco nutritivas. Estaba obligado á guardar celibato, porque decían que teniéndole por hombre santo, por consejero en los asuntos graves, y debiendo, además, presentar las ofrendas á sus dioses, convenía que observase vida exenta de mancha carnal. Si llegaba á cometer alguna falta contra la castidad, se le privaba de la dignidad del sacerdocio. Hablaba poco, ayunaba con frecuencia, y sometía su cuerpo á ásperas penitencias, sacándose muchas veces sangre en abundancia.

El sueño del jeque debía ser corto; pasaba la mayor parte de la noche mascando, sin tragar, hojas de coca que mezclaba con un polvo calcáreo hecho de ciertos caracoles y conservado en un calabazuelo. Con un

(1) Así lo dicen Castellanos y Piedrahita. Según el Padre Simón, tenía su casa cerca del templo.

palillo sacaba un poco de esta mezcla, que era tenida por muy sana y de mucho sustento, para llevarla á la boca pasándola por las encías. El mismo hacía la cosecha y preparación de las hojas, cortándolas una á una con la uña del dedo pulgar, á raíz del tallo, extendiéndolas en mantas y poniéndolas á tostar al fuego en una vasija de barro. Como estimaban tanto la coca, sahumaban con ella á sus dioses. Además, quemaban con este mismo fin frutillas de moque, semejantes á cabrahigo, trementina parda y unos caracolillos y almejuelas que despedían tan mal olor, que dice Castellanos: "e de aquestas es abominable hedor, y tál al fin cual lo merece el hijo de maldad por quien se hace."

Cuando el año era seco y amenazaba el hambre, se sometían los jeques á un muy rigoroso ayuno que duraba algunos días, terminado el cual subían á un monte destinado al efecto; allí quemaban moque y mechones untados de trementina, y, tomando las cenizas, las esparcían por el aire, diciendo que de aquellas se habían de congelar las nubes, y llover y suceder la abundancia á la carestía.

Ya hemos dicho cuáles eran los lugares preferidos por los indios para sus devociones. Cuando algún hombre ó mujer tenía una necesidad, acudía á consultarla con el jeque, á quien sólo en tales casos era permitido mirar y hablar á las personas de distinto sexo. El jeque mascaba tabaco en su bohío, pretendiendo que consultaba al Demonio, y luego indicaba el número de días que debía ayunarse. El ayuno era muy severo y no se podía interrumpir, aun cuando hubiese peligro de morir en él. Obligaba á la castidad, á la abstinencia de carne, de pescado, sal y ají, condimento preferido de ellos, y á privarse de lavarse el cuerpo, cuidado que tenían muy

frecuentemente. (1) Concluídos los días de ayuno, que llamaban *saga*, entregaban al jeque la ofrenda. (2) Este, que también se había preparado con ayunos, se desnudaba aquella noche á veinte pasos del *santuario*, y escuchaba primero si se oía algún ruido: muy quedo se acercaba á él, y poniéndose al frente levantaba en ambas manos la figurilla de oro ó de otra materia, que llevaba envuelta en algodón; decía en pocas palabras cuál era la necesidad del que la ofrecía, y pedía el remedio para ella. Finalmente, postrándose, la arrojaba al agua, la metía en una cueva ó la enterraba, según fuese el *santuario*, y se volvía dando pasos atrás al lugar donde había dejado el vestido. (3) A la mañana siguiente daba cuenta de la respuesta del Demonio al que le había presentado la ofrenda, expresándose con palabras equívocas, y el indio se retiraba satisfecho, retribuyendo antes su trabajo con dos mantas y algún oro. Volvía á su casa, se mudaba el vestido que se había puesto para el ayuno por otro nuevo y galano, y convi-

(1) Por desgracia se ha perdido mucho el hábito de la limpieza entre los descendientes de los Chibchas; lo que acabamos de decir no es invención nuestra; claramente lo dice Castellanos:

"No se lavan el cuerpo, *siendo cosa que todos ellos usan por momentos.*"

(2) Fuera de este y otros ayunos de circunstancia, tenían los indios uno general que duraba dos meses; sólo se les prohibía el uso de la sal. Estaban, además, obligados á guardar continencia. Con este ayuno decían que vivían más religiosamente y dejaban de enojar al Sol.

(3). Idolo se decía *chunso* en lengua chibcha, de donde viene la palabra *tunjo*. También se decía *chunsua*, voz con que designaban igualmente los *santuarios*.

La palabra *santuario* tenía triple significado para los conquistadores, quienes con este vocablo designaban todo lugar de devoción reverenciado de los Chibchas, distinto de los templos y las ermitas, donde los jeques depositaban ú ocultaban las ofrendas de que acabamos de hablar, y también los puntos de los bosques y otros sitios donde enterraban oro y esmeraldas. De aquí provino la expresión *sacar santuario*, de que se servían cuando descubrían algún depósito de estas ofrendas.

Los soldados españoles llamaban también *santuario* á los ídolos lares que tenían los indios en sus casas. (OVIEDO, T. II, Cap. XXIII).

daba á sus parientes y amigos, á quienes festejaba durante algunos días. Bailábase, cantábanse villancicos apropiados á la circunstancia, y, sobre todo, se bebía gran cantidad de chicha. (1)

No había jerarquía entre los jeques; todos ellos eran iguales, y si algunos llegaban á hacerse famosos, debían esto á méritos ó servicios especiales. Tampoco obedecían á ningún superior de la clase de los sacerdotes; error en que incurrió Quesada y que acreditó Piedrahita, fue el de que el cacique de Iraca fuese cabeza de los jeques y pontífice máximo ó sumo sacerdote de

(1) Alguna vez habían de ser los engañados los mismos jeques embaucadores, en lugar de los pobres indios. Hé aquí un suceso ilustrativo que ocurrió en tiempo de Rodríguez Fresle, en el último cuarto del siglo XVI:

"Estaba en el pueblo de Ubaque por cura y doctrinero el Padre Francisco Lorenzo Era este clérigo gran lenguaraz, y, como tan diestro, trataba con los indios familiarmente y se dejaba llevar de muchas cosas suyas, con que los tenía muy gratos, y con este anzuelo les iba pescando muchos *santuarios* y oro enterrado que teníau con este nombre; sacóle, pues, á un capitán del pueblo un *santuario*, y éste, con el enojo, le dio noticia del *santuario* del cacique viejo, diciéndole también cómo sería de dificultoso el hallarlo sino era que el jeque que lo tenía guardado lo descubriese, y díjole á dónde estaba.....

"El Francisco Lorenzo entró por una labranza hasta llegar á los ranchos del jeque; sintió que estaba recuerdo y que estaba mascando hayo, porque le oía el ruido del calabacillo de la cal. Sabía el Padre de muy atrás, y del examen de otros jeques y mohanes, el orden que tenían para hablar con el Demonio. Subióse en un árbol que caía sobre el bohío, y de él llamó al jeque con el estilo del diablo, que ya él sabía. Al primer llamado calló el jeque; al segundo respondió, diciendo: 'Aquí estoy, señor, ¿qué me mandas?' Respondió el Padre: 'Aquello que me tienes guardado saben los cristianos de ello, y han de venir á sacarlo, y me lo han de quitar; por eso llévalo de ahí.' Respondió el jeque: '¿A dónde lo llevaré, señor?' Y respondióle: 'A la cueva del pozo, que mañana te avisaré adónde lo has de esconder.' Respondió el jeque: 'Haré, señor, lo que mandas.' Respondió, pues: 'Sea luego, que ya me voy.' Bajóse del árbol, y púsose á esperar al jeque, el cual se metió por la labranza y perdiólo de vista. Púsose el Padre en espía del camino que iba á la cueva, y al cabo de rato vio al jeque que venía cargado: dejólo pasar, el cual volvió con presteza de la cueva y en breve espacio volvió con otra carga; hizo otros dos viajes y al quinto se tardó mucho. Volvió el Padre hacia los bohíos del jeque, vista la tardanza, y hallóle que estaba cantando y dándole al calabacillo de la cal; y de las razones que decía en lo que cantaba, alcanzó el Padre que no había más qué llevar. Partióse luego hacia la cueva, llegó primero á los bohíos adonde había dejado su gente, mandó encender el hacha de cera, y llevándolos consigo se fue á la cueva, adonde halló cuatro ollas llenas de santillos y tejuelos de oro, pájaros y otras figuras, *quisques* y tiraderas de oro; todo lo que había era de oro, que aunque el Padre Francisco Lorenzo declaró y manifestó tres mil pesos de oro, fue fama que fueron más de seis mil pesos."

los Chibchas (1); éste tenía las mujeres que quería (2); no era jeque, ni se extendía su poder religioso fuera de sus dominios, aunque era generalmente venerado, y considerado su estado como tierra santa.

Además de los jeques, hacían el oficio de hechiceros y agoreros un número considerable de viejos de ambos sexos, que iban de casa en casa por los pueblos masceando tabaco y embriagándose con el sumo del borrachero *(datura)*, tomado en infusión para adivinar la buena ventura. ¡Miserables embaucadores eran éstos, que, no teniendo de qué vivir, hacían del engaño una industria, y se rebajaban á ejecutar acciones y gestos ridículos para no morirse de hambre!

Vamos á dar una idea de las varias supersticiones, agüeros y criminales abusos que fomentaban los hechiceros entre el vulgo; para este trabajo nos servirán de guía, además de los cronistas, las preguntas que tenían costumbre de hacer los misioneros á los indios en el *Confesionario.* (3)

Los Chibchas hacían uso de yerbas y bebedizos para curar las enfermedades y para obtener otros fines, como matar á una persona ó hacerle algún mal, procu-

---

(1) Hé aquí las propias palabras de Quesada, citado por Zamora (pág. 136):

"El pueblo de Sogamoso es el asiento del fundamento de su religión; aquel pueblo es su Roma de ellos, y aquel cacique su pontífice máximo, y del fundador de aquella población, ascendiente y tronco de los sogamosos modernos, salió la falsa ley, y idolatría, de que en ambos reinos de los Moscas se usa y reverencia."

Existe copia del epitafio del Sugamuxi, el último jefe de Iraca, compuesto en lengua chibcha, probablemente por los Padres Franciscanos, sus amigos, que fueron quienes dieron sepultura cristiana á su cuerpo. El título que en dicho epitafio se le da es simplemente el de *psihipcua*, que equivale á cacique.

(2) Refiere el Padre Simón (T. II, pág. 196,) que cuando los españoles entraron á Sogamoso, el cacique "no fue el postrero en la huída," y que hallaron solas sus casas "por haber él ya prevenido de sacar *sus mujeres, sus hijos*, y algunas de sus riquezas."

(3) Véanse las *Gramáticas chibchas* del Padre Lugo y de Uricoechea.

rar el aborto, facilitar pronta muerte á un enfermo, etc. Cuando el conquistador Jiménez de Quesada llegó al Nuevo Reino, las indias cautivas que servían á los españoles de mala gana, echaban hojas de borrachero en la olla en que guisaban la comida. Cada día amanecían algunos de ellos locos y haciendo desatinos, cosa que á todos los tenía atónitos, sin poder explicarse el motivo, hasta que algunas indias descubrieron la causa á sus amos y les mostraron el arbusto, que llamaban *tyhyquy*.

Pedían yerbas ó drogas á los hechiceros para hacerse querer de las mujeres, y los buscaban para que les explicaran los sueños.

Cuando veían zorros, gorriones, lechuzas, hocicudos ú otros animales que lloraban ó daban voces delante de ellos, creían que les anunciaban algo bueno ó malo que les había de suceder.

Si perdían ó les hurtaban alguna cosa, tomaban ó hacían tomar para hallarla infusión de borrachero. En caso de hurto pagaban con frecuencia al hechicero porque la buscara. Este hacía ó fingía hacer diez caminos que partieran del lugar donde se había hecho el robo. Luego, atribuyendo cada camino á uno de los distintos dedos de la mano, se embriagaba ligeramente con borrachero, y advertía ó más bien suponía que le temblaba alguno de ellos. Daba su respuesta señalando ese camino, pues por él se habían llevado el hurto, y si haciendo diligencia no lo encontraban, perdido se quedaba.

No emprendían cosa alguna de importancia sin inquirir antes el resultado que pudiera tener. Con este fin comían dos yerbas, una después de otra. (1) Decían que pasadas algunas horas les daba el Sol á entender lo

(1) *Yop* y *osca* las llama Oviedo.

que habían de hacer en el negocio que le consultaban. Para el efecto tenían las coyunturas del cuerpo clasificadas unas de buenas y otras de malas. Según las que se les movieran después de tomadas las yerbas, juzgaban si el éxito de lo que intentaban sería feliz ó desgraciado.

En las minas de Somondoco tomaban ciertas yerbas con las que decían saber en qué veta hallarían más hermosas y grandes esmeraldas. La extracción de estas preciosas piedras se hacía en ciertos tiempos del año con muchas ceremonias y sacrificios. Refiere Oviedo que ningún indio que no fuera del señorío de Somondoco podía sacar esmeraldas ni ver las minas, porque tenían el agüero de que moriría dentro de una lunación. (1)

Algunos grandes hechiceros pretendían que podían mudarse á voluntad en leones y tigres é imitar en sus actos á estas fieras. A las veces salían en los bailes con una piel de zorro con cabeza, puesta á las espaldas y asida con las manos por las patas. Este disfraz lo llamaban el *Fo.*

Dice Castellanos, como temeroso de engolfarse en la relación de las prácticas supersticiosas de los indios:

Hacer memoria de otras opiniones
Que corren por aqueste barbarismo
Son tan absurdas todas, que haría
Ridículo sartal de disparates,
Porque como les falta los cimientos
De sólida verdad, en lo que dicen
Los unos y los otros se confunden.

Nosotros no consideramos ociosos esos detalles. Ellos sirven para demostrar hasta qué punto se ofusca

(1) Aunque Herrera dice que sí lo podían hacer otros indios, nos atenemos al dicho de Oviedo, corroborado por Sanmartín y Lebrija.

la razón y se degrada el espíritu en los pueblos donde reina la idolatría y *faltan los cimientos de sólida verdad.*

Damos fin á este capítulo con la descripción que hace el Padre Simón de un hechicero á quien él mismo vio en el pueblo de Tota, donde estuvo algún tiempo de doctrinero:

"Saliendo de decir misa encontré un viejo llamado Paraico, medio bufón y atruhanado, y teniendo noticia era mohán, le hice desvolver la poca ropa que traía y le hallé en una mochila los instrumentos del oficio. Eran un calabacito de polvos de ciertas hojas que llaman *yopa,* y de ellas otras sin moler, y un pedacito de espejo encajado en un palito, una escobilla, un hueso de venado hendido al sesgo por la mitad y muy pintado, hecho á modo de cuchara, con el cual, cuando hacen sus mohanerías, toman de aquellos polvos y los echan en las narices, que por ser fuertes hacen salir luego un humor que les cuelga hasta la boca. Lo miran en el espejillo, y si corre derecho es buena señal para lo que pretenden adivinar, y por el contrario si corre torcido; y para que esté el labio de arriba más desocupado, lo traen todos muy rapado, y limpios de barba los que la tienen. Límpianse aquello después con la escobilla, y también la ceniza que se han echado en la cabeza, y péinanse el cabello. Con estas señas exteriores hemos venido á hallar muchos en aquel valle que tienen estos instrumentos." (1).

(1) T. v, pág. 60.

CAPITULO V

Ideas de los Chibchas sobre la vida futura.—Recompensas y castigos.—Resurrección de la cacica de Guatabita y de su hija.—Juicio universal y resurrección general, según Castellanos.—Vicios comunes entre los indios.—Cómo cumplían los deberes morales para con los demás.—Solemnes procesiones religiosas.

Las ideas espiritualistas de los Chibchas eran muy confusas. La misma voz con que designaban el alma, *fihisca*, significaba *aliento*, *huelgo*.

Creían que las almas son inmortales, y que en la muerte se separan de los cuerpos y bajan al centro de la tierra por unos caminos y barrancas de tierra amarilla y negra, pasando primero un gran río en unas barcas de tela de araña, y no mataban estos insectos para que no escasearan las telarañas. Tenían un concepto material de la vida futura, pues en ella esperaban seguir viviendo como en ésta, en provincias y pueblos de términos demarcados, con sus mujeres, comiendo y bebiendo. Por esta razón se hacían sepultar los caciques con tres ó cuatro de sus mujeres preferidas, con sus mejores esclavos para que les sirvieran, y además, con comidas, chicha, vasijas, vestidos y telas con qué hacer otros, armas, joyas, etc.

No tenían infierno ó lugar destinado para el castigo de los malos; tanto estos como los buenos bajaban al centro de la tierra, pero mientras los unos gozaban de gran descanso y placer, á los otros les estaban dando muchos azotes.

Observa muy juiciosamente el autor del *Epítome*,

que creían tan bárbara y confusamente en la inmortalidad del alma, "que no se puede, de lo que ellos dicen, colegir si en lo que ellos ponen la holganza y descanso de los muertos es el mesmo cuerpo ó el ánima por sí." No culpamos, pues, á los cronistas, por las oscuridades que en lo tocante á este punto notamos en ellos; atribuímoslas más bien á la profunda ceguedad de los indios. Si ponían en las sepulturas, junto con las cosas de uso del difunto, comestibles para el gran viaje, no era, sin duda, para que se quedaran indefinidamente debajo de tierra. Si los caciques disponían que se embriagara á sus favoritas y á sus esclavos preferidos para sepultarlos en su compañía, era para bajar pronto á gozar con ellos en su paraíso. Comprendemos que pudieran forjarse la ilusión de que los cuerpos que enterraban pasaran pronto á resucitar en el centro de la tierra, ya que acostumbraban dejarlos para siempre en una misma fosa. Mas ¿podían tener la misma ilusión en lo tocante á los numerosos cadáveres momificados que conservaban en los templos y en las cuevas, y que estaban viendo constantemente? Creemos que su obcecación era tan grande, que no se daban cuenta de esta dificultad.

En el único caso de resurrección que los Chibchas contaban en sus leyendas, la cacica de Guatabita se arroja á la laguna junto con su niña de pecho y la muchacha que le servía de carguera. Las tres mueren ahogadas, y vuelven el mismo día á la vida en unas casas mejores que las que dejaban, situadas en el fondo de la laguna. Logró un jeque sacar la niña, pero llegó muerta á la tierra. Llevóla entonces de nuevo á su madre, y resucitó la niña por segunda vez. Es muy digna de notarse la circunstancia de que la cacica se proponía criar á su hija para que le tuviese compañía. Tenían

quizá la esperanza de que los niños continuaran creciendo en la otra vida.

No pocas dificultades presenta el siguiente pasaje de Castellanos, transcrito por el Padre Simón y Piedrahita, con escasa variación en el estilo:

También esperan ellos el juicio
Universal, y dicen que los muertos
Han de resucitar y para siempre
Vivir en este mundo, de la suerte
Que agora viven, y es porque presumen
Ser este mundo permanescedero
De la misma manera que lo vemos.

No se comprende cómo hubieran podido concebir los Chibchas la idea tan elevada de un juicio universal, que para ellos no tenía objeto. Si sus cuerpos estaban gozando en unión de las almas en el centro de la tierra, si no había separación de buenos y malos, y sólo se distinguían en que, mientras los unos disfrutaban de bienes y comodidades, los otros estaban afligidos por los males que les sucedían y los azotes que les daban, ¿á qué fin una segunda muerte en su paraíso para resucitar en la tierra donde habían vivido primero? El indígena que habló á Castellanos del juicio universal, tomó esta idea del dogma católico para atribuírla á la religión de los Chibchas.

Lo que dice al fin el autor, que presumían que este mundo permanecerá de la misma manera que lo vemos, sí nos parece muy natural que lo creyeran, pues no tenían motivos para juzgar que las cosas pudieran pasar de otro modo.

Las ideas de moralidad que derivan de la ley natural, grabada profundamente por Dios en el corazón humano, se habían alterado y depravado entre los Chibchas con motivo de las supersticiones á que estaban su-

jetos. De aquí provenía el que en ciertas ocasiones fueran muy tolerantes con los vicios, y en otras calificaran de meritorios actos que en sí mismos no tienen virtud alguna, puesto que el individuo no es agente de ellos, sino que los sufre involuntariamente. Juzgaban de la suerte buena ó mala que había de tener cada uno en la otra vida, por la enfermedad que causaba su muerte. Quedaban esperanzados de que los que morían de calenturas, de dolor de costado ó de cámaras de sangre, irían al lugar del descanso.

"Los que mueren por sustentación y ampliación de su tierra, dicen questos, aunque han sido malos, por sólo aquello están con los buenos deseansando y holgando; y ansí dicen quel que muera en la guerra y la mujer que muere de parto, que se van derechos á deseansar y á holgar por sólo aquella voluntad que han tenido en ensanchar y acrecentar la república, aunque antes hayan sido malos y ruines." (1)

Cuando juzgaban, por el género de muerte del paciente, que éste tendría una desgraciada vida futura, se entristecían y no se ponían mantas nuevas. Pero si presentían que había de ser feliz, le barnizaban la cara con bija, perfumaban la sepultura con trementina, la cubrían con un pequeño bohío y la adornaban con unas figuras semejantes á cruces hechas de hilos de varios colores.

¡Qué estímulo podía existir para obrar bien en una sociedad donde se creía que las determinaciones ineludibles de un hado fatal decidían de la suerte definitiva de los hombres!

Por lo que hemos dicho se comprenderá cuán laxa sería la medida de los deberes morales entre los Chibchas. Eran vicios comunes entre ellos la embriaguez, la lujuria y la mentira. Rodríguez Fresle dice, hablando

(1) *Epítome de la conquista del Nuevo Reino de Granada.*

de sus grandes borracheras: "adonde el que más incestos y fornicaciones cometiera era más santo." Aunque en esto haya exageración, hay mucho fondo de verdad.

Los sangrientos y bárbaros sacrificios que hacían de niños y de hombres habían desarrollado en ellos instintos feroces. La crueldad, que era carácter distintivo de casi todas las tribus que poblaban el Nuevo Reino de Granada, lo fue también de los Chibchas, aunque estaban más adelantados que las otras.

Veamos cómo se comportaban en sus relaciones con los demás.

Cuando la mujer daba á luz dos hijos gemelos, se tenía por señal de incontinencia, y al segundo que nacía le quitaban la vida.

Trataban mal á sus mujeres, que les servían como verdaderas esclavas, pretextando que las compraban.

Eran humanos con sus enfermos; los acompañaban, y llamaban á los jeques y hechiceros para que los recetaran. Juntábanse muchos á verlos fallecer. Tenían por dichoso al que moría de rayo ó de muerte repentina, porque había pasado de esta vida sin dolores.

Cuando sus padres llegaban á la ancianidad y no podían trabajar, faltaban á la obligación de mantenerlos y los echaban de sus casas. Viéndose necesitados, se iban viejos y viejas de pueblo en pueblo convertidos en hechiceros y agoreros.

No se acostumbraba socorrer á los pobres, y su desgracia era más bien motivo de burla. (1)

Mataban en la guerra á cuantos enemigos podían, aunque se les rindieran; cuando los muertos eran de la tribu de los Panches, llevaban sus cabezas para colo-

---

(1) Una de las preguntas que hacían los misioneros en la confesión á los indios, era ésta:
"¿Has hecho burla de los pobres?"

carlas en sus adoratorios. Si lograban capturar al cacique ó señor, lo traían á su tierra, le sacaban los ojos y lo dejaban con vida para ultrajarlo en sus fiestas. Quemaban los pueblos de los vencidos y sacrificaban los niños al Sol. De la suerte de los mayores de edad decidían á su antojo. (1)

Eran los Chibchas muy religiosos en su idolatría, sumisos y respetuosos para con sus caciques y peleaban con valor en defensa de sus tierras.

Bien quisiéramos extendernos un poco más sobre el punto tan importante del cumplimiento de los deberes morales; pero por desgracia es muy poco lo que á este respecto hemos podido hallar en los cronistas.

Las víctimas que los Chibchas destinaban al sacrificio eran generalmente niños de otras tribus ó naciones. Acabamos de ver que reservaban para la inmolación los niños que tomaban á sus enemigos en guerra. Otros eran traídos de la provincia de los Marbachares, situada en los llanos de San Juan.

Antes de hablar de estos sacrificios, describiremos las solemnes procesiones religiosas que hacían en ciertos tiempos del año, especialmente en el de la cosecha, que era en Septiembre.

Celebrábanse en las anchas carreras que conducían al cercado del jefe del Estado ó cacicazgo, quien asistía á ellas acompañado de los principales de su dominio y de un crecido número de sus súbditos. Pintábanse de bija y de jagua los que se exhibían en ellas, engalanábanse con variados trajes y disfraces, se ataviaban con diademas, medias lunas, patenas, collares y narigueras de oro y mucha plumería, y marchaban divididos en cuadrillas. Cada cual ostentaba su riqueza; muchos re-

(1) Oviedo. Lib. xxvi, cap. xxx.

presentaban animales, y se mostraban cubiertos con pieles de leones, tigres y osos. Los sacerdotes llevaban puestas coronas de oro en forma de mitras. Seguíales una prolongada cuadrilla de hombres pintados sin disfraz ni joya alguna. Estos lloraban implorando al Sol y á Bochica por su zipa ó cacique, y pidiéndoles les concediesen lo que pedían. Para hacer más patentes sus ruegos llevaban la cara cubierta de máscaras con lágrimas pintadas. Luego entraba otra numerosa compañía, riéndose los unos con estrépito y saltando de alegría, diciendo otros que ya el Sol les había concedido lo que pedían los delanteros. En pos de estos iban otros disfrazados con máscaras de oro, arrastrando sus mantas por el suelo, como para barrer la carrera á los que les seguían. Estos, ricamente adornados, bailaban y cantaban al són de los fotutos, tambores, flautas y zampoñas. Detrás venía el zipa ó cacique, lujosamente vestido ; lo acompañaban y seguían los principales y el séquito de gente que tenía á su servicio. Cuando llegaban al fin de la carrera presentaban las ofrendas á sus ídolos, y luego volvían por la misma hasta llegar á la casa del cacique. Este alababa las invenciones de libreas, juegos, danzas y entretenimientos ; premiaba con algunas mantas á los que habían salido con mayor lucimiento, y les distribuía mucha chicha para que volvieran á sus casas á acabar en ellas la fiesta, como era de costumbre, embriagándose.

Puede imaginarse el lector cuál sería el atractivo de estas fiestas tan llenas de animación, en las que se veía una muchedumbre de gentes con disfraces tan variados, cubiertas con sus más ricas joyas, danzando, saltando, gesticulando, llorando, riéndose y cantando al són de los desacordes instrumentos músicos de los indios.

Estas procesiones se continuaron por muchos años después de la conquista, y fue la costumbre que se desarraigó con más dificultad de entre los naturales.

Con frecuencia hacían correr en medio de la función la sangre de una víctima inocente, como se dirá en el capítulo que sigue.

CAPITULO VI

Sacrificios humanos.—Los mojas ó sacerdotes niños.—Inmolaciones de adultos en los adoratorios y en los cerros.—Sacrificios en Gachetá y Ramiriquí.—Inmolación en la gavia.—Horrible inmolación de niñas en los cimientos de las casas nuevas.—Entierro de las mujeres y esclavos vivos de los caciques.—Sacrificios con sangre de aves, con agua, fuego, tierra, oro y esmeraldas.

Uno de los hechos que más claramente comprueban la unidad de la especie humana es la adhesión universal á ciertas ideas y á determinadas prácticas. Admitida por todos los pueblos la idea de la degradación del hombre por la culpabilidad original, la satisfacción se impuso como su natural consecuencia. Consideróse el sacrificio como el acto esencial de la religión. Creyóse que la Divinidad, irritada contra la carne y la sangre, no podía aplacarse sino con sangre, á cuya efusión se atribuyó una virtud expiatoria. Dios, que reveló estas verdades, quiso que, para salvar al hombre, se inmolasen los animales que éste prefería. Los idólatras, impulsados por una lógica diabólica, creyeron que la eficacia del sacrificio estaba en relación directa con la importancia de la víctima, y cayeron en la horrible superstición de los sacrificios humanos.

No estaban exentos los Chibchas de tan execrable práctica; inmolaban víctimas humanas al Sol, á quien consideraban como el más digno de su adoración. Todos los años corría la sangre de numerosos niños inocentes como tributo pagado á las supersticiones idolátricas.

Tenía este pueblo diferentes modos de hacer sus sacrificios; los describiremos sucesivamente.

Había en las vertientes de los llanos de San Juan (hoy de San Martín), á unas treinta leguas de Bogotá (1), un templo dedicado al Sol (2), donde se criaban con mucho esmero tiernos niños, á quienes cortaban el ombligo recién nacidos, porque decían que así lo mandaba el Sol, quien bebía esa sangre; á estos niños los llamaban *mojas.*

Mercaderes chibchas iban á comprarlos á esa lejana provincia y los traían de seis á ocho años de edad, teniéndolos en tánta veneración, que los cargaban sobre sus hombros. Los mojas eran vendidos á los caciques á muy subido precio, de tal manera, que cada cacique tenía uno, y pocos alcanzaban á comprar dos ó tres. Llevábanlos á los adoratorios, y allí servían como sacerdotes y los tenían en muy grande reverencia. Decían los indios que se entendían con el Sol, y le hablaban y recibían sus respuestas. Uno de sus principales oficios era cantar, y en tanto que ellos cantaban, los indios lloraban.

Los miraban como personas tan sagradas y santas,

---

(1) "A treinta leguas del Nuevo Reino," se dice en el *Epítome de la conquista.* "A quince jornadas del Nuevo Reino," dice Oviedo.

(2) Bien pudiera este templo haber sido el edificio que descubrió Jorge de Espira en 1536, en un pueblo de indios situado cerca del bajo Ariari, y á proximidad del sitio donde se fundó la ciudad de San Juan de los Llanos, al Sudeste de Bacatá. Era una gran casa de doscientos pasos de largo, y ancha en proporción, con extensas huertas en sus dos frentes, y, según informaron los indios, servía á la vez de templo donde hacían sacrificios al Sol, que adoraban por su dios, y de monasterio donde estaban encerradas muchas doncellas, ofrecidas por sus padres para el servicio del templo. Las acompañaba un indio viejo, que era el mohán encargado de los sacrificios y de enseñar á las doncellas lo que habían de guardar. Tenían en ciertos compartimientos mucha cantidad de provisiones para su mantención (Simón. T. I, pág. 113). Según un antiguo mapa, San Juan de los Llanos estaba situado entre los ríos Guape y Güejar, cerca de la serranía de San Juan.

que no les dejaban tocar los pies en el suelo. Por la mañana los llevaban con mucho respeto en los brazos á lavarse á las fuentes ó á algún río. Teníanlos en extremo regalados, y ninguno, ni el cacique mismo, podía comer en su plato. Cuando los indios cometían algún pecado, no se atrevían á entrar en el adoratorio sino acompañados por el moja.

Así que llegaban á la edad de la pubertad, los mataban en los templos y ofrecían á sus ídolos su sangre; pero si los jeques llegaban á saber que alguno hubiera tenido comercio con mujer, se libraba éste de la muerte, no teniendo su sangre como acepta al Sol, por ser sangre impura; echábasele entonces del adoratorio, y se le miraba como un cualquiera. Los jeques abrían vivo al moja, le sacaban el corazón y las entrañas, y le cortaban la cabeza mientras los músicos cantaban los himnos propios de aquella bárbara función. Sacrificado un moja, el cacique lo reemplazaba comprando otro.

¡Es verdaderamente digno de admiración el respeto de los Chibchas por la pureza, y cómo tenían la idea de que la inocencia pone al hombre en piadosa comunicación con la Divinidad! ¡Qué bella y consoladora costumbre, que parece nacida de un corazón cristiano, la de hacer acompañar al penitente en su entrada al templo por el inocente niño cuyos ruegos son tan eficaces!

En las guerras con sus enemigos, y más que todo en las que tenían con frecuencia con los Panches, procuraban apoderarse de algunos niños que traían á su tierra con cantares y ceremonias. A unos les daban prontamente muerte en sus adoratorios, degollándolos con grandes clamores. Regaban el suelo y untaban los postes con la sangre, y el cuerpo lo llevaban á lo alto de los cerros para que el Sol lo devorara, pues decían que comía la

sangre de los niños y era muy de su gusto, y que se holgaba más del sacrificio que le hacían de muchachos que de hombres. A otros los cuidaban en ciertas casas, regalándolos con delicadas comidas, y los reservaban para sacrificarlos al Sol cuando juzgaban que para ello había causa grave, como cuando iban á la guerra, para tener buen éxito en ella.

Si les faltaba agua para sus sementeras, decían que les venía ese mal por estar enojado con ellos. Juntábanse entonces muchos jeques, sacaban uno de los niños y lo llevaban á una cumbre, al amanecer de un día claro y sereno. Allí escogían el puesto para la inmolación en la parte que miraba al Oriente. Luego tendían al muchacho sobre una manta rica en el suelo y lo degollaban con unos cuchillos de caña, en medio de grandes clamores y voces. Recogían la sangre en una totuma y untaban con ella algunas peñas en que daban los primeros rayos del sol. Metían el cuerpo del inocente niño unas veces en una cueva, y otras lo dejaban insepulto en la cumbre, para que lo comiera el Sol y se aplacara su ira. Volvían algunos días después, y si lo hallaban consumido decían que el Sol lo había devorado, con lo que estaría desenojado y dispuesto á favorecerlos en sus necesidades y á enviarles buen tiempo.

Sin duda en obedecimiento á esta costumbre arrojaban los indios de Guachetá, desde un cerro, algunos niños á los españoles cuando entraron á sus tierras, considerando á los conquistadores como hijos del Sol.

En Gachetá tenían los indios un ídolo de madera, más alto que un hombre, colocado en una piedra ensangrentada. Sobre aquella piedra sacrificaban todas las semanas algún muchacho, "que no pasase de catorce años ni tuviese malicia para pecar."

En Ramiriquí había un antiguo adoratorio muy venerado: era una cueva que formaba una espaciosa sala, á la que se entraba por una puerta muy angosta. Entre otras ceremonias que hacían allí, sacrificaban muchos niños inocentes.

Uno de los sacrificios más comunes y frecuentes era el de la gavia. Dieron este nombre los españoles á unos maderos gruesos, altos y derechos, que veían en muchas partes clavados en las esquinas de los cercados, pintados de colorado y con una garita en la parte alta, que los hacía semejarse á las gavias que se usaban entonces en los mástiles de los navíos.

Cuando los caciques querían hacer algún sacrificio, daban orden de conducir un esclavo, que llevaban amarrado en medio de numerosa y vistosa procesión, por la ancha carrera que conducía al cercado del señor. Poníanlo sobre la gavia, y le tiraban flechas y dardos agudos. Al pie del mástil estaban los jeques y otras personas con muchas escudillas recogiendo la sangre de la víctima, que ofrecían al adoratorio con ceremonias ridículas. Bajaban el cuerpo, y con danzas y juegos lo llevaban á un cerro donde los jeques, apartándose de la multitud, lo enterraban.

Este género de sacrificios debía ser muy lento y doloroso, pues las heridas causadas por los dardos lanzados por la tiradera, arma arrojadiza de los Chibchas, eran generalmente leves; además, como la parte inferior del cuerpo estaba protegida por la garita, las saetas lastimaban el pecho y el rostro.

Vamos á referir uno de los sacrificios más crueles y horribles. Cuando los caciques hacían de nuevo sus casas, cavaban hoyos á las puertas del cercado y en el punto donde colocaban los palos gruesos que usaban en

medio del bohío. En cada uno de estos hoyos hacían entrar una niña bien compuesta y ataviada; las escogían entre las primeras familias del pueblo, que tenían á mucha honra tan bárbara inmolación de sus hijas. Soltaban los palos sobre ellas y las iban macizando con tierra, porque decían que la solidez de la casa y la buena fortuna de sus moradores consistían en estar fundada sobre carne y sangre humana. Terminado el sacrificio, convidaba el cacique á todo el pueblo para una gran borrachera que duraba muchos días, con juegos, bailes y entretenimientos, en especial de truhanes y chocarreros.

Figúrese el lector esta horrible escena propia de salvajes. Cayendo el madero sobre la cabeza débil de la inocente niña, la quebrantaba del primer golpe. La vida se extinguía con una sola lastimera queja; luego los golpes repetidos desgarraban las delicadas carnes y trituraban los huesos; la sangre corría líquida y vívida del despedazado cuerpo, que se confundía con la tierra. Al fin sólo quedaba una masa sanguinolenta, informe; mezcla de restos de carne humana, de huesos molidos, de jirones de tela y de fango, que las voraces fieras hubieran desechado. Pero de ese barro se elevaba al cielo la voz de la inocente víctima, hecha á imagen de Dios, y que, desamparada de los hombres, clamaba justicia ante su Creador.

Finalmente haremos mención del sacrificio de las vidas de algunas de las mujeres preferidas y de los esclavos fieles á quienes sepultaban con el cacique después de que los privaban del sentido dándoles zumo de borrachero mezclado con chicha.

Fuera de la inmolación de víctimas humanas, sacrificaban los Chibchas en sus adoratorios con sangre,

agua, fuego, tierra, oro y esmeraldas; para cada uno de estos sacrificios tenían oraciones apropiadas, que decían cantando.

Hacían traer de las tierras calientes centenares de papagayos y algunos guacamayos, con gasto considerable. Ofrecían en un solo sacrificio ciento y doscientos de los primeros y hasta doce de los segundos. Enseñaban á hablar á los papagayos en su lengua, y cuando la aprendían, los juzgaban dignos de suplir á los hombres y de interceder por ellos. Matábanlos entonces, derramaban su sangre por el adoratorio y dejaban colgadas en él todas las cabezas.

Con agua sacrificaban, vertiéndola en los templos con ciertas fórmulas y haciéndola correr por caños; con fuego, prendiéndolo en los adoratorios y echando sahumerios. Cuando llegaron los conquistadores, salían los indios á recibirlos encendiendo fuego y sahumándolos como á hijos del Sol. Si tenían algún disgusto con ellos, venían á rogarles que fuesen sus amigos, y antes de llegar á ellos echaban moque y otras drogas en el fuego que traían preparado, y cantaban al rededor de éste para que les perdonaran lo pasado.

También arrojaban al fuego oro y esmeraldas, y decían que cuanto mayor era el señor, tanto más honroso le era quemar las mejores piedras para el Sol.

Para sacrificar con tierra hacían unas galerías subterráneas que pasaban por debajo de los templos. Tomaban la tierra en las manos con muchas ceremonias y la metían allí, echando con ella oro y esmeraldas.

Tenían á los montes en gran veneración. Considerábanlos sagrados porque los dedicaban á sus dioses, y no se atrevían á cortal un árbol ni á desgajar una rama. Cuando querían hacer algún ofrecimiento entraba en el

monte cada individuo aisladamente, y si eran muchos, unos iban por una parte y otros por otra. Cada uno llevaba una barra fuerte de madera, terminada en punta, y con ella enterraba oro, esmeraldas, ó lo que quería. Este depósito era tan sagrado, que á ningún indio se le ocurría hurtarlo, ni lo habría hecho aun cuando se le amenazara de muerte.

Todas estas prácticas tenían por objeto implorar del Sol el perdón de sus pecados y maldades. Alcanzaron, pues, los Chibchas á emplear varios medios para aplacar la cólera de sus dioses; comprendieron que la sangre de ciertas aves que ellos preferían, tenía virtud deprecativa, y que podía sustituírse á la sangre humana; luego la historia no podrá en manera alguna excusar su persistencia en sacrificar víctimas humanas.

CAPITULO VII

Sacrificios de los Chibchas en las lagunas.—Leyenda de la cacica de Guatabita.—Cruel castigo de su infidelidad.—Se ahoga con dos niñas en la laguna.—Peregrinaciones á las cinco lagunas sagradas.—Carreras y premios.—Borracheras y ceremonias de las ofrendas.—Varios caciques arrojan oro en la laguna al tener noticia de la venida de los españoles.—Tentativas hechas para desaguar las lagunas.—Quién era el cacique Dorado.—Cuándo se celebraba la ceremonia del Dorado.—La balsa de oro hallada en la laguna de Siecha.

Eran los Chibchas muy inclinados á hacer sacrificios en las aguas, y particularmente en las lagunas. Tenían señalados para sus ofrendas y peregrinaciones cinco *santuarios* ó puestos principales de devoción, que eran : partiendo de Norte á Sur, las lagunas de Guatabita, Guasca, Siecha, Teusacá y Ubaque. La principal y más frecuentada era la de Guatabita, situada en el páramo que domina el pueblo del mismo nombre, y cuya leyenda vamos á referir.

Cuéntase que en tiempos muy antiguos solían hacerse ofrecimientos en esta laguna, para lo cual moraban algunos jeques en una choza á la vera del agua. De allí salía de vez en cuando el Demonio en figura de dragoncillo ó culebra grande, y entonces le ofrecían oro y esmeraldas. Era el guatabita un señor de los más poderosos de la nación, muy respetado por los caciques, sus vecinos, por la distinción de su linaje. Entre las mujeres que tenía, era la favorita y gozaba de toda su privanza, una que excedía á todas las demás en belleza, en gracia y en la nobleza de su sangre. Tuvo la cacica relaciones ilícitas con uno de los principales

cortesanos; súpolo su marido, lo hizo prender y lo castigó sometiéndolo al bárbaro suplicio del empalamiento. A su favorita la obligó á comer en público alguna parte del cuerpo de la víctima, guisada con otros manjares, y para que la afrenta fuera mayor y sirviera de escarmiento general, dispuso que se cantara en sus fiestas y borracheras la deshonra de la cacica y su ejemplar venganza.

Lo raro del suceso fue que el cacique volvió á cohabitar con ella; mas la favorita, para quien cada fiesta era un tormento que aumentaba su desesperación, logró un día huír del cercado de su marido, llevando consigo una muchacha que servía de carguera á una niña recién nacida. Corrió á la laguna, arrojó las niñas al agua, siguió tras ellas y pronto se ahogaron y hundieron las tres. Inútilmente salieron de sus chozas los jeques al oír el ruido del agua, pues ya los cuerpos se habían sumergido. Corrió uno de ellos á dar aviso al cacique, quien llegó desesperado al lugar del acontecimiento, llamando á su mujer y á su hija, y como no las vio, mandó al mayor hechicero de los jeques que las sacara del fondo de la laguna. El jeque, poniendo en práctica el supersticioso ceremonial acostumbrado, mandó encender lumbre á la orilla de la laguna y echar en las brasas unos guijarros lisos, hasta que quedaran enrojecidos; se desnudó, los arrojó al agua y tras ellos se zambulló, permaneciendo largo rato en el fondo. Al fin salió solo como había entrado, y engañó al cacique con un embuste. Díjole que la favorita estaba viva en unas casas mejores que las de Guatabita y que tenía en las faldas al dragoncillo; que aun cuando le había instado que volviera al lado de su marido, no había querido consentir, manifestándole cuán feliz se sentía de haber ha-

llado descanso en sus trabajos y de verse con su hija, á quien criaría para que la acompañase.

No satisfecho el cacique con el recado del jeque, díjole que le sacara siquiera á su hija. Este la buscó por segunda vez con los guijarros hechos ascuas, y volvió con el cuerpo de la niña, muerto y sin ojos, y dijo que el dragoncillo se los había sacado estando en las faldas de la madre para que la volviesen á enviar á ésta, quien con la otra niña se quedaba aguardándola. Viendo el cacique que de nada le servía su hija sin alma y sin ojos, y que la voluntad del dragoncillo, á quien reverenciaba, se mostraba de una manera tan patente, mandó echar el cuerpecito á la laguna, quedándose sin consuelo por la pérdida de las dos idolatradas prendas de su corazón.

Divulgóse la fama de este suceso en los dominios del guatabita, se extendió á todo el país de los Chibchas, y de todas partes vinieron á hacer sus sacrificios á la laguna, persuadidos de que en el fondo de ella vivía la cacica, ocupada en remediar sus necesidades. Los jeques hicieron correr la voz de que ésta aparecía de vez en cuando sobre las aguas, hermosa y agraciada como la habían conocido, descubierto el cuerpo de la cintura para arriba, y ceñida de allí para abajo con una manta de algodón colorada. Manifestaban que les decía ciertas cosas que ellos suponían que debían suceder por el curso de las causas naturales, como hambres, enfermedades, muerte de algún cacique que estaba enfermo. Todas las poblaciones importantes tenían anchos caminos, como de media legua de extensión, para llegar á la laguna.

Acostumbraban los indios hacer sus peregrinaciones, que duraban veinte días y á veces más, recorriendo

los cinco adoratorios de que hicimos mención. Los habitantes de Tunja y de otras provincias del Norte empezaban por la laguna de Guatabita, y los de la Sabana de Bacatá por la de Ubaque. Coronaba los cerros la multitud de gente que corría la tierra, encontrándose los unos con los otros. Usaban de muchas ceremonias é iban provistos de gran cantidad de chicha para las borracheras que tenían de noche, en las que se cometían graves desórdenes que autorizaba la costumbre y toleraba la laxa moralidad de este pueblo. Hallábanse, en el espacio que debía recorrerse, muchos parajes consagrados. Cuando los corredores descubrían el cerro donde había algún *santuario*, partían con gran velocidad para ganar la corona que se daba por premio al que llegara primero, á quien se tenía, además, por el más santo. Ponían tal empeño en triunfar en la lucha, que muchos se ahogaban y morían de cansancio; otros perecían víctimas de la fatiga y de los excesos de la bebida á que se entregaban en la noche siguiente. Enterrábanlos en las cuevas de los cerros, les ponían ídolos, oro y mantas, y los veneraban como á santos mártires. Cuando en las guerras marchaba en algún cuerpo uno de estos santos coronados, consideraban que llevaban consigo la victoria.

En los últimos días de las fiestas, luego que todas las gentes habían corrido la tierra, se reunían los caciques, capitanes y personas principales en la laguna de Guatabita. Entregábanse á grandes borracheras durante tres días, quemaban mucho moque y trementina, y el último día se hacían los sacrificios por medio de los jeques. Rodeaba la laguna la multitud de las gentes, que se paseaba en medio de numerosas fogatas, contribuyendo al alborozo general la música ruidosa de tambores, fotutos, zampoñas y sonajas. Tomábanse dos cuer-

das que cruzaban la laguna por el centro. Iban allí en grandes balsas bien adornadas, hechas de espadañas ó de palos ligeros, los jeques y las personas que hacían el sacrificio, llevando cada uno el oro y los tunjos que tenía preparados según su fortuna se lo permitía, y la necesidad por la que lo hacía. Luego que llegaban al medio de la laguna, echaban en ella las ofrendas con ciertas palabras y ceremonias. La gente común acostumbraba hacer sus ofrecimientos á la orilla de la laguna, vueltas las espaldas, pues se tenía por desacato que personas que no fueran de sangre noble miraran aquellas aguas consagradas, por servir de habitación á la cacica (1). Terminada con estos actos la peregrinación, se volvían todos á sus tierras.

Era fama entre los indios que varios caciques, luego que tuvieron noticia de la llegada de los españoles, se apresuraron á arrojar en esta laguna mucha parte del oro que tenían guardado, ofrendándolo en sacrificio á la cacica para que los librara de ellos. Del usaque de Simijaca se refería que había enviado desde su pueblo cuarenta peones cargados con oro para echarlo allí. El sobrino y sucesor de éste, llamado D. Alonso, aseguró al Capitán Gonzalo de León Venero, encomendero de Simijaca, que el hecho era cierto, y que él mismo había conducido los peones.

En varias ocasiones se ha intentado desaguar la la guna de Guatabita. Lázaro Fonte lo puso por obra con tan escaso caudal, que se vio obligado á desistir de la empresa. Hernán Pérez de Quesada logró hacer bajar unos diez pies el nivel de las aguas, pero sólo sacó tres ó cuatro mil pesos de oro muy fino. Antonio de Sepúl-

(1) En contorno de las lagunas de Siecha y de Ubaque se hallaron piezas de cerámica que representaban á los indios; estaban colocadas vueltas las espaldas á la laguna.

veda hizo una brecha que dejó en seco las orillas y sacó esmeraldas y bastantes joyas de oro, chagualas, patenas, serpezuelas, águilas, etc., por valor de más de doce mil pesos, según Rodríguez Fresle, que lo conoció y trató mucho. Murió pobre por habérsele agotado los recursos en abrir una segunda brecha. El señor José Ignacio París trabajó con empeño en el desagüe de la laguna en 1823, pero no lo pudo verificar. (1)

Un tal Martos gastó mucho dinero en su intento de sacar la gran cantidad de oro que decían existía en la laguna de Guasca. A un Carriaga le costó la vida el haber procurado extraer de la de Ubaque el tesoro que el cacique de la comarca sepultó allí para salvarlo de la codicia del guatabita, hermano del zipa Nemequene, como lo referiremos más adelante.

En 1856 los señores Tovar, París y Chacón desaguaron parcialmente la laguna de Siecha, y hallaron algunas alhajas de oro, entre otras una balsa de la que hablaremos al fin del capítulo, y varias esmeraldas. Algunos años después, en 1870, los señores Crowther y Enrique Urdaneta perecieron asfixiados en el fondo de una extensa galería de 187 metros de extensión que estaba casi terminada para desaguar la misma laguna.

A la hermosa laguna de Fúquene, donde había en una isla un templo venerado servido por muchos jeques, concurría gran número de peregrinos.

Fáltanos hablar del famoso cacique dorado que tanto fascinó á Belalcázar y á sus compañeros de conquista, que los hizo venir desde Quito hasta las tierras de Bacatá.

---

(1) Véase lo que sobre esta tentativa dice el Capitán Cochrane en su *Journal of a residence and travels in Colombia during the years* 1823 *and* 1824. Cochrane excavó muchas sepulturas en las inmediaciones de la laguna, pero en ninguna de ellas encontró oro.

En la *Elegía á la muerte de D. Sebastián de Belalcázar*, dice D. Juan de Castellanos:

....Belaleázar inquiría
Un indio forastero peregrino
Que en la ciudad de Quito residía,
Y de Bogotá dijo ser vecino,
Allí venido no sé por qué vía;
El cual habló con él, y certifica
Ser tierra de esmeraldas y oro rica.
Y entre las cosas que les encamina
Dijo de cierto rey, que sin vestido,
En balsas iba por una piscina
A hacer oblación según él vido,
Ungido todo bien de trementina,
Y encima cantidad de oro molido,
Desde los bajos pies hasta la frente,
Como rayo del sol resplandeciente.
Dijo más las venidas ser continas
Allí para hacer ofrecimientos
De joyas de oro y esmeraldas finas
Con otras piezas de sus ornamentos,
Y afirmando ser cosas fidedinas:
Los soldados alegres y contentos
Entonces le pusieron el Dorado....
.....
Lo cual os vendo yo por cosa cierta."

La tercera estrofa se refiere á los frecuentes sacrificios que se hacían en la laguna, tales como los acabamos de describir; en la segunda se trata de una ceremonia muy distinta, ceremonia suntuosa, á la que con justa razón se dio el nombre de *El Dorado.*

Rodríguez Fresle refiere este incidente en términos semejantes. Según él, el indio de Bacatá dijo á Belalcázar "que cuando querían en su tierra hacer su rey, lo llevaban á una laguna muy grande, y allí lo doraban todo, ó le cubrían de oro, y con muchas fiestas

lo hacían rey. De aquí que D. Sebastián dijera: "vamos á buscar este indio dorado." (1)

Rodríguez Fresle fue amigo de D. Juan, cacique de Guatabita, sobrino y sucesor del que hallaron los conquistadores en el gobierno cuando entraron á la tierra de los Chibchas. Este se hallaba entonces retirado en unas cuevas, practicando el ayuno de seis años á que estaba obligado el futuro señor del cacicazgo. De boca de él supo Fresle cómo se practicaba por el nuevo cacique la ceremonia del Dorado, que describe en los términos siguientes:

"Cumplido el ayuno se metía en posesión del cacicazgo, y la primera jornada que había de hacer era ir á la gran laguna de Guatabita á ofrecer y sacrificar al Demonio, que tenían por su dios y señor. La ceremonia que en esto había era que en aquella laguna se hacía una gran balsa de juncos, aderezábanla y adornábanla todo lo más vistoso que podían; metían en ella cuatro braseros encendidos, en que, desde luego, quemaban mucho moque y trementina con otros diversos perfumes. Estaba en este tiempo la laguna en redondo, con ser muy grande, toda coronada de infinidad de indios é indias, con mucha plumería, chagualas y coronas de oro con infinitos fuegos á la redonda, y luego que en la balsa comenzaba el sahumerio, lo encendían en tierra, en tal manera que el humo impedía la luz del día. A este tiempo desnudaban al heredero en carnes vivas, y lo untaban con una tierra pegajosa y lo expolvoreaban con oro en polvo molido, de modo que iba todo cubierto de este metal. Metíanle en la balsa en la cual iba parado, y á los pies le ponían un gran montón de oro y esmeraldas para que ofreciese á su dios. Entraban con él en la balsa cuatro caciques; los más principales, sujetos á él, muy aderezados de plumería, coronas de oro, brazales y chagualas, y ore-

(1) El Padre Simón cuenta el episodio del indio, pero no dice que la ceremonia del Dorado fuera la toma de posesión del cacique de Guatabita, sino que el cacique entraba algunas veces al año, en balsa, á la laguna, cubierto todo el cuerpo de oro en polvo, á hacer sus ofrecimientos. Entre la opinión de este cronista y la de Castellanos y Fresle, no vacilamos en acoger la de estos dos últimos, que tuvieron motivos para estar mejor informados que él.

jeras de oro, también desnudos, y cada cual llevaba su ofrecimiento. En partiendo la balsa de tierra comenzaban las cornetas, fotutos y otros instrumentos, y con esto una gran vocería que atronaba los montes y valles, y duraba hasta que la balsa llegaba al medio de la laguna, y los demás caciques que iban con él y le acompañaban hacían lo propio; lo cual acabado, abatían la bandera, que en todo el tiempo que gastaban en el ofrecimiento la tenían levantada, y partiendo la balsa á tierra comenzaba la grita, gaitas y fotutos con muy largos coros de bailes y danzas á su modo; con la cual ceremonia recibían al nuevo electo y quedaba reconocido por señor y príncipe." (1)

De la laguna de Siecha se sacó una pieza de oro: su forma era la de una balsa circular, de nueve y medio centímetros de diámetro, sobre la cual estaban colocadas diez figuras humanas (Véase la figura 3, lámina II). La principal, dos veces más alta que las demás, es un jefe guerrero de la clase de los guechas, pues lleva en las mejillas, cerca de los labios, cuatro canutillos de oro y dos más colgados al cuello; tiene en la mano izquierda una tiradera y dos dardos; las demás están en cuclillas, apoyados los codos en las rodillas: todas están desprovistas de arreos. Según la opinión del doctor Zerda "esta pieza representa la ceremonia del Dorado; es decir, al cacique de Guatabita rodeado de los sacerdotes indios sobre la balsa de juncos que los conducía al centro de la laguna en el día de la oblación."

Ningún distintivo tienen los que acompañan al personaje principal para que pueda decirse que son jeques,

(1) Se ha pretendido por algunos, en oposición á lo que dicen los cronistas, que no es Guatabita, sino Siecha, la laguna donde se celebraba la ceremonia del Dorado. Alegan como prueba que Guatabita significa en lengua chibcha *remate de cordillera*. Sierra ó cordillera, *gua*; y extremidad ó remate, *suhuca*, son las voces componentes de *Guasuca* ó *Guasca*. Tampoco son aceptables las etimologías que le atribuyen los cronistas: "cosa puesta en alto," que se traduce por *guat sona*, ó "alto sobre sierra," pues si alto se dice *guat*, sierra es *gua*, y no se aplica una raíz dándole doble significado.

El nombre de *Siecha* es formado por las voces *sie*, agua, y *cha*, varón.

ni éstos iban con el cacique en la balsa á cumplir las ceremonia del Dorado. Faltan en ella los braseros para los sahumerios, la bandera y los demás adornos. No llevan los indios que forman el séquito la plumería y ricas joyas que en esta fiesta sacaban á lucir, y están de más la tiradera y los dardos.

Tampoco representa esta pieza el modo como se hacían comúnmente las ofrendas en las lagunas, pues no tiene conformidad con la descripción que de esta función hemos hecho, de acuerdo con los cronistas. El tunjo en cuestión fue probablemente la ofrenda que hizo á la laguna algún guerrero guecha.

CAPITULO VIII

Soberanos que gobernaban á los Chibchas.—Gobierno absoluto.—Obediencia y respeto de los súbditos.—Presentes que se daban á los caciques.—Nobleza, usaques y guechas.—Tributos.—Castigo de los que no los pagaban.—Esclavos.—Tiguyes ó mujeres de los caciques.—Prioridad y privilegios de la favorita.—La rival de la privada de Meicuchuca, convertida en culebra.—Modo de heredar los caciques.—Prueba de la continencia.—El cacique de Chía, heredero del zipa, por qué?—Reclusión de los herederos de los caciques.—Fiestas de coronación de los caciques y del zipa.

Cinco soberanos ó señores principales, independientes unos de otros, gobernaban el pueblo chibcha cuando los españoles conquistaron su territorio. Empezando por el Norte, el Guanentá residía en la población de este nombre (1), situada en la Mesa de Jéridas. Estaban sujetos á su mando los caciques de Uyamata, Sancoteo, Caraota, Cotisco, Siscota, Cacher, Xuaguete, Bocore, Butaregua, Macaregua, Chalalá, Poima y Poasaque.

Al Este se hallaban el Tundama y el Sugamuxi (2). Del primero dependían los caciques de Onzaga, Chicamocha, Soatá, Chitagoto, Susacón, Ocabila, Icabuco, Lupachoque, Sátiva, Tutasá y Cerinza.

El señorío de Iraca ó Sugamuxi, el menos extenso de los cinco, comprendía los cacicazgos de Gámeza, Firavitoba, Busbanzá, Tobazá, Toca, Pesca y algunos más.

---

(1) Cada señor era generalmente conocido con el nombre de la capital de sus dominios; era, pues, común decir el Bacatá, el Hunsa, el Guatabita, etc.

En el vocablo Guanentá se halla la voz *tá*, labranza; significa, pues, *Labranza de los Guanes.*

(2) Los españoles mudaron la voz *Tundama* trasponiendo las letras, en *Duntama* y luego en *Duitama*, y cambiaron el nombre de *Sugamuxi* por *Sogamoso.*

Los dominios del zaque ó hunsa ocupaban el centro del país. Residió primitivamente en Ramiriquí, de donde pasó su capital á Hunsa (Tunja). Rendíanle vasallaje los caciques de Tuta, Motavita, Sora, Ramiriquí, Turmequé, Tibaná, Tenza, Garagoa, Somondoco y muchos otros pueblos.

El zipa (1), el más poderoso de los señores, residía en Bacatá ó Muequetá (Funza). Sus estados comprendían todas las tierras del Sur, y ocupaban próximamente las dos quintas partes del territorio chibcha. Las poblaciones principales eran: Simijaca, Guachetá, Ebaté, Chocontá, Nemocón, Zipaquirá, Guatabita, Chía, Suba, Ebaque, Tibacuy, Fusagasugá y Pasca.

Los caciques de Sáchica y Tinjacá eran señores libres (2), y lo eran también los de Chipatá, Saboyá y sus vecinos, puesto que dice Piedrahita que el hunsa hizo "levas de gente extranjera, que consiguió de los cantones de Vélez, donde á cualquier príncipe extraño se le permitían por su dinero." (3)

El gobierno del zipa, del zaque y de los caciques era una monarquía absoluta, un despotismo oriental. Tenían á su cargo la dirección de los negocios del estado y de las operaciones de la guerra; daban, reformaban y hacían aplicar las leyes y obraban en todo como jefes supremos de sus dominios, sin que ningún otro poder moderador interviniese en las decisiones de su soberana voluntad. La clase de los jeques, que recibían de sus manos la investidura del sacerdocio, les estaba sometida, como todas las demás. Eran obedecidos y reverenciados casi como dioses. Los más de los caciques, aun-

---

(1) Tanto el título de *Zipa*, como el de *Zaque*, equivalen á *gran señor*. Castellanos escribe *Cipá*.

(2) PIEDRAHITA. Lib. II, Cap. VI.

(3) PIEDRAHITA. Lib. II, Cap. IX.

que fueran absolutos en sus tierras, se humillaban ante el zipa y el zaque.

Los indios jamás miraban á la cara á su señor, pues si entraban donde estaba, lo hacían vueltas las espaldas, ó inclinándose profundamente y volviendo la cara cuando llegaban cerca de él; se sentaban ó permanecían de pie, pero siempre con la cabeza baja. Los caciques y los embajadores tenían que someterse al mismo ceremonial. Decían los indios que los cristianos eran muy desvergonzados porque hablaban con el licenciado Jiménez de Quesada cara á cara y mirándolo. Cuando el zipa escupía, se arrodillaban uno ó dos de los nobles, se hablaban y volvían la cara atrás, extendían los brazos presentándole una toalla fina para que escupiese, porque aquella saliva era cosa santa que no debía tocar en tierra. El que la recibía se retiraba muy honrado y satisfecho, como si se le hubiera concedido alguna merced. Sólo los indios principales podían pasar cerca del cacique, pero habían de ir con la cabeza muy baja.

Andaba el zipa en andas de madera adornadas con planchas de oro; las llevaban á hombros gentes de su casa. Precedíanle algunos indios que quitaban las piedras y terrones del camino, y tendían mantas y flores para que pasase sobre ellas. El mismo determinaba los sujetos de distinción á quienes permitía hacer uso de andas en premio de señalados servicios.

Ningún mensajero, noble ó persona principal, podía presentarse ante cualquier cacique con las manos vacías, pues había de ofrecerle algún regalo cada vez que lo visitaba. En las ocasiones solemnes las dádivas eran verdaderamente regias.

La reverencia, la constante adulación á los jefes de estado y la sumisión de sus súbditos, que era tan

grande, "que ninguna nación de las del mundo tuvo tal obediencia ni respeto," (1) los envanecía y los afirmaba en su despotismo, que sólo podía mitigarse cuando el mandatario era de condición mansa.

El guatabita tenía á sus vasallos tan sujetos, que si alguno quería ponerse una manta diferente de las de los demás, tenía que pedirle licencia, pagándole muy bien, y el mismo cacique lo había de cubrir con ella.

Estimaban mucho los Chibchas la nobleza de la sangre, procuraban que las familias principales se conservaran sin mezcla, y hacían gran diferencia entre nobles y plebeyos. Los caciques de más distinguido linaje tenían el título de *usaques*, el que se daba especialmente á los que vivían en la frontera de los enemigos. Eran ellos quienes convocaban la gente de guerra. En los campamentos ocupaban sitios diferentes, distinguidos con sus insignias de diversos colores, de manera que podían conocerse por las tiendas que ponían. El zipa era bacatá usaque, es decir, usaque de los usaques.

El valor militar abría camino á los honores. La enemistad de los Panches obligaba al zipa á tener guarnición en los pueblos de la frontera, para lo cual se servía de ciertos indios que llamaban *guechas* (2), hombres esforzados, valientes y determinados, que unían á estas cualidades la destreza y la vigilancia. Estos guerreros eran buscados en todo el reino, y el bacatá los hacía venir á su presencia y los instruía en lo que habían de hacer. Honraba y premiaba á cada uno según sus hechos, y de entre ellos escogía con frecuencia los caciques de los pueblos donde llegaba á faltar el heredero legítimo. Andaban los guechas siempre con el pelo

(1) CASTELLANOS.
(2) *Guecha ó güecha*, voz formada de *cha*, varón, y *gue ó güe*, *que yo mate: varón que da la muerte.*

corto, horadados los labios, las narices y en contorno las orejas. Poníanse en las aberturas de los labios y orejas canutillos de oro fino en número igual al de los enemigos que habían muerto en la guerra. Entre las figurillas de oro de los Chibchas suelen encontrarse algunas que representan á estos bravos. Se ven armados y adornados con largos canutillos de oro, que les dan aire marcial. Véanse las figuras de oro números 4 (lámina II), 5 y 6 (lámina III). La que lleva el número 6 muestra los dientes, y esto le da aspecto feroz.

Los vasallos pagaban su tributo á los caciques (1) en mantas y en oro, que fundían en forma de tejuelos. Al indio que no daba la cuota que le correspondía le enviaban con un criado un leoncillo ó un oso que amarraba á la puerta de su casa. Tenía que mantener al criado y al animal, dando de comer al último tórtolas, curíes y pajarillos. Estaba, además, obligado á entregar cada día una manta de algodón. El pobre indio que llegaba á verse en tales conflictos, hacía las mayores diligencias por pagar. En otras partes se valían de un medio distinto. Enviaban á cobrar el tributo, y si no se pagaba en los días que se daban de espera, entraba el cobrador á la casa del deudor moroso y apagaba con agua la lumbre, que no era permitido volver á encender hasta que no se entregaba la suma que se debía.

El zipa y los caciques reducían los prisioneros á la esclavitud, y llevaban á la guerra á los Panches y Colimas, empleándolos como flecheros. A las mujeres de los vencidos las ocupaban en el servicio doméstico. Los esclavos más fieles eran enterrados vivos con sus señores.

---

(1) El título de cacique era el que daban los naturales de la isla Española á los jefes de tribus. Los Chibchas llamaban á estos *psihipcua*.

No hay noticia de los empleados principales que tenía el zipa en su corte; sólo se sabe que entre ellos había contador y tesorero. El pregonero era muy considerado en su pueblo; nombrábalo el cacique, escogiéndolo entre las personas más estimadas y de noble estirpe.

Tenían el zipa y los caciques en sus casas, que describiremos más adelante, un número considerable de mujeres llamadas *tiguyes*, en ocasiones hasta trescientas el primero, y ciento los otros, sin contar las que las servían. Cuidábase mucho de su conducta; el guatabita había establecido por ley que si un indio ponía los ojos con afición en alguna de las mujeres de su cercado, era castigado prontamente de muerte junto con la india á quien se había atrevido á mirar. La esposa principal y favorita del zipa y de los caciques era la que mandaba y gobernaba la casa; tenía un raro privilegio, y era que, llegada la hora de su muerte, podía mandar á su marido que guardase continencia durante un tiempo que no pasase de cinco años. Esmerábase éste cuando llegaba el trance fatal en ganar la buena voluntad de su consorte con ruegos y regalos, y haciéndole presente el buen trato que le había dado, para que le disminuyera el tiempo de la vida continente. Muerta la favorita, ocupaba el puesto de predilecta la mujer más antigua.

Los delitos de los caciques, asegura Piedrahita que podían castigarlos sus mujeres, pero sin pasar de seis azotes la pena, aunque el delito fuera digno de muerte. Cuenta que hallándose Jiménez de Quesada en el pueblo de Suesca, fue una mañana á visitar al cacique y halló á sus nueve mujeres atándolo, y luego, á pesar de sus súplicas, le dieron por turno muchos azo-

tes. Averiguada la causa, le dijeron que unos españoles le habían hecho tomar la víspera un poco de vino que lo había embriagado.

Las mujeres chibchas eran sumisas á la voluntad de sus maridos, y aunque fueran muchas, se conformaban con su suerte y no reñían entre sí. No obstante, la pasión de los celos no podía dejar de tener cabida en sus corazones. Referíase como ejemplo que podía servir de freno á las preferencias de los caciques, que á un antiguo príncipe de Bacatá, llamado Meicuchuca, le presentó una vieja una hermosa doncella. Prendóse tanto de su belleza y de su gracia, que olvidó por completo á la favorita, prodigando todas sus atenciones á la otra. Rabiaba de celos la favorita sin poderlo remediar, hasta que consultó á un jeque. Previos los ayunos y ofrendas de costumbre, éste le respondió que llegase una noche á la cama del cacique. Así lo hizo, y halló á su marido durmiendo y con él una gran culebra en que se había convertido su joven rival. Salió en silencio del aposento y se fue á contar al jeque lo que pasaba. Aconsejóle éste que convidase á la india con otra de las mujeres á bañarse en el río Funza. Hizo la cacica el convite, y estando ya dentro del río se convirtió la rival en una gran culebra y desapareció entre las aguas, con lo cual cesaron los celos de la favorita.

Cuando los caciques tenían noticia de doncellas hermosas, las pedían á sus padres, quienes con gusto se las enviaban. Ocupábanlas algún tiempo á su servicio, sin ponerles ningún vestido, y luego que las contaban en el número de sus mujeres, las cubrían con las ropas y atavíos que éstas usaban.

Tenía el zipa su casa principal de recreo en Tenaguasa (Tena), á donde iba con alguna frecuencia á ba-

ñarse y á divertirse, con sus mujeres y su servidumbre. En Tabio tenía otra casa para cuando quería bañarse en las aguas termales. Solía también retirarse á Teusaquiyo, lugar donde después se fundó la ciudad de Bogotá. El zaque tenía su sitio de recreo en Ramiriquí, el cacique de Iraca en los baños de Iza, y el de Guatabita cerca de Guasuca ó Guasca.

Los hijos de los caciques no heredaban sino los bienes de su padre, que se repartían entre ellos y las mujeres que dejaban. El sobrino mayor hijo de hermana heredaba el estado (1). Como eran muy celosos de que se conservara en sus familias la nobleza de la sangre, y no podían tener confianza en la fidelidad de sus mujeres, á quienes permitían entregarse á los excesos de la lujuria en sus fiestas (2), se valían de este medio para alcanzar su propósito. A falta de sobrino por la línea femenina, entraba á gobernar el hermano de mayor edad. Tampoco heredaban los hijos á la gente principal, civil ó militar, sino los sobrinos, salvo el caso de que tuvieran hijos habidos en esclavas, pues éstos heredaban de derecho á sus padres (3). Si el cacique era independiente y no tenía hermano, podía señalar antes de su muerte heredero de otras familias y pueblos, y sus súbditos lo recibían y le obedecían como si fuera de noble estirpe.

En los cacicazgos donde se rendía vasallaje al zipa era profundamente sentida la muerte del señor cuando no dejaba heredero. En tal caso correspondía al bacatá el nombramiento del sucesor. Escogía éste entre los indios más nobles y de valor experimentado del señorío

(1) Sólo el cacique de Iraca era nombrado por elección, como lo explicaremos en el capítulo XVII.
(2) SIMÓN. T. II, pág. 309.
(3) SIMÓN. T. II, pág. 297.

dos hombres de buena presencia, prefiriendo algún bravo guerrero guecha. Conocían estos bárbaros la influencia que ejercen en el mandatario la belleza, los halagos y la astucia de la mujer, y sabían cuánto puede la sensualidad para lograr que se quebrante la justicia, se infrinjan las leyes y se violen los derechos de los asociados. Comprendían que para gobernar á los demás es preciso saber reprimirse, y por esto sometían públicamente á los candidatos á la prueba nada honesta de la continencia. Poníanlos al frente de una graciosa doncella, sin más vestido que el que les dio la naturaleza, y si notaban en alguno de ellos alteración sensual, lo desechaban como hombre de poca vergüenza y desprovisto de aptitudes para el gobierno. Si ambos se mostraban faltos de recato, ponían otros á la prueba, hasta dar con uno que guardase completo sosiego. Este quedaba de cacique y le sucedían sus sobrinos.

Según una antigua costumbre, el heredero del zipa era el cacique de Chía, á quien sucedía á su vez el sobrino hijo de hermana. El motivo de esta ley era el siguiente: en cierto tiempo, que no saben fijar, el chía tenía un hermano menor, joven, gallardo y animoso, que se enamoró de una de sus mujeres y aunque estaba muy bien guardada logró entrar en relaciones con ella. Indignóse el cacique y procuró prenderlo para castigarlo con la pena impuesta á los que cometían estos delitos, que era el empalamiento. Informado el mancebo de las intenciones de su hermano, puso tierra de por medio y fue á ofrecer sus servicios al bacatá, quien se preparaba á entrar en campaña contra algunos pueblos que se le habían rebelado del lado del Oriente y estaba á la sazón con su ejército en Guasca. Recibióle muy bien, pues le eran conocidas la nobleza de su linaje y sus

buenas prendas, y lo nombró su capitán general. Mostróse tan valiente en todas ocasiones, que se distinguió entre los jefes, y se hizo temible á los enemigos por la decisión y pujanza con que los acometía y vencía. Tuvo la guerra los más felices resultados, quedando en poco tiempo reducidos á la obediencia los pueblos alzados.

Sólo faltaba someter el de Ubaque, adonde pasó el bacatá. Enfermó gravemente y se hizo llevar á sus casas de Muequetá. Viendo cercana la muerte, y que no tenía heredero forzoso, ni había en su reino un hombre que igualase á su capitán general, resolvió designarlo para que le sucediese. Llamó luego á sus capitanes y gente noble, expúsoles la resolución que había tomado, ensalzando el valor, la cordura y la prudencia del hermano del chía, virtudes que ellos tenían bien experimentadas, y concluyó mandándoles que le obedeciesen y jurasen por su cacique y señor, lo que hicieron incontinenti. A poco dejó la vida el bacatá, y el nuevo zipa terminó la guerra de pacificación.

Miraba el cacique de Chía, lleno de temor, cómo crecía la prosperidad de su hermano, con quien comprendía no podía entrar en lucha armada, porque sería á todas luces desastrosa para él. Sabía que estaba enojado y que se preparaba á tomar venganza de los pasados agravios; trató de apaciguarlo enviándole de mensajeros á la madre y á una hermana. Hallaron éstas al bacatá en su casa fuerte de Cajicá, hiciéronle un presente de algunas piezas de manta, oro y esmeraldas, y luego hablaron de amistades y de olvido de lo pasado. Los regalos y las buenas razones que el afecto inspiró á la madre y á la hermana, á quienes quería mucho, ablandaron su corazón, y después de algunas pláticas se con-

vino por una y otra parte en guardar la paz y en que el hijo de la hermana, la que estaba en cinta, heredase primero al chía, y que, muerto el bacatá, dejase el cacicazgo de Chía y ocupase el otro. Aprobado este convenio por las partes, y aceptado por los principales del estado, quedó establecido como ley.

Los que habían de ser caciques, debían estar primero encerrados por algunos años en un templo ó adoratorio, según su categoría. La reclusión duraba generalmente de cinco á siete años. Sólo de noche podían salir á ver la luna y las estrellas, y se recogían antes de que el sol los viera. No tenían trato con mujeres; estaban sometidos á continuos ayunos; no comían carne, sal, ají ni otras cosas que les vedaban. Los guardas que los vigilaban les daban en ciertos días muchos y terribles azotes. Dos ayos tenían el encargo de enseñarles buenas costumbres y vida honesta. Cualquiera infracción á la regla, que estaban obligados á declarar bajo juramento, era motivo para que se les reprobara, reputándolos por viles é infames. Concluído el encierro se les horadaban las orejas y las narices para adornarlas con pendientes y narigueras de oro, que era la cosa de más honra entre ellos (1). Luego les decían los jeques lo que habían de ofrecer por sus manos, aquella primera vez, á sus dioses: figuras de oro, osos, tigres ó águilas. Todo terminaba con una gran fiesta, á la que se invitaba á los caciques convecinos, quienes se presentaban con regalos de mantas, oro, armas y otras cosas. La chicha, tomada como siempre en gran cantidad, era esencial complemento de la fiesta.

(1) Dice Oviedo que cualquiera persona principal, hombre ó mujer, había de estar cierto número de años encerrada en el adoratorio, sin ver el sol. Agrega que era costumbre general en los indios del Nuevo Reino traer orejas y narices horadadas; que los que no eran caciques sino principales se estaban encerrados un mes y las demás gentes diez ó quince días para poder agujereárselas.

Los caciques vasallos del zipa no podían gobernar sus estados sin que él los confirmase después de haber tomado posesión de ellos, según sus leyes. Las fiestas de la coronación duraban quince días. El último traían los principales las coronas, orejeras y narigueras de oro, las patenas ó chagualas para el pecho, y las medias lunas para la frente, y adornaban con las más hermosas al cacique. Vestíanle finas telas de algodón, poníanle en la mano un bastón de guayacán bien labrado, y cuentas verdes y blancas y otras joyas en la cabeza. Daban remate á la fiesta partiendo á la carrera con las alhajas de menos valor hasta el primer río ó riachuelo, y las arrojaban al agua en alabanza de sus dioses. Terminada con esto la fiesta, se presentaba ante el zipa, acompañado de los principales y con preciosos dones, á pedir la ratificación del cargo. Este lo recibía muy bien, lo agasajaba mucho y lo despedía después de confirmarlo en su cacicazgo. Volvía á su pueblo, donde sus súbditos lo aguardaban con ricos presentes en prueba de adhesión á su señor natural, y á fin de darle los parabienes por las mercedes que le había hecho el gran zipa ó supremo señor.

Las fiestas que se hacían en la coronación del bacatá eran semejantes á éstas, aunque se celebraban con mayor pompa y grandeza. Sentábanle en rica silla guarnecida de oro y esmeraldas; poníanle preciosa corona de oro en forma de bonete y le vestían con sus más finas y vistosas telas. Tomábanle juramento de que sería rey de buen gobierno y ampararía sus tierras y vasallos. Estos le juraban, á su vez, obediencia, y cada cual le daba, en señal de ello, una joya. Presentábanle gran número de venados, conejos, curíes, perdices, palomas y otras aves para abastecimiento de las fiestas y

grandes regocijos que seguían. Señalábanle los grandes de la corte, que tenían derecho de hacerlo, nuevos oficiales para el gobierno de su casa y le daban mujer que correspondiera en prendas, nobleza y hermosura á sus merecimientos. Después de ésta podía elegir cuantas quería, siendo ella siempre la superior en el estado, la predilecta y favorita. La parte de esta fiesta que describimos era verdaderamente regia y propia de un pueblo civilizado; dejamos en la sombra las bacanales que provocaba el abuso de la chicha, en las que estaban persuadidos que los acompañaba y excitaba su dios Baco, Nencatacoa.

CAPITULO IX

Antiguas leyes de los Chibchas.—Leyes de Nompaném, del guatabita y de los Guanes.—Leyes de Nemequene.—Mensajeros que anunciaban la guerra.—Espías.—Preces y sacrificios antes y después de la guerra.—Insignias con que se distinguían los nobles.—Armas é instrumentos de música.—Momias que llevaban en el ejército.—Descripción de un combate.—Grado de valor de los Chibchas.

Tenían los diferentes estados chibchas leyes de inmemorial antigüedad, que por tradición oral se transmitían unas generaciones á otras. Atribuían las primitivas á Bachúe, á quien tenían por madre de su raza. Cada cacique daba, además, las leyes particulares que creía convenientes para el buen gobierno de sus dominios.

De Nompaném, cacique de Iraca, se refiere que luego que desapareció Bochica se propuso hacer observar los preceptos que éste había enseñado, pero que conociendo que no los habían de cumplir si no imponía una sanción al que los infringiera, los redujo á leyes. Dispuso que el homicida fuera condenado á la pena de muerte, y que el embustero, el ladrón y el que quitase la mujer ajena fuese bien castigado: la primera vez con azotes, la segunda con pena de infamia y la tercera infamando al delincuente con toda su parentela.

La ley del guatabita era ley de sangre, puesto que la generalidad de los delitos se castigaba con la pena de muerte.

Entre las penas que imponían los Guanes son de notarse las siguientes. Al ladrón se le amarraba á un

palo cuando reincidía, y se le hacía flechar; á los flecheros que acertaban á herirlo en la boca ó en un ojo, les daba el cacique en premio una manta. Las travesuras de los muchachos se castigaban echándoles en los ojos agua de ají, lo que les producía fuerte escozor. Si sospechaban que alguna mujer hubiera cometido adulterio, la embriagaban con zumo de borrachero, y si en el estado de beodez se permitía algún acto de sensualidad, daban por cierta la sospecha, y la mataban; en el caso contrario la daban por libre, haciéndola volver en sí con el zumo de otra yerba.

En otras partes del país de los Chibchas, quienes generalmente odiaban este delito, aunque lo permitían en sus grandes fiestas, hacían comer aprisa mucho ají á la que recelaban que fuera culpable, y cuando ya sentía quemadas las entrañas, le decían que confesara su culpa, lo que hacía con frecuencia, aunque fuera inocente, impulsada por el acerbo dolor. Dábanle entonces agua para que mitigara el ardor, y la sentenciaban á muerte. Cuando no confesaba, quedaba purgada con el tormento y le hacían grandes fiestas. Si el adúltero era rico, y su cómplice de condición inferior, la rescataba de la muerte con oro y mantas, de lo que correspondía una parte al cacique; rescate que no tenía efecto si se trataba de alguna de las mujeres de éste. En tales casos se sometía á los culpables á muerte cruel, dejando los cuerpos insepultos para escarmiento de los demás.

Al que era acusado de ladrón lo traían la primera vez delante del cacique con las espaldas vueltas; la segunda lo reprendían y lo castigaban con azotes; á la tercera ya lo tenían por incorregible, y le hacían sufrir una pena que era considerada peor que la de muerte. Sentábase el cacique gravemente en una silla; un cortesa-

no colocado detrás de ésta reprendía al culpable diciéndole que ya se le había castigado dos veces por su mala vida, y no había tenido vergüenza de volver á ella; que sin duda se consideraba gran señor, y puesto que lo era, bien podía mirar al cacique. Volvíale entonces con presteza la cabeza, obligándolo á fijar la vista en el cacique, y después lo dejaba regresar á su casa. Era tal el sello de infamia con que esta pena marcaba al delincuente, que se acababa su linaje, pues ninguno le daba sus hijos para que se casaran con los suyos, ni le ayudaba en las labranzas ni en sus necesidades, ni quería tener trato y comunicación con él, sólo porque había mirado al cacique.

Cortaban manos, narices y orejas, y daban azotes por otros delitos que consideraban menos graves.

El zipa Nemequene, cuyo reinado tuvo principio en los últimos años del siglo XV, ordenó muchas leyes que quedaron "estampadas en solas las memorias de los hombres," y que siguieron observando sus súbditos hasta que la legislación española las hizo olvidar. Gran mérito tuvo Nemequene por haber promulgado de nuevo y puesto en vigor las antiguas leyes, adicionándolas y reformándolas.

Las principales fueron estas:

Impúsose la pena de muerte al homicida, alegando que sólo Chiminigagua, que daba la vida, podía perdonar al que la quitaba. Con la misma pena se castigaba al que forzaba alguna persona del otro sexo, si era soltero. Siendo casado, debía sufrir la pena del talión.

El incestuoso era metido en un hoyo angosto lleno de agua y con sabandijas, que se cubría con una losa para que pereciera miserablemente.

El reo de pecado nefando moría con ásperos tor-

mentos, y el que de ordinario le aplicaban consistía en empalarlo con una estaca de una palma espinosa hasta que le salía por el cerebro.

Cuando una mujer moría de parto, si vivía la criatura debía el marido criarla á su costa. En caso de muerte de ésta, daba la mitad de la hacienda á los suegros, hermanos ó parientes más cercanos. (1)

El desertor era castigado con vil muerte. Al que se mostraba cobarde en el servicio militar se le obligaba á llevar vestidos de mujer, y á ocuparse en los oficios que son propios de ella, por el tiempo que dispusiera el zipa.

El fisco heredaba los bienes del que fallecía sin herederos.

A la gente común no le era permitido usar sino ciertos vestidos y joyas. Sólo los usaques podían hacerse horadar las orejas y narices, y llevar pendientes las joyas que quisiesen.

Ningún señor podía subir en andas á menos que el zipa se lo permitiese en premio de importantes servicios.

Las personas principales no estaban sujetas á las leyes comunes. Para ellas se establecieron penas ligeras de vergüenza, como romperles la manta y cortarles los cabellos, lo que se consideraba grande ignominia, pues ponían lo uno y lo otro en sus templos. (2)

---

(1) En algunas partes, cuando el viudo no tenía hacienda, había de buscar algunas mantas para pagar á los herederos de la muerta, y si no, lo perseguían hasta quitarle la vida.

(2) Hemos tomado estas leyes de Castellanos (Canto primero), quien las atribuye á Nemequene. El Padre Simón las presenta como "leyes de inmemorable antigüedad, puestas por los reyes pasados." Mas como al enumerarlas no hace otra cosa que poner en prosa, con pequeñas adiciones, los versos de Castellanos, nos atenemos á la opinión de este cronista, el primero que las menciona. Nemequene encontró leyes antiguas, pero tuvo el mérito de haberlas reformado, completado, reunido en un solo cuerpo y puesto en vigor.

Piedrahita dice que para la observancia de estas leyes dispuso Nemequene que fuese presidente de su consejo supremo, con derecho

Acostumbraban los Chibchas enviar mensajeros de una y otra parte cuando por cualquier motivo querían hacerse la guerra; éstos se quedaban en los pueblos de los contrarios, donde los consideraban y regalaban todo el tiempo que duraba la contienda.

Llevaban con la fuerza espías y corredores que observaban al enemigo y daban cuenta de todo.

Antes de salir á la guerra pasaban una lunación cantando, á la puerta de los templos, al Sol y á la Luna para que los favorecieran. En estos cantares les referían las causas justas que tenían para romper la paz. Preparábanse también, con el mismo fin, sacrificios de niños, que se hacían por manos de los jeques. (1) Terminada la guerra, se entretenían muchos días en bailes, canciones y regocijos en que representaban sus victorias, y si volvían vencidos pedían perdón á sus dioses de su loca determinación: cantaban unos y lloraban otros, lamentándose de que sus pecados hubieran sido la causa del mal éxito.

Cada cacique tomaba sitio diferente en el campamento, distinguiéndose por sus insignias de colores diversos, de manera que la vista de las tiendas y pabellones que ponían bastaba para reconocer las parcialidades. Seguían al ejército muchas mujeres con gran copia de múcuras de chicha, que llevaban dondequiera que se movían. Peleaban formados en cuerpos, pero no ordenados y en filas como los españoles, sino apartados. Eran de verse estos cuerpos en un campo de batalla.

---

de sucesión, el cacique de Suba, de cuya sentencia en justicia no se podía apelar. Esta noticia, que no hallamos en ninguna de las crónicas anteriores á Piedrahita, no nos parece digna de crédito.

(1) Dice Piedrahita que para las guerras que emprendían los Chibchas daban cuenta primero al sumo sacerdote de Sogamoso. Ya hemos dicho que el cacique de Iraca no era de la clase de los sacerdotes, ni ejercía ninguna autoridad civil ni religiosa fuera de sus dominios.

Distinguíanse los nobles por sus penachos ondeantes de hermosas plumas de guacamayos y papagayos, metidos en anchas cintas de oro fino, que tenían engastadas á trechos lucidas esmeraldas. Ostentaban en la frente grandes medias lunas con las puntas vueltas para arriba. Llevaban además narigueras, arracadas, brazaletes, collares de finas cuentas con canutillos de oro á trechos, patenas, petos y otras más grandes planchas que les servían de escudos, todo de oro.

"No fue poco cebo para alentar los bríos de los españoles tener á la vista joyas de tanto precio." (1)

Iban los soldados aderezados de plumas y armados con picas de palma negra, de seis á diez palmos de largo, tostadas las puntas; macanas á manera de pesadas espadas, que jugaban á dos manos y daban gran golpe; varas puntiagudas usadas en lugar de saetas; hondas, tiraderas que llevaban sobre el brazo para lanzar dardos. (2) Los músicos ocupaban sus puestos con sus fotutos ó flautones de madera y sus grandes caracoles marinos guarnecidos de oro, que servían de trompa y de corneta, y se tocaban en las principales fiestas y en los combates. Eran dichos caracoles muy estimados; los traían de tribu en tribu desde la Costa, y daban por ellos alto precio.

Espectáculo singular presentaban en medio del ejército uno ó más cuerpos humanos, tiesos y secos, que traían algunos indios á cuestas, ó en andas adornadas con vistosas mantas y rodeadas por una guardia. Eran los cuerpos, conservados por medio de ciertos ingredientes, de antiguos afamados guerreros, cuya presencia infundía ánimo y vergüenza á los soldados.

---

(1) Simón. T. II, pág. 408.

(2) En el capítulo XII se verá la descripción de las tiraderas. Cuando los Chibchas querían incendiar las casas que ocupaban sus enemigos, lanzaban sobre ellas dardos encendidos.

Empezaba la lid con estruendosa vocería, acompañada del disonante ruido de los instrumentos músicos.

Cruzábanse infinidad de flechas por los aires, hiriendo á los combatientes que caían revolcándose por el suelo, donde rodaban penachos, escudos y diademas. Las duras piedras dejaban en los cuerpos profundas y dolorosas señales. Los terribles golpes de macana rompían cabezas, brazos y piernas, y ensangrentaban los rostros. Redoblaban los gritos de uno y otro lado, retumbaban los caracoles marinos y los tamboriles de diversos tamaños; los jefes iban á una y otra parte animando á sus soldados, y si estos jefes eran el zipa y el zaque, se hacían llevar en ricas andas en medio del combate. El vencedor se volvía á sus tierras cargado con los despojos del vencido.

Eran los Chibchas en general tímidos y de poco brío y fuerzas para la guerra; fácilmente se acobardaban cuando veían á sus compañeros muertos, por temor de correr igual suerte. Muy superiores en arrojo y en valor salvaje eran sus vecinos, los Panches y los Muzos, y probablemente los habrían conquistado si alguna vez se les hubiera ocurrido ocupar sus tierras más bien que cazarlos para hacer provisión de carne humana. La dirección de un buen jefe, la disciplina y el ejemplo dado por tropas aguerridas, han hecho en todo tiempo de los Chibchas muy buenos soldados. En la primera ocasión en que acompañaron á los españoles á pelear contra los Panches, se les veía pálidos, temblorosos, se metían debajo de los caballos y huyeron muchos de ellos por no servir de alimento á sus voraces enemigos. Más tarde, luego que vieron que no resistían éstos al empuje de los españoles, los acometían con ardimiento, fingían huír para embestirlos y los perseguían sin descanso.

Era la gente de Tundama la más belicosa y valiente de todas, y fue la última que sometieron los conquistadores.

CAPITULO X

La niñez entre los Chibchas.—Pruebas de la suerte feliz de los niños y de su laboriosidad.—Sumisión á los superiores.—Poligamia.—Modo de celebrar los matrimonios.—Fiestas del estreno de las casas.—Fiestas de los caciques en las labranzas.—Danzas, cantares y arrastres de madera.—Sepultura de los caciques y del zipa.—Diversas clases de entierros.—Momias que conservaban en los templos.—Aniversarios.—Riquezas sacadas de los sepulcros, *santuarios*, etc.

La condición de la esposa y la del hijo entre los Chibchas era la de esclavos; no usaban con estos seres débiles y delicados, en quienes se concentra el encanto de la vida, las atenciones y los miramientos que acostumbran los pueblos civilizados, aunque es cierto que estaban lejos de tratarlos con la crueldad que lo hacían las tribus bárbaras que los rodeaban. El parto era considerado como un acto sencillo de la vida del matrimonio, que no necesitaba de precauciones. Si la madre podía huír de la gente, se retiraba á algún lugar situado cerca de un arroyo, y luego que daba á luz iba á lavarse con la criatura.

Cuando apartaban al niño del pecho de la madre, practicaban una prueba supersticiosa, para adivinar si su suerte sería feliz ó desgraciada. Hacían un pequeño rollo de esparto con un poco de algodón en medio, mojado con leche de la madre. Iban con él seis buenos nadadores y lo echaban al río, nadando ellos detrás: si el rollete se volcaba por el oleaje antes de que lograran alcanzarlo, decían que el niño sería desgraciado. Cuando lo cogían antes de que se volcara, juzgaban que sería muy afortunado. Volvíanse en este caso contentos á

la casa de los padres, quienes celebraban con fiestas el suceso. Acercábanse los convidados al niño, que estaba sentado en una manta, y cada uno le quitaba un mechón de pelo con un cuchillo de caña ó de piedra, hasta que quedaba rapado. Echaban los cabellos al río, donde lavaban la criatura, ofreciéndole algunos regalos para dar fin á la fiesta.

Cuando las niñas llegaban á la edad de la pubertad, las hacían estar sentadas seis días en un rincón, tapados el rostro y la cabeza con una manta. Terminado este plazo, se juntaban algunos indios, colocábanse en dos filas, la llevaban en medio de ellos á un arroyo donde se lavaba; volvían con ella á su casa y le hacían fiestas con el habitual gasto de chicha.

Los Guanes tenían la costumbre de embriagar á los niños de once á doce años con zumo de borrachero. Cuando los muchachos acudían á tomar el arco y las flechas, ó los instrumentos de labranza, y las muchachas á las piedras de moler ó á hilar algodón, que todo se lo ponían cerca, los tenían por hacendosos y valientes. Pero si se dejaban dominar por el sueño y no se movían á hacer alguna cosa, los desestimaban.

Hacían lo mismo con los esclavos, pretendiendo conocer si habían de ser fugitivos ó no, por el hecho de que salieran á la puerta de la casa.

Como los Chibchas no tenían otro medio de transporte que sus espaldas, acostumbraban á los niños de uno y otro sexo á cargar desde que tenían fuerzas para ello.

La clase numerosa del pueblo no recibía ninguna instrucción, ni tenía más conocimientos que las vagas, confusas y supersticiosas ideas que los padres comunicaban á sus hijos, á quienes enseñaban los oficios propios de la dura vida que habían de llevar más tarde.

La obediencia, generalmente pasiva, era la regla común en todas las edades y condiciones; los hijos estaban sometidos á sus padres, las mujeres á sus esposos y los vasallos á sus caciques. Pudiera considerarse admirable esta organización de la sociedad chibcha, si no hubiera conducido al exceso de hacer esclavos de los que obedecían, y tiranos de los que mandaban. Aun hoy, tres siglos y medio después de conquistado su territorio, da esta raza desgraciada ejemplo de respeto y de sumisión á las autoridades: nunca ha promovido revueltas ni guerra de castas.

Ya hemos dicho que la poligamia existía entre los Chibchas; tan general era, que por lo común tenían dos ó tres mujeres.

El número de éstas aumentaba con la categoría y la riqueza de las personas, pues cada uno tenía cuantas podía mantener, y vivían juntas dentro de un mismo cercado, sirviendo á su marido. En todas las clases sociales la primera mujer era siempre la preferida y superior á las demás en el gobierno de la casa, y cuando ésta fallecía, la reemplazaba la más antigua. Las consortes ocupaban generalmente un mismo aposento, y el esposo estaba en otro.

No reparaban algunos indios en hallar ó no doncellas á sus esposas, y tenían antes por desgracia que alguno no les hubiera cobrado afición. A pesar de tan extraño sentimiento, exigían que les fueran fieles.

En los dominios del zipa no era permitido casarse entre parientes hasta pasado el segundo grado de consanguinidad; en los del zaque no se tenía en cuenta el parentesco, y este jefe no repugnaba unirse con sus hermanas; en algunos cacicazgos sólo se prohibía la unión dentro del primer grado. El que quería contraer

matrimonio convenía con los padres ó tutores de la persona á quien pretendía, en el precio que debía dar por ella. Entregado éste, si la cantidad no les satisfacía, el comprador añadía por dos veces la mitad más de lo que había dado primero, y si á la tercera no bastaba, buscaba mujer más barata. Cuando llegaban á ponerse de acuerdo, daban la novia sin más fórmula ni ceremonia. (1) Ella no llevaba más dote, cualquiera que fuera su condición, que algunas alhajuelas usuales y veinte múcuras de chicha, que se consumían en las fiestas con que se daba fin á la celebración de un acto tan exento de toda solemnidad entre los Chibchas.

Antes de dar su hija al que la pedía para casarse, el padre averiguaba si era trabajador y podía sustentarla.

En algunas partes se usaba que el pretendiente enviara una manta á los padres ó tutores de la preferida. Si no se la devolvían, enviaba otra y agregaba una carga de maíz y medio venado, si era persona á quien le fuese permitido comer esta carne. Al día siguiente, al amanecer, iba á sentarse á la puerta de la casa de la novia sin hacer más ruido que el que bastase para que entendiesen que estaba allí. Preguntaba entonces el padre ó tutor quién estaba afuera, y si era acaso algún ladrón, pues ni debía nada ni había invitado á nadie. El novio se quedaba en silencio aguardando que saliese la pretendida, que no tardaba mucho en presentarse con una totuma grande de chicha: se le acercaba, la probaba y se la pasaba á él, que bebía cuanta podía. Con esto quedaba hecho el matrimonio y se hacía la entrega de la desposada. (2)

---

(1) Dice Piedrahita que si la oferta era aceptada, "tenía el indio algunos días la mujer á su disposición, y si le parecía bien se casaba con ella, y si no, la volvía á sus padres." Tal costumbre, que ningún otro cronista comunica, no existía entre los Chibchas.

(2) Hablando del matrimonio entre los Chibchas, dice Piedrahita:

Las mujeres se ocupaban en los quehaceres domésticos, hilaban algodón para fabricar las mantas y ayudaban á sus maridos en los trabajos de labranza.

Ningún espectáculo es más á propósito para juzgar del grado de cultura de un pueblo, ya sea civilizado ó bárbaro, que el que presentan sus fiestas. Osténtanse allí los modales de las gentes y la galantería con el sexo débil, á la vez que se ve cómo alcanza la educación á reprimir las pasiones, y la ignorancia á desencadenarlas. No era el buen tono el regulador de las fiestas de los Chibchas, como bien lo dice el nombre de *borracheras* que les dieron los cronistas. Aunque empeza-

---

"En cuanto á matrimonio, no tenían los Moscas ceremonia alguna en su celebración, si no era cuando casaban con la primera mujer, porque entonces se hacían por manos de sacerdotes, los cuales ponían en su presencia á los contrayentes (teniéndolos recíprocamente el uno al otro, echado el brazo sobre los hombros), y preguntábanle á la mujer si había de querer más al Bochica que á su marido, y respondiendo que sí, volvíale á preguntar si había de querer más á su marido que á los hijos que tuviese de él; y respondiendo que sí, proseguía el sacerdote: si tendría más amor á sus hijos que á sí misma; y diciendo también que sí, preguntábale más: si estando muerto de hambre su marido, ella no comería; y respondiendo que no, le preguntaba finalmente: si daba su palabra de no ir á la cama de su marido, sin que él la llamara primero; y hecha la promesa de que no iría, volvía el sacerdote al marido, y decíale si quería por mujer á aquella que tenía abrazada, que lo dijese claramente y á voces, de suerte que todos lo entendiesen; y él entonces levantaba el grito y decía tres ó cuatro veces: sí quiero; con lo cual quedaba celebrado el matrimonio, y después podía casarse sin la tal ceremonia con cuantas otras mujeres pudiese sustentar."

No nos parece auténtico este relato, *que no trae ningún autor anterior á Piedrahita.*

Si el Sol era el dios superior entre los Chibchas, ¿por qué invocar de preferencia la protección de Bochica para el acto tan importante del matrimonio? Las respuestas de los novios al jeque revelan sentimientos tan elevados, que no puede citarse ejemplo semejante en la historia de ninguna otra nación idólatra. Si hubiera existido la costumbre de estas ceremonias religiosas, no habrían callado los cronistas un hecho tan interesante. Muy lejos de recordarlo, Castellanos dice que los casamientos de los Chibchas eran "embriagueces descompuestas, *sin otras ceremonias ni terceros,*" y para que no quede duda, vuelve á repetir que daban la mujer "sin usarse de más ritos de recibirla."

Según el Padre Simón, se hacían los matrimonios "*sin ritos ni dilaciones.*" Jiménez de Quesada es aún más preciso, pues dice en el *Epítome*:

"En el casarse *no dicen palabras ni hacen ceremonias ningunas, más de tomar su mujer y llevársela á su casa.*"

Oviedo repite poco más ó menos lo mismo.

ban con mucho orden, ocupando cada uno el puesto que le correspondía, la licencia las convertía con frecuencia en orgías: caían al suelo, ya beodos, caciques, nobles y gentes de toda condición, y mezclados y confundidos hombres y mujeres, se entregaban á excesos semejantes á los que toleraba la Roma pagana. Todos quedaban igualados aquel día, y cuando les volvía la razón, se daba al olvido lo que había pasado, pues además de que la costumbre autorizaba tales desórdenes, donde el jefe y los principales se habían encanallado, no quedaba quien tuviera el derecho de castigar.

La bebida era el pasto indispensable para las fiestas de embriaguez descompuesta, que eran el remate de todo acto de importancia público ó privado; así como hoy es ella el mal que degrada y consume á los descendientes de este pueblo. Con tal de que hubiera abundancia de chicha, no importaba que faltara la comida, pues suplían ésta bebiendo.

En los capítulos anteriores hemos descrito ya las festividades religiosas y aun algunas de las civiles que celebraban los Chibchas. A continuación hablaremos de las que nos faltan.

Usaban todos los indios estrenar sus casas nuevas con regocijos, haciendo cada cual los gastos que podía, pero nunca habían de faltar truanes ó ladinos y chocarreros. Eran muchos los que ganaban con este oficio la vida, andando de fiesta en fiesta por la paga que les daban de mantas y otras cosas.

Ya hemos visto cómo sacrificaban los caciques algunas niñas en tales ocasiones, y convidaban después al pueblo á una gran borrachera. En todo el tiempo que ésta duraba permanecían dos indios viejos, de pie y desnudos, á la puerta del cercado sin comer ni beber;

cubiertos con una red grande de coger pájaros, tocaban unas flautas que producían una música llena de tristeza y melancolía. Figuraban ellos la muerte, siempre de pie, cogiendo hombres en la red que servía para matar las aves, dejándolos desnudos de las cosas de esta vida y privándolos de comer y de beber. ¡Singular asociación de ideas de este pueblo, que comprendía cuán cerca está siempre el dolor del placer, y que en medio de sus desórdenes quería tener presente el pensamiento de la muerte! Mientras estos dos indios tocaban á la entrada del cercado, había otros en los aposentos interiores haciendo resonar en sus instrumentos piezas tan tristes, que los invitados suspendían de vez en cuando sus bailes y diversiones y se ponían á llorar.

El indio de la figura 7 (lámina III), sentado dentro de un cercado, tocando flauta y cubierto con un vestido de red, pudiera ser el que representa la muerte. Este curioso tunjo de buen oro fue hallado en Pasca.

Para dar mayor solemnidad al estreno de sus casas, disponían los caciques que algunos mozos, ágiles y esforzados, corriesen cierta distancia que les señalaban en circunferencia, algunas veces de más de cuatro leguas. Salían todos á un mismo tiempo á más correr, y adelantándose los más ligeros volvían pronto al cercado, donde el cacique los premiaba según el orden en que regresaban. Daba seis mantas al primero y le concedía de por vida el privilegio, muy estimado, de que cubriéndose con una pudiera dejar llegar un extremo ó punta de ella al suelo, por detrás. Al segundo que llegaba, le daba cinco mantas, é iba rebajando una hasta llegar al sexto. Movidos algunos por el deseo de ganar honra en la carrera, morían víctimas de la fatiga producida por el excesivo esfuerzo que hacían.

En los meses que correspondían á Enero, Febrero y parte de Marzo, celebraban los caciques fiestas en las casas de sus labranzas, á las cuales se invitaban alternativamente unos á otros, haciéndose presentes de oro, mantas y chicha. Formábanse en círculo, y asiéndose de la mano hombres y mujeres, cantaban al són de flautas y fotutos, canciones ora alegres, ora tristes, en que recordaban las hazañas de los mayores. Todos llevaban el compás y se movían sin discrepar un punto en sus visajes y meneos. En medio del círculo tenían las múcuras de chicha, y al lado de ellas algunas indias que no se descuidaban en darles de beber. Duraba esta monótona función hasta que caían embriagados y se entregaban á lúbricos excesos.

Las danzas, acompañadas de música y canto, eran parte obligada de las fiestas de los Chibchas. Referían en sus cantares, que eran á manera de villancicos con cierta medida y consonancia, los sucesos presentes y pasados. De los asuntos graves en que ensalzaban ó vituperaban las acciones de los caciques y de los nobles, pasaban á los chistes y á los cuentos graciosos, guardando el compás y variando la música, según lo que cantaban. Procedíase en estas danzas pausadamente y con cierta frialdad y regularidad afectadas, que hace recordar el modo de ser de algunos pueblos asiáticos. Nada tenían de la vivacidad, movimiento y alegría comunicativos que ostentan en sus fiestas los europeos. Cuando los indios arrastraban maderas ú otros materiales para sus casas, cantaban llevando la cadencia con los movimientos de los pies y de las manos, á semejanza de los marineros que se ocupan en la maniobra.

La muerte, cuya imagen habían tenido presente tántas veces en sus fiestas, y cuyos rudos golpes habían

llorado con anticipación oyendo los cantares en que sus trovadores los lamentaban, tocaba al fin á la puerta del cercado de los nobles y del bohío de los plebeyos. Era llegado el momento solemne en que se confiaban á la tierra los despojos mortales del que había dejado de existir. Con él debían sepultarse sus muebles y tesoros, pues sus mujeres y sus hijos sólo heredaban sus bienes raíces.

Desde que algún cacique tomaba posesión de sus dominios, iban los jeques secretamente á cavar su sepultura en un lugar retirado y oculto, del que no llegaba á tener conocimiento ni aun aquel señor á quien estaba destinada. Abrían un hoyo profundo en medio de los bosques, en las ásperas sierras ó en lugares donde, después de enterrar el cuerpo, hacían correr agua de los ríos ó lagunas para cubrir la fosa, de manera que no quedase rastro alguno que pudiera revelar su existencia.

Luego que moría el cacique le sacaban los intestinos y los órganos internos y le embalsamaban el cuerpo con una resina que llamaban *mocoba*, hecha de unos higuillos de leche pegajosa mezclados con otros ingre dientes. Lloraban su muerte los vasallos cantando tristes endechas en que recordaban los sucesos gloriosos de su gobierno y el bien que les había hecho. Vestíanse de luto, que consistía en ponerse mantas coloradas y pintarse el cuerpo, y algunas veces hasta los cabellos, de bija (achiote). Las honras que se hacían al difunto duraban cierto número de días, según su calidad, y creían darles mayor solemnidad tomando mucha chicha, pues esta bebida era considerada buena para todo: para alegrarse, para llorar y para calmar las penas morales ó físicas de la vida.

Los jeques hacían secretamente el entierro, y si alguna otra persona llegaba á saber el lugar de la sepultura, y lo revelaba, la amarraban á un palo y la flechaban, y premiaban al que le acertara más pronto al corazón ó á un ojo. Envolvían el cuerpo en mantas finas, lo adornaban con ricas joyas de oro, poniéndole, además, algunas esmeraldas y tejuelos de oro en los ojos, narices, orejas, boca y ombligo, y lo bajaban á lo más profundo del hoyo. Colocaban cerca de él sus armas ofensivas y defensivas: brazales, petos y coronas del rico metal, y pendiente de los hombros la mochila de la coca y el poporo. Al rededor del cuerpo quedaban las múcuras de chicha y los bollos de maíz. Cubríanlo todo con una capa de tierra, encima de la cual sepultaban vivas tres ó cuatro de las mujeres más queridas del cacique. Echaban luego otra capa de tierra, y sobre ella ponían los esclavos que mejor le habían servido. Finalmente llenaban la superficie de tierra para que el odioso sepulcro quedara oculto. (1)

Con el fin de que las mujeres y los esclavos no sintieran la muerte, los embriagaban los jeques con bebedizos de tabaco y de borrachero mezclados con chicha. No obstante esta precaución, muchos volvían en sí y morían desesperados, como lo declaró una india á quien desenterraron los españoles un día después de haber sido sepultada en el valle de Ubaque. Dióseles aviso del hecho y la sacaron ya medio muerta y descalabrada de los golpes que le daban al pisar la tierra.

Diferenciábanse de estos entierros los de los zipas,

---

(1) Los caciques eran enterrados entre los Guanes, de la manera que acabamos de describir; sólo se diferenciaban sus sepulturas en que no hacían la entrada por encima, sino á un lado de la barranca. Los españoles abrieron muchas de éstas, en las que encontraron gran cantidad de oro.

en que los sentaban en asientos bajos que muchas veces forraban en láminos de oro. (1)

En Tunja no se acostumbraba poner el oro donde se enterraba el cuerpo del difunto, sino más arriba, como á una cuarta de la superficie de la tierra.

Natural es que hubiera entre los Chibchas distintos modos de dar sepultura á los muertos, según la clase á que pertenecían y el cacicazgo donde vivían. A muchos los enterraban en los campos, envueltos con sus joyas en una manta, y plantaban en el sitio un árbol que los ocultara mejor, á fin de evitar que fueran desenterrados para quitarles el oro y las esmeraldas. A otros los ponían dentro de unos bohíos, que servían de cementerios.

En los dominios del hunsa, cuando fallecía alguna persona noble ó principal que no fuera cacique, le vaciaban el vientre, secaban el cuerpo á fuego lento sobre una barbacoa, lo henchían de oro en tejuelos y en otras formas, y de esmeraldas, y lo envolvían en mantas con muchas ligaduras. En este estado lo colocaban sobre una especie de camas grandes, un poco altas, que tenían en uno de los lados interiores de sus templos.

"E por la diligencia é manos de nuestros soldados, dice Oviedo, fueron después digestos é alimpiados aquellos estómagos é vientres rellenos, en que se ovo mucha cantidad de oro é de esmeraldas, que allí estaban perdidas con el oro."

---

(1) "En sillas de oro" dice el Padre Simón que los sentaban; "en *duhos* que muchos de ellos suelen ser de oro," dice Castellanos. Nos parece más probable que las sillas fueran cubiertas con láminas de oro. Agrega el Padre Simón que "metían el cuerpo del zipa en un tronco de palma con cabo, forrado de dentro y fuera de gruesas planchas de oro fino, cubiertas con otra de lo mismo." Cambiando las gruesas planchas por láminas delgadas, todavía se emplearía bastante oro en las tres cubiertas que dice debía llevar el tronco. El autor del *Epítome* y Oviedo también, hacen mención de estos "ataúdes de oro," que el último llama *cataures*, agregando que los echaban en el fondo de las lagunas ó en un pozo cavado al efecto. Según ellos, este modo de entierro se usaba también para los caciques.

Los dos soldados españoles que entraron al templo de Sugamuxi encontraron en una barbacoa bien compuesta varios cuerpos secos, envueltos en finas telas de algodón y adornados con ricas joyas y muchas sartas de cuentas. De uno de los aposentos del hunsa Quemuenchatocha sacaron los españoles una urna de oro fino, adornada con valiosas esmeraldas, hecha á modo de linterna ó farolillo. Pesaba 6,000 pesos (30 libras) y contenía los huesos de algún antiguo cacique. Suelen hallarse en las cuevas momias bien conservadas, sentadas en la postura en que está la de la figura 8 (lámina IV), y envueltas algunas veces en mantas de algodón pintadas. En 1602 descubrió Fray Pedro Mártir de Cárdenas una cueva donde los indios de Suesca colocaban los cuerpos de los que morían. Quitada la losa que la cerraba se hallaron más de 150 momias sentadas en rueda y en medio el cacique, con sartas de cuentas en los brazos y cuello y una toca, á modo de turbante, en la cabeza. Junto á él había muchas telas pequeñas de algodón. De otro subterráneo, situado entre Leiva y Moniquirá, sacaron á mediados de este siglo gran número de momias, una de ellas sentada en un asiento bajo y con arco y flecha en la mano; muchas mantas finas, vasijas de loza y muy curiosas joyas y figuras de oro.

Las gentes más religiosas seguían llorando sus difuntos por seis días más después de enterrados, y aun les hacían aniversarios durante algunos años. Convidaban á sus parientes y amigos á llorar con ellos al són de tristes instrumentos y cantares, en que celebraban las acciones del finado que merecían ser elogiadas. Buscaban, finalmente, distracción y consuelo en la chicha, y mascando hayo. La gente común convidaba también

á estos llantos, y daba fin á la función distribuyendo bollos de maíz.

Honraban los Chibchas á los guerreros que morían en los combates. Estando Jiménez de Quesada en Cajicá, llegaron á su campamento doce indios cubiertos con mantas negras y grandes bonetes del mismo color, y dijeron que iban allí para hacer las honras de los muertos en la refriega pasada. Retiráronse á un adoratorio donde cantaron en tono lastimoso como dos horas y media, sin que los españoles los entendiesen.

Los conquistadores sacaron grandes riquezas de las sepulturas, *santuarios* y otros lugares donde los Chibchas guardaban ú ocultaban el oro y las esmeraldas. En Tunja excavaron un entierro superficial tan rico, que los tejuelos de oro que hallaron en él valieron más de cien mil pesos, fuera de muchas esmeraldas finas. Después siguieron descubriéndose en todo tiempo depósitos de tunjos, y alhajas de oro y de cobre, vasijas de loza, objetos de piedra, etc. No puede la generación presente culpar á las anteriores de haber sido descuidadas en conservar esos recuerdos de una civilización tan poco conocida. Ella adolece, con excepción de algunas honrosas individualidades, de la misma indiferencia y apatía de nuestros mayores. Aún no tenemos siquiera un museo de antigüedades que merezca este nombre, en que se conserven los monumentos de los Chibchas; éstos, aunque muy inferiores á los que dejaron los mexicanos y los peruanos, son muy dignos de estudio.

CAPITULO XI

Propiedad de las tierras.—Agricultura.—Plantas alimenticias.—Frutas.—Venados y otros animales cuya carne comían.—Sal compactada.—Esmeraldas de Somondoco.—Tejuelos de oro que servían de moneda.—Mercados y ferias.—Construcciones.—Cercado del zaque.—Casa fuerte del zipa en Cajicá.—Patenas de oro que pendían de los cercados del hunsa y del sugamuxi.—Monumentos de piedra de los Chibchas.

La propiedad individual de las tierras existía entre los Chibchas, y los bienes raíces se transmitían por herencia á las mujeres y á los hijos del difunto. Como los objetos de lujo, esmeraldas, tunjos y joyas de oro y cobre eran propios de la persona, la enterraban con ellos, y así esta parte de la riqueza, á la vez particular y pública, dejaba de acumularse, y cada generación se veía precisada á renovarla. (1) Las poblaciones tenían bosques y lugares de pesca comunes. (2)

Era la agricultura la industria principal de los Chibchas, puesto que sacaban su sustento del producto de sus cultivos. Tenían extensas labranzas, no solamente en las tierras frías, sino también en los valles cálidos que quedaban al pie de las montañas que los separaban de sus enemigos. Allí sembraban algodón, frutas y raíces propias del clima, y defendían las sementeras á punta de lanza de sus inquietos vecinos. Como no conocían el hierro, se servían de barras y palas de madera y de imperfectos instrumentos de piedra. Aun se ven en algunas haciendas anchos camellones cruzados de surcos, que son restos de antiguos trabajos agrícolas de este

(1) Simón. T. II, pág. 311.
(2) Simón. T. II, pág. 309.

pueblo laborioso. Los Guanes llegaron á sacar acequias de los ríos para regar sus propiedades.

Trataremos de las principales plantas alimenticias que cultivaban, y del uso que de ellas hacían.

Del maíz, que llamaban *aba*, sólo hacían una cosecha anual en las tierras frías. Conocían algunas variedades de esta gramínea: el maíz de arroz, el blanco, el colorado, el rojo blando, el amarillo y el negro. Molíanlo en piedras ligeramente cóncavas, sirviéndose de otras piedras en forma de rollete aplanado en la parte de abajo, que movían con ambas manos. Hacían de él, poniéndolo á fermentar con agua, la chicha, que era su alimento preferido. Servía su grano para preparar la mazamorra, *suque*, y de su maza se hacían puches ó gachas y bollos, que eran su pan habitual. Envolvían éstos en una hoja apropiada, y los cocían en una olla con agua ó los asaban. Comían algo caliente la pasta blanda y tierna. Aun hoy se suele usar este alimento, que conserva el nombre de *bollo de indio*.

De las papas ó patatas, llamadas por los Chibchas *yomsa*, *yomuy*, (1) "harinosas raíces de buen gusto, regalo de los indios bien acepto, y aun de los españoles golosina," (2) cultivaban muchas variedades, unas redondas, otras chatas y largas otras. Las había blancas, amarillas y moradas.

"Es la mayor provisión que tienen, dice Oviedo, porque con todo lo que comen, comen esas *yomas*."

Cultivaban muchas otras raíces de que se servían para variar sus comidas; las principales entre los tubérculos eran las siguientes: los cubios (*tropeolum tuberosum*), que comían cocidos ó crudos como si fueran rá-

(1) En las haciendas de la Sabana llaman *yomogó* la parte de la cosecha de las papas que dejan á los que ayudan á cogerlas.
(2) CASTELLANOS. Canto II.

banos; "tienen el mismo sabor que nabos, y esto es el más verdadero mantenimiento de que se sirven por pan" (Oviedo). Daban el nombre de *hibia* á una variedad de cubios que tiene un principio dulce. Las chuguas (*mellocoa tuberosa*) ó ullucos de los peruanos, la yuca no venenosa, de la que hacían pan ó la comían asada; la arracacha y la batata (*convolvulus*).

Usaban mucho el grano de la quinoa (*chenopodium quinoa*), cuyo cultivo se ha abandonado, y que reemplazaba el arroz, que no conocían. Lo lavaban para quitarle un principio amargo y que produce vómito.

Tenían también fríjoles, calabazas ó ahuyamas y tomates, y usaban mucho el ají como condimento.

Ya hemos dicho cuánto estimaban el hayo ó la coca, que era entre ellos de uso general, aun como alimento. También hacían uso del tabaco, y se han hallado en las sepulturas pipas cortas de piedra para fumarlo. (Véase la figura 121). Parece que tomaban por las narices el rapé ó polvo de tabaco, pues en Santafé tuvieron los españoles grandes moliendas de la hoja de esta planta para exportar hacia el reino de Quito y España, donde llamaban al rapé *tabaco de Tunja*, de donde se llevó el primero. (1) Cultivaban la planta en el pueblo de indios de Samacá, y el precio del rapé era tan caro, que dice el Padre Simón que llegó á venderse en Bogotá á $ 600 la arroba.

Entre las frutas de distintos climas que preferían, los cronistas hacen mención de las siguientes: los aguacates *(persea gratissima)*, las guamas *(inga)*, las piñas (*bromelia ananas*), las guayabas (*psidium pomiferum*), las pitahayas (*cactus metocactus*), las guanábanas (*annona muricata*) y otras más.

---

(1) Zamora. Pág. 42.

La carne preferida de los Chibchas era la de venado. Abundaban tánto estos animales que "andaban en manadas como si fueran ovejas." (1) Cuando llegó Jiménez de Quesada á Cajicá, donde permaneció unos pocos días, le traían los indios diariamente veinte ó treinta venados muertos para sustento de la fuerza expedicionaria, y hubo día en que se presentaran con más de ciento. Ochenta años después de la conquista todavía decía el Padre Simón que quedaban muchos, á pesar de la caza que les hacían los españoles. Ningún indio podía matar ni comer venado sin licencia del cacique, y cuando éste no la concedía no era permitido matarlos, aunque entraran á hacer daños en las labranzas. (2)

Hacían uso general de la carne de los curíes (*cavia*) y de los conejos; unos y otros eran en extremo abundantes, tanto que los indios los llevaban por centenares al campamento español (3), y en Santafé dieron por mucho tiempo cuatro conejos por un real. Tenían pocas aves, y entre ellas preferían las tórtolas, las perdices y los patos de las lagunas. Comían, finalmente, los pescados que producían sus ríos.

Extraían los Chibchas sal en gran cantidad para su consumo y para el tráfico con las tribus vecinas. Para poderla transportar á grandes distancias la prepa-

---

(1) El autor del *Epítome* dice:

"Hay infinidad de venados, en tánta cantidad, que los basta á mantener como acá los ganados."

(2) Castellanos dice que los Chibchas salían á la caza con aderezos de plumajería, y pone en boca del cacique Tiquisoque esta invitación á un jefe español:

Por más regocijaros,
Serviros y agradaros, damos traza
Para salir á caza de venados
Cazadores cursados del oficio.
Gozaréis de ejercicio deleitoso:
Veréis que el temeroso ciervo huye,
Y cómo lo concluye la red puesta,
Donde la flecha presta lo traspasa.

(3) Oviedo dice que hubo día en que les llevaron hasta mil.

raban compactada por el mismo procedimiento que se practica hoy en Zipaquirá, Nemocón y Tausa, que eran las salinas explotadas por ellos. Hacían evaporar el agua salada en muy grandes vasijas de barro que ellos llamaban *gachas* y hoy *moyas*. Estas sólo servían una vez, pues la sal quedaba formando un pan semiesférico consistente, de dos ó tres arrobas de peso, tan adherido á la vasija, que para despegarlo era preciso romperla. (1)

Dijimos antes que cultivaban el algodón, con el cual tejían mantas que pintaban con pincel. Trazaban á lo largo de las mantas fajas angostas con colores vegetales, y dibujaban labores no muy vistosas.

Estimaban mucho las esmeraldas, y como las minas de Muzo, que producían las más bellas de estas piedras, quedaban en tierras de sus enemigos, explotaban las de Somondoco, las que en tiempo anterior á la conquista fueron muy ricas. Se hallaban estas minas en territorio del cacique del mismo nombre, en una larga loma ó cuchilla. El modo de beneficiarlas era el siguiente: movían la tierra deleznable que estaba sobre las vetas de esmeraldas, con coas ó barras puntiagudas de madera resistente, y luego la arrastraban haciendo correr sobre ella agua de unos grandes estanques donde la recogían. Este trabajo no se podía ejecutar sino en la época de las lluvias. Los indios de Somondoco cambiaban las esmeraldas por oro, mantas de algodón y cuentas.

No tenían en su territorio minas de oro, metal muy usado y estimado por ellos; lo obtenían de otras tribus. De Moniquirá sacaban el cobre.

Hacían uso de una medida de capacidad para el

(1) Castellanos. T. I, Canto II.

maíz, y se servían del palmo y del pie para determinar la longitud.

Fueron los Chibchas con los habitantes del Chimú, en el Perú, los dos únicos pueblos del Nuevo Continente que se sirvieron de moneda para sus cambios. Consistía la moneda de los Chibchas en unos tejuelos ó discos de oro, vaciados en moldes apropiados, y sin ninguna señal. Como no tenían peso, los medían encorvando el índice de manera que se apoyara en la primera coyuntura del pulgar; en el vacío que quedaba ponían éstos. Debían tener, pues, próximamente una pulgada de diámetro. Fundían otros de mayores dimensiones, para lo cual se servían de unas cintas de algodón que daban la vuelta á su circunferencia y cubrían el ancho del borde.

Servía esta moneda para el pago de los tributos de los caciques que rendían vasallaje al zipa y al zaque, y también para los cambios en los mercados interiores, pues en sus tratos con las tribus vecinas permutaban unas cosas por otras, como lo acostumbraban hacer entre ellos mismos cuando les faltaba moneda.

Recordaremos algunas de las circunstancias en que los cronistas hacen mención de tejuelos de oro. Los indios de Guachetá hicieron presente á Jiménez de Quesada de algunos de éstos. Muerto el zipa Tisquesusa, los españoles saquearon su albergue y hallaron "una totuma, vaso de oro fino, llena de tejolillos de lo mismo que pesaron mil pesos poco menos, que, según pareció, de sus tributos aquella noche de su desventura, un señor se la dio de sus vasallos." (1) En una sepultura excavada en territorio de Tunja, se halló una mochila llena de tejuelos de oro que valieron algo más de cien mil pesos.

(1) Castelanos T. I, Canto VII.

Para que se vea cuán general era entre los indios el uso de esta moneda, citaremos lo que dice Rodríguez Fresle que acordó el Rey, más de cuarenta años después de la conquista:

"Gobernando D. Lope de Armendáriz, sucedió que del arbitrio que el contador Retes dio á Su Majestad acerca de la moneda con que estos naturales contrataban, que eran unos tejuelos de oro por marcar, de todas leyes, mandó el Rey que esta moneda se marcase. Abriéronse cuatro cuños de una marca pequeña para más breve despacho, por ser mucha la moneda que había de estos tejuelos, y particularmente la que estaba en poder de mercaderes y tratantes. Dio Su Majestad un término breve para que todas estas personas y las demás que tenían esta moneda la marcasen sin derechos algunos; y pasado, dende adelante se le pagasen sus reales quintos.... Esto no impidió á los indios hacer su moneda y tratar con ella; sólo se mandó que por un peso de oro marcado se diese peso y medio de oro sin marcar; y con esto había mucha moneda en la tierra, porque los indios continuamente la fundían. (1)

En la rica colección de antigüedades chibchas que Mr. Randall llevó de Bogotá á Nueva York en 1882, había tejuelos de oro de varios tamaños y precios. (2)

Como los Chibchas no tenían conocimiento de la ley ó calidad del oro, y sólo veían que este metal en su estado nativo era de un color más ó menos subido, no tenían en cuenta sus quilates para dar valor á los tejuelos.

Había frecuentes mercados públicos en los principales lugares; en Bacatá, Zipaquirá, Tunja y Turmequé los tenían cada cuatro días; hacían sus tratos muy tranquilamente y sin levantar la voz. Comerciaban con las tribus vecinas en varias ferias, á las cuales concurrían en épocas fijas; las más importantes tenían lugar en el

(1) *El Carnero.* Cap. XI.
(2) Esta colección fue comprada al señor D. Gonzalo Ramos Ruiz; se conserva en el Museo Real de Berlín.

Sur, en el territorio de los Poincos, á quienes los españoles llamaban Yaporogos. Extendíanse éstos en ambas márgenes del Magdalena, desde el río Coello hasta el Neiva. Eran ricos en oro, el que cambiaban con los Chibchas por sal, mantas y esmeraldas. La feria de Coyaima, á orillas del Saldaña, era muy concurrida; acudían á ella especialmente los indios del pueblo de Pasca y sus convecinos. Tenían otro mercado cerca de Neiva, probablemente en Aipe; la conocida inscripción indígena que se ve allí en una gran piedra orillas del Magdalena, lo indica claramente. Es como un muestrario de artículos de comercio: mantas, joyas de oro, etc.

En el Norte había una gran feria en Sorocotá, orillas del río Sarabita, llamado Suárez por los españoles. Acudían allí de todas las tribus vecinas con los frutos de sus tieras y con oro de Girón y del Carare á comerciar con los Chibchas. Hacían sus contratos de mayor cuantía sobre una gran piedra, colocándose todos á la redonda, pues tenían por agüero favorable seguir esta costumbre. Habiendo querido el alcalde de Vélez acabar con esta superstición, hizo romper la piedra, que pesaba cosa de cuatro quintales, y se halló que era un rico mineral de plata, del que se extrajeron más de veinte libras de metal. En vano se buscó el filón de donde se había desprendido, pues no fue posible descubrirlo.

Eran los Chibchas muy entendidos en sus tratos y aun dados á la usura, pues si no se les pagaba al vencimiento del plazo, se tenía por costumbre que cuantas lunas pasaran del tiempo señalado, fuera creciendo la deuda por mitades, de manera que se centuplicaba en un año.

Llamó mucho la atención de los conquistadores el aspecto pintoresco de las poblaciones, y muy particu-

larmente los vistosos cercados de los caciques, que de lejos parecían fortalezas inexpugnables, de donde vino el nombre de *Valle de los Alcázares* que pusieron á la sabana de Bacatá.

Las paredes de los bohíos eran hechas de palos hincados á trechos en la tierra; en los intervalos construían bahareques formados de cañas entretejidas y atadas, llenos de barro los intersticios. Cubríanlos de paja larga sobre bien trabadas varas. Quedaba el techo de dos alas, de forma rectangular; algunas veces lo hacían cónico. Las puertas y las ventanas eran pequeñas. Las casas de los señores y caciques tenían muchos aposentos, grandes patios y molduras de madera; acostumbraban pintarlas y cubrir de espartillo el suelo. (1) Encerrábanlas con unos cercados cuadrados, hechos de cañas entretejidas que formaban paredes de tres á cuatro metros de altura. En cada esquina del cercado, y aun á trechos en las paredes, estaban plantados gruesos maderos de nueve á diez metros de altura, pintados de rojo y con una garita en la parte superior. Ya dijimos que estas gavias servían para el sacrificio de víctimas humanas.

Para llegar á las habitaciones del zaque había que pasar dos cercas, que distaban doce pasos la una de la otra; en la de más adentro había grandes casas.

El cercado ó casa fuerte del zipa en Cajicá tenía un corredor interior en toda la extensión del cuadro, de cinco varas de ancho, cubierto con un toldo impermeable de tela gruesa y muy tupida, en el que entrarían unas dos mil varas de género. Dentro del cercado había varias casas vistosas y bien arregladas, con las paredes guarnecidas de carrizos muy limpios, enlazados con hi-

(1) "La casa del bogotá, para ser de paja, se podría tener por una de las mejores que se han visto en Indias." (*Relación á Su Majestad, de los capitanes San Martín y Lebrija*).

los de diversos colores. Unas de ellas estaban llenas de armas, en otras guardaban maíz, papas, fríjoles y cecina de venado y de otros animales. Había, en fin, grandes aposentos que servían de habitación.

En la parte exterior de las puertas del cercado del zaque y del sugamuxi acostumbraban poner pendientes láminas, patenas y otras joyas de oro fino que brillaban siempre que el sol las hería, y producían además un sonido metálico agradable, dando unas con otras, cuando las movía el viento ó abrían las dos hojas de la puerta. Las piezas de oro que descolgaron los españoles del cercado del sugamuxi valieron 80,000 ducados. Eran estos indios tan respetuosos y poco codiciosos, que no se les ocurría hurtar una joya, aunque las puertas eran de caña y no tenían más cerradura que un cordel, con que las aseguraban con una ó más vueltas y nudos.

No llegaron los Chibchas á construír ningún edificio de piedra, pues la conquista los sorprendió en los momentos en que se ocupaban en dar este paso adelantado en la vía del progreso.

En el valle del Infiernito, cerca de la villa de Leiva, existían hasta hace muy poco tiempo dos filas de columnas, ó más bien bases de columnas paralelas, de asperón de color rojo, de cuarenta centímetros de diámetro, y medio metro de altura fuera del suelo. Las dos filas distaban entre sí diez metros en la base, y estaban inclinadas las columnas hacia lo interior.

Se contaban 34 en la fila del Sur y sólo 12 en la del Norte, fijadas todas á una distancia igual de cuarenta centímetros. A pocos pasos se veía tendida una columna de cinco metros y medio de largo. Además, en el Valle, en dirección al Occidente y á una distancia hasta de seis leguas, yacía esparcido un centenar de

piedras, de 2 á 4 metros de longitud, 50 á 80 centímetros de anchura y 40 á 60 de espesor, con una estría ó raya en hueco en una extremidad. (1)

Por fortuna, antes de que una mezquina especulación hubiera hecho desaparecer por completo esas ruinas que revelan los esfuerzos de un pueblo por civilizarse, el ingeniero D. Fortunato Pereira Gamba las visitó. Debemos á su amistad la siguiente importante comunicación, junto con los diseños que la acompañan :

"Tengo mucho gusto en dar parte á usted de la impresión general que me produjo la visita que hice en Diciembre de 1894 al valle del Infiernito. En primer lugar debo decirle que ya no queda casi nada allí de lo que habían erigido en tiempos pasados. Un indio, dueño del terreno, ha arrancado todos los zócalos para venderlos á una persona que los emplea en la construcción de una casa. Como en otra ocasión, hace diez y siete años, había estado ya en el lugar que ocupan las ruinas, he recapacitado y reunido mis recuerdos, complementando así las actuales observaciones.

"El valle del Infiernito queda á unos cinco kilómetros al Oeste de la villa de Leiva, en una abra que se determina entre dos colinas de poca altura. El terreno superficial es de aluvión, y en él existen grandes piedras de acarreo, que son exclusivamente areniscas y ocupan una extensión considerable.

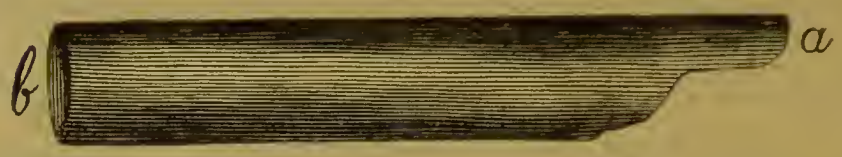
"Lo que se ha llamado *las ruinas* hoy día está reducido á algunas piedras más ó menos labradas y á los vestigios de las que los indios arrastraban hacia el Infiernito para labrarlas allí. Anteriormente existieron dos filas de zócalos enterrados en el suelo y orientados en su dirección de una manera exacta de Oeste á Este. Las piedras históricas que existen en aquel lugar pueden dividirse en las clases siguientes:

"*Zócalos*. Estos estaban enterrados; aun pude ver algunos ya sacados y el rastro que dejaron en los sitios en que estuvieron. Están perfectamente labrados, muy redondos, próximamente iguales en dimensiones, de 2 metros 20 centímetros de largo por

(1) Hemos tomado estos datos de una noticia descriptiva de las ruinas, escrita por el señor Manuel Vélez, dirigida á M. Jomard, Presidente de la Sociedad de Geografía de París, y publicada en 1847 en el *Boletín* de dicha Sociedad.

35 centímetros de diámetro. Estaban enterrados por su extremidad *b* (figura 1.ª). La parte que sobresalía del suelo tiene una especie de asiento ó muesca. Este remate del zócalo en *a* no es rotura, como generalmente se ha creído, sino labor intencional. Los zócalos debieron de ser muy numerosos.

FIGURA 1.ª



" *Piedras en labor.* Muchas piedras más grandes que los zócalos estaban principiadas á labrar. Estas iban á ser transformadas en columnas; pasan de 3 metros de longitud por 80 centímetros de diámetro en bruto, tienen el rastro de la labor empezada (como se indica en la figura 2.ª, entre las líneas *a b*, *c d*), por el cual se ve que intentaban darles forma redonda. Las figuras 2.ª y 3.ª dan idea de una de éstas, que está cerca de lo que era la fila de zócalos. No son piedras planchas, como se ha creído.

FIGURA 2.ª

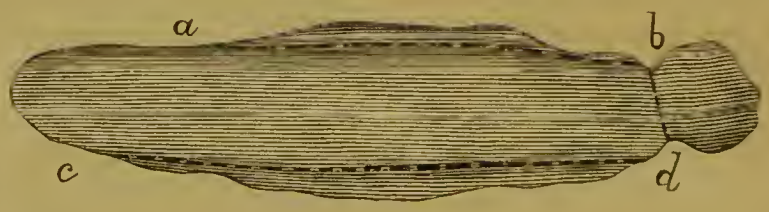
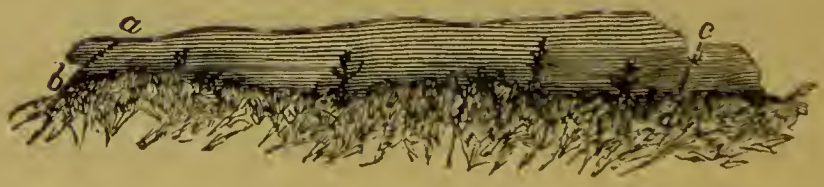
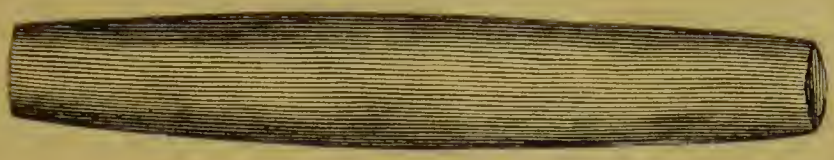


FIGURA 3.ª



" *Columnas.* Quedan algunas ya terminadas; su diámetro es un poco mayor en el centro que en las extremidades, como lo muestra la figura 4.ª, y están muy bien redondeadas.

FIGURA 4.ª



"*Piedras cuyo arrastre se suspendió.* Finalmente, desde el fondo del valle los indios estaban arrastrando piedras al sitio de las ruinas. Se hallaban diseminadas aquí y allá, como si hubieran sido abandonadas en el momento de la paralización de los trabajos. Se distinguen por las dos muescas *a b, c d* (figura 3.ª), la una adelante y la otra atrás. Estas dos muescas, que servían para halar las piedras, señalan la dirección que llevaban todas hacia el lugar de la construcción principiada. Los indios escogían entre las areniscas de la formación de acarreo las más largas y propias para su trabajo.

"Cuál fuera el plan de aquella construcción, no creo que pueda colegirse, pues apenas hubo allí un trabajo preliminar de preparación y reunión de materiales. Lo que puede asegurarse es que todos los trabajos de labor se hacían en el sitio propio de la construcción, sin que á los indios se les ocurriera que era mejor labrar las piedras en el lugar de su yacimiento y transportarlas ya labradas. Tampoco se les ocurrió el uso de rodillos ó algún otro medio que facilitara el acarreo de tan pesados materiales. El arrastre lo hicieron á fuerza de brazos por medio de cuerdas anudadas en las dos muescas de que están provistas estas piedras.

"El estado de completa conservación de las areniscas labradas induce á creer que la época en que se ejecutaron estos trabajos no está muy lejana, que la conquista sorprendió á los Chibchas ocupados en sus labores, y con ella se determinó una suspensión súbita de la construcción del edificio proyectado. Las piedras ya labradas se habrían deteriorado mucho en un lapso más considerable que el que ha transcurrido desde la conquista; además, se habrían hallado más ó menos enterradas en el suelo bastante movedizo del lugar que ocupan.

"Terminaré haciéndole notar que los indios tenían bastante material preparado, pues del Infiernito se han llevado en diversas épocas piedras labradas para emplearlas en la construcción de edificios públicos y privados; en el claustro del convento del

Ecechomo, edificado á dos leguas de las ruinas, se cuentan 32 de estos zócalos, 12 en la casa de capellanías de Leiva, etc., fuera de las piedras que sirven de puentes en zanjas y barrizales."

A las muy juiciosas observaciones del señor Pereira sólo agregaremos que nos parece muy probable que el propósito de los Chibchas fuera erigir un templo al Sol, su dios principal, propósito que la tradición indígena atribuyó al fabuloso zaque Garanchacha. La orientación de las dos filas de zócalos del Oeste al Este confirma este dictamen.

Cerca de Ramiriquí se encuentran en distintos lugares diez columnas de asperón gris, cinco de ellas enteras y las demás rotas en dos y tres pedazos; las primeras tienen de 2.^{m} 85 á 6 metros de largo y de 66 á 80 centímetros de diámetro. Una de ellas es mitad cilíndrica y mitad cuadrada, y otra tiene la forma de medio cilindro. (1) Todas tienen en ambos extremos una raya hueca en contorno como para atarlas (figura 9, lámina v). Son, pues, estas columnas de la misma construcción que las del Infiernito: simples imitaciones en piedra de gruesos maderos. Fray Pedro Simón dice que en su tiempo se veían tres grandes columnas cerca de Tunja, y dos más en Moniquirá.

Fáltanos hablar del único monumento de piedra que dejaron los Chibchas. En la serranía de Pacho hay un peñón abrupto que termina en una mesa casi horizontal, sobre la cual se alza un obelisco de cerca de veinte metros de altura. Dos grandes piedras, separadas entre sí unos treinta centímetros, le sirven de base. Sobre ellas se levantan enormes trozos de roca bruta, semejantes á prismas rectangulares, colocados unos sobre otros sin argamasa, y que disminuyen de espesor á medida que se elevan. (2) (Véase la figura 10, lámina v).

---

(1) Debemos á la benevolencia del señor Nicasio O. Galindo el dibujo y las dimensiones de estas columnas.

(2) Ramón Guerra Azuola. *Un monumento de los Muiscas. Papel Periódico*, T. I, pág. 120.

CAPITULO XII

Vestido de los Chibchas.—Gorras con que se cubrían hombres y mujeres.—Cómo se sentaban.—Orfebrería.—Vaciaban las figuras en moldes.—Piedras grabadas que servían de matrices.—Soldadura y dorado.—Las obras de orfebrería y cerámica chibcha eran inferiores á las de otros pueblos del Nuevo Reino.—No revelan gusto artístico.—Su descripción.—Joyas y arreos que adornaban sus personas.—Armas ofensivas y defensivas figuradas en oro.

Distinguíanse los Chibchas de las demás naciones y tribus del Nuevo Reino de Granada, en que los habitantes de sus provincias iban todos vestidos. Tenían finas mantas de algodón ; los hombres se envolvían el cuerpo en una manta y se cubrían con otra cuyas puntas ataban sobre el hombro con un nudo. Dichas mantas eran blancas por lo general ; las personas principales las usaban con dibujos negros y colorados. El vestido de las mujeres poco se diferenciaba del de los hombres ; atábanse al rededor del cuerpo una manta que las cubría hasta los pies, y se ponían otra sobre los hombros, á manera de manto, prendida con un topo ó alfiler grueso, de oro ó de cobre, de tal modo que sólo los brazos quedaban descubiertos. (1)

No usaban ninguna clase de calzado.

Era muy rara la barba entre los hombres, y cuando les nacía se la arrancaban. Hombres y mujeres usa-

(1) El vestido de los Guanes se diferenciaba muy poco del que se usaba en las demás provincias; consistía, el de los hombres, según Castellanos, en dos mantas de algodón tejidas con hilos de varios colores, una ceñida que rodeaba la cintura, y la otra pendiente de los hombros y anudada al izquierdo con las puntas. El mismo traje era común á las mujeres, sólo que las casadas usaban, además, pampanillas, "por honestidad y más resguardo."

ban largos los cabellos. Ellas los cuidaban mucho y empleaban ciertas drogas para conservarlos y volverlos más negros.

Era general la costumbre de cubrirse la cabeza, y es grande la variedad de formas de las gorras y cofias que hemos visto en las numerosas figuras de oro y de cobre sacadas de las sepulturas, con la particularidad de que ninguna tiene la cabeza descubierta ni deja ver el pelo. Entre las que acostumbraban hacer de algodón, eran comunes á uno y otro sexo las siguientes. Una simple faja angosta con que se ceñían la cabeza (números 12 y 22); (1) redes y gorretes de cordón grueso ó de trenza, en que quedaban recogidos los cabellos; llegaban unos hasta la frente y otros formaban un rollete en la corona. Se cuentan en unos sólo dos vueltas del cordón y en otros pasan de diez; en algunas figuras se ven cosidos los cordones por dos extremos. (Véanse las figuras 24, 28, 35, 40, 42 y 50).

En las figuras de hombres se ven con frecuencia sombreros de alta copa sin alas (números 73, 74 y la figura de barro número 93); gorros hechos de hilos gruesos (números 3, 4, 6 y 24); altos bonetes con rayas y dibujos (figura de barro número 94, y una de las tres del número 91); y en fin, casquetes, que hacían de pieles de fieras. Algunas veces tienen los gorros y bonetes prolongaciones planas á uno y otro lado (números 46 y 55). El guerrero guecha marcado con el número 5, tiene un verdadero casco terminado en punta.

Las mujeres solían usar también gorras adornadas con dibujos.

---

(1) El autor del *Epítome* llama *guirnaldas* estas fajas, porque muchas de ellas estaban adornadas con una, á manera de rosa de diferentes colores, hecha de algodón ó de plumas, que les quedaba sobre la frente.

En el modo de cubrirse la cabeza se distinguían las diferentes clases sociales.

Indios é indias se pintaban de achiote las mejillas y los brazos para asistir á las fiestas.

Era uso general descansar en el suelo en cuclillas, y sólo unos pocos posaban en mantas ó en asientos muy bajos de madera, hechos de una sola pieza, con espaldar ó sin él; (1) no obstante, tenían puestos señalados en sus fiestas y reuniones, según la condición y edad de cada uno, y si alguno ocupaba el lugar de otro,el dueño lo cogía de una oreja y, reprendiéndolo, lo quitaba.

Las camas eran propiamente barbacoas de caña; ponían sobre ellas muchas mantas juntas unas sobre otras.

Fáltanos describir una parte muy importante del vestido de los Chibchas: las joyas y alhajas con que se adornaban, y que eran tenidas por ellos en muy grande estimación. Antes de tratar de este asunto, diremos algo sobre los metales que conocían y el uso que de ellos hacían. No habiendo llegado su industria hasta separar ningún metal de las sustancias minerales con que se halla combinado en los filones, no conocían sino dos de los que se encuentran en estado nativo: el oro y el cobre. Fundíanlos solos ó aleándolos en todas proporciones, razón por la cual es muy grande la diversidad de la ley de los objetos sacados de las guacas. Llegaron á vaciar piezas de bastante peso; ya hemos hablado de una urna de oro fino que encontraron los conquistadores en el aposento del hunsa, y que pesó 30 libras (13 kilogramos 800). De una de las puertas de la casa del sugamuxi descolgaron otra pieza de más de cinco libras de peso. Tenían vasos de diversas formas.

---

(1) Recientemente se encontró en una cueva uno de estos asientos, igual en la forma á la silla de la figura número 47. Obsérvase que el indio que la ocupa está sobre ella en cuclillas.

Servíanse generalmente de moldes para vaciar las figuras y alhajas que hacían. Cuando éstas debían ser macizas, que era lo más común, las modelaban de distinta manera, según la forma y el tamaño de la pieza que trataban de vaciar. En ciertos casos debían formar de cera el objeto, luego cubrían este núcleo de arcilla plástica, que dejaban secar lentamente, y lo exponían más tarde al sol, para derretir la cera y vaciar el molde, en el que se hacía correr el metal.

En otros casos hacían de arcilla el modelo, y extendían sobre él, después de seco, una capa de cera que cubrían con arcilla para formar el molde.

Si se trataba de objetos huecos por dentro, se procedía del modo siguiente: formábase primero un núcleo de arcilla con la figura de la pieza, cubríasele con una capa de cera, generalmente delgada, y sobre ésta ponían una capa gruesa de arcilla. Se encuentran figuras de oro y de cobre, huecas, que conservan el núcleo interior de arcilla; una de ellas, de cobre, es la marcada con el número 11. (Lámina VI). Para hacer el alambre horadaban simplemente la arcilla en forma cilíndrica.

Las más de las figuras humanas de oro ó tumbaga tienen la forma de láminas delgadas en las que los brazos, las piernas, las facciones del rostro, los adornos, armas, etc., están figurados por hilos del mismo metal, adheridos á la lámina en muchos casos, y separados total ó parcialmente en otros, como puede verse en las figuras del *Atlas*. No se observa en ningún caso soldadura, los adherentes son siempre de la misma ley que el cuerpo de la figura, y no es raro ver en las partes huecas tierra ó materia carbonizada. Es evidente que estas piezas así completas eran vaciadas de una vez en el molde. La ductilidad de la cera facilitaba este trabajo,

que se reducía á hacer primero la plancha delgada, y sucesivamente los hilos que completaban el cuerpo y los adornos, los que iban pegando á medida que les daban forma. Al cubrir la figura con arcilla muy fina se hacía de manera que ésta se adaptara exactamente y reprodujera todos los detalles. Hemos observado tunjos como el que lleva el número 12, en que el oro no alcanzó á llenar la parte inferior de la lámina, pero sí formó los hilos del borde de ésta y los que sirven de piernas.

Los orífices dejaban sin pulir las más de las figuras que vaciaban, y por este motivo se ven con frecuencia llenas de asperezas y rugosidades provenientes de los moldes. Se encuentran con frecuencia tunjos, animales y dijes pequeños formados de láminas de oro muy delgadas y pulidas, que no pudieron ser vaciadas en moldes. (1) Las mismas ó semejantes imágenes se hallan talladas en piedra ; luego hay correlación entre uno y otro objeto. Así lo creyó Ernesto Restrepo, quien consideró esas piedras como moldes para alhajas metálicas. Lo mismo había juzgado antes de él un americanista alemán, el doctor Máximo Uhle, de Berlín, quien obtuvo muchas figuras delgadas de oro vaciando el metal fundido sobre el relieve, y ejerciendo incontinenti presión sobre la lámina con un instrumento á propósito. (2) Sea que los orífices chibchas empleasen el mismo procedimiento ó alguno otro que nos es desconocido, pero que no es probable que fuera el estampado por presión sobre una hoja metálica, nos parece fuera de duda que las piedras talladas no tenían ningún otro uso. En gra-

(1) Véanse las nueve figuras comprendidas en los números 14, 44, 66 y 68. Estos dijes son generalmente tan delgados, que se necesitan siete iguales á la figura 44 para completar un gramo.

(2) *Publicaciones del Museo Real sobre Etnografía.*—VIII. *Modelos para trabajar en metal.*—Berlín, 1888 (en alemán).

ve error incurrieron el doctor Duquesne y los autores que han aceptado su idea de que servían de calendarios; pero de este asunto trataremos más adelante.

Algunas piezas grandes, delgadas y muy dúctiles, como la corona número 13, nos hacen creer que batían el oro. Se ven en ella dibujos formados por puntos estampados que se cruzan en líneas rectas. Para darle el pulimento que la distingue, es evidente que se hizo uso de bruñidores de piedra.

Los Chibchas sabían soldar y dorar, como lo hacían los Quimbayas y otras tribus del Nuevo Reino de Granada. Oviedo refiere que los indios le mostraron la yerba de que hacían uso para dorar. Puesto que no conocían los ácidos minerales, se comprende que se sirvieron de los vegetales. Aplicando éstos en la superficie lisa y limpia de un objeto hecho de tumbaga, se forma una sal de cobre y queda una telilla de oro que se bruñe con un pulidor.

La falta de relaciones entre los Chibchas y las tribus que quedaban bastante distantes de su territorio, fue motivo para que las obras de arte de cada pueblo tuviesen su sello original. En cuatro escuelas bien caracterizadas pueden agruparse los objetos de orfebrería indígena que se han sacado de las sepulturas: la quimbaya, la antioqueña, la chiriquí y la chibcha. Esta última quedaba muy atrás de las otras, y la quimbaya sobresalía entre todas por la maestría y el buen gusto de sus artífices. Difieren tanto en el estilo, en el aspecto y la forma, como se diferencian las pinturas italianas de las moscovitas, de tal manera, que las personas expertas conocen á primera vista la procedencia de las figuras y dijes de oro. Lo mismo podemos decir de las piezas de cerámica. Los vasos quimbayos, de formas tan bellas,

variadas y originales, de colores tan vivos y dibujos tan bien trazados, en nada se asemejan á los de Chiriquí, que recuerdan los de Costarrica, y son muy distintos de los chibchas. Estos ocupan el tercer lugar.

Es completamente inexacta la aseveración de Uricoechea, cuando dice que "los artefactos de metal, como las otras obras de arte de los Chibchas, eran de aprecio general en todas las comarcas colombianas," y que servían de objetos de cambio. La prueba más clara de que esto no sucedía, es que no se encuentran antigüedades de este pueblo fuera de su territorio, así como las antioqueñas, quimbayas, etc.; sólo se hallan en las guacas de las respectivas tribus que las fabricaban. (1)

Las obras de orfebrería de los Chibchas no revelan, por lo general, gusto artístico; no guardan proporción las diferentes partes del cuerpo humano; no hay redondez en las formas ni suavidad en los contornos; no se observan en ellas las leyes de la perspectiva y del escorzo. Según la manera como fueron vaciadas, las figuras pueden dividirse en dos grupos muy distintos. En el primero comprendemos las de oro y cobre, que fueron hechas en moldes de barro. Las figuras humanas de esta clase están desnudas y generalmente en cuclillas, apoyados los codos sobre las rodillas, lo que las hace parecer con las manos en el pecho, como en actitud de orar. Muchas ocupan asientos altos á modo de maderos, que con frecuencia se bifurcan en el centro para volverse á unir. (Véanse las figuras 22, 24, 35, 54, 73 y 74). Como los indios se sentaban por lo común en

(1) La única excepción de que tenemos conocimiento se refiere á ocho figuritas de oro, de estilo chibcha, todas iguales, halladas en Muzo y copiadas en la obra de Stübel: *Cultura é industria de los países sudamericanos.* Mas como se tiene por cierto que Muzo perteneció primitivamente á los Chibchas, no es extraño que allí se encuentren tunjos hechos por ellos.

el suelo, y algunas veces en asientos bajos, esto parece que fuera artificio de los orífices para dar mayor altura á los cuerpos. Tenían la costumbre, que no nos explicamos, de ponerles, en vez de orejas, espirales más ó menos grandes, ó medias espirales. Quizá la forma del pabellón de la oreja, que tiene cierta semejanza con esta línea curva, les dio la idea de usarla, para hacer más vistoso este órgano. Es digno de notarse que entre las tribus antioqueñas, y los Quimbayas y los Chiriquíes, se empleaba también la espiral, aunque no con tanta frecuencia, para reemplazar las orejas ó para algún otro fin.

Siempre que figuraban varias personas en un cuadro, hacían á la principal mucho más alta, como para hacer resaltar su superioridad; véase el guerrero guecha de la balsa número 3, el tocador de flauta marcado con el número 7, y el cacique de barro número 91.

Las figuras hechas en láminas delgadas de oro sobre piedras grabadas, son muy distintas de las anteriores. Estas se hallan casi siempre vestidas, generalmente con larga túnica guarnecida de ancha franja en la parte inferior, y además están desprovistas de orejas. (Véanse las figuras del número 14).

Veamos sobre los mismos tunjos de oro hallados en las sepulturas de los Chibchas, en las cuevas y *santuarios*, las joyas y arreos que usaban para el adorno de su persona.

La corona calada que lleva puesta la figura de cobre marcada con el número 15 (lámina VII), tiene forma de mitra.

Altas y hermosas coronas circulares, con dibujos, calados y adornos diversos, tienen las cuatro figuras de oro marcadas con los números 16 á 19 (láminas VII y VIII).

Las dos láminas de tumbaga, doradas y en forma de media luna, número 20 (lámina IX) servían para ponérselas en la frente con las puntas para arriba. Están adornadas con puntos estampados, y una de ellas con dos extrañas figuras de fantasía.

Argollas sencillas y dobles, largas láminas rectangulares con calados, planchuelas, circulares unas y otras triangulares, y aros en espiral, servían de pendientes y arracadas, como se verá en varias figuras del *Atlas* (véanse las figuras 5 á 7, 17 á 19, 49 y 55).

Narigueras en forma de argolla traen los números 16 y 17. La del número 55 es un ancho rectángulo que cubre toda la parte inferior de la cara. Es notable por la belleza del dibujo y de los calados la nariguera de oro número 21, y lo son también las dos que llevan las figuras humanas de barro números 92 y 94.

La gente principal de entre los Chibchas, hombres y mujeres, usaba en sus fiestas y en la guerra uno ó más collares formados por sartas de cuentas verdes, coloradas, blancas y azules, hechas de huesos y pedrezuelas, y ensartaban á trechos canutillos de oro fino. (1) Estas mismas sartas les servían para adornarse las muñecas.

Collares de dos ó más hilos llevan los tunjos de oro números 12, 17 y 50. En las figuras de mujer, también de oro, números 22 y 23, se ven á modo de alambres pendientes de un cordón; en otras (véanse los números 16 y 24) parecen ser huesos labrados. El tunjo

(1) Dice el Padre Simón (T. II, pág. 192) que "las indias nunca usaron los collares, porque sólo era gala de hombres." Luego se contradice, 46 páginas más adelante, refiriendo que "las cacicas y mujeres de las tierras de Muequetá tenían la usanza de llenarse de sus estimadas sartas de cuentas el cuello y muñecas de las manos." Esto último es lo cierto, pues en las figuras de oro que hemos visto de todo el país de los Chibchas, son las de las mujeres las que ostentan collares más adornados.

número 24 es de cobre, y representa una mujer principal. Algunos, como el 25, llevan un tejuelo ó un objeto semejante. Son notables por los adornos combinados de líneas, círculos y espirales, los collares de las figuras de mujer, hechas de oro, números 26 á 28 (lámina XI).

Varias figuras de hombres llevan una banda cuyas puntas, que atraviesan por sobre uno y otro hombro al costado opuesto, se cruzan en el pecho. En el tunjo número 16 y en la figura de barro número 94, se ve muy bien la banda que parece hecha de huesos labrados, pues es grande su semejanza con el collar número 29.

Chagualas ó patenas de oro en forma rectangular, de media luna y de corazón, lucen al pecho las figuras 55, 5 y 14ᵉ. El número 30 representa una patena de tumbaga que imita un corazón, con un cordón finamente labrado en los bordes, una mascarita en la parte superior y diez insectos realzados.

Las dos hermosas patenas de oro de veinte quilates, números 31 y 32, revelan gusto artístico y dan idea del adelanto relativo de los Chibchas en orfebrería. La forma elegante de las patenas, la graciosa combinación de líneas curvas y rectas, la simétrica distribución de las figuras rodeadas de auréolas, los adornos calados, la orla á manera de fina trenza, todo forma un conjunto agradable á la vista. (1)

Las figuras de hombres números 16 y 17 son las únicas que hemos visto con brazaletes.

En raras ocasiones se han hallado grandes máscaras de oro con aberturas en los ojos (tenemos una en nuestra colección). Son más frecuentes las máscaras pequeñas con agujeros para suspenderlas (figura 33).

---

(1) Estas patenas fueron halladas en Machetá; la más grande pesa 300 gramos, y mide 24 por 21 centímetros. Es aparente en ella la soldadura de un fragmento de la parte inferior, hecha por algún artífice indígena.

Ya que hemos pasado revista á las joyas y adornos con que están ataviados los tunjos fabricados por los Chibchas, veamos las armas ofensivas y defensivas que llevan.

En primer lugar hablaremos de la tiradera, empleada para lanzar dardos, arma usada por varias tribus de América, y á la que los autores dan en otras partes el nombre de *estólica* ó *estórica.*

Hé aquí cómo la describe Castellanos:

Son unos dardillos de carrizo
Con puntas de durísima madera,
Que tiran con amientos, no de hilo,
Sino con un palillo de dos palmos
Del grueso de la flecha, prolongando
Con él la tercia parte de la caña.
Este tiene dos ganchos afijados,
Distantes cada cual en un extremo
Del amiento que digo; con el uno
Ocupan el pie raso del dardillo,
Y el otro, con el índice corvado,
Aprietan con la flecha juntamente
Hasta que el jáculo se desembraza,
Según la fuerza del que lo despide.

La dimensión de esta arma era, pues, de dos palmos ó 42 centímetros. Conviene, para evitar confusión, prescindir de la palabra *amiento*, que equivale á correa, pues no entraba cuerda ni correa en la tiradera. Entendemos la expresión "prolongando con él (el palillo) la tercia parte de la caña," en el sentido de que fuera de la caja del arma comprendida entre los ganchos, tenía ésta una prolongación, como se ve en la figura 34. El tunjo número 35 tiene en el brazo derecho una tiradera armada, fijo el extremo del dardo en el del gancho superior y apoyado en el inferior, á punto de lanzarlo, apretando el dardo con el dedo índice.

Para que se comprenda mejor damos por separado el dibujo de la tiradera, que en la figura queda un poco confuso por llevar ésta en la misma mano un dardo de repuesto y algún palillo atravesado al hombro con una correa (número 36).

Disparaban la tiradera poniéndola horizontalmente "*sobre brazo*," dice el autor del *Epítome*.

Para que se vea la diferencia de formas de las tiraderas, reproducimos algunos dijes de oro que representan esta arma "de todas las bárbaras la de menor rigor," (número 37), y varios tunjos que la llevan en mano. (Véanse los números 3, 6, 16, 18 y 35).

En unos modelos termina el extremo superior en punta, en otros en superficie plana, de forma circular, semicircular ó semioval, formada por círculos ú óvalos concéntricos. Los ganchos están en muchos casos en una misma línea, de manera que el dardo quede recto y paralelo á la tiradera. En otros el gancho inferior está un poco desviado del superior; era, pues, preciso torcer la flecha para apoyarla en el primero.

Es digno de notarse que una tribu del Ecuador y otra del Brasil usaban tiraderas muy semejantes á las de los Chibchas. (1) Esta arma era, además, propia de muchas tribus de nuestro país.

El tunjo número 40 tiene en la mano izquierda una pica, cuya punta de macana está sólidamente asegurada; el 41 (éste es de cobre), una á manera de maza con cabezas cilíndricas en los extremos; el 42, una vara con púas, y el 5 una vara que termina en forma de hierro de lanza y tiene á uno y otro lado diez y seis

---

(1) Con el título de *Sobre las tiraderas de los indios de América* publicó el doctor Máximo Uhle un interesante estudio, en alemán. La figura 38 representa una tiradera que fue usada en Riobamba, y el número 39 una de Suyá (Brasil).

puntas semejantes, simétricamente colocadas; el 19, en fin, un arma semejante á una maza con cinco puntas agudas.

La figura 43 representa una pesada maza de madera de chonta con dibujos labrados, hallada en Tunja. La copiamos de la obra de D. Mariano Eduardo Rivero: *Antigüedades peruanas.*

Tienen escudos que se parecen unos á otros, las figuras 18, 19, 40 y 46. Son éstos muy distintos de los grandes paveses de cortezas de árboles con que los guerreros tundamas se cubrían hasta la cabeza.

CAPITULO XIII

Significación de las figuras de oro y otras materias que se encuentran en las sepulturas.—Gazofilacio y tunjos de oro hallados en el sitio de Chirajara.—Idolos y personas principales que representaban.—Alimañas de oro y de cobre.—¿ Hacían uso de símbolos?—Descripción de vasos, figuras humanas y otros objetos de cerámica.—Instrumentos, figuras y dijes de piedra.—Objetos cuya imagen no reproducían en metal, arcilla ni piedra.

¿ Qué significación tienen las figuras de oro, cobre y otras materias que se encuentran en las sepulturas chibchas?

Vamos á contestar á esta pregunta, ateniéndonos á las noticias que sobre punto tan interesante hallamos en los cronistas, fuente la más autorizada en esta materia:

Tenían los Chibchas ídolos,
" Unos de oro y otros de madera,
Otros de hilo, grandes y pequeños,
Todos con cabelleras, mal tallados;
Y también hacen ídolos de cera,
Y otros de barro blanco, pero todos
Están de dos en dos, macho con hembra,
Adornados con mantas que les ponen
Dentro de los infames *santuarios*."

Este pasaje de Castellanos es bien preciso, y por él se comprende que representaban á sus dioses en figura humana, puesto que les ponían cabelleras y los adornaban con mantas. Cierto es que contaban que Bachúe y su hijo se habían convertido en culebras para desaparecer en la laguna de Iguaque ; que Nencatacoa se les presentaba en figura de oso ó de zorro; y muchas otras

transformaciones. En estos hechos se han fundado los modernos para decir que daban á sus ídolos formas de animales, y aun para sostener que rendían culto á éstos. Si una ú otra cosa fueran ciertas, no habrían olvidado todos los cronistas dar noticias sobre puntos de tan alto interés, y los misioneros, que encontraban en los pueblos centenares de ídolos de madera y de hilo, no habrían callado esta circunstancia.

Fue el doctor Duquesne el primero que dijo que los Chibchas habían sido zoólatras. Hé aquí sus palabras:

"Tal fue el cielo de los Muiscas, lleno de animales como el de los Egipcios. Pusieron los indios el sapo entre sus divinidades.... Jamás ha dado esta sabandija mayor brinco del charco al cielo, y nunca bajó el hombre más del cielo al cieno.... Observando varias piedras con la debida atención, he notado que *figura el cuerpo del sapo, sin patas, transformado en ídolo: esto es, con una vestidura ó túnica propia de hombre....*"

No comprendemos cómo de antecedente tan pequeño, una vestidura que cubre el cuerpo de un animal, saque el doctor Duquesne la consecuencia de que es un ídolo. Véase en la figura número 44 el dije á que se alude; difícil es distinguir si se trata de una rana con túnica ó de algún otro objeto.

Mas como los orífices hacían muchas figuras de animales, ocurre naturalmente preguntar qué destino se les daba. Hé aquí la respuesta:

Por los jeques se presentan las ofrendas
Que trae cada cual al *santuario,*
Que son varias figuras hechas de oro,
Hasta culebras, ranas, lagartijas,
Mosquitos y hormigas y gusanos,
Casquetes, brazaletes, diademas,
Vasos de diferentes composturas,
Leones, tigres, monos y raposas,
Aves de todas suertes y maneras,

Y el jeque hace tal ofrecimiento
Ante los falsos ídolos que tienen. (1)

No era, pues, á los animales á quienes se dirigía el culto de los Chibchas: las figuras que de ellos hacían eran la ofrenda material que presentaban á sus dioses y á sus *santuarios.*

Pudiera alegarse en contrario el siguiente pasaje de la *Historia* del Padre Zamora:

"En el templo de la laguna de Tinjacá adoraban al Sol, y á su sombra otros ídolos de varias figuras, de osos, tigres, venados, culebras y de algunas aves de que estaba lleno."

Este templo estaba dedicado al Sol, y muy bien pudo suceder que los misioneros que encontraron en él las numerosas ofrendas de animales de oro hechas al dios principal de los Chibchas, las tomaran por ídolos, error en que era fácil incurrir.

Muy importante servicio prestó á la ciencia el doctor Zerda conservando en su libro *El Dorado* los grabados de un gazofilacio ó vasija para depositar las ofrendas hechas á los ídolos, y las figuras de oro que se encontraron en ella. Es una página ilustrativa de historia, fácil de descifrar, teniendo en cuenta lo dicho anteriormente.

El gazofilacio es una figura de barro cocido (figura 45) de 25 centímetros de altura y 18 de ancho. Tiene la forma de un indio sentado, con una tacita en la mano derecha y una vara en la izquierda. Lleva puesto un gorro con doble cordón, abierto por encima y con tapa, y un collar, probablemente de huesos. El cuerpo está pintado de rojo, con excepción de la cara, el gorro, el collar y la taza, que son blancos.

Las figuras de oro que contenía son muy notables. Hé aquí la lista de ellas: (2)

---

(1) CASTELLANOS. T. I. Cap. I.

(2) Reproducimos estas figuras copiándolas de las fotografías que de ellas hizo el señor D. Julio Racines.

Un guerrero con una tiradera armada á punto de disparar el dardo, y una jaula (número 35); otro con una larga pica de punta fina y un escudo (número 40); un tercero con una tiradera y un escudo (número 46).

Un jefe ó cacique en cuclillas sobre una silla de alto espaldar (número 47); un segundo con diadema y armas semejantes á dos dardos, y una maza (número 48); otro con arracadas y una vara en cada mano (número 49).

Una figura con collar de cuatro hilos (número 50), y dos tunjos más de escaso interés.

Dos niños con gorra semioval que termina en una serie de puntas; uno de ellos tiene un collar de dos hilos y una vara en la mano derecha (número 51).

Un ave en el extremo de una lámina rectangular; una culebra (número 52) y dos ranas (número 53).

Un palo con una cuerda atada, y algunas cuentas de cornalina perforadas.

De lo dicho en este capítulo y en el cuarto se infiere que las imágenes ó tunjos hechos por los orífices chibchas son figurativos de ídolos ó de personajes. Representaban ídolos "las figuras de sus dioses, hechas al modo de cada uno que los adoraba ó mandaba hacer, y otras que imaginaban." (1) Teníanlos en sus templos y en sus adoratorios. En el de Iguaque vio el Padre Francisco Molina una estatua del esposo de Bachúe, á la edad de tres años, de oro macizo. Los ídolos que existían en los templos desaparecieron todos con la conquista española.

En sus casas conservaban los indios idolillos lares, de gran variedad de figuras, puesto que estaban destinados á atender á sus diversas necesidades. El mayor

(1) Simón. T. II, pág. 288.

número de éstos fue á dar á manos de los conquistadores, que tan ávidos de oro se mostraron y con tánto afán buscaban por todas partes y preferentemente el metal precioso.

Era costumbre que quien recibía la investidura de jeque, heredase los ídolos de sus padres y abuelos.

Es natural que algunos de los tunjos que se encuentran en las sepulturas, sean idolillos. Otras figuras, y son éstas las más numerosas, representan personajes diversos: caciques, jefes militares, guerreros guechas, personas principales de uno y otro sexo cuya condición social es, en muchos casos, fácil de determinar por las joyas con que están ataviadas, las armas que llevan, etc. Hemos descrito varias de ellas. ¿Quién, al ver el personaje que representa el tunjo de oro número 55, majestuosamente sentado en andas, con cetro bifurcado en la mano derecha, gorro con prolongaciones á uno y otro lado, grandes pendientes circulares, ancha nariguera rectangular y patena, dejará de suponer que es el cacique de Iraca, sabiendo que proviene de Sogamoso?

Como los cronistas no nos dicen si en el vestido de los jeques había algo que los distinguiera de los demás, es difícil conocer las figuras que los representan.

Parece natural suponer que existiera cierta relación entre las ofrendas, de tunjos y otros objetos, que se hacían á los ídolos, y la persona que los daba; verbigracia, un guerrero ofrecería de preferencia un hombre armado de una tiradera, etc.; una mujer, la de una figura de su sexo, y si era madre se haría representar con un niño en los brazos, como se ve en la figura número 54.

Grande era la variedad de alimañas de oro y de cobre que hacían para ofrecerlas á sus dioses: cuadrú-

pedos, culebras, ranas, aves, insectos, caracoles, etc. Las quince figuras números 56 á 70, reproducen algunas de sus variadas formas. (1)

Unos pocos autores modernos, siguiendo las ideas del doctor Duquesne sobre el uso común de los símbolos entre los Chibchas, han creído que muchas de las figuras que hacían de oro ó de otras materias, eran simbólicas. Aunque ninguna de las crónicas autoriza esta suposición, sí nos parece muy probable que en ciertos casos sean emblemáticos los objetos que llevan las figuras humanas.

Se encuentran algunas veces tunjos con una vara en la mano derecha, en cuyo extremo superior están atadas dos aves que se miran (figura 7). El número 71 muestra una de estas varas, de oro, hallada en Guatabita, y el 72 otra con dos espirales en la parte superior. En ocasiones, en vez de aves, son dos alambres curvos, en forma de media luna, como se verá en los tunjos números 22 á 24 (lámina x) y en la figura de barro número 96. Las que tienen esta vara son mujeres principales, puesto que están adornadas con collares.

¿Qué significan estas últimas varas? ¿Serán acaso la insignia ó distintivo de la primera mujer, de la favorita del zipa y de los caciques?

Hemos observado en muchas figuras que nunca llevan en la mano más de dos objetos de una misma clase; por ejemplo, el guerrero armado de la tiradera se halla siempre en uno de estos dos casos: la tiene sola ó con dos dardos. Mas como necesitaban llevar consigo al combate considerable provisión de éstos, hemos concluído que indicaban que tenían gran número de dardos, poniéndoles dos en la mano.

(1) El número 59 es de cobre; los números 63 á 65 de tumbaga, y los demás de oro.

Tunjos que representan hombres y mujeres llevan un ave en el extremo de una varilla, unas veces recta, como se ve en las figuras 12, 27 y 28, otras veces terminada en triángulo (véanse los números 73 y 74); la marcada con el número 12 tiene además un nido, y dos la mujer número 28: uno en las manos y otro en la rodilla izquierda.

¿Qué significación tienen estas aves? ¿Se querría indicar únicamente que cuidaban con esmero de ellas y las domesticaban hasta el punto de llevarlas consigo? No lo sabemos.

Merece muy atenta observación la figura de oro número 75. Es una cabeza humana colocada en una armazón de huesos descarnados, simétricamente arreglados y que forman el cuerpo de un sér imaginario. Los ojos cerrados, la boca abierta, la nariz perfilada y las mejillas hundidas, dan á la cara, que está dibujada en un cuadrilátero formado por cuatro series de líneas paralelas y termina en un círculo de rayos, aspecto cadavérico. Parece que el orífice chibcha se hubiera propuesto hacer una representación simbólica de la muerte, mostrándola en todo su horror.

Dijimos anteriormente que las obras de cerámica chibcha eran inferiores á las de los Quimbayas y Chiriquíes. Los vasos hechos por los primeros son más sencillos, menos variados en sus formas, de una pasta menos fina é inferiores en la vivacidad y la armonía de los colores. No obstante, se encuentran algunas piezas notables por la belleza de la figura y de los dibujos. Los colores generalmente usados eran el rojo, el amarillo, el gris, el pardo, el negro y el blanco.

Vamos á dar una idea de las formas diversas que se han hallado en sus sepulturas.

Las dos elegantes jarras números 76ª y 77ª están decoradas con hermosos dibujos lineales en el cuello y en el borde superior del vientre. La segunda tiene en el cuello una figura humana de relieve, en cuclillas. En los números 76ᵇ y 77ᵇ se ven desarrollados los dibujos del vientre de una y otra jarra.

El número 78 representa una olla ó múcura hallada en una sepultura, y que tiene la misma forma de las que se usan hoy.

Se encuentran algunos vasos con pie, de graciosas formas, con dibujos (números 79 y 80); otros están adornados con culebras realzadas (números 81 y 82). Las dos canastillas números 83 y 84 parecen destinadas á ser suspendidas.

El hermoso vaso número 85 es de color negro y tiene dibujos grabados. Otros están decorados con figuras de hombres ó de animales. El número 86 tiene el cuello formado por un indio en cuclillas con ancho collar. En la tapadera de la cubeta ó vaso cilíndrico número 87 está sentado un indio principal, con collar y gorra. El 88 lleva cerca de la boca dos fieras. Los vasos 89 y 90 tienen alguna semejanza con patos.

De barro hacían también figuras humanas y de animales, generalmente huecas.

Los números 91 á 94 representan probablemente caciques principales. El 95 es un indio en actitud de reírse.

La figura de mujer principal, número 96, que ponemos de frente y de lado, carga á la espalda un niño sujeto por una faja.

El cuadrúpedo número 97, semejante á un perro mudo, está cubierto de grecas negras sobre fondo blanco. Otro animal de fantasía, que en la forma del cuerpo

se parece á un pato, está colocado sobre un trípode que imita pechos de mujer (número 98).

El número 99, un pájaro en actitud de volar, con una abertura en la cabeza y cinco en el vientre, servía de instrumento músico, á manera de ocarina. El número 100 es un silbato, y el 101 un caracol.

Finalmente, hacían de barro sellos planos y cilíndricos con dibujos simétricos para la impresión sobre las telas que fabricaban, y para pintarse el cuerpo (véanse los números 102ª y su desarrollo 102ᵇ, 103, 104, 105ᵇ y su manija 105ª), y también cabezuelas de huso (número 106).

Labraban los Chibchas numerosos objetos de las piedras apropiadas que hallaban en su suelo: la serpentina, el granito, el cuarzo lidio y la arenisca consistente.

Hacían sencillas y sin adorno de ninguna clase las piedras de moler, á diferencia de los Chiriquíes, que grababan con arte sus metates.

Imperfectos instrumentos les servían para la agricultura: hachas con una muesca ó estrechura en la parte superior (números 107 y 108), y puntas á manera de largos cinceles (números 109 y 110).

Pequeños cinceles de la forma del que lleva el número 111 y figuritas humanas ó de animales, á modo de majaderos ó manos de mortero, que tienen por base una superficie redondeada y muy lisa, servían probablemente de bruñidores. (Véanse los números 112 á 114).

Igual empleo hemos creído que tuvieran los pequeños utensilios de piedra lidia número 115, que el doctor Máximo Uhle pregunta si serán ganchos superiores de tiraderas. (1) Nos parece evidente que no son ganchos, pues los que se ven en los dijes de oro que re-

(1) *¿Ganchos de tiradera?* Berlín (en alemán).

presentan estas armas son más grandes y de distinta forma, como puede observarse en las figuras números 34 á 37.

También se encuentran cabezuelas de hueso de diversas formas con dibujos (véanse los números 116 á 120), algunas pipas (número 121), dijes que figuran animales ú otros objetos, perforados muchos de ellos como para usarlos en los collares (números 122 á 128), y las piedras con figuras realzadas que han pasado hasta hoy por calendarios (números 129 y 130).

De estas últimas hablámos en el capítulo anterior, y volvemos á hablar en el siguiente. (1)

Hemos dicho cuáles eran los objetos que figuraban los Chibchas en metal, arcilla ó piedra; fáltanos decir cuáles no figuraban. No representaban de ninguna manera en relieve ni en pintura, árboles, hojas ni flores. En los dibujos con que decoraban sus mantas, vasos de cerámica, coronas de oro, etc., no se ven flores, hojas ni frutas. Rara vez imitaban estas últimas en la forma de sus vasijas. Privábanse, pues, en sus obras rudimentarias de elementos que tanto contribuyen á dar realce y belleza á las creaciones del arte.

---

(1) A los aficionados á estos estudios recomendamos la obra de Stübel, Reiss y Koppel: *Cultura é industria de los países de Sudamérica*, escrita en alemán, en dos grandes tomos ilustrados con muy bellos cromos. Trae figurados y descritos 36 objetos de oro, chibchas, 9 de cerámica y 15 de piedra, todos admirablemente reproducidos.

Para evitar confusión á los americanistas, conviene advertir que las dos figuras humanas de oro copiadas en la lámina 21 de la obra de Stübel con los números 2 y 5 como procedentes de Antioquia, son chibchas (la segunda es sin duda de Sogamoso), y que el número 7 es quimbaya.

El señor Rivero copió en el *Atlas* de las *Antigüedades peruanas* cuatro figuras humanas y dos dijes de oro chibchas, pero olvidó advertir que los había llevado de Bogotá.

CAPITULO XIV

Sistema de numeración de los Chibchas.—Significación de las voces numéricas, según el doctor Duquesne, y cifras que dice que las representaban.—Opinión contraria del baron de Humboldt.—Cómo dividían el tiempo.—Años de 20 y de 37 lunas que les atribuye el doctor Duquesne.—El supuesto calendario chibcha.—Las piedras con figuras realzadas no sirvieron de calendarios.—Los trabajos del doctor Duquesne carecen de valor científico.

El sistema de numeración usado por los Chibchas era el vigesimal, pues contaban por los dedos de las manos y de los pies. Los diez primeros números son: *ata*, *bosa*, *mica*, *muyhica*, *hisca*, *ta*, *cuhupcua*, *suhusa*, *aca*, *ubchihica*. Para contar de once á veinte anteponían la palabra *quihicha* (que significa *pie*, y equivale á decir diez) á las cifras citadas; veinte se decía *quihicha ubchihica ó gueta;* veintiuno, *guetas asaquí ata* (veinte más uno); treinta, *guetas asaquí ubchihica;* cuarenta, *gue bosa* (veinte dos), etc. Contaban, pues, hasta veinte y multiplicaban este número cuantas veces lo necesitaban.

El doctor Duquesne afirma que las voces numerales tenían diferentes significados, "todos alusivos á las fases de la luna, á las labores de sus sementeras y á las supersticiones de su idolatría." Presenta como descubrimiento propio las cifras con las que él dice que expresaban los números, dando los diferentes sentidos que les atribuye, y va hasta suponer, lo que no es exacto, "que verosímilmente estas cifras son las mismas que usaban los peruanos."

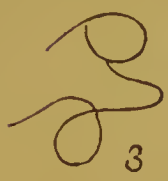
Nos vemos obligados á impugnar las fantasías del

doctor Duquesne, llevadas hasta lo inverosímil, aceptadas y popularizadas por Humboldt, Ternaux-Compans, Acosta, Uricoechea, Plaza, Bollaert, Codazzi, Zerda y otros autores colombianos y extranjeros.

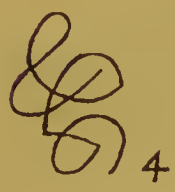
Hé aquí la representación de los símbolos numéricos aplicados á los meses (que no tenían otro nombre que el de los números), con la explicación y los significados que les da :

"Ata. *Los bienes—otra cosa.*
Ata: Un sapo en acción de brincar, que caracteriza la entrada del año.

Bosa. *Al rededor.*
Bosa: Unas narices y las dos ventanas.



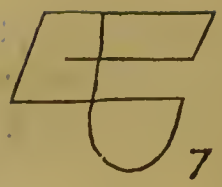
Mica. *Parar, hallar, abrir, buscar, coger, cosa varia.*
Mica: Dos ojos abiertos y las narices.



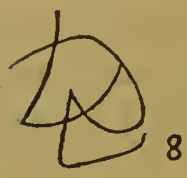
Muihica. *Piedra de la casa, cosa negra, crecer.*
Muihica: Dos ojos cerrados.

Hisca. *Cosa verde, alegría, echarse uno sobre otro, medicina.*
Hisca: La unión de dos figuras: era símbolo de la fecundidad.

Ta. *Labranza, cosecha.*
Ta: El palo y la cuerda con que formaban el círculo de sus casas y de sus labranzas.

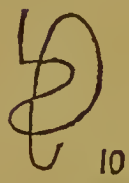


Cuhupcua. *Sordo.*
Cuhupcua: Las dos orejas tapadas.

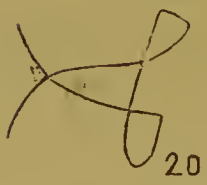


Suhusa. No tirar de otra cosa. La raíz significa *tender, extender.*
Suhusa: El palo y la cuerda.

Aca. Los bienes.
Aca: El sapo de cuya cola principia á formarse otro.



Ubchihica. *Luna resplandeciente, casa pintada, pintar.*
Ubchihica: Una oreja, para significar las fases de la luna.



Gueta. *Casa y sementera, tocar.*
Gueta: Un sapo extendido ó echado." (1)

Con razón dice el barón de Humboldt:

"Hecho notabilísimo de la historia filosófica de las lenguas sería que las palabras chibchas con que se designan los números tuvieran, como pretende Duquesne, raíces comunes con otras voces que expresan las fases de la luna ú objetos campestres. Fácilmente se concibe que una semejanza accidental de sonidos se manifieste en ocasiones entre palabras numéricas y cosas que nada tienen que ver con números, como *nueve* y *nuevo ; ach*, en alemán ocho, y *achtung*, estima ;.... pero no cabe decir que cuando siente el hombre inculto la primera necesidad de contar,

(1) La verdadera sinonimia no es la que da el autor en este cuadro, sino la siguiente:
Bosa, dos, cerca ó cercado, á la redonda.
Mica, tres, diferente, escogido.
Muyhica, cuatro, trenza, cosa negra, cabo ó ramal.
Hisca, cinco, bebedizo, medicina.
Ta, seis, labranza.

llame cuatro á *una cosa negra, muyhica;* seis, *recolección, ta;* y veinte, casa, *gue* ó *gueta,* porque en el arreglo de un almanaque lunar preceda el término *cuatro* un día á la conjunción de la luna, por la vuelta de los diez términos de una serie periódica; ó porque la recolección se haga seis meses después del solsticio de invierno. Obsérvase en todas las lenguas cierta independencia entre las raíces que designan números y las que expresan otros objetos del mundo físico, ¿y hemos de suponer que existen allí, donde dicha independencia desaparece, dos sistemas de numeración, posterior el uno al otro; ó que tales afinidades etimológicas sólo son aparentes, porque descansan en significaciones figuradas?"

Dice también que como no existe diccionario de la lengua *chibcha,* no se puede comprobar la exactitud del aserto; pero que *toda desconfianza es poca tratándose de investigaciones etimológicas.*

Ignoraba el barón de Humboldt que existe un vocabulario de esta lengua, que hemos consultado detenidamente sin hallar en él las pruebas de lo que asegura el doctor Duquesne. Nos bastará examinar el significado de dos ó tres números. *Ata* dice que es sinónimo de *los bienes* y de *otra cosa,* pero lo primero se traduce por *sipcua* y lo segundo por *uchas.* En otra parte dice que *ata* y *aca* "representaban las aguas en el sapo." Mas, ¿de dónde puede traer esta etimología si agua se dice *sie* y sapo *hiba?*

Al sexto mes, *ta,* que corresponde á Junio, lo llama el mes de la cosecha, cuando leemos en Oviedo:

"La cosecha de su sementera viene á ser por Septiembre, porque no siembran más de una vez en el año." (1)

No vemos ninguna relación ni sinonimia entre los números y las prácticas idolátricas de los chibchas; no hallamos en el vocabulario ni una sola de las palabras que se refieren á las fases de la luna, ni las crónicas

(1) *Historia general de las Indias.* T. II, pág. 390.

traen la noticia de que los indios figuraran éstas pintando las facciones del rostro.

En vano hemos buscado estos signos, ó siquiera alguno de ellos, en una de tantas pictografías que hemos tenido á la vista, así como en las muchas piedras grabadas y en los objetos de oro, cobre y arcilla que nos han llegado á las manos: no los hemos reparado en ninguna parte. Aún más: hemos observado que representaban á las ranas siempre en muy distinta forma, y que pintaban las orejas en figura de espiral. El autor dice que el símbolo de *Suhusa* es un palo con una cuerda, y el de *Hisca*, dos figuras unidas. En lugar de estos emblemas, lo que se ve es una *R* mal hecha y un garabato.

¿Cómo pudiéramos creer que los indios llegaran á hacer uso de las cifras numéricas, cuando no puede presentarse un indicio siquiera que haga esto probable?

Los Chibchas dividían el tiempo en días, meses y años; contaban los días por soles, viendo que este astro es la causa de ellos, de manera que usaban el mismo vocablo, *sua*, para nombrar el sol y el día. Llamaban la mañana *sua mena;* el medio día, *sua meca;* la tarde, *sasca* y la noche *sa.* Contaban los meses por lunas con sus menguantes y crecientes, dividiendo cada una de éstas en otras dos, con lo que hacían cuatro partes ó semanas del mes. Su año, *socam*, era de doce lúnaciones, y comenzaba como el nuestro en Enero, por ser el tiempo de empezar á labrar y disponer la tierra para las siembras, y terminaba en Diciembre, fin de las labores agrícolas. (1)

Era costumbre bastante general entre ellos dividir en tres partes de á diez días el empleo del mes. Pa-

(1) Simón. T. II, pág. 306.

saban los diez primeros separados de sus mujeres, mascando hayo, que los sustentaba, mezclado con una yerba que los purgaba de sus indisposiciones. Los siguientes se ocupaban en sus labranzas, y en los últimos se quedaban en sus casas holgándose y conversando con sus mujeres. Esta distribución del tiempo variaba en algunas partes en duración. (1)

No conocieron probablemente otro ciclo ó período de años que el de veinte.

El doctor Duquesne les atribuye un año de veinte meses y otro de treinta y siete, de cuyo enlace y exacta coincidencia resulta un ciclo de sesenta años nuestros. Examinemos las razones baladíes en que funda sus aseveraciones:

"Ya hemos dicho muchas veces que los Moscas miraban como sagrado el número 20. (2) *No podían menos que ajustar por él el año,* porque de otra suerte se hubieran confundido en todas sus cuentas. *Los plazos para los pagos en su comercio, las convenciones solemnes entre sus jefes, el orden de los sucesos y la cronología de su nación, todo se debía gobernar por este número;* Gueta era el símbolo de la felicidad, y entre esta gente supersticiosa hubieran sido menguados é infelices los años que no se hubiesen sellado con este carácter; *era, pues, inexcusable, entre ellos el año de veinte lunas.*"

Mas ¿por qué motivo gozaba el número 20 de tan raros privilegios?

"El círculo fue la figura más usada de los Moscas; daban esta figura á los cercados y palacios de los zipas y zaques, á sus casas particulares, á sus labranzas, á sus templos, en una palabra, á todas sus cosas. Fijaban en la tierra un palo, de que hacían centro; y con una cuerda describían al rededor el círculo.

"Este *parece* haber sido el origen de los números: como entre ellos *la casa y la labranza hacían todos sus bienes,* (3) el

(1) *Epítome.*

(2) *Gueta, veinte,* palabra en la que entran las raíces *gue,* casa, y *ta,* labranza.

(3) Y las armas, las telas, la sal, la moneda y los tunjos de oro, las esmeraldas, etc. ¿no constituían parte de su riqueza?

círculo con que describían una y otra fue la medida más propia para expresarlos."

Veamos si la premisa que sienta el autor es exacta; si es cierto que el círculo fue tan usado entre los Chibchas como él lo asegura.

Aunque en algunos pueblos los edificios eran cómicos, en la generalidad de los casos los hacían de forma rectangular. Según Oviedo "sus moradas son casas de madera, *cubiertas de paja á dos aguas*.... (1) y las muy principales es cada una como un alcázar cercado y con muchos aposentos dentro." El Padre Simón dice que los cercados eran cuadrados, y repite lo mismo de la casa fuerte de Cajicá. El error del doctor Duquesne consistió en haber dado sentido general á lo que dice Piedrahita de los edificios que servían de palacio al zipa, que "eran unas casas grandes y redondas, que remataban en forma piramidal."

Si el círculo fue la figura más usada entre los Chibchas, ¿por qué lo trazaban tan raras veces en sus pictografías, en las que son tan frecuentes los cuadrados, los rectángulos y las espirales?

Así son todos los que el doctor Duquesne tuvo por descubrimientos propios; á poco que se les examina, se observa que no tienen fundamento.

Respecto del origen del año de treinta y siete meses lunares, dice lo que sigue:

"*Nada hay tan natural como creer que los hijos de Noé, extendidos en las vastas llanuras de Senaar, convinieron entre sí en algunos reglamentos cómodos para medir el tiempo, arreglando por ellos las operaciones de la labranza y los negocios de la sociedad.*

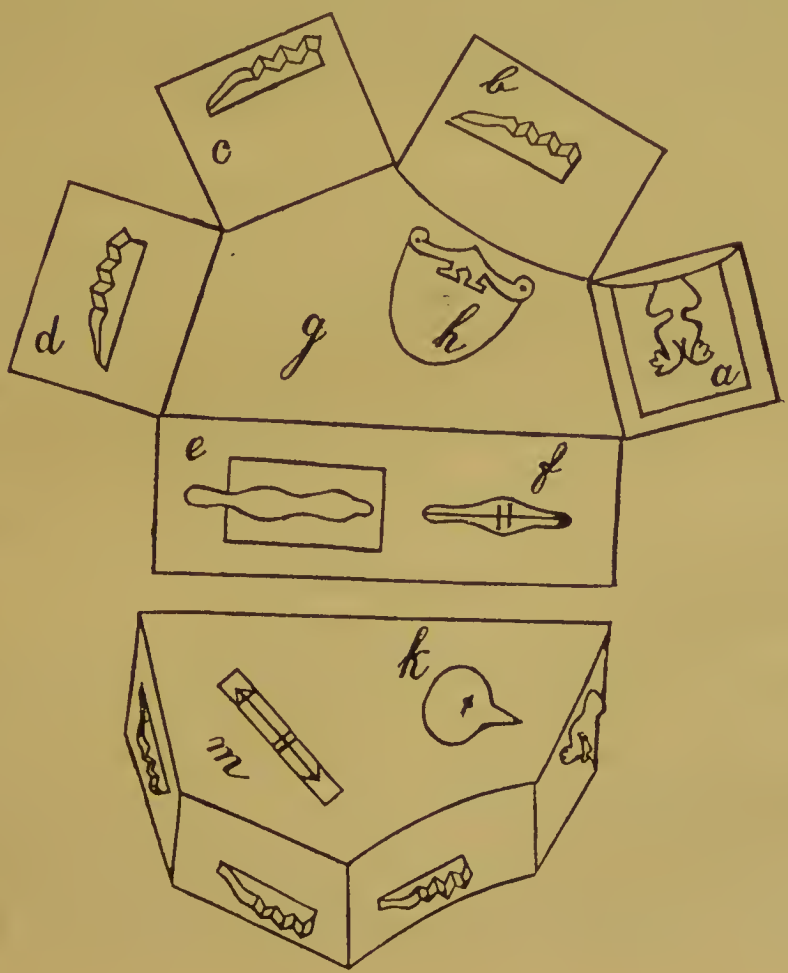
"Cuando el pueblo hebreo se halló en su libertad, *usó de dos años de doce lunas y al tercero de trece. Este plan nos recuerda la primera forma de aquellos años antiguos del tiempo de Noé,*

(1) Es decir, cuyo techo es de dos alas y no cónico.

cuya tradición es muy natural que guardasen. Como quiera que sea, los Moscas no tuvieron alteraciones ni variaciones en el gobierno del año; *su fundador lo arregló sobre el pie que recibieron de los hijos de Noé todos los hombres cuando la tierra era de un solo labio;* y cuando tuvo una lengua distinta le acomodó según sus ideas y el genio de su idioma, dándole tánta regularidad, y tomando tántas precauciones, que aseguró su perpetuidad por largos siglos entre sus hijos...."

En verdad que á fuerza de cavilar sobre estos asuntos, el sabio se volvió visionario.

El objeto principal de los trabajos arqueológicos del doctor Duquesne fue la interpretación de los grabados de una piedra pequeña que dice "se puede mirar como un pedazo del alfabeto chibcha, con cuyas notas se podrá imponer y aun adelantar en otros semejantes."



Ya que tanto Ernesto Restrepo como nosotros hemos publicado una crítica razonada de esta pieza, no repetiremos lo que está dicho, y nos limitaremos á hacer unas breves observaciones sobre este supuesto calendario, cuyo grabado ponemos á la vista del lector.

Según el doctor Duquesne las figuras *a*, *b*, *c*, son dedos ó especies de dedos, la *e* es el cuerpo de un sapo de cola y sin patas, la *f* y la *m* son culebras, la *g* es un templo cerrado con el candado *h*, la *k* un círculo menor. Se necesita tener una fe ciega en el autor para creer con él que objetos tan vagos é indeterminados en su forma representen lo que vio en ellos. Luego agrega, sin más prueba que su dicho, que entre los Chibchas la culebra simbolizaba el tiempo; el círculo, el triángulo, y dos figuras unidas, la conjunción del sol y de la luna, y que usaban como los Romanos la cifra V para expresar cinco unidades.

¿Cómo es posible creer que estas piedras sirvieron de calendarios, si entre las muchas que hemos visto no hay dos iguales, si todas difieren en la forma y tamaño, en las figuras realzadas, tan distintas unas de otras, y en el número de las figuras en cada piedra, pues las hay con una sola, con dos, tres, seis, ocho, diez, catorce y hasta diez y nueve?

Uno de los admiradores de este autor, el doctor Zerda, escribió con razón lo siguiente:

"Sin las relaciones íntimas con los indios no se puede comprender cómo Duquesne hubiera podido interpretar el calendario de los Muiscas, y recoger tántos y tan interesantes datos de la antigua y sorprendente civilización muisca. *Guardó el secreto del modo como obtuvo estas revelaciones, pero las sospechas de que sin ellas le habría sido imposible escribir las memorias que nos dejó, se convierten en certidumbre haciendo un estudio detenido de ellas, pues muy poco de lo que contienen se encuentra en las rela-*

ciones históricas de los antiguos cronistas, y nada, absolutamente, relativo al calendario y al cómputo del tiempo, tal como él lo explica.”

Conviene fijarse en que el doctor Duquesne no hace mérito de haber recibido revelaciones de los indios (si se las hubieran hecho, no tenía por qué callarlo); sólo se precia de haberlos *tratado con frecuencia y de haber penetrado su genio y su carácter misterioso y enfático.*

La conquista española terminó con el sometimiento completo de los Chibchas. Ninguna fracción de éstos logró permanecer en un aislamiento tál que le hubiera permitido conservar su idioma, sus creencias y sus tradiciones. Todos, de grado ó por fuerza, adoptaron la lengua y la religión del vencedor. Los jeques, que eran los depositarios de los misterios de su idolatría, fueron la clase más perseguida, y no tuvieron sucesores; los sacerdotes católicos vinieron á reemplazarlos. En tales condiciones, los descendientes de la raza conquistada perdieron pronto la afición á las prácticas de sus padres, á la vez que con el transcurso del tiempo se alteraron y acabaron por caer en olvido sus tradiciones. Cuando el doctor Duquesne sirvió como cura de almas en algunas poblaciones de indios, no encontró en ellas sino pobres gentes ignorantes que nada podían enseñarle de los conocimientos de sus antepasados, que pudiera darle luz sobre las arduas materias que fueron objeto de sus estudios, y que se rozan con la etimología, la epigrafía, la astronomía y la teogonía. Las ocho generaciones que se habían sucedido en el transcurso de dos siglos y medio habían acabado por olvidarlo todo, hasta su propia lengua.

Mas no sólo introdujo el doctor Duquesne noveda-

des en lo que dijo de los Chibchas, sino que alteró y desfiguró su historia. (1)

Hizo una descripción quimérica de los Mojas y de su sacrificio, cambiándoles hasta el nombre que les dan los cronistas, por el de *guesas*.

De Bochica dijo que había sido esposo de la perversa Huitaca (que vino después de él); que había ejercido la suprema autoridad de la nación, y había dejado por heredero á su primogénito.

Redujo la poética leyenda de la formación del Salto de Tequendama á un desagüe artificial hecho bajo la dirección de Bochica....

¡Motivo de admiración será para los escritores venideros que las fantasías del doctor Duquesne hubieran tenido un campeón tan ilustrado como el barón de Humboldt, que las acreditó con el prestigio de su genio, y que durante cerca de un siglo se hayan tenido por verdades comprobadas, sin que ningún autor las impugnara!

(1) Véase nuestro opúsculo: *Crítica de los trabajos arqueológicos del doctor José Domingo Duquesne.* Bogotá, 1892.

CAPITULO XV

Los aborígenes de Colombia no conocieron ninguna clase de escritura.—Testimonio de varios autores que lo prueban.—Los petroglifos no pueden atribuírse á una raza anterior á la que hallaron los conquistadores.—No son en ningún caso cartas del país.—La piedra de La Peña.—No recuerdan cataclismos.—Las piedras de Saboyá y Gámeza.—Tampoco señalan los linderos de las tribus.—Figuras grabadas por los transeúntes modernos en la Sierra Nevada, Seboruco, Ramiriquí y Facatativá.—Pictografías de Pandi, Facatativá, Bojacá y Anacutá.—El estudio de los petroglifos colombianos es infructuoso para la ciencia.

Hemos puesto especial cuidado en reunir un número considerable de copias de pictografías grabadas ó pintadas en piedras, de todos los departamentos de la República, fuera de las muchas que hemos examinado en los mismos lugares. Del estudio comparativo que de ellas hemos hecho en asocio de Ernesto Restrepo, concluímos que los aborígenes de Colombia no tuvieron conocimiento de ninguna clase de escritura, sea figurativa, simbólica ó ideográfica. Estamos muy lejos de convenir con los autores que suponen que representaban en ellas los indios sus migraciones, sus cacerías y los cataclismos que pudieron presenciar. Las pocas figuras que se repiten, siempre en desorden y confusión, y sin que se observen caracteres que puedan considerarse como jeroglíficos, ni imágenes simbólicas, prueban que deben su origen á la fantasía del que las grabó ó las pintó con tinta roja.

Nuestra opinión tiene el apoyo de la tradición histórica.

D. Juan de Castellanos pudo recoger las tradiciones de los indígenas de boca de caciques, jeques y per-

sonas principales convertidas y de sus inmediatos descendientes, tales como "Fernando de Avendaño, curioso en las antigüedades de los Moscas, mozo criollo, diestro desta lengua, hijo del Capitán Juan de Avendaño."

Este autor dice terminantemente:

Carecen
De letras y caracteres antiguos
Según las hieroglíficas figuras
Que solían tener otras naciones
Que les representaban por señales
Los pretéritos acontecimientos.
De manera que solamente saben,
Y aun no sin variar en sus razones,
Cosas acontecidas poco antes
Que los nuestros entrasen en su tierra. (1)

Juan Rodríguez Fresle, hijo de conquistador, vivió en el primer siglo que siguió á la fundación de Bogotá. En su libro *El Carnero* dice que entre los naturales de este Reino no se halló ninguno que supiese leer y escribir, "ni aun tuviese letras ni caracteres con qué poderse entender." Más adelante agrega:

"Entre los muchos amigos que tuve, fue uno D. Juan, cacique y señor de Guatabita, el cual sucedió á su tío, y me contó estas antigüedades."

En la *Gramática de la lengua Mosca*, escrita por Fray Bernardo Lugo y publicada en Madrid en 1619, leemos:

"Las letras y caracteres de que se usa para hablar esta lengua, son las de nuestro A, B, C castellano, por no haber letras propias para hablar ni escribir; porque los indios y naturales de este reino no tenían uso de escritura, *ni jamás entre ellos hubo tal memoria della.*"

Inútil nos parece hacer citas de autores posteriores como Fray Pedro Simón, Piedrahita, Ternaux-Compans, etc.

(1) T. I, Cap. I, pág. 22.

Dice el doctor Zerda que "la pictografía simbólica hallada en el territorio colombiano fue ejecutada por una raza diferente de los indios conquistados por los españoles." (1) No encontramos razón ninguna en abono de esta opinión, ni hay motivo para dudar que los petroglifos fueron obra de las tribus ó naciones que ocupaban el Nuevo Reino de Granada á la llegada de los conquistadores; pues nada, ni una figura, ni un dibujo, ni un signo revela una civilización distinta. Muy natural sería esta suposición, que pasaría á ser verdad comprobada, si en alguna parte se hubieran hallado jeroglíficos como los que grabaron los Mayas en la América central. Pero ¿cómo hallar extrañas á los Chibchas las pictografías en que grababan ó pintaban los dibujos que usaban en sus mantas, las espirales con que adornaban sus tunjos de oro, las ranas, etc.? ¿Qué tienen de extraordinario las imperfectas figuras humanas y de animales confusamente diseminadas, y los mal trazados garabatos que se encuentran en toda la extensión del territorio colombiano, que pueda revelar pueblos menos bárbaros ó siquiera anteriores á los que fueron conquistados por los españoles? Nada, absolutamente nada.

Algunos han creído reconocer (entre ellos el profesor Bastián, de Berlín) cartas de la región, toscamente trazadas, en ciertas pictografías. Hemos escogido la que parece corresponder mejor á esta interpretación (lámina XLII): son signos grabados en una piedra situada en el sitio de La Peña, cerca de Fusagasugá. Sobre un tronco de cilindro hay una circunferencia trazada en hueco, y dentro de ésta se ve una pequeña cavidad,

(1) *Notas sobre los orígenes de los indios americanos. Papel Periódico Ilustrado*, año IV, pág. 358.

como en otras piedras de la comarca. A dicha cavidad convergen tres líneas bien marcadas, y en dos de los extremos hay series de puntos y unas cuatro ranas. No puede considerarse este imperfecto dibujo como carta de una región, ni aun como plano de una propiedad.

Los petroglifos que se encuentran en grandes bloques erráticos, que en algunos sitios se levantan como testigos mudos de cataclismos geológicos, son considerados por ciertos autores como recuerdo de ellos. ¿Cómo podían los aborígenes dejar grabado en las rocas el recuerdo de trastornos que no presenciaron? Para que se vea á qué fantasías lleva la imaginación aun á hombres graves, citamos el pasaje siguiente de un autor que no nombramos:

"La piedra pintada de Saboyá tuvo por objeto transmitir á la posteridad el repentino desagüe del lago de Fúquene. En ella se repite la figura de la rana encogida, signo del decrecimiento y ausencia de las aguas." (Véase la lámina XLIII).

En vano se buscará en ella la figura de la rana entre las grecas, las líneas en zigzag, las rayas paralelas, etc. Pero sigamos:

"La pirámide monolita de Gámeza fue dispuesta, sin duda, para recordar el cataclismo que produjo el súbito desagüe del espacioso lago de Sogamoso. En ella se ve grabada la figura de la rana con las patas abiertas y cola, signo de las aguas abundantes, y para indicar que esas aguas sobrevinieron repentina y desastrosamente, fueron grabadas también figuras de hombres en ademán de subir, extendidos hacia lo alto los brazos y en actitud de espanto."

Mucha fe se necesita para ver hombres en la piedra grabada de Gámeza (lámina XLIV), llena de figuras de animales (que probablemente son ranas) y de curiosas espirales con radios. Por lo que hace al espanto que dice el autor revelan las figuras, tuvo que imaginárselo,

pues sería supremo esfuerzo del arte expresarlo en caras sin facciones, formadas por cuatro líneas á modo de losange.

Hay quienes supongan que los petroglifos servían para señalar los linderos de las tribus, opinión que carece de fundamento: los ríos y las montañas limitaban sus dominios, y no piedras aisladas que accidentalmente se hallarían algunas veces en sus fronteras.

Si con frecuencia se encuentran pictografías en bloques erráticos situados en lugares pintorescos donde la presencia de éstos revela cataclismos geológicos, como el sitio de Pandi, los imponentes cercos naturales de enormes piedras de Facatativá y Bojacá y las márgenes de los grandes ríos, reconoce este hecho por causa principal la circunstancia de que la naturaleza misma preparó á los aborígenes esos grandes tableros donde dejaron grabado el recuerdo de su infantil y caprichosa fantasía.

Debemos prevenir á los aficionados al estudio de los petroglifos, que han de proceder con mucha circunspección para evitar el chasco de tomar por pictografías antiguas las figuras y garabatos grabados ó pintados por juego por los transeúntes. Pudiéramos citar algunos hombres inteligentes que han sufrido este engaño.

Consultado un ilustrado amigo nuestro que ha vivido muchos años en la Goajira y en la Sierra Nevada sobre la autenticidad de las pictografías copiadas por D. Jorge Isaacs en esta última región y publicadas en su *Estudio sobre las tribus indígenas del Estado del Magdalena*, nos contestó:

"Respecto á las inscripciones indígenas en piedra que trae la obra del señor Isaacs, me parece que es mejor se queden donde están, es decir, en las piedras y en la obra; porque por las que he

visto allá y que figuran en dicha obra, no son más que garabatos hechos por los transeúntes no hace mucho tiempo. Si el señor Isaacs hubiera recorrido las cercanías del pueblo del Rosario, en la Nevada, se habría encontrado una inscripción en francés que hice yo en una piedra cuando de muchacho estudiaba este idioma, y otras muchas que hacen los que van á las fiestas. Las piedras de aquellos lugares se cubren, con las lluvias, de una capa negra, especie de hollín, y á manera de pizarra sirven para escribir en ellas con otra piedra.

"Usted recordará lo que dice el señor Caro de las letras T B que el señor Isaacs creía fueran escritas en tiempo de San Luis Beltrán, y que apenas son el hierro con que Tomasa Barros marcaba sus ganados."

En el sitio de Seboruco, situado á seis leguas de Neiva y orillas del río Magdalena, hay una enorme piedra con figuras grabadas á una altura considerable, y que se desarrollan en una extensión de diez y seis metros. Entre las figuras se observan numerosas ranas de la misma traza de las que con tánta frecuencia delineaban los indios á quienes las atribuímos. Están mezcladas con once de las letras de nuestro alfabeto, aisladas unas y enlazadas otras en forma de hierros para marcar el ganado; con un grupo de seis personas vestidas á la europea, que se ocupan en bailar; con algunas cruces, un tintero, una rama con hojas y otros objetos que denuncian todos al transeúnte moderno que los grabó.

En los afueras de Facatativá visitan los admiradores de las bellezas naturales el pintoresco sitio llamado *Cercado del zipa*, formado por colosales bloques de asperón, en algunos de los cuales se ven figuras pintadas por los indios con un color rojo persistente, confundidas con los letreros escritos por unos pocos de los que han pasado por allí.

Cerca de Ramiriquí, primera residencia del zaque, hay varias piedras con pictografías, en las que están

confundidas las figuras que acostumbraban pintar los indios con otras modernas, entre las cuales se distinguen muy bien seis letras del alfabeto, ramas con hojas, una flor, etc.

Poco tenemos que agregar á lo dicho hasta aquí, para dar á conocer algunos otros de los petroglifos hallados en el territorio de los Chibchas, cuya descripción ofrece interés.

La hermosa piedra de Pandi (lámina XLV), coronada por plantas silvestres, tiene pintados en una de sus caras varios rectángulos con dibujos geométricos, semejantes á los que mostraban los indios en sus mantas, y mezcladas con ellos algunas ranas: todo dominado por la figura del sol.

Cuadrados, rectángulos, triángulos, losanges con dibujos geométricos, rayas paralelas, líneas en zigzag, dobles espirales, círculos concéntricos, ranas, manos, escasas figuras del sol, etc., se ven pintados en confusión en varios de los numerosos bloques de asperón que forman el admirable circo natural de Facatativá.

Otro cercado de poco inferior belleza se ve en Bojacá, con figuras en que predominan las líneas y las escaleras.

El señor Lázaro M. Girón copió y describió varias pictografías que se encuentran grabadas en bloques rodados en los sitios de Chinauta y Anacutá (distrito de Fusagasugá). Aquello es una danza loca de objetos animados é inanimados, como puede verse en la lámina XLVI.

Figúrese el lector un niño que se divierta en pintar en tablitas separadas cuadros y rectángulos con dibujos, círculos concéntricos, espirales, puntos, etc., y que luego los arroje á un estanque con unas cuantas ranas. No se verían revueltos en mayor confusión que en las piedras.

Incurriríamos en cansadas repeticiones si continuáramos describiendo tantos y tantos petroglifos cuyas copias hemos tenido á la vista, y cuyo examen sería enteramente infructuoso. Nada pueden revelar á la ciencia histórica esos ensayos de dibujos de ornamento, esas figuras informes de animales y esos garabatos semejantes á los que traza un niño travieso é inexperto. Jamás se observa en ellos el orden ni el encadenamiento que son indicio cierto de una escritura cualquiera. No reproducen siquiera las más sencillas escenas de la vida de los indios, v. gr., una ceremonia religiosa, una pareja humana, una cacería, dos guerreros que se baten, etc. Los Chibchas, que llegaron á vaciar en oro unas pocas piezas que forman pequeños cuadros de costumbres, como la balsa hallada en la laguna de Siecha (número 3), el guerrero guecha que parece estar dentro de su fortaleza (número 4), el indio tocador de flauta (número 7), etc., no supieron pintarlos ni grabarlos en las piedras, en las que tampoco trazaron la figura de sus caciques y personas principales, ni siquiera la del venado, las aves y las fieras de sus selvas.

Mudos en razón misma de su origen, condenados esos signos, por la mano inconsciente que los trazó, á un silencio eterno, jamás podrá la vara mágica de la ciencia hacerlos hablar.

CAPITULO XVI

Los Chibchas no tuvieron historia.—Jamás se vieron sometidos á un solo cetro.—Opinión contraria de Piedrahita, refutada con citas de los demás cronistas y de él mismo.—Tradición fabulosa relativa á Hunsahúa.—El monstruoso Tomagata.—Tutasúa.—Encarnación de Garanchacha, hijo del Sol.—Su gobierno y desaparición.

Puede afirmarse en términos generales que los Chibchas no tenían historia, pues suplían la falta de escritura con sólo la tradición oral, "y que de ordinario en la gente ignorante, el mismo no saber dar razón de las cosas les persuade y dicta notables quimeras que fácilmente abraza su incapacidad." (1) Pocas historias habrá, pues, más escasas de noticias que la de este pueblo. El más antiguo zipa conocido fue Saguanmachica, "que *se calcula* comenzó á reinar en 1470 de nuestra éra," dice Acosta, quien más adelante se expresa así:

"La tradición de los sucesos *del medio siglo* que precedió á la entrada de los españoles, *es confusa* y *dudosa.*"

Tan cierto es esto, que nos atrevemos á asegurar que no es posible fijar ni una sola fecha de ningún suceso notable, ni aun la del advenimiento al poder del último zipa Tisquesusa.

"Solamente saben, dice Castellanos, y aun *no sin variar en sus razones,* cosas acontecidas poco antes que los nuestros entrasen en su tierra."

En tales condiciones, puede decirse que los acontecimientos de la vida de este pueblo están envueltos en fábulas, en las que se confunden la realidad y la ficción.

(1) PIEDRAHITA, Lib. I, Cap. III.

Haremos por desenmarañar algunos hechos principales buscando la verdad, difícil de descubrir en medio de las narraciones contradictorias de los cronistas; no por culpa de ellos, sino porque, según las personas de cuya boca recogieron la relación de los hechos, y los lugares donde ellas residían, variaban naturalmente sus relatos, alterados por la vanidad y por la propensión de los Chibchas á mentir:

"Es gente muy mentirosa, que nunca saben decir verdad." (1)

¿Llegaron alguna vez los diferentes cacicazgos que formaban el pueblo chibcha, á reunirse bajo un solo cetro? Piedrahita parece inclinarse á la afirmativa, aunque se muestra receloso de asegurarlo. Según él, afirmaban los Tunjanos que el zaque que dio su nombre á Hunsa, Hunsahúa, dominó todas las tierras que se extienden desde el río Chicamocha hasta la región de los Sutagaos, y desde las vertientes de los Llanos de San Juan hasta las fronteras de los Panches y Muzos, con toda la comarca de Vélez. Mas dice por otra parte:

"Pero como los naturales de aquel país sean tan vanagloriosos de la propia nobleza, que no admitan iguales, y tan despreciadores de que sus cosas corran por el orden común que las de los demás vivientes, y para ello se valgan de aquellas fábulas que más favorecen su intento; eran tántas las que referían de su grandeza, y de la de sus primeros reyes, que desacreditaban con ellas la parte que pueden tener de verdaderas aquellas afectadas relaciones en que tal vez discordaban." (2)

Los cronistas anteriores á Piedrahita: Castellanos, el autor del *Epítome*, Oviedo, el Padre Simón y Rodríguez Fresle sostienen la opinión contraria. El primero de estos escritores, que vivió cerca de medio siglo en

(1) *Epítome.*
(2) Lib. II, Cap. VI.

Tunja, poco después de la conquista, resume en pocas palabras la historia del pueblo chibcha. Según él, muchedumbre de caciques ocupaban su territorio, sujetos los más de ellos á dos reyes diferentes, el de Bacatá y el de Hunsa, que, como poderosos y soberbios, procuraban ganarse los estados. En diferentes tiempos tuvieron grandes batallas, sin que ninguno de ellos consiguiese someter al contrario. Estas competencias eran muy antiguas, pero los indios no conservaban de ellas sino confusos recuerdos.

Dice el autor del *Epítome* hablando del zipa y del zaque:

"Estos señores y provincias siempre han traído muy grandes diferencias de guerras muy continuas y *muy antiguas.*"

Hé aquí cómo refiere Piedrahita que se consumó la unidad nacional:

"Añaden los antiguos haber tenido principio el señorío del Tunja con la autoridad suprema de uno de los más antiguos pontífices de Iraca, en esta manera: Que como éste viese que todos los caciques de los Moscas, entre quienes estaban repartidas las tierras, anduviesen mezclados en guerras de unos con otros, á cuyo remedio no podía acudir con armas, que le estaban prohibidas, como á persona dedicada solamente, por razón de su oficio, á todo aquello que tocase á la religión, que á sus antecesores dejó vinculada Idacansás, dispuso con la autoridad de sus consejos que eligiesen un rey supremo á todos, que los gobernase. Para lo cual concurrieron todos los señores á su presencia, y resignados en su elección les dio por rey á uno de los presentes, el más bien quisto y apacible de todos, que fue Hunsahúa, á quien llamaron desde entonces zaque."

El cacique de Iraca no tenía el carácter de pontífice máximo de los Chibchas, que le atribuyen Quesada y Piedrahita, pues si lo hubiera tenido, Castellanos y el Padre Simón, cronistas muy bien informados, no hubieran olvidado dar cuenta de un hecho tan importante

y de tan alto interés para la historia religiosa de este pueblo. Y puesto que el Iraca no era sino uno de los muchos caciques independientes que gobernaban allí antiguamente, ¿podrá creerse que los demás depusieran sus odios y su autoridad, y se sometieran voluntariamente á un solo jefe nombrado por él? Este sería un hecho único en la historia.

Dice Piedrahita que le estaba prohibido al Iraca hacer uso de las armas, cuando él mismo refiere que en la guerra que el zipa Nemequene declaró al zaque Quemuenchatocha, fue auxiliado el último por el Iraca con más de doce mil hombres, á cuya cabeza marchó él mismo. Es bien sabido, por otra parte, que el sugamuxi defendió con su ejército, aunque inútilmente, su capital de la invasión española, y luego unió sus fuerzas á las del tundama para hacer frente á los conquistadores.

Pero estamos desbaratando molinos de viento, pues Piedrahita mismo, aunque trata de verosímil lo más de la tradición de los Hunsas sobre el poderío de sus zaques, se expresa así en el libro II, capítulo I de su historia.

"Lo más cierto que se sabe es que en los tiempos pasados se poblaron aquellas tierras de tantos caciques, absoluto cada cual en el dominio de sus vasallos, que más era confusión que grandeza; hasta que el cacique de Bogotá empezó á dilatar su estado, ya por fuerza de armas, ya por herencia (ó rebelión al rey de Tunja *como algunos quieren*), los más cacicazgos á su dominio, y desde aquellos tiempos le intitulan zipa. De que resultó que el idioma de Bogotá (que es la lengua chibcha) se dilatase en todo su reino."

De Hunsahúa dice Piedrahita que fue buen príncipe, que gobernó la nación en paz y justicia, pero que "añaden una mentira tan descabellada como decir que vivió 250 años."

Hé aquí la ridícula tradición que refiere el Padre Simón de este zaque. Enamoróse locamente de una hermana muy hermosa que tenía, y no pudiendo obtener permiso de su madre para casarse con ella, pretextó un viaje á las tierras de los Chipatáes, en el que lo acompañó su hermana. Cuando volvió echó de ver la madre que ésta se hallaba en cinta. Llena de ira, tomó la *sana* ó palo con que se agita la chicha y corrió á descargarla sobre su hija, quien para ampararse se encogió detrás de la gacha en que se hacía el licor de maíz, y se libró del golpe, que hizo pedazos la vasija y derramó la chicha. Formóse allí mismo un pozo de agua. Despechado y corrido Hunsahúa, se huyó con su hermana maldiciendo el valle de Hunsa, que desde entonces quedó estéril. Luego, no sabiendo qué camino tomar, lanzó un dardo con su tiradera, y éste salió sonando con un cascabel y sirviendo de guía á los fugitivos hasta Susa, donde la hermana dio á luz un niño. Dejáronlo convertido en piedra en una cueva y siguieron adelante, guiados siempre por el dardo y entrando á los dominios del bacatá por bajo el Salto de Tequendama; parecióles muy grande el cansancio al pasar el río, y, temerosos de sentir mayores fatigas en tierra extraña, determinaron convertirse en dos piedras, que están en la mitad del río. Esta ficción sirvió de pretexto á los zaques para casarse con sus hermanas.

Después de Hunsahúa siguieron gobernando sus descendientes, de sobrino en sobrino, hasta llegar á Tomagata. (1) Este príncipe era tuerto, tenía cuatro orejas y una larga cola que le arrastraba por el suelo, por lo cual era conocido con el apodo de *cacique rabón.*

---

(1) Tamagastad se llamaba el dios principal de los Guatemaltecos, á quien Müller pretendió sin razón identificar con Tomagata. Ninguno de los cronistas anteriores á Piedrahita habla de este zaque.

Nunca fue casado ni conoció mujer, porque el Sol lo imposibilitó para ello. Entre estos y otros desatinos que referían de él, contaban que era tan religioso, que iba diez veces en la noche en romería de Hunsa á Iraca, orando en los templos y en las ermitas. Añadían que en premio de su santidad alcanzó del Sol para sí y sus sucesores la potestad de convertir los hombres en bestias, y que á quien lo enojaba lo transformaba en culebra, lagarto ú otro animal. Murió después de más de cien años, dejando de heredero á su hermano Tutasúa, el hijo del Sol (de *chuta*, hijo, (1) y *sua*, sol).

Para que se vea cuán difícil es sacar alguna luz de estas intrincadas fábulas, vamos á referir lo que el Padre Simón cuenta de Garanchacha, tirano de quien supone que reinó en Tunja. (2)

Luego que desapareció Bochica comenzó el Demonio á predicar doctrinas contrarias á las que él había enseñado. Entre otras cosas dijo que la encarnación no se había efectuado, pero que el Sol la haría tomando carne humana en una doncella del pueblo de Guachetá, sin que ésta perdiera su virginidad. Tenía el cacique de dicho pueblo dos hijas doncellas, quienes, sabedoras de este anuncio y deseosas de que en ellas se cumpliera el milagro, salían todos los días de la casa de sus padres, subían á un cerro situado en la parte del Oriente, y se exponían á los rayos del Sol. Pasados más de nueve meses dio á luz una de elllas una *chuecuta* ó esmeralda grande y rica. (3) La afortunada madre la puso en el pecho, donde al cabo de algunos días se halló con-

(1) *Hijo* se decía *tutia* en el dialecto tundama, y probablemente *tuta* en el tunjano.

(2) De Garanchacha sólo hacen mención el Padre Simón y el Padre Zamora, refiriéndose el segundo al primero.

(3) En este relato el mito fue sin duda invención de los Chibchas, pero pudo haberlo alterado el autor de quien lo tomó el Padre Simón, introduciendo en él la idea cristiana de la encarnación.

vertida en una criatura. Dieron al niño el nombre de Garanchacha, y lo criaron en la casa del cacique como hijo del Sol. Cuando llegó á la edad de veinticuatro años, parecióle que, siendo hijo de tal padre, no le convenía quedarse en una aldea, sino irse á la corte del Ramiriquí, como lo hizo. Salió éste á recibirlo y lo hospedó y regaló en su casa por algunos días como lo merecía por su prosapia. Quiso entonces visitar al cacique de Iraca, quien celebró muchas fiestas en su honor, y le hizo grandes presentes. Hallábase cerca de Paipa de regreso para su casa, cuando supo que el Ramiriquí había ahorcado á un joven paje que había llevado á su corte. Encendido en cólera volvió á aquella ciudad, mató al cacique y se hizo obedecer por señor de toda la provincia, sin hallar mucha dificultad, porque todos lo tenían por hijo del Sol. Pasó luego su corte de Ramiriquí á Hunsa, y escogió sus servidores, entre quienes figuró en primer lugar el pregonero; ninguno supo de dónde había venido este indio, que tenía una larga cola.

Comenzó á gobernar Garanchacha con tal despotismo, que los pocos á quienes permitía hablarle estaban delante de él postrados con el rostro pegado al suelo. Usaba el mayor rigor en los castigos aun por faltas leves; uno de ellos consistía en cubrir con pencas de tuna el cuerpo desnudo y tendido de la víctima, y descargar sobre ésta cruelísimos azotes ó palos. Cobraba tributos excesivos, y á los que no los pagaban los hacía empalar ó ahorcar.

Hizo edificar al norte de Hunsa un templo á su padre el Sol, donde se le hacían frecuentes sacrificios. Visitábalo con mucha pompa y majestad en ciertos días del año. Tendían sus servidores mantas finas y pintadas

en el trecho que separaba su palacio del templo. Salía la procesión con tal lentitud, que empleaba tres días en llegar á él, otros tres se estaba solo en su capilla, y volvía en otros tántos á sus casas reales. Quiso honrar á su padre construyendo un templo de piedra, y al efecto hizo labrar y traer á Hunsa gruesas columnas de asperón. Ya habían llegado con tres de ellas, que arrastraban de noche sin que nadie viese la cara á los que las traían, por lo que se supuso que eran demonios, cuando supo Garanchacha que los españoles habían poblado á Santamarta. Conjeturando que también llegarían á descubrir y conquistar sus tierras, reunió á sus principales súbditos, y por medio de su pregonero les hizo un largo discurso para anunciarles que había de venir una gente fuerte y feroz, que los había de someter y de afligir con trabajos y tributos; despidióse de ellos y les dijo que se iba por no verlos padecer, y que volvería después de muchos años; luego se entró á su cercado y desapareció. El pregonero, para hacer conocer quién era, dio delante de todos un estallido, y se convirtió en humo hediondo.

¿Qué luz histórica puede salir de los relatos contradictorios de Piedrahita y el Padre Simón sobre los zaques que reinaron en Hunsa? El primero llena el tiempo comprendido entre Bochica y la llegada de los españoles con una serie de príncipes, entre quienes hace figurar á Hunsahúa, Tomagata, Tutasúa, Michúa y Quemuenchatocha. El segundo sólo encuentra espacio para desarrollar en esa larga época la fábula de la encarnación y del reinado de Garanchacha. ¿Cómo con tan enmarañadas y confusas noticias, hacer un cómputo siquiera hipotético del número de siglos transcurridos desde que los Chibchas ocuparon el territorio colom-

biano? Fray Pedro Simón dice que contaban veinte edades de setenta años, ó catorce siglos, desde la venida de Bochica hasta la conquista española. ¿Podrá creerse que un pueblo que jamás se ocupó en determinar la fecha y el orden de los sucesos históricos, hubiera llevado esta única cuenta en la serie de los siglos; cuando ni aun el ciclo de setenta años concuerda con el sistema de numeración usado por él?

No obstante, no es vano el empeño del historiador en estudiar los mitos, pues en esos relatos fabulosos se trasluce la índole de los pueblos. Las tradiciones legendarias conservan un fondo de verdad, exagerando las virtudes y los vicios de los héroes. Las que hemos referido dejan presumir un despotismo sin trabas, generador de una humillante servidumbre y de escenas sangrientas.

CAPITULO XVII

Errores históricos en que incurrió Rodríguez Fresle.—Antiguos caciques de Iraca.—El grande hechicero Idacansás.—Orden de sucesión de los caciques de Iraca.—El Bermejo usurpa el poder.—El cacique D. Felipe.—La leyenda de la cacica de Furatena.—Objeciones á la crónica de los sucesos de los últimos sesenta años anteriores á la conquista española.

Aunque Rodríguez Fresle contradice á Piedrahita en lo tocante á que los Hunsas hubieran dominado todo el país de los Chibchas, desfigura á su vez la historia, puesto que dice:

"Entre dos cabezas ó príncipes estuvo la monarquía de este Reino, si se permite darle este nombre: Ramiriquí en la jurisdicción de Tunja, y Guatabita en la de Santafé."

Como cada cacique se envanecía de la gloria y del poder, reales ó supuestos, de sus predecesores, Fresle se dejó persuadir del cacique D. Juan, á quien los Españoles dejaron un resto de autoridad en sus tierras por haberse convertido. Hé aquí cómo refiere que pasaron las cosas:

El guatabita tenía por su teniente y capitán general, para lo tocante á la guerra, al bacatá, con título de usaque; por tal razón éste prestaba sus servicios siempre que ocurría pelear con los Panches y Colimas. Sucedió que los indios de Ubaque, Chipaque, Pasca, Fosca, Chiguachí, Une, Fusagasugá y otros más, se rebelaron contra el guatabita, negándole la obediencia y el pago de los tributos. Este envió mensajeros á su capitán general el bacatá con dos coronas de oro

que usaba para expresar el mandato real, ordenándole que luego que las viera juntase sus gentes, y con el más poderoso ejército que fuera posible reunir, entrase á castigar á los rebeldes. Cumplió puntualmente las órdenes recibidas, sometió á los contrarios, los obligó á la obediencia y cobró los tributos de su señor, á quien los presentó con parte de los despojos de la guerra.

Recibiéronle con grandes fiestas, á su regreso á Bacatá para celebrar sus hazañas, y exaltados por el exceso de la chicha lo aclamaron zipa, diciéndole que él debía ser el señor de todos y no el guatabita, quien sin ocuparse en la guerra, se quedaba en su palacio con sus mujeres. Turbóse este gran señor cuando supo lo que había pasado en las fiestas, y prontamente envió á su capitán general dos *tyuquynes* ó mensajeros á citarlo para que en el término de tres días compareciera ante él con sus principales jefes militares. Disgustóse el bacatá con el emplazamiento y preparó su ejército, esperando que se le reiterara, como sucedió. Llamó entonces á sus capitanes y les ordenó que dividieran las fuerzas considerables con que contaba, que marchara la mitad de ellas á situarse encima de las lomas de Tocancipá y Gachancipá, que dan vista al pueblo de Guatabita, y que la otra le siguiese á retaguardia, yendo á acampar con ella en el valle de Siecha. Nada pudo hacer en su defensa el guatabita, temeroso de ser arrollado con la guardia que tenía á su lado, y tuvo que pasar por la afrenta de que sus propios súbditos se sometieran al bacatá, quien se volvió tranquilamente á sus tierras, dejando parte de su ejército en Siecha.

Libre ya del grave peligro en que lo puso su teniente, no pensó el guatabita sino en preparar una venganza terrible. Con toda diligencia hizo llamamiento

de sus gentes y envió mensajeros á su amigo el hunsa, en solicitud de auxilios.

Entró el año 1536 y supo el bacatá que su señor salía del valle de Gachetá con un poderoso ejército á atacarlo, y que el hunsa venía igualmente contra él. Como estaba preparado, quiso prevenirlos, saliéndoles al encuentro. Situóse en Siecha frente al guatabita, que acampó en Guasca. La víspera del día en que pensaban dar la batalla se juntaron los jeques de uno y otro campo y dijeron á los capitanes que era llegado el tiempo de sacrificar á sus dioses y de correr la tierra visitando las lagunas sagradas. Dejáronse persuadir, y convinieron en una corta tregua. Empezaron por celebrar ésta con regocijos públicos y borracheras que duraron tres días; al cuarto se juntaron los jeques y anunciaron que al siguiente día empezaría la peregrinación. Esa misma noche reunió el bacatá á sus capitanes y les hizo este corto pero persuasivo discurso:

"Mañana salís á correr la tierra, y es fuerza que andéis dispersos entre vuestros enemigos; y ¿sabemos los designios del guatabita ni lo que ordenará á los suyos? Soy de parecer que os llevéis las armas encubiertas, para que si os acometieren os defendáis; y si viéredes al enemigo descuidado, dad en él y venceremos á menos costa, porque acabada esta fiesta es fuerza que hemos de venir á las manos; y ¿sabemos á qué parte cabrá la victoria, ni el suceso de ella?"

Dieron los capitanes la orden del caso á sus soldados, encargándoles el secreto.

Cubrían las gentes al día siguiente los montes y los valles, corriendo llenos de alborozo á los santuarios, cuando á una señal de sus capitanes acometieron los Bacatáes á los contrarios, matando á los soldados extraños que servían como auxiliares, pues se les había prevenido que perdonaran á los súbditos del zipa. Impues

to éste del trágico suceso, se retiró con su desalentado ejército á Gachetá. Dueño del campo el vencedor, siguió para Guatabita, donde se proponía esperar el ataque del ejército del hunsa, cuando llegaron sus espías con dos mensajeros que éste enviaba al zipa para avisarle que había sabido que "por la parte de Vélez habían entrado unas gentes nunca vistas ni conocidas, que tenían muchos pelos en la cara, y que algunos de ellos venían encima de unos animales muy grandes que sabían hablar y daban grandes voces; pero que ellos no entendían lo que decían, y que se iba á poner en cobro en sus tierras, que se pusiese él en las suyas." Salió el bacatá con su ejército á los llanos de Nemocón, cuando tuvo noticia de que se acercaban los hijos del Sol.

Lo único que hay de cierto en esta ficción es que los guatabitas llegaron á ser casi tan poderosos como los bacatáes, y que el zipa no logró vencerlos sino usando de una estratagema, muy distinta de la que dice Rodríguez Fresle que empleó, como lo referiremos en el siguiente capítulo.

El cacique Nompaném gobernaba en Iraca cuando Bochica desapareció de sus tierras. Llevó entonces adelante el intento que tenía de reducir á preceptos las enseñanzas del maestro, imponiendo penas á los que los quebrantaran. Heredó el estado y el celo por la observancia de estas leyes una hermana suya llamada Bumanguay, la que se enamoró de un indio de Firavitoba, con quien casó y á quien dejó á su muerte en su lugar. Este cacique conmutaba por oro y mantas las penas que impuso Nompaném, con lo que se relajaron las buenas costumbres.

Pero quien acabó de pervertir las doctrinas de Bochica fue el grande hechicero y cacique de Iraca, Idà-

cansás (1), de quien dijimos ya en el capítulo III que sin razón ninguna lo confunden algunos autores con aquél. Logró persuadir á sus súbditos que podía por propia voluntad hacer llover, helar, granizar, mudar el calor en frío, el tiempo húmedo en seco, y afligir á los pueblos con epidemias. Divulgóse poco á poco la fama de los prodigios que obraba, y de todas partes del país de los Chibchas recurrieron á él, pidiéndole los socorriera en sus necesidades. Con tal motivo se tuvo por santo su territorio y se hizo célebre el templo de Iraca, que vino á ser lugar preferido de peregrinación. Desde muy lejanos lugares acudían las gentes á presentar á Idacansás valiosas ofrendas, que éste entregaba al jeque encargado del templo, con lo que se acrecentaban las riquezas guardadas en él, y el nombre del cacique era generalmente ensalzado. (2)

Para conservar esta buena opinión usaba mil embustes; fingiendo que se enojaba con la gente de las provincias, la amenazaba con muertes, pestes y otros azotes, ó se subía á un monte, vestido de mantas coloradas y acompañado por algunos de los nobles, y para dar á entender que vendría epidemia de disentería esparcía por el aire polvos de bija ó de ocre rojo. Otras veces se vestía de blanco, y echando ceniza por el aire anunciaba con esto que vendrían hielos y secas, con lo que se destruirían las raíces alimenticias. Para dar mayor fuerza á sus pronósticos, se mostraba muchas veces disgustado y melancólico á los que le venían á hablar.

La estimación tan grande en que se tuvo á Idacan-

---

(1) El nombre de Idacansás es derivado de Iraca, vocablo incluído en él con sólo el cambio de la *r* por la *d*.

(2) Dice Piedrahita que los zipas daban cierto tributo en cada luna á Idacansás para tenerlo grato, y que para las guerras que emprendían daban cuenta primero al Iraca, con el fin de que constase la justificación de ellas. Ambas afirmaciones son inexactas.

sás fue motivo para que después de él se cambiara el orden de sucesión establecido. Convínose en que el heredero de Iraca fuese nombrado en elección hecha por los caciques de Busbanzá, Gámeza, Toca y Pesca, debiendo escogerse el candidato alternativamente de Tobazá y Firavitoba. Cuando no lograban ponerse de acuerdo, concedían voto al tundama.

Sucedió una vez que un caballero de Firavitoba, de barba larga y de color bermejo, cosa muy rara entre los Chibchas, usurpó el poder ayudado por seis hermanos muy valientes que tenía. Los de Tobazá, pueblo de donde se debía escoger el sucesor del Iraca en aquella ocasión, dieron aviso á los cuatro electores del atrevimiento del Bermejo. Estos resolvieron hacerle la guerra, tanto por haber quebrantado los estatutos, como porque prendió al Gámeza, por haberle dicho que no le daría su voto, y á quien condenó á sufrir públicamente afrentosa muerte de horca.

Auxiliados por el tundama, los electores reunieron un crecido ejército. Preparóse el Bermejo al combate, en el cual dio muestras de aventajar á sus contrarios en el valor y la pericia militar. Estos pregonaron entonces que ninguno de los habitantes de Iraca lo siguiese, ni lo reconociese por cacique, bajo pena de la vida. Pudo tanto la amenaza, que la mayor parte de su hueste se pasó al bando opuesto. Dieron entonces sobre él y se defendió como esforzado adalid hasta caer gravemente herido. Sus hermanos sacaron su cuerpo y lo ocultaron donde no pudiera ser visto, para librarlo del suplicio de la escarpia, con que los electores querían vengar la muerte dada al gámeza.

Restablecida la paz, fue nombrado un noble de Tobazá, que se llamaba Nompaním.

Los sucesores de Idacansás siguieron explotando la credulidad de sus súbditos con sus prácticas supersticiosas; medio sencillo era éste de tenerlos sumisos y de llenar sus arcas. Cerca de medio siglo después de la conquista, visitaba el Arzobispo de Santafé la provincia de Sugamuxi. Interrogando á algunos indios, averiguó que su cacique D. Felipe, á pesar de ser cristiano, riñendo con ellos, les decía:

Vosotros, perros, no me tenéis miedo;
Pues bien sabéis que puedo cualquier cosa:
Traer contagiosa pestilencia,
La fétida dolencia de viruelas,
Grave dolor de muelas, calenturas,
Con otras desventuras, y que crío
Con este poder mío todas cuantas
Yerbas, legumbres, plantas son nacidas. (1)

Nada refieren las crónicas de los antiguos zipas.

La leyenda invade la historia de los Chibchas, confundiéndose la verdad con la ficción hasta sus postreros días. El Padre Simón hace durar el fabuloso reinado de Garanchacha, en Hunsa, hasta el momento en que los españoles eran ya dueños de Santamarta. Piedrahita nos muestra á Tisquesusa preparándose á seguir á las tierras de los Muzos "para apagar los ardientes deseos en que se abrasaba de ver á Furatena, señora la más poderosa y rica de las provincias confinantes, por ser dueña de las esmeraldas más finas que crían los veneros de Muzo; no para despojarla de ellas ni de sus estados (pues era igualmente venerada de los dos príncipes del Nuevo Reino), sino para reconocer su grandeza, hermosura y discreción en que era la más aplaudida, determinó ir en persona con la comitiva más ostentosa que pudieran ofrecerle su reino y sus tesoros, exaltado con tan

(1) Castellanos. T. I, C. I.

seguido curso de victorias y con los despojos de tantas provincias expugnadas cuando más floridas. En cuyas disposiciones, suspensas ya con algunas noticias participadas de los indios de Vélez, lo dejaremos, por haber sido aquel tiempo el en que hicieron su entrada los españoles en el Nuevo Reino, de que resultó la ruina de los zipas." (1)

Singular hecho histórico sería el de que hubiera existido una señora de tan raras prendas en medio de una barbarísima nación como era la de los Muzos, y que los cronistas hubieran olvidado hablar de su resistencia y de su ulterior sumisión á las armas españolas. Aseguran, al contrario, que estos indios jamás reconocieron señor, y que seguían el consejo de sus viejos, respetando á los más valientes.

Sólo tres cronistas escribieron la historia de los Chibchas en los últimos sesenta años que precedieron á la conquista española: Castellanos, el Padre Simón y Piedrahita. Este último es el único que trae unas pocas fechas, las del advenimiento de los zipas Saguanmachica, Nemequene y Tisquesusa, en 1470, 1490 y 1514 respectivamente, fechas que nos parecen muy cuestionables, en especial la última.

Mucho hay que rebajar de las citadas narraciones: discursos de fantasía que ponen los autores en boca de los zipas y zaques, descripciones de batallas, número de combatientes. No es creíble que el bacatá y el hunsa pudieran reunir cada uno un ejército de sesenta mil hombres. En esto hay demasiada exageración; reducido á la mitad el número de combatientes que dan los cronistas más moderados, todavía nos parece excesivo. Para dar una idea del esfuerzo de imaginación que tenían

(1) PIEDRAHITA. Lib. II, Cap. IX.

que hacer los indios para contar un número crecido, baste saber que para expresar mil se servían de este circunloquio: *gue hisca yca ubchihica*, es decir: cinco veintes diez veces. Cuarenta mil, se decía: *gue hisca yca ubchihica, yca gue bosa:* cinco veintes diez veces, dos veces veinte. (1)

Con todo, estos fragmentos de historia bastarán para dar idea de las guerras intestinas en que con frecuencia se hallaban envueltos los diferentes estados en que desde el principio se constituyó el pueblo chibcha.

(1) Para expresar la fecha 1633 habrían necesitado hacer uso de doce palabras: *gue hisca yca ubchihica, gue hisca yca ta, guetas asaquy quihicha mica*, es decir: cinco veintes diez veces, cinco veintes seis veces, veinte más trece.

CAPITULO XVIII

Saguanmachica conquista los Fusagasugáes, vence al guatabita y al ubaque, declara la guerra al zaque, y mueren ambos en la batalla de Chocontá.—Nemequene castiga la rebelión de los Fusagasugáes, sujeta á los caciques de Zipaquirá y Nemocón, asalta alevosamente al guatabita y se apodera de sus estados, somete al ubaque, al ubaté y al simijaca, da leyes en su reino, declara la guerra al hunsa, y es herido de muerte en la batalla de Las Vueltas.—Sucédele Tisquesusa.—Llegan los españoles cuando éste estaba en campaña contra el zaque.—¿Estaban los Chibchas en progreso ó en decadencia en la época del descubrimiento?

Las continuas guerras de los zipas de Bacatá (1) con sus feroces enemigos los Panches, los habían acostumbrado á la lucha y al manejo de las armas. Rodeados de pequeños cacicazgos, habíanlos ido sometiendo unos tras otros á su dominación. Cuando en el último tercio del siglo XV el cacique de Chía, Saguanmachica, á quien correspondía de derecho la corona, llegó á sentarse en la silla guarnecida de oro y esmeraldas de los zipas, en Muequetá (2), pudo contemplar con satisfacción su poder y sus riquezas. Propúsose seguir el ejemplo de sus mayores, conquistando nuevas tierras. Resolvió atacar á los Fusagasugáes, gentes poco guerreras, aunque eran de raza chibcha. (3) Convocó sus tropas y escogió algunos miles de soldados aguerridos. Bajó por el pá-

(1) *Bacatá*, nombre formado de *fac*, afuera, y *ta*, labranza.

(2) *Muequetá* (Funza), vocablo formado de *muyquy*, campo, y *ta*, labranza.

(3) Dice Piedrahita que los Fusagasugáes eran de la misma nación que los Chibchas (Lib. II, Cap. I), y que sus vecinos por el Sur, los Sutagaos, habitaban entre los ríos Pasca y Sumapaz (Lib. I, Cap. II). Una y otra afirmación son verdaderas. Luego se contradice dando por cierto en dos pasajes distintos que los Fusagasugáes eran de la misma tribu y provincia de los Sutagaos (Lib. II, Cap. II). El historiador Acosta incurrió en el mismo error.

ramo y monte de Fusungá á las tierras de su súbdito el ubaque de Pasca. Esperábalo el enemigo con su ejército en el risueño y pintoresco valle de Fusagasugá, ocupando una angosta colina por donde debía entrar el zipa. Servían de defensa natural á este paso por un lado un monte cerrado y por otro peligrosas peñas tajadas hasta el río Pasca. Era Saguanmachica militar avisado y experto, y dispuso que una tropa escogida penetrase durante la noche por entre el espeso bosque, dirigida por un jefe de la familia, y se situase á la espalda de los contrarios. Antes de amanecer estaban ya en el puesto indicado, cuando los centinelas, sintiendo su presencia, llamaron á las armas. Sorprendidos al ver cortada la retirada, y no sabiendo á dónde ocurrir, vacilaron, y dejando las armas se pusieron en vergonzosa fuga. Acometióles entonces con vigor el ejército del zipa, matando á muchos, y entró triunfante á la ciudad llevando prisionero al comandante en jefe, que era el cacique Usatama, cuando el sol levante iluminaba su victoria.

Bien aconsejado el fusagasugá por su aliado el tibacuy, que salió herido, se rindió y se sometió al vencedor, reconociéndose por su vasallo. Saguanmachica regresó á Bacatá por la serranía de Subia, pasando por sendas difíciles cubiertas de malezas y de pantanos que lo detuvieron unos pocos días. Su triunfo fue celebrado con sacrificios y fiestas que duraron muchos días.

Envidioso el guatabita de la pronta victoria del zipa, invadió su estado; mas éste no sólo resistió valerosamente su ataque, sino que siguió en su persecución, penetró en sus tierras y lo batió por dos veces, obligándolo á pedir socorro al zaque de Hunsa, que era entonces Michúa. Envió el zaque mensajeros al zipa para declararle la guerra, y luego siguió con su ejército al

Sur hasta la frontera del bacatá. Mas habiendo tenido conocimiento de que éste lo esperaba con fuerzas considerables, temió comprometer en una batalla la suerte de su reino y se volvió cobardemente á su corte.

El inquieto cacique de Ebaque (1) quiso aprovecharse del abandono momentáneo en que dejaba el zipa el sur de sus estados para invadir los pueblos de Usme y Pasca; pero antes de que pudiera prepararse para la defensa, entró Saguanmachica á fuego y sangre por Chipaque y Une, lugares fronterizos. No quedó otro recurso al Ebaque sino abandonar su corte y refugiarse en unos peñoles fuertes situados á la orilla de la laguna, donde acostumbraba poner en seguro su persona y sus bienes.

Libre ya de cuidados, preparábase el zipa á atacar en sus tierras á Michúa, cuando se vio envuelto en graves dificultades. Hambrientos los Panches de carne humana invadieron sus dominios por Zipacón y Tena, á la vez que el guatabita amenazó con sus fuerzas á Chía y Cajicá. Vióse entonces obligado á dividir su ejército para atender á su defensa por el Occidente y por el Norte. Muchos años duró esta porfiada lucha, que, interrumpida por algún tiempo, se renovaba luego, hasta que logró obligarlos á quedarse quietos en sus tierras.

Como Saguanmachica no desistía de sus ideas de conquista, y por otra parte quería vengar antiguos agravios del zaque, se preparó á entrar en campaña contra él. Condujo rápidamente su numeroso ejército á Sopó, donde se le incorporó la tropa del cacique de este lugar, y de allí siguió en dirección á Hunsa por las tierras del guatabita, que no se atrevió á resistirle. Michúa

(1) *Ebaque*, formado de *yba*, sangre y *quye*, palo, y llamado posteriormente Ubaque. Deriva, sin duda, su nombre esta localidad de un arbusto que crece en ella y que tiene la savia de color rojo.

no pudo en esta vez evitar el combate, y se movió con sus huestes para esperar al enemigo del otro lado de la frontera, deseoso de evitar los estragos que pudiera hacer éste en sus estados. Saliendo de Chocontá se encontraron las dos fuerzas y empeñaron reñidísima batalla que duró tres horas, y en la que rindieron la vida uno y otro príncipe. Aunque los Bacatáes alcanzaron la victoria, se volvieron á su reino sin más despojos que el cuerpo inanimado del zipa. Los Hunsas acompañaron el del zaque, y en una y otra corte se les hizo suntuoso entierro.

Ocupó Nemequene el trono de Muequetá pocos años antes de terminar el siglo xv. Fue el más célebre de los zipas, y se distinguió entre todos por su espíritu guerrero y conquistador, su audacia en las empresas y la habilidad con que organizó y administró sus estados. Frente á él y como rival á quien aspiró siempre á privar de sus estados, se posesionó de la dignidad de zaque de Hunsa un mancebo como de diez y ocho años de edad, Quemuenchatocha (1), tirano cruel que oprimió á sus súbditos durante más de cuarenta años.

La primera preocupación de Nemequene fue mostrarse fuerte haciéndose respetar dentro de sus tierras, antes de invadir las ajenas. Llamó á su sobrino Tisquesusa, joven cacique de Chía, y le confió el mando de una parte de su ejército para que fuera á sujetar á los Fusagasugáes, que se habían sublevado. Partió éste de Bacatá abriendo ancho camino por la serranía de Subia. Tuvieron tiempo los rebeldes de fortificarse en sitios escabrosos donde era fácil la defensa, pero no resistieron el vigoroso ataque de los Bacatáes, que los

(1) El Padre Simón escribe Quemuenchatocha y también Muinchatocha; y Piedrahita, Quimuinchatecha, agregando que más propiamente es Quemuenchatocha.

vencieron y destrozaron, castigando con la muerte, después de la victoria, á los culpables. Pacificada la provincia, dejó Tisquesusa una guarnición de guerreros guechas en Tibacuy y regresó por Pasca cargado con los despojos de los vencidos.

Nemequene, entretanto, no se había quedado ocioso, pues había ejercitado sus tropas combatiendo con los Panches, á quienes obligó á permanecer en sus tierras. De pronto, por el Norte, le llamaron la atención nuevos enemigos. Creyó el zipaquirá que no podía presentarse mejor ocasión de hacer la guerra al zipa. Era su provincia una de las más pobladas, y tenía por vecinos á los Nemzas (habitantes de Nemocón), que le ofrecieron su alianza. Entraron las fuerzas unidas por Cajicá, pueblo fronterizo de los dominios del Bacatá. Informado éste de la pérfida invasión, sacó los mejores soldados de las guarniciones, y juntándolos con los que tenía consigo, salió rápidamente al encuentro de sus enemigos. Diéronse vista entre Cajicá y Chía, y allí mismo se empeñó el combate al bronco ruido de caracoles y fotutos. Cubriéronse los aires de dardos lanzados por las tiraderas; mas habiéndose mezclado los combatientes, pelearon cuerpo á cuerpo con las pesadas macanas. Decidióse la batalla en favor del zipa, quien persiguió á los contrarios y ocupó sus estados. Llegó triunfante á Bacatá cuando Tisquesusa entraba también victorioso. (1)

Como su ambición creciera con la prosperidad, Nemequene se creyó llamado á reunir el pueblo chibcha bajo su cetro. Ardía en deseos de medir sus armas

(1) Piedrahita es el único cronista que habla del reinado de Saguanmachica y de las primeras campañas de Nemequene. Para lo que falta de esta parte histórica tenemos la relación de Castellanos, á quien sigue en muchos puntos Piedrahita, y repite con escasas variaciones el Padre Simón.

con el más poderoso de sus émulos, el zaque de Hunsa; mas, siendo avisado capitán, supo refrenar su impaciencia, juzgando que debía sujetar primero á dos caciques de quienes temía, con razón, que pusieran obstáculo á sus planes de conquista, ya ofreciendo su valiosa alianza al zaque, ya invadiendo sus dominios luego que los dejara desguarnecidos: éstos eran el guatabita y el ubaque.

Buscaba el zipa la ocasión de hacer la guerra al guatabita sin que la victoria le costase gran sacrificio de vidas, cuando él mismo se la presentó incautamente. Eran celebrados los orífices de sus tierras entre los mejores del país de los Chibchas. Muchos de ellos salían á las provincias vecinas á labrar tunjos y joyas de oro, que todos tenían en tánto aprecio para ofrecerlos á sus ídolos y á sus santuarios, así como para adorno de vivos y difuntos. Viendo el cacique la falta que hacían y que su ausencia era causa de que mermaran los tributos, ordenó bajo penas severas que todos volvieran á sus hogares; disponiendo que si algún señor necesitaba uno ó más orífices, diera en cambio un número doble de sus vasallos, que debían ponerse al servicio del guatabita mientras regresaban aquéllos. Vióse en breve tiempo rodeado de un número considerable de extranjeros que se mostraban con él obsequiosos y rendidos como si fuese su señor natural. Envanecíase diciendo que el mismo zipa le rendía homenaje, puesto que buscaba con tánto afán á sus vasallos para tenerlos en su corte. Era ciertamente Nemequene quien poco á poco llenaba la casa de su contrario de guerreros experimentados, avisados de que debían esperar sus órdenes para cumplirlas estrictamente.

Para lograr el fin que se había propuesto, tuvo que

vencer un obstáculo de aquellos que en ocasiones remueve la poderosa palanca del dinero. Guardaba el paso por donde el bacatá podía hacer daño al guatabita uno de los vasallos de éste, el usaque de Guasuca (Guasca). Pudo obtener el zipa con dádivas y promesas que hiciera traición á sus deberes y le diera una noche paso libre con sus tropas. Dormía el guatabita con su familia en las casas de su cercado, ignorando que su enemigo se acercaba y las rodeaba, y que aquellos á quienes había confiado la seguridad de su persona eran espías que estaban en inteligencia con los que venían á atacarlo. Apenas tuvo tiempo de advertir lo que pasaba, pues sin que le fuera posible resistir pereció con sus herederos, víctima de la infame traición del zipa y del guasca, quien tomó parte en el asalto.

Con tan fácil conquista agregó Nemequene á sus dominios una rica, industriosa y bien poblada provincia, que se extendía al Norte hasta la frontera de Hunsa, entre Turmequé y Chocontá, y al Oriente, del lado de Gachetá, hasta los Llanos. Después de haberla asegurado con guarniciones, dejó en ella de gobernador á un hermano suyo. Ya que le era próspera la fortuna, quiso llevar adelante sus conquistas é invadió las tierras del ubaque, penetrando en ellas, con su ejército dividido, por dos vías: la de Chiguachí (Choachí) y la de Portachuelo. Resistió valerosamente el cacique en sus montañas durante seis ó siete lunas; pero viendo al fin que sus vasallos disminuían y que sería inútil toda resistencia, se sometió al zipa, con la condición de que admitiese por mujeres dos hijas doncellas que tenía. Confiaba en que teniéndolo por yerno le haría menos pesado el yugo del vasallaje. El bacatá se quedó con la mayor de ellas, que fue á aumentar el número de sus

tiguyes, y dio la otra á su hermano el guatabita. Asegurada esta nueva provincia con guarnición de gente de guerra escogida, se volvio á la capital de su reino, donde fue recibido con demostraciones de júbilo y ruidosas fiestas en que se representaron y cantaron sus victorias.

No contento con haber duplicado en una sola campaña la extensión de sus dominios, el que se decía con orgullo usaque de los usaques no podía vivir sino batallando y venciendo. Las fiestas mismas, lejos de distraerlo de sus proyectos de conquistas y de gloria, lo excitaban á seguir adelante. Parecióle por el momento urgente someter á tres caciques cercanos que habían conservado su independencia: eran los de Ebaté ó Ubaté, Susa y Simijaca. Atacólos con fuerzas considerables, á las que resistieron con valor y aun lograron rechazarlas en algunos encuentros que tuvieron, defendiéndose en el boquerón de Tausa, pero al fin fueron vencidos y tuvieron que resignarse á ser tributarios del zipa, quien los dejó sujetos á su hermano el guatabita.

Engreído éste con la alta posición á que se vio elevado, se mostró arrogante y codicioso con los vencidos. Inquiría con interés quiénes tenían fama de ricos y eran dueños de joyas y preseas de valor. No faltó quien le informara que el ubaque tenía oculto su tesoro en un fuerte peñol que aparece tajado por el lado en que lo bañan las aguas de la laguna del mismo nombre. Preparóse con gente armada para asaltar la guarnición que lo custodiaba, y viéndose obligado á pasar por Chiguachí, donde residía un cacique vasallo del ubaque, logró convencerlo de que iba en comisión del zipa á visitar los puestos militares ocupados con tropa. Pudo así entrar con los suyos sigilosamente dentro del fuerte, ma-

tando á muchos de los que lo defendían. Los que lograron huír dieron aviso del agravio á su señor, quien lleno de ira por tan alevoso acto de piratería que lo privaba de sus bienes, reunió un número crecido de sus vasallos y rodeó el peñol, acometiéndole con ardimiento. Por más de cinco días defendióse con mucho brío el guatabita, que era hombre valiente; pero como le faltaban víveres, y las fuerzas de su contrario aumentaban, resolvió salir á pelear. Pena le daba separarse del tesoro que ya tenía por suyo, mas no queriendo que volviera á manos del ubaque, lo arrojó á la laguna. Luego salió con su tropa en buen orden y luchó desesperadamente, pagando su temeridad con su vida y la de sus mejores oficiales. Quedó victorioso el ubaque, ¡victoria cruel aunque justa, puesto que con ella no recobraba su tesoro y quedaba expuesto á la terrible venganza de Nemequene, quien le pediría cuenta de la vida de su hermano!

Afortunadamente para él, discurrió con sagacidad y prudencia el arbitrio á que debía recurrir. Despachó mensajeros al zipa, cargados de presentes, y bien informados de lo que debían alegar en su defensa, llegaron éstos al cercado del bacatá y se presentaron ante Nemequene, con las ceremonias y el recato de costumbre: sentados en cuclillas en el suelo, donde pusieron los presentes, vueltas las espaldas y profundamente inclinados. Oyó el zipa, con inalterable calma, el mensaje del ubaque, quien mandó que compareciera él mismo á su presencia á dar cuenta de su conducta. Conocida la voluntad de su señor, sin alegar excusas ni buscar pretextos de demora, se puso prontamente en camino con la comitiva necesaria para llevar ricos presentes. Consistían éstos en veinte hermosas donce-

llas adornadas con preciosas joyas, cien cargas de mantas finas y bien pintadas, muchas esmeraldas escogidas, y pequeñas figuras de animales hechas de buen oro. Ningún objeto de valor quiso recibir el zipa, y se contentó con escoger dos mantas de algodón, y eso por no desairar á su vasallo, pues decía que del acusado no se debe aceptar prenda alguna que contribuya á que se tuerza la justicia.

Mostróse el ubaque tan persuasivo en la defensa que hizo de su resistencia al audaz salteamiento del guatabita, que no dudó ya el bacatá de la culpa de su hermano, y le permitió regresar á sus tierras pasados seis meses, libre, honrado y colmado de favores.

Ya que tánto había guerreado Nemequene, y que había extendido casi en todas direcciones los límites de sus estados, quiso, antes de proceder á nuevas conquistas, organizarlos convenientemente. Consultando las antiguas costumbres, ordenó leyes para el castigo de los delitos. Publicadas éstas por los pregoneros, se conservaban en la memoria de las gentes por la puntual ejecución que les daban los caciques. (1)

Cuando creyó que era llegado el momento de medir sus fuerzas con las del poderoso zaque Quemuenchatocha, llamó á los usaques y caciques á su corte. Manifestóles el proyecto que tenía de obligar al hunsa á rendirle vasallaje, y les dio plazo de treinta días para que concurrieran todos, con su gente armada, á los espaciosos campos de Bacatá. Cumplido el término señalado, se presentaron los caciques ante el zipa con sus tropas armadas de macanas, picas, hondas, tiraderas y flechas. Cada cual fue tomando sitio aparte, y se distinguieron unos de otros por el color de sus divisas y

(1) En el capítulo IX hablámos de estas leyes.

banderolas, y por la diversidad de los pabellones. Enorgullecíase Nemequene, á la vez que se llenaba de confianza en la victoria, pasando revista, acompañado de sus principales jefes, á los miles de hombres que cubrían la Sabana. (1)

Luego que los jeques sacrificaron las víctimas humanas ofrecidas al Sol para asegurar el éxito de la campaña, se puso en marcha el ejército. Entró por las tierras del poderoso turmequé, vasallo del zaque, haciendo estragos. No se había descuidado el hunsa en prepararse para rechazar el ataque, y con el auxilio de algunos miles de guerreros (2) con que se presentó su aliado Nompaním, cacique de Iraca, puso número igual de combatientes á los que mandaba su contrario, y salió con sus huestes á campaña. Encontráronse enfrente del punto llamado *Arroyo de las Vueltas*, separados los dos campos por el riachuelo. Antes de darse la batalla, envió el zipa mensajeros al zaque proponiéndole que le rindiera vasallaje y evitara con esto su ruina. Mandóle éste una embajada para contestar su mensaje provocándolo á que decidieran los dos la contienda en singular combate, y que el vencido reconociese por señor á su contrario y le pagase tributo. Alteróse Nemequene, considerando el desafío como un acto de osadía del hunsa, y confiado en su valor se mostraba dispuesto á aceptar el reto; mas los usaques lo disuadieron de tal intento, diciéndole que un príncipe tan grande como él no podía salir á combatir con un cacique á quien ya tenía por su vasallo. Suplicáronle todos que se diese la batalla sin diferir más tiempo.

(1) Castellanos dice que reunió 50,000 hombres de guerra; Piedrahita dice que 60,000, guarismos que son uno y otro muy exagerados.

(2) Doce mil, dicen Castellanos y Piedrahita.

Pusiéronse en orden los cuerpos de uno y otro lado, y dióse principio al sangriento combate con furia propia de encarnizados enemigos. Rodaban por el suelo diademas y penachos cuyos dueños caían heridos de muerte, lastimado el cuerpo por los dardos y por las puntas de las picas, ó quebrantados los miembros por los fuertes golpes de macana y las duras piedras. La estrepitosa gritería ahogaba los lamentos de los moribundos. Mostrábase Nemequene en todas partes animando á los suyos, conducido en ricas andas cubiertas de láminas de oro y adornadas con esmeraldas. Recorría su campo el hunsa en otras de no inferior valor, deseando ambos encontrarse, cuando un agudo dardo hirió profundamente al zipa en el pecho, lastimando los pulmones. Arrancó él mismo con esfuerzo la homicida punta, y, comprendiendo la gravedad de la herida, pidió á sus amigos que vengaran su muerte y no cejaran en el combate. Llenáronse de turbación los que le rodeaban, quienes se apresuraron á sacarlo del lugar del conflicto. Cundió por las filas la fatal noticia; con el sobresalto aflojaron las tropas, y atacaron al enemigo con menos vigor que al principio. Comprendiendo el hunsa que cedían, dióles con tal denuedo repetidas cargas, que todos volvieron espaldas. Siguió en su persecución hasta Chocontá, de donde regresó victorioso á sus estados, sin cobrar la victoria.

Nemequene fue conducido rápidamente en sus andas á Bacatá, donde los jeques intentaron curarlo, pero todos sus esfuerzos por salvarlo fueron vanos, y rindió la vida antes del quinto día después de su llegada. Lloraron sus súbditos su muerte cubriéndose de luto y tributando magníficos honores fúnebres al más ilustre guerrero y hombre de estado que tuvo el pueblo chibcha.

Ocupó el trono de los zipas el sobrino de Nemequene, Tisquesusa, cacique de Chía, á quien le tocaba de derecho. (1) Era éste de gallarda y gentil disposición y mostraba en sus actos la gravedad propia de su puesto. Aunque dotado de espíritu menos guerrero que su tío, dejó que el más famoso general que tuvo éste, Saquesaxigua, invadiera los dominios del hunsa, se paseara victorioso por Machetá, Tibirita y Sutatensa, y no regresara á Bacatá sino después de haber cobrado tributo de guerra á los caciques de esa región.

Animado del deseo de vengar la muerte de su antecesor, preparóse Tisquesusa para nuevos combates; cuando ya se creyó bastante fuerte, hizo llamamiento general y reunió numeroso ejército. Púsose luego en camino para Hunsa, resuelto á dar fin á las continuas competencias de los zaques. Un suceso inesperado interrumpió la marcha de las tropas y cambió el curso de los acontecimientos; ciento sesenta y seis hombres de raza desconocida, montados sesenta de ellos en grandes cuadrúpedos nunca vistos, penetraban por el Norte y se internaban ya en los vastos y populosos dominios de los Chibchas. Vióse el zipa obligado á dar de mano á sus proyectos bélicos para atender á la defensa de su territorio. (2)

---

(1) El Padre Simón dice que no le correspondía el mando á Tisquesusa, porque no era cacique de Chía; Castellanos y Piedrahita dicen lo contrario.

(2) Piedrahita refiere los hechos de distinto modo. Según él, las tropas del zipa habían llegado á Tibaná cuando el Sugamuxi, "compadecido del estrago lamentable, que amenazaba aquella tempestad militar, se interpuso tan á tiempo entre los dos príncipes, que, *con que el tunja diese una buena partida de oro al bogotá*, ajustó treguas por veinte lunas." Si los hechos hubieran pasado de esa manera, lo habría dicho Castellanos, que debía saberlo, puesto que conoció y trató al Sugamuxi.

El mismo Piedrahita dice que Tisquesusa ocupó el trono de los zipas en 1514. Los sucesos de su reinado son tan escasos, que con ellos no es posible llenar los veintidós años que transcurrieron entre esta fecha y la venida de los españoles. Jiménez de Quesada, citado por Oviedo, dice que poseía el señorío de Bacatá catorce años antes de la llegada de los españoles. Siendo así, empezó á reinar en 1522.

Terminada esta reseña de los pocos sucesos que se conocen de la vida de este pueblo, ocurre preguntar si estaba en progreso ó en decadencia cuando los españoles conquistaron su territorio.

Algunos autores han creído que los Chibchas "apenas conservaban las enseñanzas y los restos de una civilización anterior, debilitada por las guerras continuadas en la disputa de su suelo." (1) Tenemos muy distinta opinión á este respecto. El pueblo chibcha estaba en su apogeo en el siglo XVI, y marchaba rápidamente á la unidad y á la centralización del gobierno. Los últimos zipas de Bacatá, vencedores de los enemigos de las fronteras, habían sometido á los caciques que los rodeaban al Norte, al Sur y al Este, y sus dominios se extendían desde Simijaca hasta Pasca, y desde Zipacón hasta los Llanos; preparábase el zipa Tisquesusa á hacer la guerra al zaque al frente de un ejército numeroso y aguerrido en los combates, y sin la llegada de los españoles probablemente habría ocupado los dominios de éste, para seguir adelante en sus conquistas (2). La riqueza se había aumentado entre los Chibchas, y se procuraban cantidades considerables de oro en sus cambios con las tribus vecinas. En las construcciones empezaban á sustituír la madera por la piedra, material con que se edifican los monumentos que llevan á la posteridad el recuerdo de las naciones.

Otros autores sostienen que "los Panches y los Muzos adquirían diarias ventajas sobre los Chibchas, incapaces ya, en la época del descubrimiento, para conser-

(1) ZERDA. *El Dorado. Papel Periódico Ilustrado*, año IV, página 356. Eliseo Reclus también dice:

"Cuando los Muiscas vieron desaparecer su imperio bajo la planta española, ya estaban en plena decadencia."

(2) Acosta es de la misma opinión. Véase su *Compendio histórico*. Cap. XI, páginas 189.

var sus fronteras." (1) Decir esto es desconocer por completo la historia. Los Panches y los Muzos reunidos eran diez veces inferiores en número á los Chibchas; se hacían unos á otros la guerra más cruel; salían de sus montañas, como las fieras de sus guaridas, acosados por el hambre de carne humana, y no impulsados por móviles de conquista, y finalmente, lejos de haber adquirido diarias ventajas sobre los Chibchas, los últimos zipas los tuvieron constantemente á raya, como lo hemos dicho.

(1) CARLOS CUERVO MÁRQUEZ. *Prehistoria y viajes.* Bogotá, 1893 (páginas 70 y 71).

CAPITULO XIX

Tiranía de Tisquesusa y Quemuenchatocha.—¿Cómo pudieron 166 españoles someter á la nación chibcha?—Constancia y valor de los Castellanos.—El sueño de Tisquesusa, resistencia de éste á los españoles y su muerte.—Quemuenchatocha es hecho prisionero dentro de su palacio, y muere pronto de vejez.—Conversión del Sugamuxi y rasgos de ingenio que de él se refieren.—Resistencia tenaz del tundama; Baltasar Maldonado le da muerte violenta.—Peripecias del gobierno de Saquesaxigua; pretende Quesada que revele dónde guarda el tesoro, lo somete á tormento y lo hace morir á consecuencia de él.—Conversión de Aquiminzaque; muere degollado por orden de Hernán Pérez de Quesada con varios otros caciques.—Hernán Pérez muere herido por un rayo.—Don Juan, cacique de Tundama, agraviado por el oidor Cortés de Mesa, se suicida.—Cortés de Mesa es degollado en Bogotá.—Término de la conquista y condición ulterior de los Chibchas.

La historia sólo conserva los nombres de tres de los principales jefes que gobernaban los estados chibchas cuando Gonzalo Jiménez de Quesada invadió su territorio: Tisquesusa, Quemuenchatocha y Sugamuxi.

Era el primero un tirano cruel y temido de sus súbditos, á quienes oprimía exigiéndoles tributos excesivos de oro y esmeraldas. No se distinguió por el valor militar, y los españoles nunca lograron verle la cara. (1)

Quemuenchatocha había subido muy joven al trono de los zaques, y se hallaba entonces en edad avanza-

(1) Hallamos graves contradicciones en los cronistas en todo lo que se refiere á Tisquesusa. Castellanos dice, hablando de su muerte, que "los principales y menores de todas las provincias que regía hicieron doloroso sentimiento, por ser á todos ellos agradable." Según Jiménez de Quesada, testigo de los hechos, á quien cita Oviedo, "el día que se supo cierto que era muerto, fue general el alegría en toda su tierra, porque todos los caciques y señores quitaron de sí una tiranía muy grande." Sólo Piedrahita se adhiere á la opinión de Castellanos. Herrera refiere que á los indios que se acercaban á ofrecer bastimentos y mantas á los españoles, cuando lograba prenderlos, los hacía matar y apalear, y á otros les rasgaba las mantas, y, puestas al cuello, cosa entre ellos muy infamante, los echaba diciéndoles que fuesen á los hombres nuevos que les vengasen.

da. Era hombre de gran corpulencia y de aspecto feo y desagradable, pues tenía la cara muy ancha y la nariz enorme y torcida.

Dotado de astucia y de sagacidad, mostrábase diligente y muy vigilante en todo lo que se refería al gobierno y se hacía temer y respetar de todos. Siempre fue precipitado é inexorable en sus castigos. Era tan inclinado á aplicar el suplicio de la horca, que cuando entraron los españoles hallaron al poniente de Tunja un cerro con gran número de palos hincados y cuerpos pendientes, al que llamaron el *cerro de la horca.* Aun por faltas de poca gravedad hacía clavar en dicho alto un madero abierto en la parte superior, en el que metían, á manera de cuña, el cuello de la víctima. Usaba con frecuencia otros castigos más atroces, sin que sus súbditos se atreviesen á quejarse de su opresión ni á faltar en nada á sus mandatos. Muchos se sentían profundamente lastimados por la crueldad con que había dado muerte á sus deudos más queridos, pero no se quejaban, por temor de correr igual suerte.

En el cacicazgo de Iraca había tenido Nompaním por sucesor á Sugamuxi, cuyo nombre vino á sustituírse al que tenía antes su estado. Pronto lo daremos á conocer.

¿Cómo pudieron someter 166 hombres á un pueblo que contaba un millón de habitantes, y tenía á la sazón numeroso ejército? (1) El espanto, la sorpresa y el desconcierto causaron la ruina de los Chibchas. Si se hubieran unido para la defensa, su número habría bastado para oprimir y vencer á esa partida de héroes, "flacos, debilitados y remotos de socorros y de favor humano."

(1) Según los cronistas, entre el zipa y el hunsa tenían en campaña 120,000 guerreros. Bien puede reducirse este número á la cuarta parte.

El autor del *Epítome de la conquista* pinta esto muy á lo vivo y en muy pocas frases:

"Cuando entraron en aquel Nuevo Reino los cristianos, fueron rescebidos con grandisimo miedo de toda la gente, tanto que tuvieron por opinión entrellos que los españoles eran hijos del Sol y de la Luna.... y que ellos los habían engendrado y enviado del cielo á estos sus hijos para castigallos por sus pecados.... Ansí entrando por los primeros pueblos los desamparaban y se subían á las sierras que estaban cerca, y dende allí les arrojaban sus hijicos para que comiesen.... Sobre todo cogieron miedo á los caballos, tanto que no es ereedero; pero después, haciéndoseles los españoles tratables y dándoles á entender lo mejor que ser podía sus intentos, fueron poco á poco perdiendo parte del miedo, y sabido que eran hombres como ellos quisieron probar la ventura. Cuando esto fue era ya muy metidos en el Nuevo Reino en la provincia de Bogotá; allí salieron á dar una batalla, lo mejor en orden que pudieron, gran cantidad de gente; fueron fácilmente desbaratados, porque fue tan grande el espanto que tuvieron en ver correr los caballos, que luego volvieron las espaldas y así lo hicieron todas las otras veces que se quisieron poner en esto, que no fueron pocas. En la provincia de Tunja fue lo mismo cuando en ello se quisieron poner, é por eso no hay para qué dar cuenta de todos los recuentros y escaramuzas que se tuvieron con aquellos bárbaros, más de que todo el año treinta y siete (1537) y parte del de treinta y ocho se gastó en subjetallos á unos por bien y á otros por mal."

No pretendemos con esta cita deprimir á los héroes que llevaron á feliz término la ardua empresa de la conquista, pues antes hacemos nuestras las ideas contenidas en los siguientes versos de Castellanos:

Había de pintar aquesta historia
Una pluma de prósperos caudales;
Porque valor y fuerza tan notoria,
Tanto perseverar en tantos males,
Escede los más dignos de memoria,
Y vuela sobre fuerzas naturales.
.....

Todos eran valientes,
Al general subyectos y obedientes,
En las adversidades muy paeientes,
En los trabajos son infatigables.....

Volviendo á Tisquesusa, cuenta el Padre Simón que, cuando se preparaba á hacer la guerra al hunsa, tuvo un sueño que lo preocupó mucho. Representóle su imaginación que se estaba bañando en su casa de recreo de Tena, y que toda el agua se le convirtió en sangre. Lleno de temor, hizo llamar á los principales jeques de sus dominios para que le explicasen el sueño. Los más viejos dieron primero su parecer, declarando que significaba que el zipa se había de bañar en la sangre del zaque; á todos los que estuvieron de acuerdo con esta interpretación, tan á la medida del gusto de su señor, los premió con mantas, joyas y favores. Había en Ubaque un jeque famoso entre todos, llamado Popón, que se jactaba de tener continuas pláticas con el Demonio. Popón desapareció de Bacatá la noche antes de presentarse á declarar el sueño; caminando para su casa, encontró dos ó tres indios principales, á quienes dijo poco más ó menos lo siguiente:

"Vuélvome á mi tierra sin haber explicado á vuestro zipa el sueño, por ser muy diferente lo que le ha de suceder de lo que le han declarado los otros jeques, y si yo se lo dijera en su presencia me había de matar, por ser como es tan cruel; pero decidle que lo que soñó que le parecía se bañaba en sangre no quiere decir que se ha de bañar en la sangre del hunsa, sino en la suya propia, porque unos hombres de otras tierras que van llegándose ya á ésta, lo han de matar."

Dicho esto, siguió su camino tratando de poner en salvo su persona, pues no dudaba que el bacatá lo haría buscar para castigar su temeridad, quitándole la

vida. Así lo intentó, aunque fueron inútiles todas la diligencias que se hicieron para dar con él. (1)

Cuando supo Tisquesusa que los españoles seguían del pueblo de Suba para Muequetá, salió precipitadamente con sus mujeres y sus tesoros á un lugar oculto. Desde allí enviaba sus tropas á hostilizar á los hijos del Sol, recomendando á todos que guardaran el secreto de su escondite. Pasó algún tiempo, y cuando ya estaba conquistada gran parte del territorio chibcha, un indio sometido á la terrible prueba del tormento reveló el paradero de su señor. Hallábase éste con su ejército en un bosque inmediato á Facatativá, donde tenía casa de recreo, probablemente en el pintoresco lugar embellecido por enormes bloques erráticos que se llama *Cercado del zipa.* Partió Jiménez de Quesada acompañado por parte de su caballería, y después de caminar toda la noche, dieron al amanecer en el campamento enemigo. Sorprendidos los indios, no acertaron á defenderse, y sólo pensaron en huír. Tisquesusa salió con algunos de los principales de su corte y de su guardia por una puerta del cercado, y fue herido de muerte por el pasador ó flecha de la ballesta de un soldado llamado Alonso Domínguez, que le tiró sin conocerlo. (2) Sacáronlo sus amigos á un bosquecillo próximo, donde murió bañado en su sangre, como se lo había anunciado el jeque Popón. Los usaques lo enterraron en un lugar oculto.

El hunsa Quemuenchatocha no opuso ninguna resistencia á los españoles. Cuando ya llegaron á las puertas de su cercado, viéndose imposibilitado de huír

(1) El jeque Popón hizo tenaz resistencia á la predicación evangélica en la provincia de Ubaque, pero al fin se convirtió, sirviendo de sacristán el resto de su vida.

(2) Así refiere Jiménez de Quesada la muerte del zipa en su *Compendio historial*, Lib. I, Cap. II, citado por Piedrahita. Herrera dice que murió herido por una estocada: nos atenemos al dicho de Quesada, que fue testigo de vista.

por sus años y su excesiva obesidad, se hizo llevar á uno de los aposentos interiores de su palacio. Sentóse, según la costumbre de sus mayores, en una silla baja de madera labrada y con espaldar muy vuelto hacia atrás. Servíale de alfombra un lecho de cuatro dedos de espartillo suelto y menudo. Estaba con el rostro grave y severo, y muchos de los principales caballeros de su corte lo rodeaban, permaneciendo todos de pie. Tan persuadido estaba de su grandeza, que no dudaba que los españoles lo habían de respetar como lo hacían sus vasallos, y que no se atreverían á poner las manos en su persona. Cuando vio entrar á Quesada seguido de seis hombres armados por el patio del cercado y llegar á su presencia con el semblante animado, se quedó quieto sin dar muestras de alteración. El licenciado lo hizo poner luego preso en lugar seguro y con guardias. Aunque se le volvió pronto la libertad, poco sobrevivió á su desgracia.

Sugamuxi vio con horror su ejército vencido y puesto en fuga por un reducido número de españoles mandados por Jiménez de Quesada. El célebre templo de Sogamoso quedó reducido á cenizas, y las láminas, platos y otros objetos de oro que adornaban el cercado del cacique y los santuarios, fueron presa del vencedor. Resentido y enconado aquél por la pérdida de su poder y de sus riquezas, de las que logró salvar no poca parte, entró en alianza con el tundama, y se sometió cuando éste fue vencido. Arrepentido de sus errores idolátricos, el altivo sucesor de Idacansás inclinó humilde la frente y recibió las agnas del bautismo cristiano con otras personas de su familia hacia 1541.

Púsosele el nombre de D. Alonso, y fue muy celebrado y estimado de los conquistadores y de los reli-

giosos por su despejada inteligencia, su carácter insinuante y simpático y sus dichos agudos y originales. Distinguíase, además, por la liberalidad con que usaba de sus riquezas. Merecen recordarse algunos rasgos que pintan la agudeza de su ingenio. Hallándose en Bogotá en una visita con un oidor, le mostró éste un retrato del rey de España. Quedóse D. Alonso mirándolo con atención, y entonces le dijo el oidor: "¿Qué os parece, D. Alonso, nuestro rey?" Respondióle con mucho sosiego: "Muy bien, si tuviera su corte en Sugamuxi." Aludiendo finamente con esta sentencia á la dificultad de gobernar bien hallándose á tan gran distancia de sus súbditos. En otra ocasión le dijeron que iba un juez muy justiciero á Sugamuxi; volviéndose entonces á los indios les dijo fuesen al río á ver cómo corrían las aguas, y si no iban para arriba sino para abajo, como de costumbre, no creyesen que aquel juez había de seguir otro camino que los anteriores.

D. Alonso sobrevivió más de veinticuatro años á la conquista, y murió muy generalmente sentido. Los padres franciscanos le dieron sepultura en Sogamoso, y probablemente uno de ellos compuso en su honor el conocido epitafio cuya copia se debe al Padre Bernardo Lugo. (1)

---

(1) **Hé aquí este importante documento histórico:**

"*Agay* quandola iu
Assy quahaia *cuhumá* Sugamuxi *psihipcua paba* blysysuca ti qüe bisqua: sus iho *muysca* ti Cundinamarca bie puyquy es *chie* ti *quica:* sus mague ti *chutas sues*, ma *cta muysa* aelnesequsqua chies vei *Sua* piquihisa. Agadis segascua bi *fihizca.*"

La traducción literal es como sigue:

"¡Ay, gran dolor!
Aquí muerto el gran Sugamuxi, cacique, señor amante de su pueblo; el mejor hombre de Cundinamarca; alegría y honra de su tierra; el amigo de los hijos del Sol, al fin reverenció las luces del Sol que resplandece. Roguemos por su alma."

Hemos puesto en letra cursiva las palabras chibchas del epitafio, á las que, en nuestra opinión, deben agregarse las cuatro si-

Fue el tundama el único entre los caciques poderosos del país de los Chibchas que resistió tenazmente á la conquista española. Era muy altivo, belicoso y atrevido, y tenía raras dotes militares, como lo demostró defendiéndose y fortificándose con sus tropas en la isla de Duitama, llanura rodeada de pantanos donde no podía obrar la caballería española.

Estando el capitán San Martín en el pueblo de Iza, llegó á su campamento un indio con la cara, brazos y cuerpo bañados en sangre; traía recién cortadas la mano izquierda y ambas orejas, colgado todo de los cabellos. Contó que venía de Tundama, donde habiendo llegado la fama de los valerosos hechos de los hijos del Sol, él, como viejo experimentado, había aconsejado al cacique que les saliera de paz con algunos presentes, como era de costumbre. Ofendido el tirano lo reprendió severamente y con crueldad lo hizo mutilar, diciéndole que fuera á decir á los suachies que llegaran, que los pondría de esa suerte á ellos y á los que los siguieran.

Ni aun de los caballos, que tanto espanto producían entre los indios, tuvo miedo, pues entre otros recados amenazantes que enviaba á los españoles, les hacía decir que esperaba hacer paveses de los cueros de sus caballos, y de los dientes de los hombres cuentas para sus mujeres.

---

guientes, en cada una de las cuales pudo haber cambio de una letra por error de copista: *quahaia* (*guahaia*, *muerto*), *qüe* (*güe* ó *gue*, *pueblo*), *blysysuca* (*btysisuca*), y *piquihisa* (*pquihisa*). El epitafio no fue, pues, escrito propiamente en lengua chibcha, sino mezclando vocablos tomados de ésta con otros del dialecto de Sugamuxi. Algunas de las voces chibchas es natural que fueran las mismas en el dialecto de Sugamuxi. Debió de componerlo una persona que tuviese conocimiento de ambos lenguajes, pero poco versada en las reglas gramaticales, como lo indican el uso de la *s* en las voces *hcutas*, *sues* y *chies* como signo del plural, y otras incorrecciones.

El Padre Lugo traduce las palabras *Sua piquihisa*, *Sol eterno*, que fue, probablemente, lo que quiso decir el autor del epitafio, pero no hallando voz propia para traducir *eterno*, empleó el vocablo *pquihisa*, que quiere decir: *que da resplandor*.

Vencido el tundama después de larga y porfiada resistencia en el pantano de Duitama, luchó aún algún tiempo, "inclinando al fin su cuello siempre libre, al yugo de perpetuo vasallaje." Pagando un día el tributo, que entonces se daba en oro labrado, Baltasar Maldonado remachaba las joyas á martillo para fundirlas. Preguntado por qué no traía bastante cantidad de oro, el tundama, disgustado, respondió con algún desabrimiento. Encendido en cólera el jefe español, levantó el martillo y lo hirió de muerte, quebrantándole la cabeza. Maldonado, que era valiente entre los valientes, deploró toda su vida su criminal arrebato de cólera. Por pena de este delito y de otros castigos excesivos lo privó Miguel Díaz de Armendáriz de los repartimientos que tenía. Apeló de la sentencia ante el licenciado Pedro de la Gasca, que gobernaba en el Perú, y éste lo dio por libre y lo restableció en sus bienes y honores.

La suerte final de los últimos príncipes que llevaron el título de zipa, de zaque y de tundama, no fue menos desgraciada que la de sus inmediatos antecesores.

Por la muerte de Tisquesusa usurpó el trono de los zipas su sobrino y capitán general Saquesaxigua (1), atropellando los derechos que á él tenía el cacique de Chía. Era el más hábil general del ejército de Bacatá, astuto, liberal, de presencia agradable, muy respetado, y acostumbrado, como su tío, á ejercer despóticamente la autoridad. Empezó por hacer guerra tenaz á los españoles, inquietándolos con asaltos continuos. Dos insignes caballeros de sangre real, Cuximinpaba y Cuximegua, le hacían oposición, murmurando abiertamen-

(1) Castellanos escribe *Sacresaxigua*, el Padre Simón *Sacresasiqua* ó *Sojipa*, y Piedrahita *Zaquezazippa*. Como los Bacatáes no hacían uso de la *r*, nos inclinamos á creer que su propio nombre era *Saquesaxigua*.

te de él. Temeroso de perder el poder, determinó hacer la paz con los españoles. Púsose en camino acompañado de la gente principal de la corte, con muchos criados cargados de regalos consistentes en finas mantas, ricas joyas de oro y esmeraldas. Siguieron adelante los mensajeros á anunciar su venida al licenciado, quien los recibió con agrado y envió á su encuentro algunos de sus principales capitanes. Fue muy cordial la recepción, túvose por magnífico el presente "que fue de las ganancias crecimiento," y el zipa dio vasallaje y obediencia al rey de las Españas, en las manos de Jiménez de Quesada. Poco después atacaron á los Panches las fuerzas unidas de los dos jefes amigos, y les dieron sangrienta batalla.

Con este triunfo creyó Saquesaxigua llegar al colmo de la prosperidad y reducir á sus rivales á la impotencia. ¡No sospechaba en medio de las fiestas que le dieron sus súbditos en Bojacá, que muy pronto se le condenaría á un fin afrentoso. Acercóse Cuximinpaba con mucha cautela á Hernán Pérez de Quesada, y le aseguró que Saquesaxigua era usurpador, cosa que los españoles ignoraban, y que además se había hecho dueño del tesoro del bacatá. Hernán Pérez firmó con algunos de sus compañeros de armas, tan codiciosos como él, un escrito dirigido á su hermano el licenciado, en el que le pedía que lo mandara prender y reducir á prisión hasta que entregara las riquezas de su rebelde predecesor.

Quesada hizo conducir al zipa preso á Bogotá, é intentó persuadirle á que entregara los tesoros que tenía escondidos, que no eran de él sino del rebelde Tisquesusa, para que gozara de su libertad y conservara el poder sin que nadie pudiese arrebatárselo. Ofreció Saquesaxigua entregar todo el oro que tuviera, siempre que se le dieran cuarenta días de término para recogerlo,

pues alegó que lo tenía repartido entre varias de sus gentes. Convínose en ello, y entonces llamó á algunos vasallos de toda su confianza y les dio órdenes secretas. Cada día traían una carga de joyas y láminas de oro envueltas en una manta, las que producían muy agradable sonido metálico para los oídos españoles. Treinta y seis indios cubiertos de galanas telas acompañaban al que llevaba la carga. Pasaban por el aposento del zipa á otro cuarto, donde había instado á los hijos del Sol que no mirasen hasta el último día; caía la carga al suelo con sonoro golpe, y luego cada indio echaba disimuladamente parte de las joyas en una mochila que tenía oculta bajo la manta. Transcurrieron los cuarenta días sin que el infortunado príncipe hubiese hallado ocasión de fugarse, que era lo que intentaba. Entraron los españoles llenos de alborozo al cuarto donde esperaban hallar depositadas grandes riquezas. Mudos de cólera salieron de allí, y llenos de asombro de burla tan cruel. Quesada no pudo contener su indignación, y mandó poner en duras prisiones al autor del engaño, no sin amenazarlo y hacerle dar algunos palos.

El zipa, que era muy astuto, logró convencer al licenciado de que los de la burla habían sido sus dos mortales enemigos: Quiximinpaba y Quiximimegua; que eran ellos quienes se habían puesto de acuerdo con los indios que acompañaban la carga de joyas de oro para que la sacaran otra vez repartida. Prendidos los dos usaques inocentes, fueron puestos en tormento. Nada pudieron revelar respecto de la existencia del tesoro, y sin más prueba que la acusación de su rival, fueron condenados al suplicio de la horca.

Requirió Hernán Pérez á su hermano para que se averiguase de Saquesaxigua por medio del tormento lo

que con los halagos había ocultado hasta entonces. Después de haber seguido proceso, que duró muchos días, fue sometido al tormento de tracto de cuerda. Ejecutábase este castigo atando á la víctima las manos por detrás, y colgándola por ellas de una cuerda que pasaba por una garrucha, con la cual la levantaban en alto y después la dejaban caer de golpe, sin que llegase al suelo.

"Le dieron tres tractos de cuerda la primera vez, y después quando se le reiteró el tormento otros tres; y aunque en ellos siempre prometía de dar el oro, nunca lo dio. Desde á un mes, como era hombre delicado y se veía afligido con la prisión y tristeza, murió." (1)

¡Mancha indeleble dejó la muerte cruel del último zipa en la simpática memoria del conquistador de los Chibchas! Olvidó la mansedumbre y la templanza que inspiraban sus actos. "Quien leyere este suceso en el *Compendio historial* que escribió el mismo Adelantado, tendrá bien que lamentarse del sentimiento y dolor con que confiesa haber cooperado á la injusticia con el fin de complacer á su gente, de suerte que la obligase á informar con tanto aplauso de sus hazañas que por ellas consiguiese el gobierno perpetuo del Nuevo Reino." (2)

Al zaque Quemuenchatocha sucedió su sobrino Aquiminzaque (3) en el gobierno nominal de los hunsas, pues los españoles disponían del poder. Convirtióse muy de veras al Catolicismo hacia 1541. Dispuso casarse conforme á los ritos de la Iglesia con una hija del elector de Gámeza. Invitó á la ciudad de Tunja á los caciques que le estaban sometidos, y á numerosos ami-

(1) Oviedo. T. II, Lib. XXVI, Cap. XXIX.
(2) Piedrahita, Lib VI, Cap. I.
(3) Quemichua lo llama el Padre Simón.

gos. Inmenso concurso de indios llenó la ciudad. Alarmáronse Hernán Pérez y sus compañeros, entre quienes se hallaban algunos de los que vinieron con Federmán y Belalcázar de Venezuela y de Quito, acostumbrados á tener en poco la vida de los indios. Hablóse de gran peligro, de levantamiento general, y muchos lograron convencer á Hernán Pérez de que era preciso hacer un castigo ejemplar quitando la vida al zaque y á los principales caciques, y aunque otros hablaban en favor de ellos, hizo reducir á prisión á Aquiminzaque, los caciques de Toca, Motavita, Samacá, Turmequé, Boyacá y Suta y otros señores y capitanes. Todos fueron condenados á ser degollados en la plaza pública como traidores. (1) Tenía el zaque veintidós años de edad, estaba dotado de clara inteligencia y de un exterior agradable. Respondió con entereza de rey al escribano que le leyó la sentencia: "Decid al capitán mayor que de más á más le debo este beneficio que hoy me hace de quitarme la vida, y que pues me hizo cristiano cuando me quitó este reino temporal, no me apresure tanto la muerte, que por su culpa pierda el eterno." Fue sacado de la prisión en una mula enlutada, y en el lugar del suplicio hizo profesión de la fe católica y se puso á merced del verdugo.

Siguió Hernán Pérez acompañado de su hermano Francisco á la jornada del Dorado. A su regreso los sometió á juicio D. Alonso Luis de Lugo, y fueron desterrados lejos de las Indias. Regresaban más tarde á Cartagena, y hallándose á bordo de una nave pronta á zarpar en el cabo de la Vela, se nubló el cielo, cruzaron

---

(1) Castellanos y el Padre Simón dicen que fueron degollados; Piedrahita que á Aquiminzaque le cortaron la cabeza y á los demás les dieron muerte con diferentes géneros de suplicio; el Padre Zamora, en fin, dice que á todos les cortaron la cabeza.

la atmósfera relámpagos y rayos, y uno de éstos mató á los dos Quesadas, sentados frente á frente en una mesa de juego.

Al desgraciado Tundama muerto por Baltasar Maldonado sucedió su sobrino, á quien bautizó con el nombre de Juan el primer Arzobispo del Nuevo Reino, Fray Juan de los Barrios. El infame oidor de la Audiencia Andrés Cortés de Mesa usó de excesivo rigor con él para que le dijese dónde tenía oculto su tesoro. Hízolo pasear desnudo las calles ocupadas por sus vasallos, con las manos atadas atrás y soga puesta al cuello. Fue tal el sentimiento que causó esta afrenta al cacique, que se ahorcó dentro de su casa. Poco después fue condenado Cortés de Mesa á la pena de degüello, que sufrió en Bogotá por este delito y por haber dado alevosa muerte á Juan de los Ríos.

Terminada la conquista después de haber vencido la tenaz resistencia de algunos caciques que se retiraron con sus vasallos, sus familias y sus haberes á peñones de difícil acceso, quedaron incorporados los Chibchas en la extensa nación que se formó pocos años después con el nombre de Nuevo Reino de Granada. Ningún otro de los primitivos pueblos que ocupaban su territorio logró resistir mejor que él á las causas de destrucción, inherentes á la conquista. No se vio sometido al duro trabajo de las minas, ni á las faenas de la navegación. Jamás se rebeló contra el yugo que le impusieron los hijos del Sol. Pasó los tres siglos de la colonia labrando la tierra que le dio siempre el sustento. Sirvió en los ejércitos de los patriotas que consumaron la obra de nuestra Independencia nacional, con abnegación y valor.

Con absoluta imparcialidad hemos pintado las vir-

tudes y los vicios de los Chibchas. Sus descendientes son hoy ciudadanos libres y forman un elemento esencial de la Nación, elemento de trabajo, de fuerza y de orden, pues ni germina entre ellos el espíritu de rebelión, ni conocen la envidia que engendran las rivalidades de raza. Sirven en el ejército como soldados disciplinados; son sumisos á las autoridades, sufridos y valerosos, y se ocupan en trabajos agrícolas.

Harán muy bien nuestros gobiernos si procuran levantar el nivel intelectual y moral de los descendientes de los primitivos habitantes del centro de la República; las felices cualidades que los distinguieron siempre, son del número de aquellas que contribuyen más á la conservación del bien inestimable de la paz nacional.

INDICE

de las figuras del Atlas arqueológico (1)

Lámina.	Número.	
		Carta del territorio de los Chibchas.
I	1	Idolillo de madera con hueco en el vientre para poner oro y esmeraldas. Fue hallado en Ramiriquí; mide 22 centímetros.—N. G.
	2	Idolo tosco de madera hallado en Bojacá; mide 60 centímetros.—M. N.
II	3	Balsa de oro de 0'800 de ley, que lleva un guerrero guecha armado con la tiradera, con canutillos de oro en las mejillas y rodeado por nueve indios sentados en cuclillas. Fue hallada en la laguna de Siecha, pesaba 262 gramos, y medía su diámetro 9½ centímetros.
	4	Guerrero guecha de oro, sentado dentro de un cercado, y rodeado de objetos de difícil interpretación.—M. B.
III	5	Guerrero guecha, de muy buen oro, con casco terminado en punta retorcida, armado con una tiradera y una vara llena de picos; mide 7 centímetros.—M. N.
	6	Guerrero guecha, de muy buen oro, de aspecto feroz, mostrando los dientes. Lleva en la mano derecha una tiradera y dos

(1) El paradero actual de los objetos se indica con estas iniciales:
M. C., *Museo Colombino de Chicago.*
M. N., *Museo Nacional de Bogotá.*
M. B., *Museo Real de Berlín.*
N. G., *Nicasio O. Galindo.*
E. R , *Ernesto Restrepo.*
V. R., *Vicente Restrepo.*

Lámina.	Número.	
		dardos. Está reducido á los dos tercios de su tamaño.
	7	Tocador de flauta, de buen oro, cubierto con vestido de red, y sentado dentro de un recinto circular con divisiones. Lo acompañan dos indios. Fue hallado en Pasca. Diámetro, 8 centímetros.
IV	8	Momia chibcha sentada.—M. N.
V	9	Columnas de arenisca que se hallan cerca de Ramiriquí.
	10	Obelisco de piedra levantado por los Chibchas en la serranía de Pacho.
VI	11	Figura de mujer sentada en cuclillas, de cobre, llena de arcilla en la parte interior, que formaba el molde; mide 11 centímetros, y pesa 32 gramos.—M. C.
	12	Figura de mujer, imperfectamente vaciada, con un ave y un nido. Es de buen oro y fue hallada en Guatabita; mide 10 centímetros.—M. C.
	13	Corona de muy buen oro, con dibujos; mide 45 centímetros.—M. C.
VII	14	Figuras de oro (5) en láminas muy delgadas.—M. C.
	15	Figura de cobre con una gran mitra, hallada en la sabana de Bogotá: mide 7 centímetros.—M. C.
	16	Cacique ó jefe, de oro fino, con corona labrada y tiradera. Fue hallado en Sogamoso; mide 10 centímetros.—M. C.
VIII	17	Cacique ó jefe, de buen oro, con rica corona, enorme nariguera y brazaletes. De Sogamoso; mide 11½ centímetros.—M. C.
	18	Cacique ó jefe con rica corona, tiradera y escudo. Es de oro; mide 12½ centímetros; fue hallado en Sogamoso.—M. C.
	19	Cacique ó jefe, de oro, con corona, armado con maza y escudo. Proviene de Sogamoso; mide 8½ centímetros.—M. C.

Lámina.	Número.	
IX	20	Medias lunas de tumbaga, doradas, con dibujos, halladas cerca de Vélez; miden 22 y 27 centímetros.—M. C.
	21	Hermosa nariguera, de oro, muy labrada.—M. B.
X	22	Mujer principal, de buen oro; mide 8½ centímetros.—M. C.
	23	Mujer principal, de buen oro; mide 5½ centímetros.—M. C.
	24	Figura de cobre, de mujer, con gorra alta y collares; mide 15½ centímetros.—M. C.
XI	25	Indio sentado, con un tejuelo de oro en el pecho. Es de oro, y fue hallado en Guatabita; mide 7 centímetros.—M. C.
	26	Mujer en cuclillas, de oro, con doble collar; mide 7 centímetros, fue hallada cerca de Vélez.—M. C.
	27 y 28	Mujeres principales, de buen oro, con ricos collares, y un ave en el extremo de una vara. Halladas cerca de Vélez, miden ambas 7 centímetros.—M. C.
XII	29	Collar de huesos labrados. Reducción á ½.
	30	Patena de tumbaga en forma de corazón, con mascarita y diez insectos realzados. Hallada cerca de Vélez; mide 13 centímetros.—M. C.
XIII	31 y 32	Hermosas patenas de oro de veinte quilates, con figuras realzadas, halladas en Machetá. La más grande (número 31) pesa 390 gramos, y mide 24 por 21 centímetros. La otra mide 20 por 20 centímetros. (1)
XIV	33	Máscara de tumbaga, mide 9 centímetros.—M. C.
	34	Tiradera de oro hallada en Lenguazaque; mide 14½ centímetros.—M. C.

(1) Estas dos patenas fueron obsequiadas por el Señor Vicepresidente de la República. D. Miguel Antonio Caro, á Su Santidad León XIII, junto con otra muy semejante.

Lámina.	Número.	
	35	Figura de hombre sentado, de oro, con una tiradera armada en la mano derecha y una jaula en la izquierda. Fue hallada en Chirajara (cerca de Quetame), y mide 13½ centímetros.
	36	Tiradera con el dardo puesto á punto de lanzarlo.
XV	37	Tres tiraderas de oro, de 8 á 11 centímetros, halladas en Lenguazaque.—M. C.
	38	Tiradera de madera que usaban los indios de Riobamba.
	39	Tiradera de madera que usaban los indios de Suyá (Brasil).
	40	Guerrero de oro con una pica en la mano izquierda y un escudo en la derecha. Hallado en Chirajara; mide 15 centímetros.
XVI	41	Figura de indio, de cobre, armada con una maza. Hallada cerca de Tunja; mide 6 centímetros.—M. N.
	42	Indio de tumbaga, con dos varas, una de ellas con púas. Hallado en Guatabita; mide 4½ centímetros.—M. C.
	43	Pesada maza de chonta con dibujos, hallada en Tunja; mide 46 centímetros.
	44	Dijes de oro, en láminas muy delgadas.
XVII	45	Vasija de barro cocido, destinada á depositar las ofrendas de tunjos de oro, en figura de indio sentado. Procede de Chirajara, y mide 25 centímetros.
	46	Indio armado de tiradera. De Chirajara; es de oro; mide 8 centímetros.
	47	Indio sentado en una silla de madera. De Chirajara; es de oro y mide 45 centímetros.
XVIII	48 á 50	Caciques ó jefes, de oro, hallados en Chirajara. Miden los dos de los extremos 16 centímetros, y el del centro 11.
XIX	51	Dos figuras de oro, de niños, de Chirajara; miden 3 y 4½ centímetros.

Lámina.	Número.	
	52	Culebra de oro, de 9 centímetros, hallada en Chirajara.
	53	Rana de oro, hallada en Chirajara.
	54	Mujer sentada en un asiento que se bifurca, y lleva en los brazos un niño encogido en cuclillas. Es de oro y mide 7 centímetros.—M. N.
	55	Cacique majestuosamente sentado, quizás en unas andas. Lleva ancha narigue-ra, grandes pendientes circulares, lámina en el pecho y cetro bifurcado. Es de buen oro. procede de Sogamoso y mide 10½ centímetros.—M. C.
XX	56	Culebra de oro; mide 13 centímetros.—M. C.
	57	Caracol de oro hallado en Guatabita.—M. C.
	58 á 61	Cuadrúpedos diversos; el marcado con el número 59 es de cobre, y los demás de oro.—M. C.
	62	Insecto de oro.—M. C.
XXI	63 y 64	Culebras de tumbaga, de Moniquirá; miden 18½ y 9 centímetros.—M. C.
	65	Animal de forma caprichosa. Fue hallado en Guatabita; mide 9½ centímetros y es de tumbaga.—M. C.
	66	Pececillo de oro, vaciado en lámina muy delgada.—M. C.
	67	Culebra de oro hallada en Guatabita; mide 8 centímetros.—M. C.
	68	Pececillo de oro en lámina muy delgada.
	69 y 70	Aves de oro halladas en Guatabita.—M. C.
XXII	71	Vara simbólica de oro, con dos aves que se miran en la parte superior. Fue hallada en Guatabita y mide 15 centímetros.—M. C.
	72	Id. de oro, simbólica, con espirales.—M. C.
	73 y 74	Indios sentados, con gorros de copa alta semejantes á sombreros, y en la mano derecha aves en varas que terminan en

Lámina.	Número.	
		triángulo. Fueron halladas en Guatabita, miden 7 y 5½ centímetros y son de oro.—M. C.
XXIII	75	Curiosa figura de fantasía, que parece representar la muerte. Fue hallada en Tabio; mide 22 centímetros y es de oro de 14 quilates.—V. R.

VASOS, FIGURAS Y ÚTILES DE CERÁMICA

XXIV	76ª	Grande y elegante jarra con dibujos; fue hallada en una cueva cerca del Salto de Tequendama, y mide de altura 50 centímetros.—V. R.
	76ᵇ	Desarrollo del dibujo de la parte superior del vientre de la jarra anterior.
XXV	77ª	Hermosa jarra que lleva en el cuello una figura humana sentada (detrás de la figura se ve el asa). Altura, 37 centímetros.—E. R.
	77ᵇ	Desarrollo del dibujo de la parte superior de la jarra.
XXVI	78	Olla ó múcura con asa, hallada en la Sabana. Tiene de alto 27 centímetros.—M. C.
	79	Vaso con pie, de figura oval, con dibujos, de 20 centímetros de alto. Hallado en la Sabana.—M. C.
	80 y 81	Vasos con pie, con dibujos; el marcado con el número 81 tiene dos culebras realzadas, de 21 y 22 centímetros de alto. Hallados en la Sabana.—M. C.
XXVII	82	Copa bellamente delineada, con dos culebras realzadas, de 10 centímetros de alto, hallada en Guatabita.—M. C.
	83 y 84	Elegantes canastas halladas en Guatabita, de 9 y 17 centímetros de alto.—M. C.
XXVIII	85	Hermoso vaso de color negro, con dibujos grabados. Tiene de alto 17 centímetros.—M. N.

Lámina.	Número.	
	86	Bella vasija con asa. Forma el cuello un indio principal, en cuclillas. Fue hallada en la Sabana y tiene de alto 15 centímetros.—M. C.
XXIX	87	Cubeta ó vaso cilíndrico con su tapadera, la que tiene encima un indio principal. Proviene de Usme y tiene de alto 36 centímetros.—M. C.
	88	Vaso que lleva al lado del cuello dos fieras en relieve. Proviene de Pasca y mide 12 centímetros.—M. C.
XXX	89 y 90	Pequeños vasos con asa, en figura de patos, de 9 y 10 centímetros de alto.—M. N.
	91	Cacique ó persona principal con dos bustos á los lados. Fue hallado en la Sabana y tiene de alto 23 centímetros.—M. C.
XXXI	92	Cacique ó indio principal, abierto por la parte superior y con una enorme narignera; falta parte de la base, que era como pirámide formada por tres graderías circulares. Proviene de Pasca y mide 22 centímetros.—E. R.
	93	Cacique ó persona principal, con gorro alto, adornado con una franja en la parte inferior. Tiene 17 centímetros de alto.—M. N.
XXXII	94	Hermoso busto de cacique ó jeque, con alta mitra muy labrada y ancho collar de huesos labrados. Proviene de Guatabita.—M. B.
	95	Indio en actitud de reírse. Le faltan los brazos y piernas, que se quebraron. Tiene 22 centímetros de alto.—E. R.
XXXIII	96*	India principal, sentada en cuclillas, con vara simbólica y gran collar. Lleva á la espalda un niño sujeto con una

Lámina.	Número.	
		faja, y mide 12 centímetros.—M. N.
	96[b]	La misma, vista de lado.
XXXIV	97	Cuadrúpedo semejante á un perro mudo, con grecas negras sobre fondo blanco, de 21 centímetros de alto y 41 de largo.—E. R.
	98	Animal imaginario, colocado sobre un trípode que imita pechos de mujer.—E. R.
XXXV	99	Pájaro en actitud de volar, con una abertura en la cabeza y cinco en el vientre. Servía de instrumento músico á manera de ocarina. Fue hallado en Guatabita y mide de largo 14 centímetros.—M. C.
	100	Pito de 7 centímetros de alto.
	101	Caracol, de color negro, de 16 centímetros de largo.—M. N.
XXXVI	102[a]	Sello cilíndrico con dibujos simétricos para la impresión en telas; mide 7 centímetros.—E. R.
	102[b]	Desarrollo del dibujo del sello anterior.
XXXVII	103 y 104	Rollos para impresión; miden 6 y 7 centímetros.—M. B.
	105[b]	Sello plano para impresión, hallado en Guatabita; mide 8 centímetros.—M. C.
	105[a]	Manija del sello anterior.
	106	Cabezuela de uso con dibujos.
		INSTRUMENTOS, DIJES, ETC., DE PIEDRA
XXXVIII	107 y 108	Hachas con una muesca en la parte superior. Tienen 17 y 12 centímetros.—M. C.
	109	Instrumento de labranza semejante á un cincel; mide 27 centímetros.—M. C.
	110	Instrumento en forma de cincel, de 14 centímetros de largo.—M. C.
	111	Utensilio en forma de cincel, que servía probablemente de bruñidor. Tiene 10 centímetros.—M. C.

Lámina.	Número.	
	112 á 114	Pequeños utensilios en forma de majaderos; parecen bruñidores.—M. N.
XXXIX	115	¿Pequeños bruñidores?—M. N.
	116 á 120	Cabezuelas de uso de distintas formas, con dibujos.—M. N.
	121	Pipa con dibujo.—E. R.
XL	122	Pequeña figura de indio; mide 5 centímetros.—M. N.
	123	Figura de insecto, de 4½ centímetros de alto.—M. N.
	124 á 128	Dijes de distintas formas, propios para usarlos en los collares.—M. N.
XLI	129	Diseño de una de las piedras llamadas impropiamente calendarios, con figuras realzadas, vista por sus seis caras.
	130	Piedra con figuras realzadas, vista por sus dos caras.

PICTOGRAFÍAS

XLII	131	Petroglifos de la piedra de La Peña, copiados por el señor Lázaro M. Girón.
XLIII	132	Petroglifos de la piedra de Saboyá.—A. C. C. (1)
XLIV	133	Petroglifos de la piedra de Gámeza.—A. C. C.
XLV	134	Petroglifos de la piedra de Pandi.—A. C. C.
XLVI	135	Petroglifos de la gran piedra grabada de Anacutá, en el distrito de Fusagasugá, copiados por el señor Lázaro M. Girón.

(1) Con estas iniciales indicamos que los hemos copiado del *Album* inédito de la Comisión corográfica conservado en la Biblioteca Nacional.

NOTA EXPLICATIVA

Nos hemos separado de la práctica general escribiendo Guatavita con *b* y Teusaquillo con *y*, porque en las tierras del zipa no se usaban la *v* y la *ll*. Además, Castellanos y Piedrahita escriben Guatabita.

Rogamos al lector que atienda á las siguientes enmiendas:

Página	Línea	Dice	Léase
XII,	Nota 3	1564	1574
24	9.ª	porque	y que
51	15.	los lugares mismos en que	esos lugares ó *santuarios* de que
73	1.ª	sangre	carne
166	6.ª	*a, b, c*	*b, c, d*

Ponemos fin á este libro dando gracias al señor Director de la imprenta de *La Luz*, quien contribuyó eficazmente á la corrección y limpieza de la edición.

Indice

Página.

PRÓLOGO.... III

CAPÍTULO I.—Origen de las voces *chibcha*, *muisca* y *mosca*.—Límites, extensión y población de la nación Chibcha.—Unidad de origen de sus habitantes.—Bosquejo de las costumbres de sus vecinos.—Crueldad y antropofagía de los Muzos y de los Panches.—Animo apocado de los Sutagaos.—Tribus que ocupaban los Llanos.—Costumbres salvajes de los Tunebos y de los Laches.—Tradiciones de los Chibchas relativas á su origen.—Inmigraciones sucesivas que ocuparon el Nuevo Reino de Granada.—De dónde vinieron los Chibchas..... 1

CAPÍTULO II.—La lengua chibcha comparada con las lenguas americanas.—No tiene afinidades con el japonés, el maya, el quiché y el quichúa.—Errores de Brinton acerca del origen común de los Chibchas y de otras tribus, y la difusión de su lengua.—Comparación del chibcha con el sínsiga, el aruaco y el chimila.—Afinidades del chibcha con el talamanca, el guaymí y otros dialectos istmeños.—La migración de los Chibchas vino de la América del Norte, lejos de haber partido del país de éstos hacia Costarrica, como lo sostiene Brinton.—Semejanza de las obras de arte de los Talamancas y Chiriquíes, y desemejanza de las de unos y otros respecto de las de los Chibchas.—Similitud de algunas de sus costumbres.... 17

CAPÍTULO III.—La lengua chibcha y las obras que tratan de ella.—Cosmogonía de los Chibchas.—Chiminigagua, el Dios creador.—Bachúe, la madre de los primeros hombres.—Dos caciques convertidos en sol y luna.—Fiesta del huán.—Bochica, civilizador y maestro de la nación.—¿Existió Bochica, ó es un mito que personifica el Bien?—¿Fue uno de los apóstoles?—Las cruces chibchas.—¿Era Bochica el mismo personaje que Idacansás?—¿Quién era éste?—Errores de Piedrahita relativos á Bochica.—Quién fue Huitaca.—Formación del Salto de Tequendama..... 29

CAPÍTULO IV.—Los dioses chibchas.—El Sol y la Luna.—Bochica y Chibchachum.—Cuchabiba, el arco iris.—Bachúe y su

Páginas.

esposo.—Chaquén.—Nencatacoa.—El diablo, *guahaioque.*—Descripción de los templos y adoratorios de los Chibchas.—Idolos, y ofrendas que les hacían.—Fiestas de rogativas.—Idolillos lares.—Gran abundancia de ídolos que tenían.—Rendían culto á las lagunas, ríos, bosques, etc.—Noviciado de los jeques; enseñanzas que recibían en sus cuevas ó seminarios.—Su vida austera y retirada.—Uso que hacían de la coca.—Sahumerios.—Ofrecimientos y peticiones hechos por medio de ellos.—Viejos hechiceros y agoreros.—Supersticiones y agüeros que fomentaban.—Yerbas y bebedizos.—Amuletos de que se servían los hechiceros para vaticinar, y modo de usarlos..... 44

CAPÍTULO V.—Ideas de los Chibchas sobre la vida futura.—Recompensas y castigos.—Resurrección de la cacica de Guatabita y de su hija.—Juicio universal y resurrección general, según Castellanos.—Vicios comunes entre los indios.—Cómo cumplían los deberes morales para con los demás.—Solemnes procesiones religiosas..... 62

CAPÍTULO VI.—Sacrificios humanos.—Los mojas ó sacerdotes niños.—Inmolaciones de adultos en los adoratorios y en los cerros.—Sacrificios en Gachetá y Ramiriquí.—Inmolación en la gavia.—Horrible inmolación de niñas en los cimientos de las casas nuevas.—Entierro de las mujeres y esclavos vivos de los caciques.—Sacrificios con sangre de aves, con agua, fuego, tierra, oro y esmeraldas..... 70

CAPÍTULO VII.—Sacrificios de los Chibchas en las lagunas.—Leyenda de la cacica de Guatabita.—Cruel castigo de su infidelidad.—Se ahoga con dos niñas en la laguna.—Peregrinaciones á las cinco lagunas sagradas.—Carreras y premios.—Borracheras y ceremonias de las ofrendas.—Varios caciques arrojan oro en la laguna al tener noticia de la venida de los españoles.—Tentativas hechas para desaguar las lagunas.—Quién era el cacique Dorado.—Cuándo se celebraba la ceremonia del Dorado.—La balsa de oro halllada en la laguna de Siecha 78

CAPÍTULO VIII.—Soberanos que gobernaban á los Chibchas.—Gobierno absoluto.—Obediencia y respeto de los súbditos.—Presentes que se daban á los caciques.—Nobleza, usaques y guechas.—Tributos.—Castigo de los que no los pagaban.—Esclavos.—Tiguyes ó mujeres de los caciques.—Prioridad y privilegios de la favorita.—La rival de la privada de Meicuchuca, convertida en culebra.—Modo de heredar los caciques.—Prueba de la continencia.—El cacique de Chía, heredero del zipa, ¿por qué?—Reclusión de los herederos de los caciques.—Fiestas de coronación de los caciques y del zipa..... 88

Páginas.

CAPÍTULO IX.—Antiguas leyes de los Chibchas.—Leyes de Nompaném, del guatabita y de los Guanes.—Leyes de Nemequene.—Mensajeros que anunciaban la guerra.—Espías.—Preces y sacrificios antes y después de la guerra.—Insignias con que se distinguían los nobles.—Armas é instrumentos de música.—Momias que llevaban en el ejército.—Descripción de un combate.—Grado de valor de los Chibchas. . 101

CAPÍTULO X.—La niñez entre los Chibchas.—Pruebas de la suerte feliz de los niños y de su laboriosidad.—Sumisión á los superiores.—Poligamia.—Modo de celebrar los matrimonios.—Fiestas del estreno de las casas.—Fiestas de los caciques en las labranzas.—Danzas, cantares y arrastres de madera.—Sepultura de los caciques y del zipa.—Diversas clases de entierros.—Momias que conservaban en los templos.—Aniversarios.—Riquezas sacadas de los sepulcros, *santuarios*, etc 108

CAPÍTULO XI.—Propiedad de las tierras.--Agricultura.--Plantas alimenticias.—Frutas.—Venados y otros animales cuya carne comían.—Sal compactada.—Esmeraldas de Somondoco. Tejuelos de oro que servían de moneda.—Mercados y ferias.—Construcciones. — Cercado del zaque. — Casa fuerte del zipa en Cajicá.—Patenas de oro que pendían de los cercados del hunsa y del sugamuxi.—Monumentos de piedra de los Chibchas 121

CAPÍTULO XII.—Vestido de los Chibchas.—Gorras con que se cubrían hombres y mujeres.—Cómo se sentaban.—Orfebrería.—Vaciaban las figuras en moldes.—Piedras grabadas que servían de matrices.—Soldadura y dorado.—Las obras de orfebrería y cerámica chibcha eran inferiores á las de otros pueblos del Nuevo Reino.—No revelan gusto artístico.—Su descripción.—Joyas y arreos que adornaban sus personas.—Armas ofensivas y defensivas figuradas en oro..... 135

CAPÍTULO XIII.—Significación de las figuras de oro y otras materias que se encuentran en las sepulturas.—Gazofilacio y tunjos de oro hallados en el sitio de Chirajara.—Idolos y personas principales que representaban.—Alimañas de oro y de cobre.—¿Hacían uso de símbolos?—Descripción de vasos, figuras humanas y otros objetos de cerámica.—Instrumentos, figuras y dijes de piedra.—Objetos cuya imagen no reproducían en metal, arcilla ni piedra..... 148

CAPÍTULO XIV.—Sistema de numeración de los Chibchas.—Significación de las voces numéricas, según el doctor Duquesne, y cifras que dice que las representaban.—Opinión con-

Páginas.

traria del barón de Humboldt.—Cómo dividían el tiempo.—Años de 20 y de 37 lunas que les atribuye el doctor Duquesne.—El supuesto calendario chibcha.—Las piedras con figuras realzadas no sirvieron de calendarios.—Los trabajos del doctor Duquesne carecen de valor científico..... 158

CAPÍTULO XV.—Los aborígenes de Colombia no conocieron ninguna clase de escritura.—Testimonio de varios autores que lo prueban.—Los petroglifos no pueden atribuírse á una raza anterior á la que hallaron los conquistadores.—No son en ningún caso cartas del país.—La piedra de La Peña.—No recuerdan cataclismos.—Las piedras de Saboyá y Gámeza.—Tampoco señalan los linderos de las tribus.—Figuras grabadas por los transeúntes modernos en la Sierra Nevada, Seboruco, Ramiriquí y Facatativá.—Pictografías de Pandi, Facatativá, Bojacá y Anacutá.—El estudio de los petroglifos colombianos es infructuoso para la ciencia..... 169

CAPÍTULO XVI.—Los Chibchas no tuvieron historia.—Jamás se vieron sometidos á un solo cetro.—Opinión contraria de Piedrahita, refutada con citas de los demás cronistas y de él mismo.—Tradición fabulosa relativa á Hunsahúa.—El monstruoso Tomagata.—Tutasúa.—Encarnación de Garanchacha, hijo del Sol.—Su gobierno y desaparición.. 177

CAPÍTULO XVII.—Errores históricos en que incurrió Rodríguez Fresle. Antiguos caciques de Iraca.—El gran hechicero Idacansás.—Orden de sucesión de los caciques de Iraca.—El Bermejo usurpa el poder.—El cacique D. Felipe.—La leyenda de la cacica de Furatena.—Objeciones á la crónica de los sucesos de los últimos sesenta años anteriores á la conquista española..... 186

CAPÍTULO XVIII.—Saguanmachica conquista á los Fusagasugáes, vence al guatabita y al ubaque, declara la guerra al zaque, y mueren ambos en la batalla de Chocontá.—Nemequene castiga la rebelión de los Fusagasugáes, sujeta á los caciques de Zipaquirá y Nemocón, asalta alevosamente al guatabita y se apodera de sus estados, somete al ubaque, al ubaté y al simijaca, da leyes en su reino, declara la guerra al hunsa, y es herido de muerte en la batalla de Las Vueltas.—Sucédele Tisquesusa.—Llegan los españoles cuando éste estaba en campaña contra el zaque.—¿Estaban los Chibchas en progreso ó en decadencia en la época del descubrimiento?..... 195

CAPÍTULO XIX.—Tiranía de Tisquesusa y Quemuenchatocha.—¿Cómo pudieron 166 españoles someter á la nación chibcha?—

Páginas.

Constancia y valor de los castellanos.—El sueño de Tisquesusa, resistencia de éste á los españoles, y su muerte.—Quemuenchatocha es hecho prisionero dentro de su palacio, y muere pronto de vejez.—Conversión del sugamuxi y rasgos de ingenio que de él se refieren.—Resistencia tenaz del tundama; Baltasar Maldonado le da muerte violenta.—Peripecias del gobierno de Saquesaxigua; pretende Quesada que revele dónde guarda el tesoro, lo somete á tormento y lo hace morir á consecuencia de él.—Conversión de Aquiminzaque; muere degollado por orden de Hernán Pérez de Quesada con varios otros caciques.—Hernán Pérez muere herido por un rayo.—Don Juan, cacique de Tundama, agraviado por el oidor Cortés de Mesa, se suicida.—Cortés de Mesa es degollado en Bogotá.—Término de la conquista, y condición ulterior de los Chibchas... 210

INDICE de las figuras del *Atlas arqueológico*..... 225

NOTA EXPLICATIVA..... 234

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Estudio *sobre las minas de oro y plata de Colombia.* Segunda edición.

Viajes *de Lionel Wafer al istmo del Darién.* (Cuatro meses entre los indios). Traducidos y anotados.